EOPLÁN

GAZINE POPULAR ARGENTINO ★ 4 JUNIO 1941



En este número, una obra famosa:

AVENTURAS DE UN NOVELISTA

por ALEJANDRO DUMAS.

Una novela policial:

EL DRAMA DE MARSDON MANOV

por AGATHA CHRISTIE.

Un cuento célebre:

EN LA BAHIA DE YEDDO

por JACK LONDON.

Y una encuesta local:

¿COMO ERA USTED A LOS DIECISEIS AÑOS?

Reportaje a DELFINA BUNGE DE GALVEZ, ENRIQUE



En el próximo número:

NOVELA DE UN SPAHI
la famosa obra de **PIERRE LOTI**

EL DEMONIO DE LA PERVERSION
una historia extraordinaria de **EDGARD ALLAN POE**

EL GRAN DUQUE un recio cuento de **Jacinto Ramos**

Y gran cantidad de crónicas, reportajes, relatos, artículos, historietas y secciones.

LEOPLÁN APARECE EL 18 DE JUNIO

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N.° 78.920 ★ UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. R. L. ★ ESMERALDA 116 U. T. 34 - 4067 - Buenos Aires

AÑO VIII ★ N.° 167 ★ 4 JUNIO 1941

Lea, en la página 58, "LA CASA DE LAS ESTALACTITAS", un interesante relato profusamente ilustrado con magníficas fotografías.

"El sargento no tarda en dar con el "Chacho", que, tomado de sorpresa, sólo atina a mirar al intruso con ojos de espanto..." (Del cuento "EL DESPEÑADERO DE LOS CONDORES", pág. 30).

Sumario

Ilustraciones de Fairhurst, Raúl Valencio, Rechain, Bernabó y D. Villafañe. Fotografías de A. Castellano, Pedro Conesa, Julio Podestá y F. Romero





Los "girls" que intervendrán en la película tratan de uniformar el ritmo de sus pasos y de sus movimientos, para lograr la mayor exactitud en la filmación de una escena de conjunto.

Un experto de Hollywood enseñando a maquillarse a las futuras
innecesaria. En la presente foto aparece, a la izquierda, una

Midiendo unos hombros cabeza abajo. Pero ella obliga a eso y a mucho más.



Estrellas

ENTRETELONES de lo que ocurre en los *sets* de la Meca del cine norteamericano, antes de la filmación de una película, estas expresivas fotos, que llevan en cada enfoque la irresistible atracción de un hermoso rostro femenino o de una silueta escultural, muestran cada una de las fases de los ensayos previos, desde la agotadora y monótona tarea de aprender un paso de baile, hasta el deber —allí imperioso— de "ponerse" bonita para el celuloide. Porque en Hollywood, en efecto, no basta con ser naturalmente hermosa; es necesario pare-

Madeline Martin, cuya silueta figura en la galería de bellezas del estudio.

Los últimos ensayos antes de la filmac
actrices aprenden a llevar un objeto co





...pantalla. Aunque salta a la vista que tal cosa es aquí completamente ... llamada Georgia Carroll, que hace de modelo para sus compañeras.

Subir y bajar las escaleras con elegancia es un arte muy difícil; así que es menester lograrlo si se quiere actuar en la pantalla. He aquí uno de los ejercicios que realizan los "girls".

Este aparato eléctrico sirve para medir. Seguro que esta rubia lo descompuso.

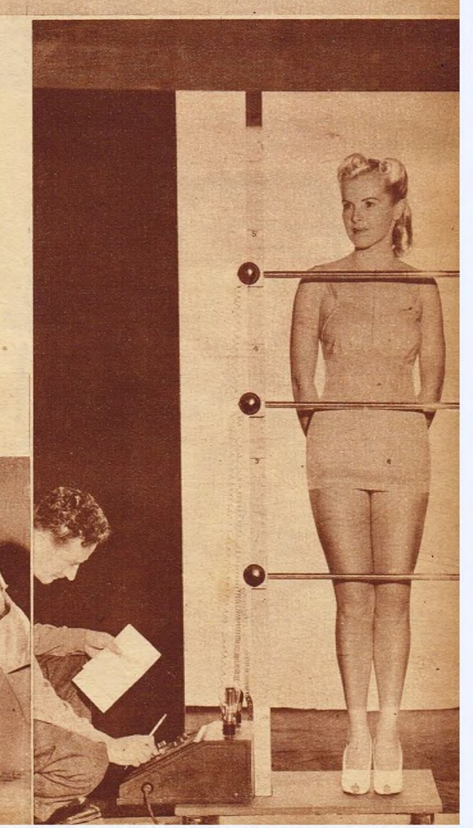
...en cierne

...cerlo en la pantalla, y para ello un ejército de experimentados técnicos del maquillaje recurren a una serie de efectos, trucos y poses, que no llegan al público sino en la apariencia de una sonrisa perfecta, en un andar natural y en... otras cosas igualmente sugestivas e interesantes, que pueden verse en las fotos de la presente nota gráfica. Invitamos al lector a interiorizarse, a través de ellas, de los detalles curiosos y de los secretos truculentos de un estudio cinematográfico de Hollywood. ◈

...mando a esta californiana en ... hawaiana. Así da gusto pintar.

He aquí cómo esta beldad ensaya sus movimientos en el espejo. ¿Verdad que lo hace a la perfección?





Estampas de Burdeos

CARGADA de históricos cuerdos y de glorias seculares, deos, la hermosa y pintoresca dad francesa, descansa hoy su tiga de siglos a orillas del Gar el río cuyas aguas turbias y prof das se tiñeron de rojo alguna con la sangre de los invasores rrotados. La antigua Burdigala, efecto, sintió muchas veces res en sus calles el paso de las hue de vándalos y de alanos, de vis dos y de árabes; y presenció, bién, la marcha triunfal de C Martel. A través de los cinco mosos enfoques de esta nota ca, que hermanan con sing acierto lo antiguo con lo mode puede el lector pasear un por los rincones típicos de la ciudad, su afán impaciente de rista sin partidas.



Una chata, conduciendo barriles del famoso vino de la región de Burdeos, pasa por una de las más estrechas calles de la parte antigua de la vieja ciudad.

Vista de frente del monumental arco que da entrada al puerto de Burdeos, el que por su intenso y constante tráfico marítimo es el tercero de Francia.

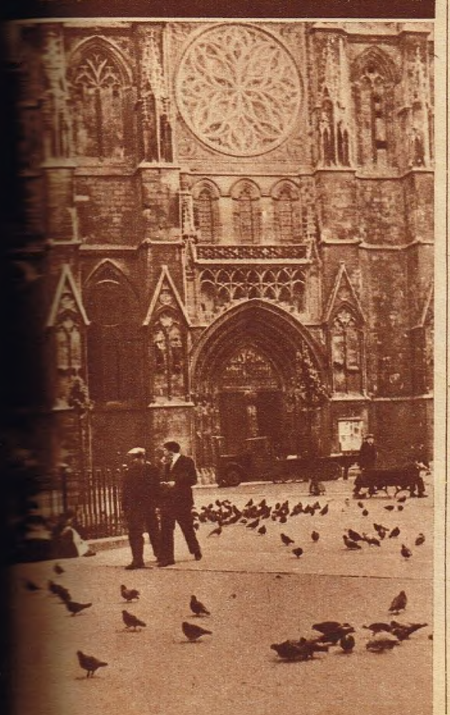
Bajo una de las grandes arcadas del puente, un grupo de bordeleses se entreti cando en el mismo río que presenciara las páginas más gloriosas de la historia de dad. ¡Cuántas veces habrán llegado a esas orillas, aun desnudas, las huestes





Teniendo por fondo el gran puente de diecisiete arcadas, que une ambas orillas del río, dos pintores, rodeados de curiosos, copian el histórico paisaje.

Fachada de la famosa catedral gótica que data del siglo XIII, cuyas flechas de piedra se elevan a la considerable altura de ochenta y cinco metros.

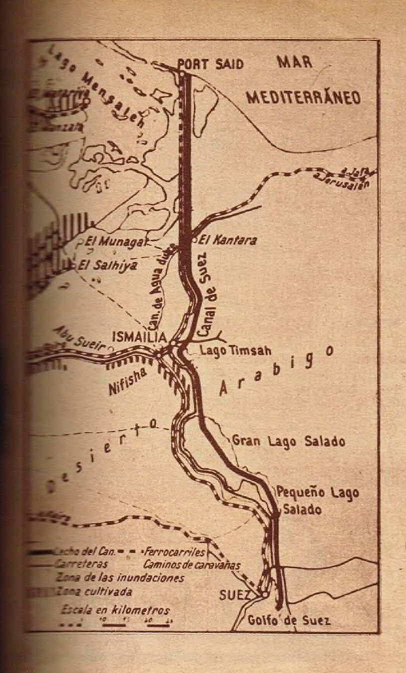


El canal de Suez



El canal de Suez, alrededor del cual gravita hoy la a[...]ción del mundo, presenta, aparte de su gran impo[...] comercial, muchos aspectos exóticos y pintorescos. [...] por ejemplo, se ve un nubio arrojándose al agu[...] buscar monedas, y, a la izquierda, una vista [...]mica de su gran entrada por el mar Medite[...]







Arriba, una vista del magnífico edificio moderno de la aduana, con sus novísimas instalaciones radioeléctricas, en la entrada norte del gran canal, que fuera el sueño y la gloria de un francés visionario: Fernando Lesseps. A la izquierda se ve el plano que indica el trazado de tan importante vía de comunicación marítima.



Hermoso efecto fotográfico que muestra a los negros cargando un barco en Port Said, en una noche de luna clara.

CAZA MAYOR...



Estos dos simpáticas beldades aprovecharon una fiesta de disfroces para hacerse fotografiar de la original manera que se ve aquí. Ahora que estamos en pleno temporada de caza, ¡qué agradable perspectiva para los cazadores si todos las liebres fueran como ésta de la foto!... Aunque, a decir verdad, aquí resulta difícil decidirse entre la "liebre" y la cazadora. Con semejantes "piezas", la temporada contaría con muchos adeptos, aunque es seguro que la mayoría de ellos se iba a olvidar de los cartuchos y hasta de la escopeta...





UN CONCURSO Y UN ACCIDENTE

Sería una irreverencia comparar una cola, y mucho más una cola [...] caballo, con una hermosa pierna femenina. Felizmente, aquí no se trata [...] eso, sino de una "corrida" de puntos y de un concurso de belleza eq[...] El jurado de la izquierda está examinando, no precisamente la cola [...] animal, sino sus jarretes, y la joven de la derecha está cosiéndole [...] punto de la media a su amiga, menester que, aunque no supiera [...] puntada, más de uno realizaría gustoso. Lo cual no sería de extra[...] porque ya se sabe que el hombre es galante por naturaleza y [...] se niega a auxiliar a una dama en apuros. Sobre todo, cuando es bo[...]

NI POR ESAS...

Durante la cena, ninguno de los dos habló una palabra, pero tan pronto como la sirvienta retiró los platos y sirvió el café, el marido sonrió tímidamente y dijo:

—¿Sabes, querida? He estado pensando en nuestra discusión.

—¿Y bien? — preguntó ella con voz dura y sin levantar la mirada del tejido.

—Este... Me parece que, en efecto, tienes razón, y he decidido estar de acuerdo contigo.

—Pues no creas que con eso arreglas nada. Acabo de cambiar de idea.

Epigrama

"Mi esposa, dijo un marido,
Tiene muy hermosa cara;
Pero gasta sin sentido,
Y es una cara muy cara."

I. Rico

Sin compa[...]

COSAS RARAS, CURIOSAS, ILUSTRATIVA[...]

BUEN VENDEDOR

—¿Tienen ustedes alguna crema para devolverle la frescura al cutis? — preguntó la arrugada solterona al empleado de la perfumería.

—¿Para devolverle, señorita? Querrá decir para preservarle — contestó el vendedor, con la más amable de sus sonrisas.

Y le cobró la crema dos pesos más cara...

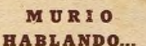
FUEGO CON HIELO

A primera vista parecería imposible encender fuego con hielo; pero teniendo en cuenta que éste, por su forma de cristalizar, puede hacer de lente de aumento, el fenómeno se explica. Tal es el caso ocurrido el año pasado en Inglaterra, cuando el Támesis se heló en parte. Un profesor de física, que pasaba por el río con sus alumnos, recogió de pronto un grueso trozo de hielo y, haciéndolo oficiar de lupa, encendió su pipa ante el asombro de aquéllos. Los sabios afirman, sin embargo, que por el momento no hay peligro de que se incendie el Polo...



SURREALISMO

No solamente la pintura ha sido invadida por el surrealismo, sino también, como se ve aquí, la fotografía. Esto es... una foto surrealista. Que el lector le ponga nombre si quiere. Nosotros nos limitamos a puplicarla...



MURIO HABLANDO...

Acaba de fallecer en Florida el labrador Howard Stillman, que desde hacía dos meses constituía un enigma para los médicos que lo trataban. Stillman era un hombre sumamente nervioso, y, en aquella fecha, sostuvo una acalorada discusión con su esposa. En el curso del altercado, él le dió a entender rotundamente que esa vez no iba a decir ella la última palabra. Y así fué: Stillman hablaba cada vez más fuerte y más ligero a medida que la discusión subía de tono, hasta que llegó un momento en que no le fué posible detenerse. Habló durante todo el día y toda la noche. La mañana siguiente lo sorprendió a solas en su dormitorio, hablando todavía y buscando nuevos argumentos para la discusión. Dos meses después, es decir, hace unos días, el labrador falleció de debilidad sin que los médicos pudieran hallar ni la causa de su mal, ni el remedio salvador. Por una vez el hombre derrotó a la mujer en su propio terreno, aunque a costa de la vida...



UN PUEBLO DE MELL[...]

High Halden es quizá [...] blo de Inglaterra que [...] más mellizos. A su escue[...] blica acuden diariament[...] pares de ellos, y es [...] además, el espectáculo [...] gemelos que llevan has[...] colegio a dos hermanitos [...] zos también, e hijos los [...] del mismo matrimonio.

Menos mal que no se trata de "quintillizos", [...] si no hubieran tenido que habilitar una escuela [...] ellos solos...

DEFRAUDADA...



—*Si ése es el amigo de tu novio, yo* [...] *tu amiga.*



"ELLA" ERA "EL"...

Ella, o sea él, se llama Dorothy MCardle, este..., es decir, Alberto Hawmins. Bueno; esto está resultando más obscuro que los ojos de una ..., pero la policía tiene la culpa de todo, ya que él, cuando era ella, ... tranquilamente trabajando de mucama sin que nadie *lo*, es decir *la* ... Pero, hace poco, un agente la sorprendió robando y acto seguido ... se transformó en *él*. Dicho en otras palabras, se descubrió que la pre... Dorothy MCardle era en realidad un muchacho de diez y nueve ... llamado Alberto Hawmins, que se había disfrazado de mujer para ... trabajo, y que, en efecto, trabajaba de "mucama". ¡Como para ... el patrón hubiera intentado enamorarla!...

EL SIMIO Y LA BELLA



"Shorty", un chimpancé que ha actuado ya en muchas películas, imita aquí a la perfección la actitud de Dorothy Lamour, la popular y encantadora estrella de la pantalla norteamericana. Pero la similitud no pasa de la actitud, y si muchos ejemplares del género humano parecen confirmar plenamente la teoría de Darwin, Dorothy es, en cambio, un rotundo mentís, o bien la humanidad es muchísimo más vieja de lo que suponemos. De todos modos, en este caso, muchos mortales inscribirían gustosos a "Shorty" en su árbol genealógico, con tal de aprovechar, cerca de ella, las ventajas que les reportaría el parentesco...

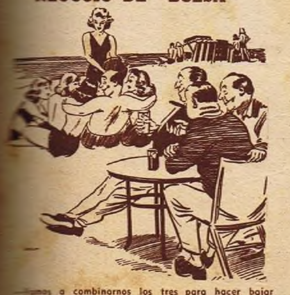
...ni ritmo

...ESCAS Y HUMORISTICAS

...s "...stakostoepsomaníacos"

Se llama así al hombre ... se retuerce con fre... ...cia la punta de sus ... Nuestros padres ... todos, a no dudar, "...kostoepsomaníacos", palabra que lle... ... tiempo en pronunciarla, que en ha... ... que ella significa.

NEGOCIO DE "BOLSA"



—...amos a combinarnos los tres para hacer bajar ... acciones, así lo llamarán con urgencia de Wall ...

EPITAFIO

Un jugador que solía
De lengua, que no de manos,
Ser tahur de cuentos vanos,
Y hablar sin ortografía,
Muerto de hablar, no cansado,
Yace en este espacio breve:
Séale la tierra leve,
Aunque él fué a todos pesado.

Lope de Vega

GALANTERIA...

Que la política no está reñida con la agudeza de espíritu, lo prueba el siguiente caso, ocurrido en cierta confitería porteña, hoy muy de moda, en la mesa de que formaba parte un distinguido hombre de Estado, descendiente de un famoso general argentino. En cierto momento, se acercó al grupo una señora de avanzada edad, que ha dado ya lugar a risueños comentarios por su desmedido afán de aparecer joven, y dirigiéndose al político, le dijo:

—¡Si usted supiera, doctor!... Esta tarde me han confundido con mi hija, que no tiene más que treinta años.

—¡Pero, señora!... —exclamó el aludido, con suave expresión de asombro y una imperceptible sonrisa—; yo pensaba que no tenía usted edad como para contar con una hija de tantos años.

Y la "joven" sonrió agradecida...

AMOR POR CORRESPONDENCIA

Es necesario leer las publicaciones periódicas de hace treinta años, para comprender la ingenuidad que en cuestiones de amor tenían nuestros padres. Era costumbre, entonces, que los enamorados se comunicaran entre sí por avisos insertados en las revistas. En su número 62, del miércoles 1º de enero de 1913, por ejemplo, "Mundo Gráfico" publica el siguiente aviso, en la sección de "Anuncios telegráficos (quince palabras, 2 pesetas. Cada palabra más, 20 céntimos)": "**Martita: sólo por ti vivo, dispensa mala llegada; no dudes nunca de mi amor. Werther**". Es evidente que el firmante estaba enamorado, pero también lo es que cuidaba su bolsillo. Se lo dijo todo en quince palabras justas, ni una más ni una menos...

LA FOTO CURIOSA



Tres bailarines reflejados en un espejo convexo.

UNA REPLICA DE BENAVENTE

Tertulia en un salón aristocrático, después de un festival benéfico. Hay escritores, artistas, políticos, nobles... La marquesa de X..., temible por la sutileza y el "veneno" de sus sátiras, se acerca a un grupo de personas donde se habla animadamente de fábulas, y del que forma parte Jacinto Benavente.

—"Tu cabeza es bella pero sin sexo" —recita la marquesa, desfigurando la última palabra, mientras sonríe al autor de "Los intereses creados".

Y el dramaturgo genial contesta con la más almibarada de sus sonrisas:

—"...Le dijo la zorra al busto después de olerlo...".

LA OSTRA

La ostra es uno de los seres más forzudos del mundo. La fuerza necesaria para abrir su valva equivale a más de 900 veces su peso.



El color blanco y los peces



Los gitanos de Hungría creen que el color blanco repugna a los peces, y nunca van a pescar con ropas blancas. Si en el camino del río ven que de éste vuelve una mujer con delantal blanco, regresan a sus casas o se dirigen a un lugar lejano de la orilla. En cambio, si ella lleva ropas rojas la invitan a acompañarlos, para que les traiga suerte. Con lo cual resulta, a lo mejor, que no son los pescadores los que se ríen de los peces de colores, sino los peces los que se ríen de los colores de los pescadores...



Bien aplomado en su cabalgadura y vistiendo las prendas típicas del
regional, llega el charro a una de las frecuentes fiestas del lugar.
es llegar a ella y echarle un piropo y un envite a la primera moza que

Del folklor

COSTUMBRES de México, la cálida y pintoresca
centroamericana. Fiestas con el sabor de lo típico,
bradas en esas grandes haciendas del norte del
cuyos dueños conservan aún hoy el señorial empa
sus antepasados españoles. Fiestas de sol y de flor
música y de canciones, en las cuales las mujeres
el encanto de sus sonrisas y las guitarras el emb

Guitarrero el mozo y capaz de florearse con los lamentos vibra
bordona... La reunión está en todo su apogeo, y mientras la guit
llora, él es el blanco de las miradas de todos las mozas que asisten a





... canciones alegran el espíritu de la reunión. Con una y otras, este ... mestizos pusieron en el ambiente la gracia vivaz del famoso ja... reclamo intencionado del desafío, semejante al contrapunto argentino.

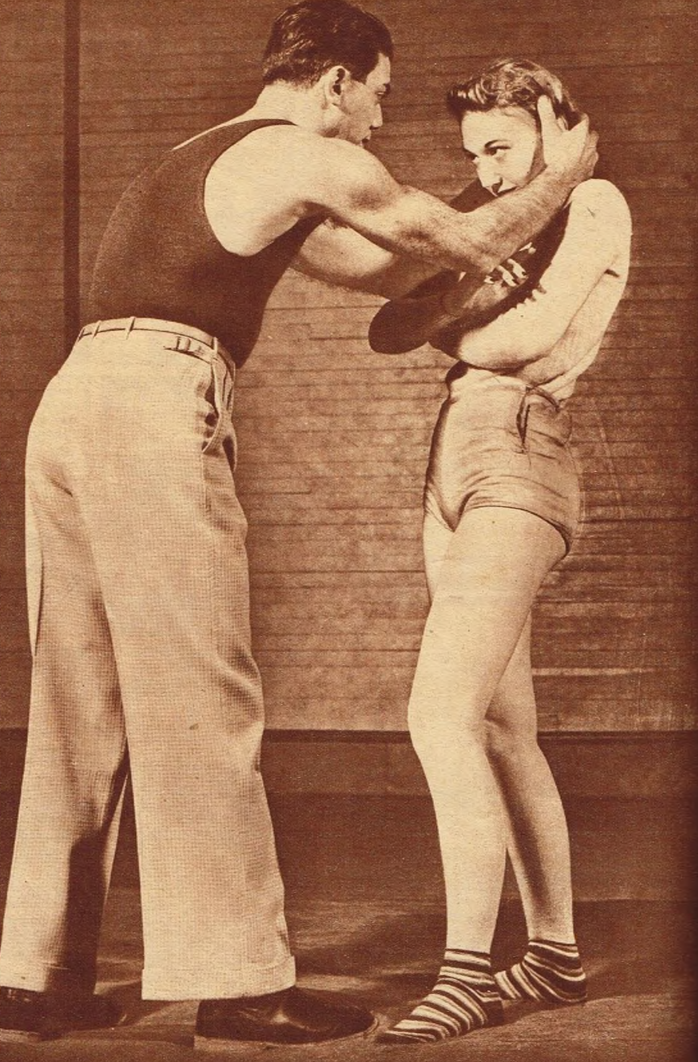
...exicano

...neo. En una de ellas, la cámara captó cuatro es... reproducidas aquí, que trasuntan con fidelidad ...te bullicioso y alegre, donde el baile confunde, ... culto común de su ritmo voluptuoso, a blancas y ..., a charros y mulatos. Mirarlas es adentrarse ...te en el alma mexicana y sentir la emoción del ... que visita tierras extrañas.

... de la orquesta, que apenas si alcanza a verse en segundo plano, ... se entregan con entusiasmo a bordar arabescos sobre la pista de ... y, entretanto, las sonrisas y las miradas dan alegría al ambiente...



1 El le toma la cabeza. Como la alumna es hermosa, podría pensarse que es para besarla. Pero ella se olvida de que es mujer, bulle su sangre en bélicos ardores y...



El mito del sexo débil

El mundo femenino se está poniendo seriamente peligroso. Hasta hoy nos ha sido posible soportar sus gritos, sus arañazos, sus escobazos y sus
palo de amasar, porque, al fin y al cabo, aunque ellos no siempre nos resultaban gratos, no entrañaban el serio peligro que ahora se cierne sobre
que aquí señalamos. Resulta que nuestro "sexo débil" quiere prepararse para mayores hazañas, y está aprendiendo a pelear terriblemente... como
varse a través de la presente nota. Contemplando las fotografías que la integran, se le ocurre a uno preguntarse dos cosas: cómo ese buen señor
compañeros de sexo haciendo a las hijas de Eva idóneas para el catch, y cómo nos las arreglaremos nosotros en lo futuro para no dejar mal parado al "sexo

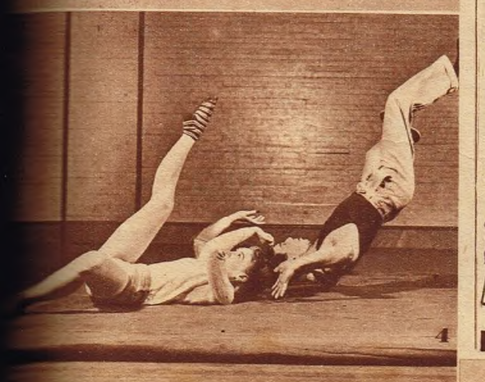


2 ...se defiende. Con las manos se prende a los bíceps del hombre; se echa hacia atrás con todos sus "débiles" fuerzas, coloca un pie en el estómago de él, y...



3 ... el hombre vuela. Por lo visto, basta la fuerza de una pierna femenina para que el hombre vuele. Esto no lo hubiéramos creído nunca, de no verlo aquí.

4 Lo malo no está en que el hombre vuele, sino en que luego tenga necesariamente que regresar y venir a darse contra el suelo, cosa prevista por ella.



5 Ahora él ha tomado un palo. Contra la terrible mujer no se puede luchar desarmado. Ella lo mira, calcula, y, en lugar de retroceder (como él esperaba), avanza.

6 Dueña de buena técnica, no pierde la serenidad; con una mano toma una muñeca, con la otra el hombro, y le aplica una zancadilla; después un tirón y

7 ...el hombre inicia un descenso forzoso. En la posición en que se encuentra vencido en este momento se podrá calcular la magnitud del golpe inmediato.





8 ¡Zas!... Y ahora la mujer es dueña absoluta de la suerte de este hombre. No hay duda de que enseñar el jiu-jitsu a la mujer encierra un gran peligro para la humanidad... masculina.

Este oportuno enfoque que nos muestra un atardecer en las costas de Cocoa, del condado de Brevard, dice de la belleza que encie[illegible] aquellas plácidas regiones, que, junto a los alardes del progreso, conservan todavía todo el encanto y quietud de su aire natu[illegible]

FLORIDA

EL día de Pascua florida de 1513, el navegante español Ponce de León descubría, en las costas de Am[illegible]rica, una tierra boscosa que, en celebración de esa festividad, bautizó con el nombre de Florida. Co[illegible]vertida hoy en Estado norteamericano, Florida conserva todavía en medio de las ciudades que aso[illegible] a sus playas el afán de progreso de los Estados Unidos el mismo aspecto tropical y primitivo de ha[illegible] cuatro centurias. Aun viven en sus bosques los indios seminolas, hábiles "cazadores" de peces; aun fl[illegible]

Esta joven india seminola, ya civilizada, cose a máquina ponchos y vestidos típicos de su vestimenta, de colores sumamente vivos.

Esta atractiva veraneante ha aprendido a usar el [illegible] de los indios de Florida, utilizándola para "cazar" [illegible]



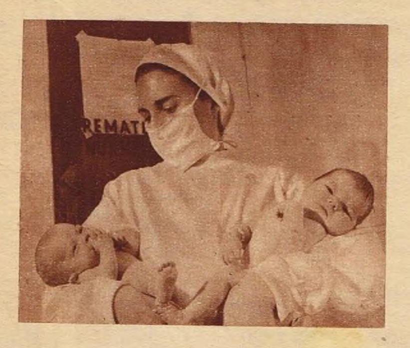
[illegible] de sol entre palmeras, como sólo puede verse en Florida, el Estado norteamericano que por su apo- [illegible] exuberante vegetación y característica topografía se halla aún como en los días de su descubrimiento.

[illegible] tranquilos y escondidos lagos interiores el perfumado aroma de los pinos y de los [illegible] y aun pueden verse, desde sus playas, hermosas puestas de sol entre altas y esbeltas [illegible] Enfoques que reflejan otros tantos aspectos típicos de la vida de la región, las cinco [illegible] de esta nota gráfica permitirán al lector tener una visión breve pero exacta de [illegible] tierra tropical donde los Estados Unidos descansan de sus ansias de mecánica y [illegible] fatiga de rascacielos. ◈

[illegible] ya de sus tiempos de guerra, los indios seminolas enseñan a sus hijos, desde muy corta edad, el uso [illegible] pero sólo para dedicarse a la "caza" de peces que abundan bastante en las costas de la península.

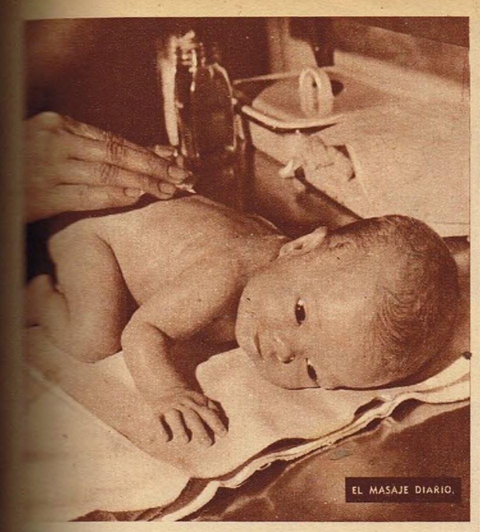


La bebé más pequeña del mundo

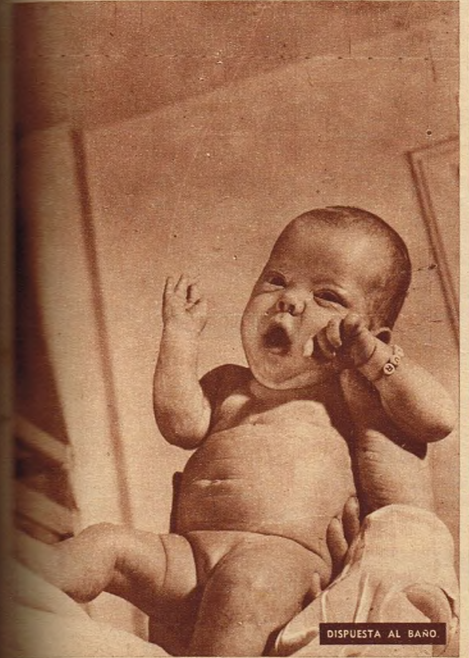


PRESENTAMOS en esta amable nota gráfica a la diminuta Cherry Lee, considerada como la bebé más pequeña del mundo. Nacida antes de tiempo, hace tres meses, fué llevada a una clínica para recién nacidos dentro de una caja de zapatos, original cuna más que suficiente para sus escasos 425 gramos de peso. En la citada clínica hubo necesidad de colocarla en un aparato de respiración artificial, graduándose la temperatura a 36 grados. Pero Cherry Lee puede ser pequeña —más pequeña aun que lo fueron al nacer cualquiera de las famosas mellizas Dionne—, mas en cambio goza de un apetito inusitado. Para acallar las ruidosas protestas con que lo exterioriza de continuo, es necesario darle cada dos horas un biberón de una mezcla especial de leche de vaca, de cabra y de burra. Así ha llegado a pesar hoy más de dos kilos, extraordinario aumento que demuestra que Cherry, no satisfecha con el título que ostenta, amenaza con posesionarse del calificativo contrario... Las cuatro fotos que se reproducen aquí la presentan en otros tantos aspectos diferentes de su pintoresca actividad de cada día.

CONTRASTE.



EL MASAJE DIARIO.



DISPUESTA AL BAÑO.

Patinaje y coreografía



Campeona del estilizado deporte del patín, Claire Miller, efectúa, como se ve en esta foto, una acrobática vuelta en la pista de patinaje del Centro Rockefeller, ante la admiración de los espectadores.

La media vuelta sobre los rued[illegible] teras es una de las pruebas fa[illegible] esta campeona de diecinueve [illegible] aquí mostrando su estilo [illegible] y también un par de piernas es[illegible]

... en blanco y en negro. El esplendido enfoque ... presenta a Claire en una coreográfica pose ... permite lucir, a la par de su gimnástica agili... las armoniosas líneas de su figura y una sonrisa ... Abajo, la media vuelta hacia atrás... y un ... de encantos absolutamente perfectos: la sonrisa, ... y la grácil rítmica de Claire. Realmente ... afirmar que el patinaje es una gran cosa.





DEL BUENOS

EL jadear de los motores pulsa hoy rítmicamen... su fiebre de progreso sobre el asfalto de las calles; los rascacielos, en magnífica pugna por llegar primero a las estrellas, agujerean la atmósfera gris teñida por el humo de cien chimeneas; las esquinas se visten de nuevo, con el cromo plateado de sus negocios y los anuncios luminosos que guiñan a la noche sus ojos de luces multicolores... Y así, en uno y otro aspecto, Buenos Aires va cambiando de fisonomía cada año

Este vigilante de 1908 hacía resonar los cascos de su cabalgadura sobre el empedrado de las calles porteñas. Hoy, el agente patrullero, jinete en su motocicleta, pasa veloz deslizándose sobre la cinta brillante del asfalto.

Otra vista del hipódromo tomada en la pista, durante el desarrollo de una carrera de mil metros. Como se ve, aquéllos eran los tiempos en que los coches de caballos se hallaban en pleno auge. En la actualidad son casi un recuerdo.

Esta otra foto es ya más reciente. Fué tomada en 1921 y cualquier porteño reconocería a primera vista la esquina que forman Callao y Rivadavia. Entonces el colectivo no había puesto todavía en las calles sus ansias de velocidad.

Una pista de patinaje en la avenida Alvear, ... a la juventud de 1908, desapareció para dar pas...



AIRES VIEJO

que pasa. Pero los porteños no se dan cuenta, porque ellos también van cambiando y, lo que es más, se van renovando... Por eso, las fotos de la presente nota gráfica tienen, en sus enfoques, algo de la nostalgia de lo que se va; algo de la reminiscencia de lo que fué. Como tales, y también como sugestivos contrastes que permiten apreciar el progreso de nuestra gran capital, se las brindamos aquí al lector.

El hipódromo es una institución tradicional entre los porteños. El primitivo, allá por el año 1908, se hallaba instalado en Belgrano, y esta foto antigua muestra una parte del sector popular. Han cambiado los tiempos y las modas...

He aquí una prueba de que el fútbol es, desde hace muchos años, un deporte popular en la Argentina. Este es el equipo representativo del Club Atlético Porteño, uno de los más famosos en las temporadas de 1909 y 1910.

La esquina de Florida y avenida de Mayo en el año 1921. Todo aquí, desde los edificios hasta los vehículos, y desde los vigilantes hasta los peatones, podría afirmarse que está como envuelto en la pátina del tiempo...

Palermo, que luego de cumplida su misión de divertir club River Plate. Este también se ha ido ya de allí...



Jo Ann Davis afirma que las modelos más perfectas son siempre morenas, y lo dice con conocimiento de causa... ¡Cómo que ella es morena y, por añadidura, ostenta el título de "El desnudo más artístico"!

Las reinas de

COMO prueba concluyente de que el nue
es el siglo de las especialidades, hasta en cues
nes de belleza, cada una de estas cuatro
acaba de ser elegida como la mejor modelo f
gráfica en el "Segundo concurso anual de la
ciedad de fotógrafos profesionales de Chica
Se trata, como puede verse, de dos rubias y de

★



En cuanto a Jean Dupont, la reina de las modelos de trajes de baño, dice que ella no quisiera hablar mal de las morenas, pero que hay ciertas pruebas que son definitivas. Por ejemplo, ella misma...



las modelos

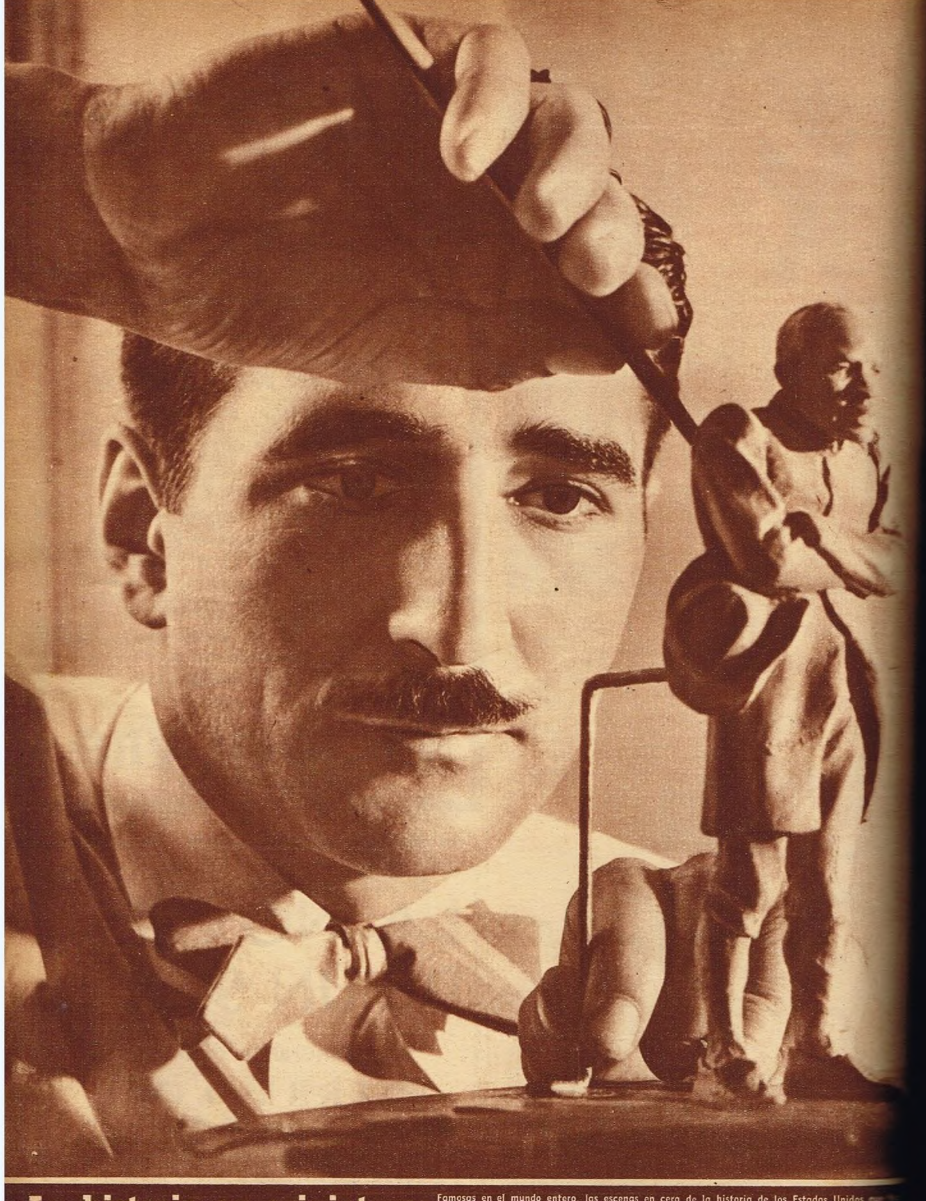
...que, muy orgullosas de sus títulos, pre- ... renovar en esta nota gráfica el viejo plei- ... hay entre unas y otras. Como nosotros, ... obvias razones que están a la vista, no ...revemos a opinar sobre tan delicada cues- ... remitimos el "expediente" a los lectores. ... se pronuncien..., si logran decidirse.

Esta foto de Teresa Goll está diciendo cuál es el título que ella conquistó en Chicago. Pero no conforme con ser la modelo de las piernas perfectas, Teresa es una morena capaz de hacer olvidar a muchas rubias.

★



Sugestiva y auténtica rubia, reconocida como la mejor modelo de ropa interior, Arlyne Henning, que así se llama esta girl, afirma, por su parte, que no hay morena capaz de disputarle el título. Y basta verla para creerlo...



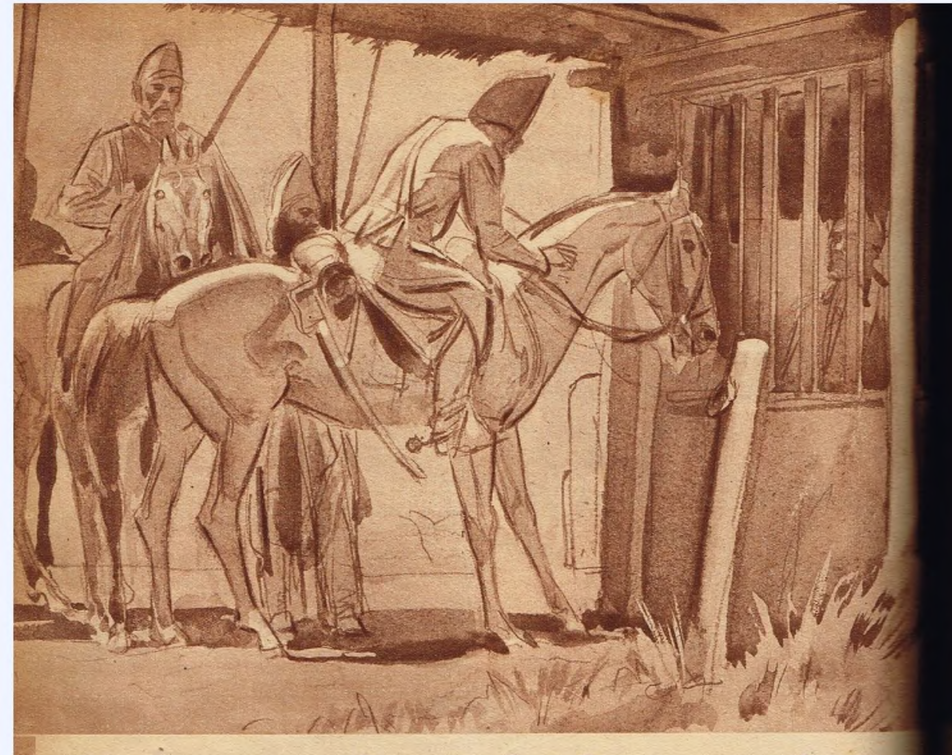
La historia en miniatura

Famosas en el mundo entero, las escenas en cera de la historia de los Estados Unidos [illegible] en el museo de la ciudad de Nueva Orleáns requieren una minuciosa y prolija prepara[illegible] de ser expuestas al público. Estas tres fotografías muestran otras tantas interesantes [illegible] la misma, desde la fabricación de cada uno de los "personajes", que se hacen en moldes de yeso, hasta la disposición rigurosamente histórica de las escenas. En [illegible] de la izquierda se ve a un operario fijando en su pedestal de alambre un muñeco ya terminado. A la derecha, arriba, puede apreciarse la forma en que se dispone [illegible]





[illegible] notable por la naturalidad de sus perso- [illegible] La fotografía de abajo, a su vez, muestra [illegible] manera se saca de su molde una de las [illegible], cuyas rugosidades serán más tarde so- [illegible] el proceso de pulido con papel de lija.



El despeñadero de los cóndores

LEYENDA CORDOBESA

por ***Raúl Bustos Berrondo***

ILUSTRACIONES DE BERNABÓ

Entre Río Ceballos y La Falda, dos puntos veraniegos de las Sierras Chicas europeizados por el afán de confort de los turistas porteños, se levanta, indomable, salvaje, primitiva, la mole de El Cuadrado.

El camino de automóviles que la cruza es áspero, pedregoso. Corre por peñascales volados con dinamita, subiendo y bajando, avanzando y retrocediendo. Se enrosca, de pronto, alrededor de un cerro, como una monstruosa serpiente abrazaría el torso de un gigante.

En lo más alto del camino el viandante se sobrecoge de repente a la vista de un abismo profundo, de cuyo misterioso fondo, tendido a centenares de metros, no se ve sino una bruma azul; pero si el viajero es suficientemente curioso y bastante avisado como para descubrir el escondido sendero de la bajada, grande y maravilloso será su deslumbramiento.

Toda la aspereza de arriba es exuberancia abajo. Los árboles cargados de frutos, el arroyo con la alegría de sus aguas cristalinas y frescas, el suelo verde sembrado de flores... El Despeñadero de los Cóndores, así llamado en el lugar desde hace más de doscientos años, pudo ser el Paraíso perdido, la tierra fértil capaz de producir manzanas que tentaran la gula de Adán.

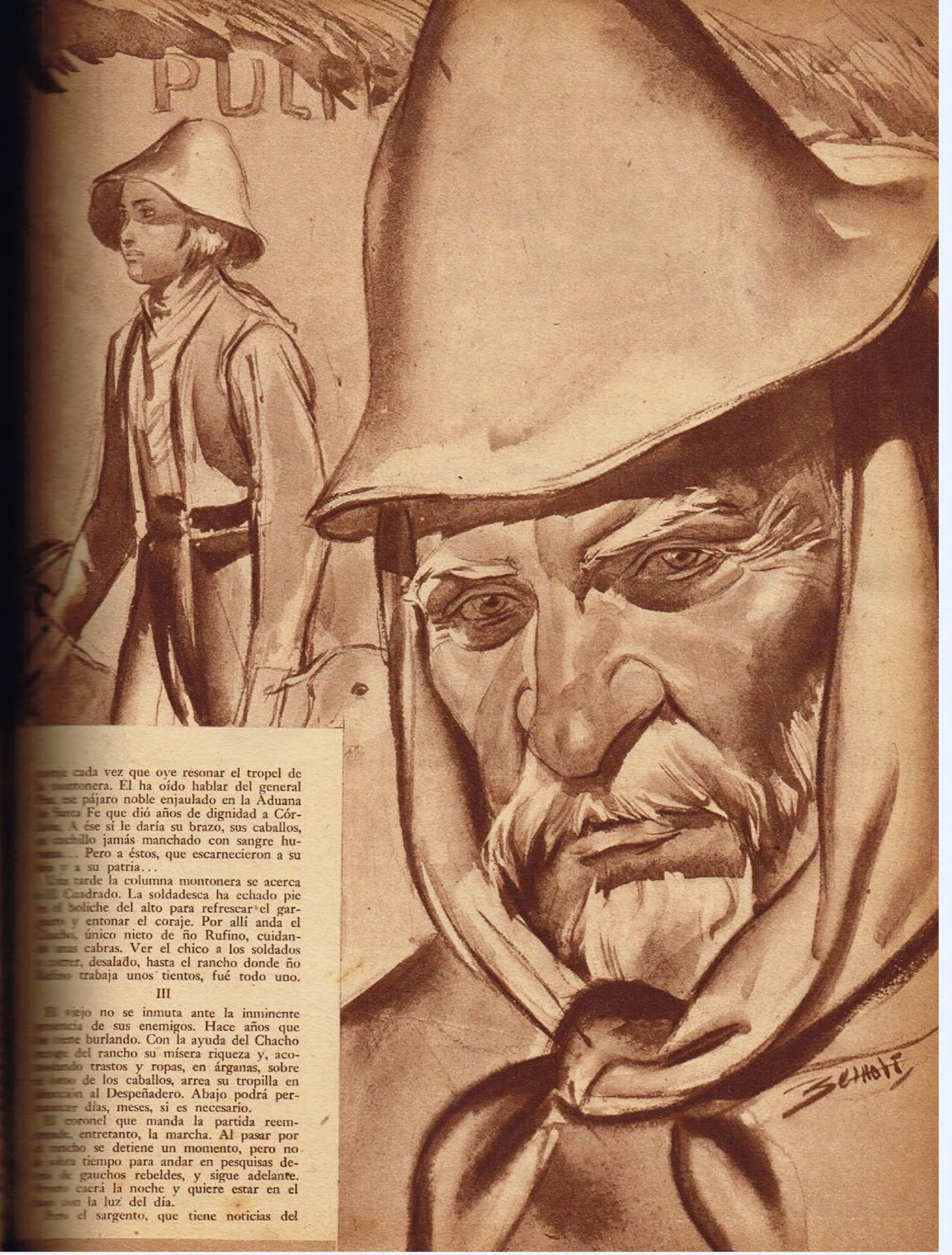
II

En el corazón mismo de El Cuadrado, junto al Despeñadero, vivía hace ya un siglo un gaucho noble bien querido en toda la extensión de la sierra: ño Rufino A...

En 1828 una partida volante de ... gobernador propietario de Córdo... sus caballos y pretendió enrol... filas. Su valiente negativa le vali... taina despiadada. Pero el tormen... de terminar ahí. Con las espaldas ... medio desfallecido, sostenido en ... ligaduras que lo mantenían ama... árbol, presenció cómo el capitán ... su hija, una niña de dieciséis años ... gaba luego a la avidez de los s...

No pudo soportar esta visión. S... Los dejaron por muertos. Al v... atado al tronco; a la niña, colgada ... de una rama del mismo árbol.

Desde entonces el viejo gaucho ...



[illegible] cada vez que oye resonar el tropel de la montonera. El ha oído hablar del general Paz, ese pájaro noble enjaulado en la Aduana de Santa Fe que dió años de dignidad a Córdoba. A ése sí le daría su brazo, sus caballos, su cuchillo jamás manchado con sangre humana... Pero a éstos, que escarnecieron a su [illegible] y a su patria...

Una tarde la columna montonera se acerca al Cuadrado. La soldadesca ha echado pie en el boliche del alto para refrescar el garguero y entonar el coraje. Por allí anda el Chacho, único nieto de ño Rufino, cuidando unas cabras. Ver el chico a los soldados y correr, desalado, hasta el rancho donde ño Rufino trabaja unos tientos, fué todo uno.

III

El viejo no se inmuta ante la inminente presencia de sus enemigos. Hace años que los viene burlando. Con la ayuda del Chacho recoge del rancho su mísera riqueza y, acomodando trastos y ropas, en árganas, sobre el lomo de los caballos, arrea su tropilla en dirección al Despeñadero. Abajo podrá permanecer días, meses, si es necesario.

El coronel que manda la partida reemprende, entretanto, la marcha. Al pasar por el rancho se detiene un momento, pero no le sobra tiempo para andar en pesquisas detrás de gauchos rebeldes, y sigue adelante. Pronto caerá la noche y quiere estar en el llano con la luz del día.

Pero el sargento, que tiene noticias del



buen pelo de la tropilla de ño Rufino Altamirano y porfía por dar con ella o sus rastros a toda costa, se queda calladito por los alrededores, sin avisar al coronel ni denunciar su maniobra.

Anda sigilosamente bordeando el abismo, hiriendo con su mirada de lince la bruma del fondo para penetrar sus secretos, cuando hete aquí que un relincho lo pone sobre la ansiada pista. Por largo rato, con más paciencia que ingenio, busca la bajada y, hallándola al fin, enfila su caballo por el sendero.

El Chacho está solo en el valle, con la tropilla y los trastos, en tanto que ño Rufino, oculto detrás de unas breñas, muy cerca del rancho, observa las andanzas del sargento. Cuando lo ve bajar al valle, lo sigue de a pie, cautelosamente.

El sargento no tarda en dar con el Chacho, que, tomado de sorpresa, no atina sino a mirar al intruso con ojos de espanto y aferrarse a las árganas en un instintivo gesto de defensa de los bienes confiados a su custodia. Aquél, mientras tanto, se acerca iracundo, con el rebenque en alto, vomitando injurias. Al hallarse junto al chico echa pie a tierra y, tomándolo bruscamente de los cabellos, se dispone a azotarlo, cuando una mano de hierro lo aferra por el cuello y lo obliga a volverse y a empuñar la daga, la daga ausente que ño Rufino, rápido y precavido, ya tiene en sus manos y esgrime con decisión.

El sargento reacciona para enfrentar a su inesperado agresor, pero ya es tarde. El pacífico gaucho se ha erguido como un gigante, se ha encrespado como una ola, y sus brazos, poseídos por una energía sobrehumana, han derribado al sargento que, ya indefenso y quieto, ve cómo la punta de la propia daga amenaza su garganta.

—¡No me mate, ño Rufino! ¡Acuérdese de su madre! — implora, espantado, con el cuerpo tembloroso y la mirada llena de miedo.

El instinto de Caín ha armado la mano del viejo gaucho, pero un relámpago de bondad cruza por su mente, deteniendo el brazo, ya lanzado para el golpe.

Matar es dura faena para quien no ha visto nunca derramada por su mano la sangre del prójimo. Está a punto de arrojar la daga, de libertar a su prisionero y de proceder conforme a Cristo, cuando otra idea atraviesa su mente. ¿Adónde correrá el sargento apenas se vea sobre sus pies y monte a caball
a buscar a sus hombres para volver en
a sangre y fuego contra éste que lo abat
su brazo y lo humilló con su perdón?

Además, ahí está el Chacho, único
su familia escarnecida, degollada, cuya
es preciso proteger a toda costa.

La alternativa es terrible, angustiosa.
el sargento o muere mañana su niet
mismo.

Con la rodilla sobre el pecho del
viendo la angustia pintada en su rostr
clamor de paz en sus ojos, la mano le
"¡Dios mío — piensa —, qué difícil es

De pronto, cierra los ojos, aprieta
tes y musita, desfallecido:

—Padre nuestro que estás en los Ciel
tificado sea el tu nombre...

Y de un solo golpe hunde la dag
garganta del sargento hasta clavar la
el duro suelo. Después, ante los oj
tados del Chacho, se pone de pie,
un tirón el arma homicida detrás
hoja brota a torrentes la sangre, y,
sobre una piedra, se pone a llorar
niño. ◈

Perfil y glosario de los relojes

Escribe Carlos L. Villalba ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



HIPODROMO

La función de este reloj es particularísima: está destinada a destruir "castillos en el aire"... Ubicado al lado del marcador oficial en el Hipódromo de Palermo, señala el instante preciso para dar la partida en las distintas carreras del programa y, al mismo tiempo, el principio del fin...

DEL SIGLO XVIII

Heredero directo del de Magdeburgo, truído por el Papa Silvestre en el año sencillo reloj de bolsillo del siglo XVIII permite vivir años que no conocimos; jas, hoy sujetas a una ley de inercia, ron las que pusieron término a esperas tiosas, fijaron valor a plazos terminantes ñalaron el punto de partida a la org nacional.

CABILDO

Encarnación del sublime idealismo de aquel pueblo de Mayo que quiso y supo ser libre, el reloj del Cabildo preside las actividades de la metrópoli potencial del presente. El bronce de su histórica campana, fundida en el crisol de la gloria, tiene sonidos de solemne consagración.

CONCEJO DELIBERANTE

Exponente elevado de la industria relojera moderna, el magnífico reloj del palacio del Concejo Deliberante luce orgullosamente blasones de privilegiado: su sonoro carillón de acentos graves y cadenciosos, cuyo eco pareciera querer decir a la ciudad, al expandirse en el espacio diluyéndose suavemente, que todo puede conquistarse, menos el tiempo perdido.

EL DE LA MUNICIPALIDAD

Del reloj municipal dependían en otros tiempos todos los relojes de las amas de casa, ya viniera el marido con otra hora llamada "exacta" o "cronométrica" y tratara de imponerla con explicaciones o con energía. Cuando el reloj de la Municipalidad cantaba una hora, no había otra. Y de éste, ¡cuántas personas, ancianas hoy, llevan su cuadrante incrustado en la retina y sus campanas sonando en sus tímpanos eternamente!

...porteños

...FOTOGRAFÍAS DE FLORENCIO ROMERO, ... Y JULIO PODESTA

La historia del reloj es casi tan antigua como la historia del mundo; se remonta a 600 años antes de Cristo, época lejana en que el hombre se sirvió del sol para medir el tiempo. El Buenos Aires de antaño y el de hogaño, los personajes de la Gran Aldea de 1810 y los de la urbe magnífica del presente, se definen en sus relojes. Muchos de ellos, con los inquietos y maravillosos mecanismos que encierran en su interior, fueron jalonando la marcha de la República hacia la culminación de su destino histórico, asistiendo como testigos impasibles a los acontecimientos más importantes de su evolución, crecimiento y progreso; algunos, generosamente inspirados, señalaron el rodar de las horas a través de las más íntimas emociones del pueblo, mientras otros asumen en la actualidad la representación de una expresión característica de la ciudad, sin faltar aquel a quien su mala suerte impidió cumplir la función para que había sido destinado.



EL DESPERTADOR

... modesto de los relojes es el ... Enemigo público número ... los dormilones, es, al mis... el amigo complaciente que ja... a los repetidos pedidos que ... Su virtud es la de ser fasti... oportuno, y la de poseer ... prueba de insultos y de golpes...

EL RELOJ DE SOL

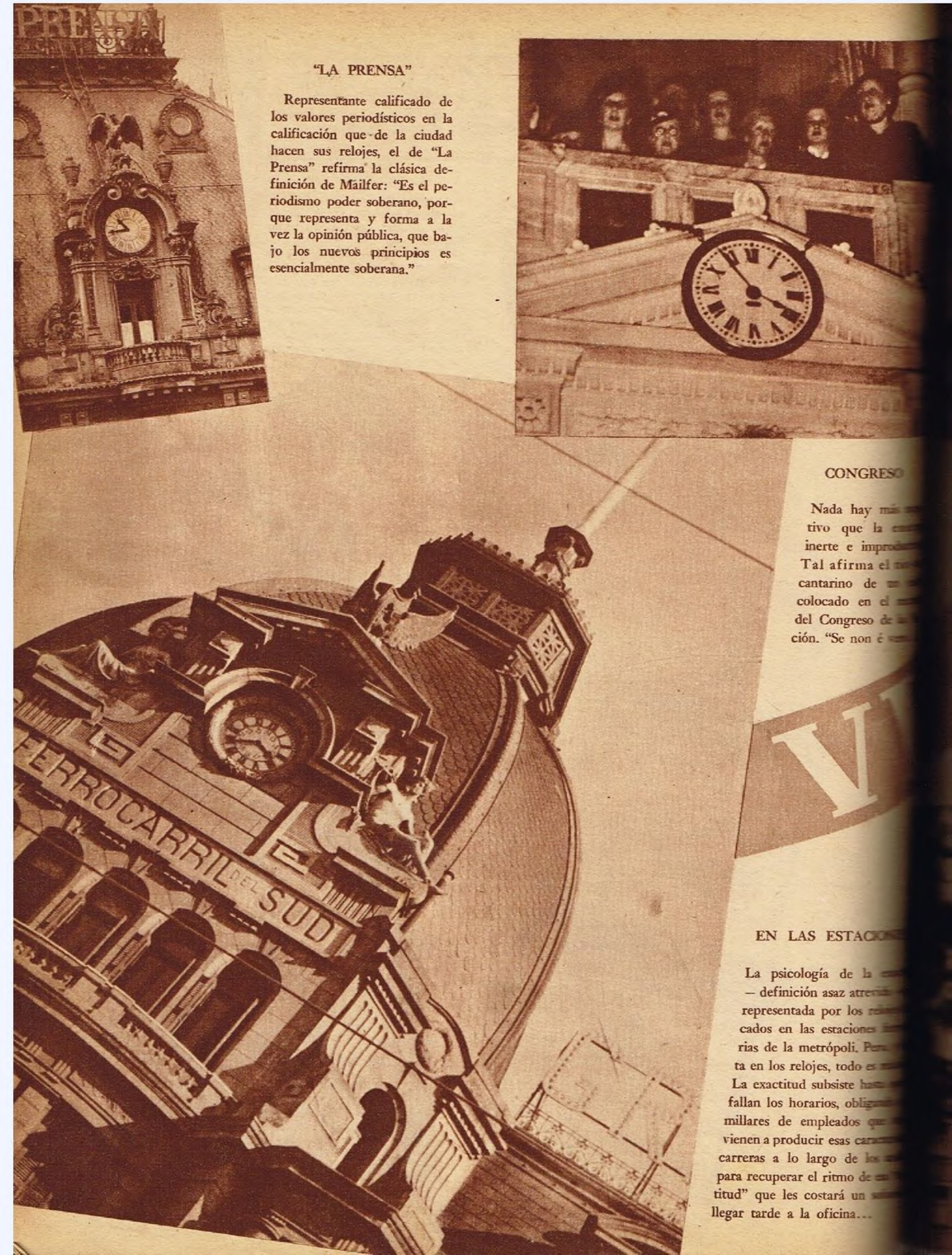
Anticipándose al de agua, que usaron los egipcios, fué el reloj de sol el primero que utilizó la humanidad, hace ya más de 2.500 años. En el presente, más que para señalar el avasallamiento de la vida que transcurre con apresuramiento, sirve como ornato de parques y jardines, en los cuales se alza como índice de una ley natural, que, sin que lo podamos remediar, nos acerca, día tras día, hacia el misterio del más allá.

... IGNACIO

... del tiempo, ... reloj de San ... la misión de ... los horarios ... del viejo Co... Nacional y las se... antiguo Con... Deliberante, en su ... la calle Perú. ... desde lo alto ... misma torre en ... colocado, ... jubilosamente ... el 26 de ... 1823, con mo... celebrarse en ... la primera ... de premios ..., dispuesto ... ministro don ... Rivadavia ... del 1º de ... mismo año.

TORRE DE LOS INGLESES

Significación grata al sentimiento del pueblo argentino tiene el reloj que corona la torre que la nación inglesa obsequió a la República Argentina al cumplirse el primer centenario de la Revolución de Mayo. La metálica vibración de sus campanas tiene la sonoridad de la voz del ilustre Canning, el estadista visionario que clamara por el reconocimiento de nuestra independencia en horas inciertas para la historia de América.



"LA PRENSA"

Representante calificado de los valores periodísticos en la calificación que de la ciudad hacen sus relojes, el de "La Prensa" refirma la clásica definición de Mailfer: "Es el periodismo poder soberano, porque representa y forma a la vez la opinión pública, que bajo los nuevos principios es esencialmente soberana."

CONGRESO

Nada hay más [illegible] tivo que la [illegible] inerte e improd[illegible] Tal afirma el [illegible] cantarino de [illegible] colocado en el [illegible] del Congreso de [illegible] ción. "Se non é [illegible]

EN LAS ESTACIO[illegible]

La psicología de la [illegible] — definición asaz atrev[illegible] representada por los [illegible] cados en las estaciones [illegible] rias de la metrópoli. Per[illegible] ta en los relojes, todo es [illegible] La exactitud subsiste has[illegible] fallan los horarios, obliga[illegible] millares de empleados qu[illegible] vienen a producir esas cara[illegible] carreras a lo largo de los [illegible] para recuperar el ritmo de [illegible] titud" que les costará un [illegible] llegar tarde a la oficina...

EL DEL PILAR

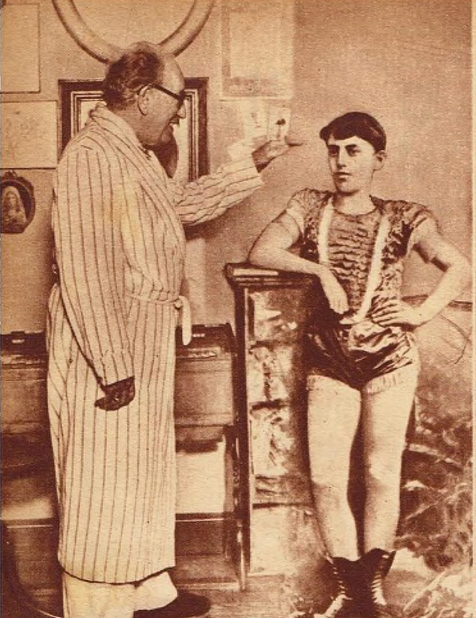
Otrora recorte inconfundible en el horizonte del cielo, allá en las afueras de la ciudad de Santa María de los Buenos Ayres, la muda lengua del viejo reloj de la iglesia del Pilar, en la Recoleta, tiene acentos añejos. Insensible a todas las emociones, a la tristeza de los recuerdos, sus manecillas siguen desgranando en la pulida esfera la brevedad de los segundos, que se convertirán rápidamente en minutos, en horas, en días, en años...

EL QUE NO DA LA HORA

Un reloj, uno de los varios relojes públicos de nuestra ciudad que nunca darán la hora, define la psicología de lo ridículo y clama, al mismo tiempo, contra la indolencia de quienes se limitan a hacer las cosas a medias, convirtiendo en adefesio lo que estaba destinado a una función de beneficio general. Se halla ubicado "en un lugar cualquiera del Municipio"...

EL QUE LA DA A MARTILLAZOS

La avenida de Mayo, mostrando un reloj ultramoderno, de sonoridades que se hacen anunciar por fornidos personajes que dan terribles martillazos a una gran campana, queda como un viejo de alma antigua y cara arrugada que se quisiera remozar poniéndose en la cabeza un "bolero" moderno y en el ojal una flor con luces de Bengala. Pero una vieja calle no está, como un hombre viejo, destinada a morir, así que el reloj ultramoderno de los fornidos hombres que dan la hora a martillazos significa en la vieja avenida un gran síntoma de rejuvenecimiento, transformación a que están destinadas todas las calles viejas de nuestra ciudad.



¿Cómo era usted cuando



DELFINA BUNGE DE GALVEZ, ENRIQUE DICKMANN, ANGELINA PAGANO Y ANTONIO PODESTA ENTREVISTAN PARA "LEOPLÁN" A LOS JOVENES QUE ERAN ELLOS CUANDO ERAN JOVENES...

Una encuesta de Tibor Sekelj

COMPOSICIONES FOTOGRAFICAS DE ANGEL CASTELLANO

HACE MUCHOS AÑOS, DESPUES DE UNA FUNCION DE CIRCO...

ANTONIO PODESTA, uno de los fundadores del teatro argentino, encontró al Antonio Podestá artista circense de dieciséis años de edad, según él nos contara, después de una función de circo. El muchacho descansaba apoyado en un tronco cerca de la carpa, vestido todavía de acróbata. Su entusiasta mirada estaba fija en la multitud que abandonaba el circo. Se sentía todo un héroe.

El otro, vestido con una "robe de chambre", como si hubiera bajado de su antigua carreta, se acercó al joven con una sonrisa bondadosa:

—¡Hola, Antoñito!, ¿cómo te va?

—Bien, gracias, señor — contesta el muchacho mirándolo sin emoción alguna.

—¡Cómo "señor"! ¿Acaso no me conoces?

Antoñito examina el rostro del viejo actor, el cabello blanco y escaso, y después dice:

—Disculpe, pero no recuerdo haberlo visto antes. ¿Quién es usted?

—¿Quién soy? Soy vos. Este..., mejor dicho, vos sos yo. ¿Entendés?... ¿No? Bueno. ¿Cómo explicártelo? Quiero decir que ambos somos la misma persona..., uno solo...

—¡Hum! Bueno..., ahora sí que empiezo a no entender nada — dice el muchacho con cierta preocupación.

—En fin, no importa. Lo comprenderás un día. Por ahora quiero felicitarte. Sos magnífico.

—¿Le parece? — pregunta Antoñito con una contenida sonrisa. Sus ojos brillaban.

Los de Antonio también. Es un brillo que disimula dos lágrimas incipientes.

—Acabo de verte en el trapecio, volando como un pájaro y saltando como un gato. Confieso que temblaba mi corazón. Pero hacés bien. Para adquirir fama hay que tener valentía. Un diario ya publicó algo...

—Lo que se refiere al diario y a la fama — interrumpe el acró a su interlocutor —, no me interesa mucho. Todo lo hago por el arte, darle al público unas horas de diversión. Y algo más. Siento afán hacia la vida aventurera. Somos así todos en la familia.

—¡Así me gusta, muchacho! Vos llegarás a algo. Ya te ima actuando para las películas...

—¿Cómo dice? ¿Qué son las "películas"?

—¿Nunca fuiste al cine?...

—¿Al cine?...

—¡Ah!, es cierto. Olvidé que estamos en el año 1884. Pero eso verás más tarde. Se van a inventar cosas maravillosas.

—No me importan los inventos. Puede ser que cambie el método, mi fin será siempre el mismo: divertir. El pueblo nos necesita. un factor de cultura. Hemos penetrado con nuestras carretas poblaciones del norte argentino, y en la Patagonia tuvimos hasta pelear con los indios...

—Conozco todo eso, amiguito, lo he vivido intensamente...

—¿Cómo? — interrumpe otra vez Antoñito, no llegando a compre a su extraño interlocutor.

—Este..., conozco tus historias, como si las hubiera vivido yo Sos valiente y buen muchacho. Seguí así, y con el tiempo llega ser..., este...; llegarás a ser...

Antonio Podestá se calla. Las palabras no quieren salir de su ganta, anudada por la emoción, y de sus ojos escapan ahora lágrimas escondidas.

—¿Qué llegaré a ser? — insiste el joven.

—Un viejo actor. Un viejo actor, rodeado de los recuerdos de vida feliz.

Y el viejo y querido actor que es hoy Antonio Podestá sonríe las mismas lágrimas traviesas, en las que tiembla esta vez el pan de su pasado.

tenía dieciséis años?





Un recuerdo es, muchas veces, un anhelo renovado o un deseo insatisfecho. Puede ser una ambición lograda. Hay quienes envejecen en edad, pero son siempre jóvenes de espíritu; existen también los que, sin ser viejos, han acumulado en sus vidas, de trayectoria breve pero múltiple e inquieta, una experiencia propia de la edad avanzada. Pero la vida suele jugarle muchas travesuras a los mortales, y, en ocasiones, puede tomar por rumbos inesperados, para llegar a destinos extraños. Por eso hemos querido interrogar a los que "ya llegaron", a los que triunfaron. Quisimos ponerlos frente a su pasada juventud, a su "yo" de dieciséis años, pujante de vida y pleno de proyectos y de entusiasmos, para preguntarles si sus triunfos de hoy se identifican con sus afanes de ayer. Desde Antoñito Podestá, que sigue haciendo cabriolas sobre el trapecio en el alma de Antonio Podestá, hasta la joven Delfina Bunge, que tuvo para Delfina Bunge de Gálvez un "además" que es como una esperanza aplazada, cada uno de nuestros entrevistados dejó entrever, al evocar a ese "yo" suyo de dieciséis años, algo íntimo de su "yo" actual, que lo refleja, quizá un poco deformado, a la distancia de los años. Son, pues, las presentes crónicas, a modo de fugaces biografías con sabor a reminiscencias de juventud. LEOPLÁN las expone hoy, en estas mismas páginas, en las que —sugestivo contraste— populares y juveniles figuras de nuestro ambiente se enfrentarán ayer con el "fantasma de su vejez". El lector puede curiosear, a través de ellas, en las siempre interesantes trayectorias de unas vidas, hoy de notoria consagración.

DELFINA BUNGE DE GALVEZ DIALOGA CON DELFINA BUNGE

DELFINA BUNGE DE GALVEZ sonríe sutilmente ante nuestra pregunta. Ella, que ha publicado ya un interesante "Viaje alrededor de mi infancia", ha pensado muchas veces en escribir otro "viaje" alrededor de su juventud. No la tomamos, pues, de sorpresa, y por eso no nos extraña su respuesta. Hela aquí:

—No es únicamente por la solicitud de LEOPLÁN que mi yo de 16 años se enfrenta con mi yo actual. No necesitan estos dos yo de una ocasión fortuita. Son muy amigos. Hasta confesaré que andan casi siempre juntos. Muchísimas cosas que entre ellos se dicen, no me las arrancaría la revista ni por medio de la tortura. Pero ya que ella se empeña en conocer algo de este diálogo casi permanente, algunas cositas le transmitiré..., las menos interesantes, por cierto.

La yo de 16 años. — ¿Cómo te sientes, después de haber vivido tanto, de haber pasado por tantas cosas?

La yo actual. — Me siento..., a ratos, demasiado joven.

La yo de 16. — ¡Demasiado joven! Yo creía que la juventud terminaba a los veinte años, o muy poquito después... Te has olvidado de lo que es la juventud.

La actual. — No *te* he olvidado. Te llevo siempre conmigo...

La de 16. — ¿Entonces?... ¿Te estarás haciendo algunas ilusiones, propias, tal vez, de la edad madura, o de la...? No me atrevo a seguir por no disgustarte... Siempre oí, sin embargo, que a tu edad sólo había desilusiones.

La actual. — ¡Tú tenías la cortedad de ilusiones propia de la primavera! De la que cree que el mundo termina con ella... Como esas novelistas francesas que tú leías, las cuales ponían el final justamente cuando todo estaba por empezar...

La de 16. — Lo mismo que tú hiciste al escribir *Viaje alrededor de mi infancia* ... "Alrededor de *mi* juventud" hubiera valido más la pena...

La actual. — De la infancia se puede hablar... como de una encarnación anterior. Pero, ¿no te das cuenta de que el solo decir; "cuando yo tenía dieciséis años", es hacer una emocionada confidencia?

La de 16. — ¡Mi edad es la más interesante!

La actual. — ¡Más interesante es la mía!

La de 16. — ¡Cuánta sabiduría, cuánta experiencia habrás adquirido!

La actual. — "Los errores de la experiencia"..., es algo que alguna vez he de escribir... ¿Sabes una cosa? Cuando hay hechos que no sé cómo juzgar, me mudo de casa. Me traslado a la tuya. Desde tus balcones ¡se veía todo tan claro! La vida no te había obligado a transigir con nada. Trato, pues, de ver las cosas por tus ojos, y el que hubiera sido tu juicio es el que adopto como el más seguro...

La de 16. — ¿De modo que de algo te sirvieron mis pensamientos?

La actual. — Son los más nuevecitos de entre los que tengo en uso...

La de 16. — ¡Cómo serás de perfecta, después de tanto tiempo! Porque me imagino que habrás seguido progresando día a día y en todo, como yo progresaba...

La actual. — ¡Hum! Te diré... A tu edad la perfección era fácil... La vida poco te exigía... Luego, las cosas se complican. Para que no me juzgues con demasiada severidad, tendría que explicarte muchas cosas... Doblemos la hoja, ¿quieres?

La de 16. — Me dejas bastante triste...

La actual. — ¡Alégrate! He escrito más de veinte libros..., ¿no te sorprende?

La de 16. — Lo que me sorprende es que no seas *además* la pianista que pensé... ¿Cómo has podido preferir lo limitado de la palabra, a lo ilimitado de la música?

La actual. — No lo preferí. Fuerza mayor...

La de 16. — ¿Qué has hecho de mi Beethoven, de mi Bach, de mi...?

La actual. — Traté de traducir sus enseñanzas a palabras...

La de 16. — ¡Qué ilusiones!

La actual. — Léeme, y verás... Aunque, la verdad, a nadie mostraría mis libros con mayor recelo que a ti... ¡Aquella entera libertad para juzgar!... Te tengo un poco de miedo...

La de 16. — Veo que la literatura te ilusiona un poco más de lo que a mí me haya ilusionado... ¿Será verdad que te has vuelto "demasiado joven... a ratos"?

ESPINAS Y FLORES EN EL CAMINO DE ANGELINA PAGANO

ANGELINA PAGANO, nuestra célebre actri[illegible] que ha divertido y enseñado al mismo tiemp[illegible] desde las tablas al público porteño, a travé[illegible] de varias décadas, participa en nuestra encuesta, con tanta naturalidad, como si nunca hubiera hecho otra cosa.

—¿Ustedes me preguntan cómo me imagin[illegible] ese encuentro? — nos dice —. Ante todo, puedo anticiparles que no necesit[illegible] imaginar mucho. A esa señorita que fuera yo a los dieciséis años, la en[illegible]cuentro muy a menudo, y paso largos ratos junto a ella, conversando com[illegible] con una buena amiga.

"La veo acercarse vestida con un traje de baile, joven y bonita, llena de voluntad y amor al arte. A veces querría aconsejarle lo que tiene qu[illegible] hacer, y cómo tiene que vivir y trabajar. Mas, al ver la pureza de su vid[illegible] y de sus sentimientos, no encuentro las verdaderas palabras, y lo único qu[illegible] puedo decir es:

"—Continúa siempre así. Es bueno el camino que has trazado para tu vida."

"Ella me mira con un dejo sentimental en sus ojos juveniles, como [illegible] quisiera decirme:

—Te agradezco, Angelina, que nunca en tu vida hayas traicionado [illegible] ideales artísticos y mis sentimientos más íntimos. Seguiste siempre el mism[illegible] camino, aunque, aparte de las flores y los laureles, tenía también much[illegible] espinas.

—¡Y cuántas! — contesto yo —. Pero hay que pasarlas por alto. A vec[illegible] es necesario olvidarse de las heridas y de los sacrificios, para tener siemp[illegible] como guía los momentos elevados del pasado y las ideas que tenemos so[illegible] lo futuro.

Y al volver de su fugaz peregrinación hacia el pasado, Angelina Pagan[illegible] la de hoy, nos mira con una sonrisa plena de indulgencia y comprensi[illegible] a través de la cual adivinamos, sin esfuerzo, la Angelina Pagano de ayer...

VIAJE AL PASADO CON UN ENCUENTRO EN VILLAGUAY

—De vez en cuando — nos cuenta el doc[illegible] ENRIQUE DICKMANN, popular líder sociali[illegible] escritor profundo y legislador prestigioso — vuelvo en mis recuerdos medio siglo atrás, p[illegible]seando por los inmensos campos entrerri[illegible] donde pasé mi infancia y mi adolescencia t[illegible]mentosa. En uno de esos viajes al pas[illegible] llegué un día caluroso de verano a las afueras de Villaguay. Hice detener [illegible] automóvil que nos conducía, para poder asistir a una escena evocativa [illegible] se desarrollaba ante nuestros ojos: un joven gaucho domaba un potro. [illegible] escena era emocionante. Se reflejaba en ella la eterna lucha entre la fu[illegible] salvaje de la naturaleza y la voluntad invencible del espíritu human[illegible] venció al final éste último. Una vez logrado su propósito, el joven se dir[illegible] hacia nosotros sobre el caballo, ahora manso como una oveja.

—Dígame, señor, ¿cómo han venido ustedes en este coche sin caball[illegible] — preguntó el muchacho secándose el sudor de la frente con el pañuel[illegible] hablando con una voz que descubría curiosidad y confusión al mismo tiem[illegible]

—Es un auto, ¿nunca pasó un auto por acá?

—¿Un qué?

—Bueno..., es un coche que anda solo cuando se lo maneja bien — [illegible]testé, no encontrando mejor explicación para salir del apuro.

El domador de potros, que no era más que un muchacho, con una mi[illegible] incrédula nos examinaba a mí y al auto, como buscando la verdad.

—Ven conmigo, te llevaré al pueblo en el coche.

El joven, que con tanta valentía se echaba sobre los potros salva[illegible] vaciló un momento ante mi ofrecimiento. Pero el afán de saber ven[illegible] todas sus dudas:

—¿Me va llevar de veras? Voy en seguida, señor. Tengo que atar al po[illegible]

Unos minutos después el auto se acercaba al pueblo levantando [illegible] de polvo detrás de nosotros. Al joven le latía con fuerza el corazó[illegible] alegría. Miraba los tornillos y botones de la máquina y preguntaba:

"—¿Para qué sirve esto?", "para qué aquello?"

Yo trataba de satisfacer su curiosidad.

—¿Parece que te interesa el auto, eh?

—Sí, me interesa todo lo que no conozco. Querría saber lo que sabe[illegible] señores; querría salir de la ignorancia en que vivimos nosotros en el cam[illegible]

Un entusiasmo enorme vibraba en sus palabras.

—La vida en la ciudad es difícil — contesté —, pero si tienes fuer[illegible] voluntad y decisión...

—Nada es imposible, señor; soy joven y lucharé.

—Adelante, amigo — dije entonces, palmeándole el hombro.

El me miró un instante con sus ojos atentos y serenos, y prosigui[illegible]

—¿Por qué me habla así, señor? Hasta ahora todos se reían de mí [illegible]do hablaba de mis planes. Usted no me parece como los demás se[illegible] ¿Por qué?

—Tal vez porque soy socialista.

—¿Qué quiere decir eso?

Otra vez me encontré en dificultades para contestarle.

—Verás... Todos somos iguales. Todos tenemos el derecho de est[illegible] de trabajar en lo que nos guste, sin explotarnos unos a los otros...

—¡Magnífico! Así lo siento yo hace mucho, pero nunca oí decir[illegible] ahora me lo dice usted, un hombre de la ciudad! — su voz temb[illegible] brillaban sus ojos de emoción.

Agregó:

—Recién me doy cuenta de que yo siempre he sido lo que usted di[illegible] ¿Cómo es la palabra?

—Socialista.

—¡Socialista!...

Mientras tanto, llegamos al pueblo. El joven bajó del coche, [illegible] despidió de nosotros. En ese momento se me ocurrió pensar que [illegible] había encontrado otro joven que tuviera pensamientos e ideales [illegible] parecidos a los míos. Lo miraba alejarse de nosotros. Y, de repe[illegible] ¡pero esa manera de caminar!, ¡esos ojos!..., y en ese momento, [illegible] un relámpago, una idea pasó por mi mente.

—¡Joven! — grité al muchacho que ya estaba en el umbral de [illegible] casita. Y cuando se dió vuelta le pregunté:

—¿Cómo te llamas?

—Enrique Dickmann — contestó él, y desapareció detrás de la pue[illegible]

—Y me di cuenta entonces de que era yo mismo aquel muchach[illegible] prendedor, enérgico, audaz e idealista que había encontrado — te[illegible] diciéndonos el doctor Enrique Dickmann, que en medio siglo de [illegible] ha permanecido fiel a su ideario y no se ha arrepentido de un[illegible] de sus travesuras juveniles. ◆



ILUSTRACIONES DE ARISTIDES RECHAIN

Una novela corta de ***Agatha Christie***

El drama de Marsdon Manov

DE AMBIENTE POLICIAL

VOLVÍA justamente de una ausencia de varios días, cuando al entrar al departamento vi que Poirot estaba haciendo sus valijas.

—Bienvenido, Hastings —me dijo a modo de saludo—. Ya pensaba que no iba a llegar a tiempo para acompañarme.

—¿Está de viaje? ¿Le han encargado algún nuevo asunto?

—Sí, pero me parece que es un trabajo tan simple que no promete gran cosa. La Northern Union Insurance Company me ha contratado para certificar la muerte de un sujeto que se había asegurado hace algunas semanas por la considerable suma de nueve millones de libras.

—¿Nueve millones? Eso es interesante.

—Parece que en el seguro hay una cláusula que estipula que si el individuo, un tal Maltravers, llega a suicidarse antes de que se cumpla el año desde que contrató la póliza, la compañía queda libre de todo compromiso, y me han encargado de que justifique la causa de su muerte. Era un hombre sano, aunque algo entrado en años, según lo certificó el médico de la compañía, y sin embargo el miércoles último, anteayer, encontraron a Maltravers muerto, en su propiedad de Marsdon Manov. Se ha establecido que sucumbió de resultas de una hemorragia interna. En realidad, el caso no tendría nada de particular; pero últimamente corrieron insistentes rumores sobre la mala situación financiera de Maltravers, y la Northern Union ha comprobado que estaba a punto de quebrar. Esto modifica un poco las cosas, como puede comprender. Maltravers estaba casado con una mujer joven y bonita y parece ser que reunió todos los fondos que pudo para contratar la póliza a favor de su mujer, y después se suicidó. Es algo que todavía se

ve a menudo en los tiempos que corremos.

Mientras conversábamos habíamos ido a la estación y tomado el tren que en esos momentos nos llevaba rápidamente en dirección a Great Eastern, la parada de Marsdon Leigh, donde no tardamos en llegar. Allí nos informaron que Marsdon Manov quedaba más o menos a un kilómetro y decidimos hacer el trayecto a pie, para respirar un poco de aire del campo.

—¿Qué es lo que piensa hacer ahora? — pregunté a mi amigo.

—Lo primero, ver al médico. Ya estoy informado de que no hay allí más que uno. En cuanto lleguemos al pueblo, nos iremos directamente a su casa.

En efecto, no bien llegamos fuimos a llamar a la puerta del doctor Ralph Bernard, que vino a abrirnos en persona. Después de decirle quiénes éramos, Poirot le expuso el motivo de nuestra visita, teniendo buen cuidado de recalcar que era obligación de las compañías aseguradoras abrir una encuesta cuando se trataba de casos como el presente.

—Por cierto..., por cierto — respondió el doctor Bernard —. Y como Maltravers era rico, debe haberse asegurado por una suma respetable, supongo.

—¿Así que, según usted, Maltravers era rico, doctor?

El médico pareció sorprendido.

—Así decían, por lo menos. Poseía dos automóviles y, además, aunque tengo entendido que Marsdon Manov no le costó demasiado cara, es una propiedad que ocasiona muchos gastos.

—Creo que en los últimos tiempos había sufrido fuertes reveses, ¿no? — preguntó Poirot, escrutando atentamente el rostro de su interlocutor.

Pero éste se contentó con mover tristemente la cabeza.

—¿De veras? Entonces ha sido una suerte para su mujer que se haya asegurado tan a tiempo. Es una señora joven y hermosa; pero da pena verla ahora. Ha sufrido un golpe terrible la pobre, y está hecha un manojo de ner
He tratado de calmarla; pero ustedes co
prenden...; poco se puede hacer en estos ca

—¿No había usted notado algo anormal
la salud de Maltravers?

—No puedo decirlo. El señor Maltrave
me ha consultado ni una sola vez.

—¿Cómo?

—Sí; según creo, era un "cristiano cien
o algo por el estilo. Cuando se sentía en
mo, esperaba que la enfermedad se fuera
sí sola.

—Bueno, pero supongo que habrá exam
do el cadáver, ¿no?

—Ciertamente.

—¿Y cuál cree usted que ha sido la
de su muerte?

—¡Oh!, no tengo la menor duda. Fué
hemorragia interna. Había un poco de
gre en su boca; pero el derrame que lo
era seguramente interno.

—¿Estaba todavía en el lugar donde
llaron, cuando usted lo vió?



—Sí. Nadie lo había tocado. Estaba tendido cerca de un pequeño monte de arbustos. Por lo que parece había salido a cazar, porque a unos metros del cadáver hallé una pequeña carabina. La hemorragia debe haber sido instantánea. Alguna úlcera de estómago, probablemente.

—¿Está bien seguro de que no lo han matado de un tiro?

—¡Señor mío!

—Discúlpeme usted —murmuró Poirot, al tiempo que el doctor nos daba con la puerta en las narices.

Cuando llegamos al castillo, fuimos recibidos por una criada a la que Poirot entregó una carta de la compañía aseguradora, dirigida a la señora de Maltravers. La criada nos hizo pasar a un pequeño salón y en seguida se retiró. Diez minutos después la puerta se abría y una joven completamente vestida de negro apareció en el umbral.

—Ustedes son los señores del seguro, sin duda —dijo apenas nos vió—. ¿Es necesario discutir esos asuntos ahora? ¿No podríamos dejarlo para más adelante?

—Valor, señora, valor. Comprenda usted que la suma considerable en que se había asegurado su esposo hace ineludibles para la compañía ciertas formalidades. Me han dado plenos poderes para que proceda; pero tenga la seguridad de que haremos todo lo posible por ahorrarle cualquier molestia. Y ahora desearía que me contara brevemente lo que sucedió el miércoles.

—Estaba cambiándome para tomar el té, cuando entró el ama de llaves. Uno de los jardineros acababa de llegar a la casa con la noticia de...

—No continúe, señora. Comprendo perfectamente. ¿Había visto usted a su esposo por la tarde?

—No; tomamos el desayuno juntos; pero después yo fuí hasta el pueblo para hacer unas compras y él salió a dar una vuelta por el parque.

—¿Con la intención de cazar, según creo?

—Sí, casi siempre llevaba la carabina, y me pareció haber oído uno o dos tiros durante la tarde.

—¿Podría ver el arma?

—Creo que está en el vestíbulo.

Fuimos hasta allí y Poirot examinó rápidamente la carabina.

—Han hecho dos disparos, al parecer —dijo—. Y ahora, señora, desearía ver..., este...

—El ama de llaves los conducirá —murmuró la joven volviendo el rostro.

Poirot subió al primer piso, guiado por la criada, mientras yo me quedaba acompañando a la viuda. En pocos minutos mi amigo estaba de vuelta.

—Sólo me resta hacerle una pregunta, señora, y en seguida nos retiramos. ¿Estaba usted al corriente de los negocios de su esposo?

—¡Oh, no! Soy muy tonta en esos asuntos.

—¡Ah! Entonces, ¿no podría usted darnos alguna indicación sobre los motivos que lo indujeron a contratar un seguro de vida tan repentinamente? Creo que antes no se le había ocurrido esa idea, si no me equivoco.

—No, señor. Hacía un año tan sólo que estábamos casados... Creo que últimamente tenía la convicción de que su fin estaba próximo. Hace poco había tenido otra hemorragia y varias veces me dijo que una segunda le sería fatal. Traté de persuadirlo de que se equivocaba, pero desgraciadamente ya ven ustedes que mi pobre Eduardo tenía razón.

Se despidió de nosotros tratando de contener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. Su aire era digno y valiente.

—Bueno, me parece que el asunto está terminado —dijo Poirot en cuanto salimos de la casa—. Nos iremos a Londres en el primer tren, porque aquí no tenemos nada que hacer. Ya le dije que era un caso sin ningún interés... Sin embargo...; no sé...

—¿Cómo?

—Hay algo que no me gusta. No alcanzo a comprender qué es, todavía; pero tengo el presentimiento de que las cosas no son lo que parecen. No, no tengo nada en concreto. Debe ser una idea mía, seguramente; pero no veo por qué motivo ese hombre se ha suicidado. ¡Bah!, de todos modos, creo que no hay veneno capaz de hacer venir la sangre a la boca... ¿Quién es ése?

Un hombre joven y de elevada estatura avanzaba a grandes pasos en nuestra dirección. Se cruzó con nosotros sin aminorar la marcha, pero de una ojeada pude ver que era de facciones regulares, y por el color bronceado del rostro deduje que debía haber pasado algún tiempo en las colonias. Viendo que uno de los jardineros lo saludaba, Poirot se le acercó para interrogarlo.

—Dígame, amigo, ¿quién es ese señor? ¿Lo conoce?

—Conocerlo, no lo conozco; pero la semana pasada estuvo de visita y pasó el día aquí. Creo que fué el martes.

—Rápido, Hastings, sigámoslo.

Dimos media vuelta y alargamos el paso para alcanzarlo. Lo vimos de lejos sobre la terraza y cortamos camino en esa dirección, para llegar justamente en el momento en que se encontraba con la joven viuda.

—¡Usted! —balbuceó ella sorprendida—. Lo creía en el mar...

—Me vi obligado a postergar el viaje —dijo el joven—, y cuando me enteré de la desgra-



cia que la aflige, me apresuré a venir para ponerme a sus órdenes. Créame que lo siento infinito, señora... Si hay algo en que pueda servirla...

En ese momento se dieron cuenta de nuestra presencia. Poirot se adelantó, explicando que había olvidado el bastón. La señora, un poco a disgusto, hizo las presentaciones. Era evidente que no se sentía cómoda. Cambiamos vanas frases de cortesía con el capitán Black, y durante la conversación supimos que se alojaba en el pueblo. Después de buscar el bastón durante un rato, Poirot se deshizo en excusas y volvimos a partir.

—Vamos a instalarnos en el pueblo y esperar el regreso de nuestro amigo el capitán —me dijo, mientras atravesábamos los jardines.

—¡Pero, cómo!, ¿no les dijo que nos marchábamos en el primer tren?

—Sí, eso es lo que quiero que ellos crean. ¿No se fijó en la cara de la señora cuando se encontró con el capitán? ¿No? Se veía bien a las claras que estaba sorprendida. En cuanto a ese mozo Black, no me gusta su facha; tiene un aire que no me agrada. Hum...; sí, decididamente no me agrada. ¿Qué dice usted? Y además estaba aquí el martes, el día anterior al de la muerte de Maltravers. Puede ser una coincidencia... y puede no serla.

❦ ❦ ❦

Nos instalamos en el hotel donde se alojaba el capitán, y media hora después lo vimos llegar. Poirot se adelantó a su encuentro y en seguida subimos los tres a un cuarto reservado de antemano. En pocas palabras Poirot puso al capitán al corriente de nuestra misión.

—No deseo otra cosa que poder ayudarlos en algo, señores, pero, desgraciadamente, no veo en qué — dijo.

—¿Qué día llegó usted aquí?

—El martes a la tarde, y como mi barco salía de Tilbury el miércoles por la mañana, partí de la casa al amanecer. Después, como me habrá oído explicarle a la señora de Maltravers, tuve que postergar el viaje.

—¿Podría decirme sobre qué versó la conversación el martes, durante la cena?

—¡Caramba!..., no recuerdo bien. Hablamos de varias cosas... Según creo, Maltravers me pidió noticias de mis parientes; conversamos de política y la señora me hizo una cantidad de preguntas sobre el Africa. Creo que conté también una o dos historias de caza.

—Si me permite, quisiera tentar una pequeña experiencia. Usted me ha dicho las cosas que recuerda, evidentemente. Desearía ahora interrogar a su subconsciente.

El capitán dió muestras de inquietud.

—¡Pero, cómo!, ¿cree usted en el psicoanálisis?

—¡Oh!, es una simpleza — dijo Poirot como quitándole importancia —, pero me agradaría ensayar... Vamos a ver. Yo le diré algunas palabras y usted contestará la primera que se le ocurra, ¿estamos?

—Si usted se empeña...

—Hastings, hágame el favor de tomar nota. Empecemos: día.

Hubo una breve pausa y Black contestó:

—Noche.
—Nombre.
—Lugar.
—Bernard.
—Shaw.
—Martes.
—Cena.
—Viaje.
—Vapor.
—País.
—Uganda.
—Historia.
—Leones.
—Carabina.
—Parque.
—Bala.
—Suicidio.
—Elefante.
—Defensa.
—Dinero.
—Notario.

—Bien, muchas gracias, capitán Black. ¿Podría concederme cinco minutos, dentro de media hora?

—¡Desde luego!

—Y ahora, Hastings — dijo Poirot cuando la puerta se cerró tras el capitán —, me imagino que lo sabe todo, ¿no?

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Cómo! Esta lista de palabras, ¿no le dice nada?

La recorrí con la vista varias veces y moví negativamente la cabeza.

—Lo voy a ayudar un poco. Por de pronto, Black contestó en forma normal y sin hacer pausas. Podemos asegurar entonces que no tiene nada que ocultar. Sus respuestas de "noche" a "día" y de "lugar" a "nombre", son asociaciones normales. En seguida dije "Bernard", lo que lo hubiera hecho pensar en el médico del pueblo, en caso de haberlo visto. Pero su respuesta indica que no es así. Por la conversación que tuvimos respondió "cena", cuando le dije "martes"; pero después "viaje" y "país" tuvieron como respuesta "vapor" y "Uganda", lo que demuestra que lo que ocupaba su mente era el viaje a las colonias, y no algo que hubiera venido a hacer aquí. Cuando dije "historia", respondió "leones", a causa de las historias de caza que estuvo contando a los Maltravers. A la palabra "carabina" respondió "parque" de un modo mecánico; pero cuando dije "bala", en seguida respondió "suicidio". La asociación de ideas está netamente establecida: Un hombre que él conoce se ha suicidado en alguna parte de un parque con una carabina. Partiendo de ese principio deduzco que su espíritu está todavía absorbido por las anécdotas de caza que contó durante la cena. Pienso que estará usted de acuerdo conmigo si opino que tendré probabilidades de saber por lo menos gran parte de la verdad, si le pido al capitán Black que me cuente la historia del crimen que relató el martes por la noche durante la cena.

Cuando lo interrogamos, el capitán, en lugar de turbarse, respondió con franqueza.

—Efectivamente, el martes conté a los Maltravers una historia policial. Se trataba de un individuo que se suicidó en una granja, pegándose un tiro con una carabina. Había introducido el caño del arma en la boca, y como la bala se alojó en el cerebro, los médicos se vieron perplejos para diagnosticar la muerte, ya que el sujeto no presentaba ninguna herida aparente, sino tan sólo un poco de sangre en la boca. Pero no me explico qué tiene esto que ver...

—No se alarme usted, mi estimado capitán. El hecho de que haya contado esa historia no modifica en absoluto las cosas. Ahora es necesario que telefonee a Londres.

La comunicación de Poirot fué larga, y cuando salió de la cabina telef vi que tenía un aire sumamente pensativo. la tarde dijo que necesitaba meditar y a pasearse solo por el campo. A las siete taba de vuelta, y me dijo que no tenía remedio que decirle la verdad a la señora Maltravers.

Nuestra entrevista con la joven fué demás penosa. Se rehusaba enérgicame creer lo que Poirot le insinuaba, y cuando renunció por fin a convencerla, fué pres una crisis de nervios, que terminó en un rrente de lágrimas.

El examen del cadáver transformó inm tamente en certeza la hipótesis de P Maltravers se había suicidado dispar una bala en el cráneo. Mi amigo estaba apenado a causa de la joven; pero, ¡qué se a hacer! En el momento de las despedi dijo muy dulcemente:

—Señora, usted deberá saber mejor que die que los suicidas no mueren, en rea

—Así me lo han dicho. Pero usted no en los espíritus, ¿verdad?

—Verdaderamente, no sé qué decirle, ra. Pero créame que he asistido a algun periencias bien extrañas. ¿Es cierto que casa está embrujada, como dicen en el p

Ella hizo un signo de asentimiento, y mismo instante el ama de llaves vino a ciar que la cena estaba servida.

—No se irán ustedes sin tomar alguna — dijo entonces la joven.

—Aceptamos espontáneamente, y p parte me felicitaba, pensando que presencia le ayudaría a disipar sus ideas.

Acabábamos justamente de tomar la cuando un grito desgarrador, seguido de do de platos rotos, resonó detrás de la p Nos levantamos de un salto. El ama de apareció en el quicio, oprimiéndose el con ambas manos.

—¡Señora! ¡Señora!... Acabo de v hombre, allá en el corredor.

Poirot se precipitó en esa dirección.

—No hay absolutamente nadie — dijo, do volvió al cabo de un instante.

—¿Está seguro, señor? — preguntó mente la fámula —. ¡Oh!, me he lleva susto horrible.

—Pero, ¿por qué?

—He creído... ¡he creído que era el Hubiera jurado que era él.

La señora Maltravers se sobresaltó tamente y yo me puse a pensar en es superstición que dice que los suicidas den reposar en paz. Ella también había el mismo pensamiento, estoy seguro, un minuto después asió el brazo de lanzando un grito de terror.

—¿No oyeron? ¿Esos tres golpes en tana? Así era como golpeaba él cuan corría la casa.

—No es nada — dije yo —, son las ra el viento golpea contra los vidrios.

Pero el miedo había hecho presa otros. El ama de llaves estaba comple aterrorizada, y cuando terminó de lev mesa, la señora de Maltravers rogó a que no nos marcháramos todavía. Se aun la idea de quedarse ponía enferma. Pasamos a queño salón. El viento e vez más fuerte y gemía de do que se nos antojaba en torno de la gran casa. de esas la puerta se abrió do a la violencia del vie puso a girar sobre sus produciendo discordantes dos. La joven, loca de te arrojó en mis brazos.



—¡Ah!, pero esa puerta brujada — dijo Poirot, y



cerrarla, dándole dos vueltas a la llave.

—¡No, no, no haga eso! —gimió ella—. Si se abriera ahora...

No había terminado de hablar cuando lo imposible se realizó: la puerta, cerrada con llave, se volvió a abrir, lentamente, por tercera vez. Desde el lugar en que yo estaba me era imposible ver el vestíbulo; pero la señora se había sentado exactamente frente a la puerta. Se volvió hacia mi amigo, dando un grito desgarrante.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¿Lo vió?...

—¡Oh, no! No he visto nada. Usted no se siente bien.

Sin que nada lo hiciera prever, las luces vacilaron y se apagaron. En la oscuridad tres golpes fuertes y sonoros se dejaron oír contra la ventana. La señora gemía, desde el fondo de su alma aterrorizada.

Y entonces, de súbito, estuvo ante nosotros la visión.

El cadáver que yo había visto arriba, tendido sobre una cama, estaba allí, parado, encarándonos, aureolado por una especie de halo luminoso. Tenía sangre en la comisura de los labios y su mano derecha se tendía recta hacia nosotros. En un momento dado tuve la impresión de que una luz muy viva se escapaba de su cuerpo y pasando entre Poirot y yo, iba a caer sobre la viuda. Esta, con los ojos desorbitados y el rostro blanco como una sábana, fué a caer exangüe sobre un sillón en que había estado sentada.

—¡Dios mío! —gritó Poirot—. ¡Mire! Tiene sangre en la mano. ¡Está llena de sangre!

—¡Sangre! —gritó ella con una voz irreconocible—. ¡Oh! Sangre... Sí, yo lo maté..., fuí quien lo mató. ¡Sálvenme!... ¡Socorro!... ¡No dejen que se me acerque!

—¡A ver! ¡Luz! —reclamó imperiosamente Poirot.

Como por encanto, todas las luces se encendieron de golpe.

—Y bien —dijo mi amigo—, ¿comprende usted, Hastings? ¿Y usted, Everett? Ah..., a propósito, permítame que le presente al señor Everett, el actor. Vino de Londres en el tren de la tarde. Ha representado su papel a la perfección, ¿eh? Una linterna y la fosforescencia necesaria fué todo lo que utilizó para producir el efecto. Si va a ver a la viuda, Hastings, no le toque las manos. Están manchadas de pintura. Cuando se apagó la luz, yo me encargué de eso. Bueno, apurémonos, si no queremos perder el tren. El inspector Japp, está ahí afuera. No se habrá divertido mucho con el tiempo que hace; pero, en fin, se desquitó golpeando en la ventana de cuando en cuando.

Mientras el tren nos llevaba rápidamente en dirección a Londres, Poirot volvió a tomar la palabra.

—Desde el principio comprendí que el asunto no era tan sencillo como se presentaba. Después tuve la certeza de que podían haber ocurrido dos cosas: O bien Maltravers vió en la historia que le contó Black un ingenioso medio de suicidarse, o bien la mujer, que también la había escuchado, vió asimismo en ella un ingenioso medio de... asesinarlo. Al cabo de mucho pensar llegué a la conclusión de que la segunda hipótesis era la verdadera, porque en caso de suicidarse, Maltravers, por la posición del arma con el caño introducido en su boca, tenía necesariamente que apretar el gatillo con los dedos del pie. De modo que cuando comprobé que el cadáver apareció calzado, ya no dudé más. Este detalle, que se le escapó a la viuda, fué el que la perdió.

—Sin embargo —dije yo—, hay algunas cosas que no entiendo.

—Bien. Retrocedamos al principio del asunto. Estamos en presencia de una mujer astuta e intrigante, que sabe que su marido está a punto de arruinarse. No es descabellado pensar que esta mujer, joven y bonita, se ha casado por interés. Entonces, ¿qué hace? Lo incita a sacar un seguro de vida por una suma elevada, y después se pone a pensar la manera de eliminarlo. Una casualidad se la suministra: el extraño relato hecho por Black. Al día siguiente, persuadida de que el capitán se encuentra en esos momentos en alta mar, conversa con su marido sobre la historia y le dice más o menos, "esa historia que nos ha contado el capitán es bien extraña, ¿no te parece? ¿Crees sinceramente que alguien se puede matar de ese modo? ¿Sí? Bueno, haz el favor de hacerme ver cómo". Y cuando el pobre imbécil hizo la demostración que ella le pedía, apretó el gatillo, en el momento en que se introducía el caño en la boca. ❖



LA ARGENTINA NECESITA

EL PROBLEMA DE LA FALTA DE BODEGAS - NOS DICE EL MINISTRO DE AGRICULTURA, Dr. AMADEO Y VIDELA - NO ES SOLAMENTE NUESTRO, PORQUE SI BIEN NOSOTROS NECESITAMOS DAR SALIDA A NUESTROS PRODUCTOS BASICOS, TAMBIEN ESTA EN LA CONVENIENCIA DE LOS PAISES COMPRADORES EL PROVEERSE DE ELLOS

Lo entrevista **Leoncio Sáez Alonso** ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ES ya del dominio público el grave problema creado a la economía nacional por la falta de bodegas para la exportación, problema que, por otra parte, tiene amplia resonancia mundial. La incautación de buques de bandera extranjera, en algunos países de América, y la alarmante desvalorización del maíz, convertido en combustible de ínfimo precio, en la Argentina, son tan sólo dos de las múltiples situaciones creadas, que dan idea de la magnitud de esa encrucijada económica, cuyas raíces abarcan desde el campo político hasta el económicò. En nuestro país, esencialmente agrícola y ganadero, el problema debe ser encarado, por exclusivo, desde ese último punto de vista. LEOPLÁN, pulsando las inquietudes locales del momento, ha entrevistado al señor ministro de Agricultura para requerir su autorizada opinión al respecto. El doctor Daniel Amadeo y Videla, distinguido hombre de Estado, vastamente conocido y vinculado en las esferas políticas y sociales del país, ha enfocado el delicado problema, encarándolo "con el espíritu esencialmente práctico que caracteriza a los hombres de gobierno".

Es pues su opinión, que gravita en las esferas económicas de la nación con la fuerza que le confieren sus altas funciones y sus profundos conocimientos personales en la materia, la que se expone en el presente reportaje, que iniciamos con la siguiente pregunta:

UN GRAVE PROBLEMA NACIONAL

—Con respecto a su producción agrícola y ganadera, ¿qué situación económica le está reservada al país en sus mercados extranjeros?

—La carencia de una marina mercante propia — empieza diciéndonos el ministro — crea en los momentos actuales un problema inmediato, cuya gravedad es evidente. El Poder Ejecutivo ha puesto en movimiento todos los resortes a su alcance para hallarle una solución, y ya la prensa diaria ha tenido conocimiento de los esfuerzos que se realizan.

"El problema no es solamente nuestro; si bien a la República Argentina le es necesario dar salida a sus productos básicos, no es menos cierto que está en la conveniencia de los países compradores proveerse de ellos. De ahí que los esfuerzos sean mutuos y se pueda esperar con fundado optimismo que las dificultades han de zanjarse.

"Por otra parte, los estudios pertinentes — tanto para encontrar remedio al problema de las exportaciones, como para crear una marina mercante — se hallan tan adelantados que sólo esperan el instante propicio para ponerse en ejecución. No hay duda de que el problema es intrincado y que los intereses a coordinar son vastos; pero tampoco puede haberla de que el camino andado es mucho y que ha de hallarse la solución dentro del espíritu esencialmente práctico que caracteriza a los hombres de gobierno".

LA SOLUCION DEL PROBLEMA

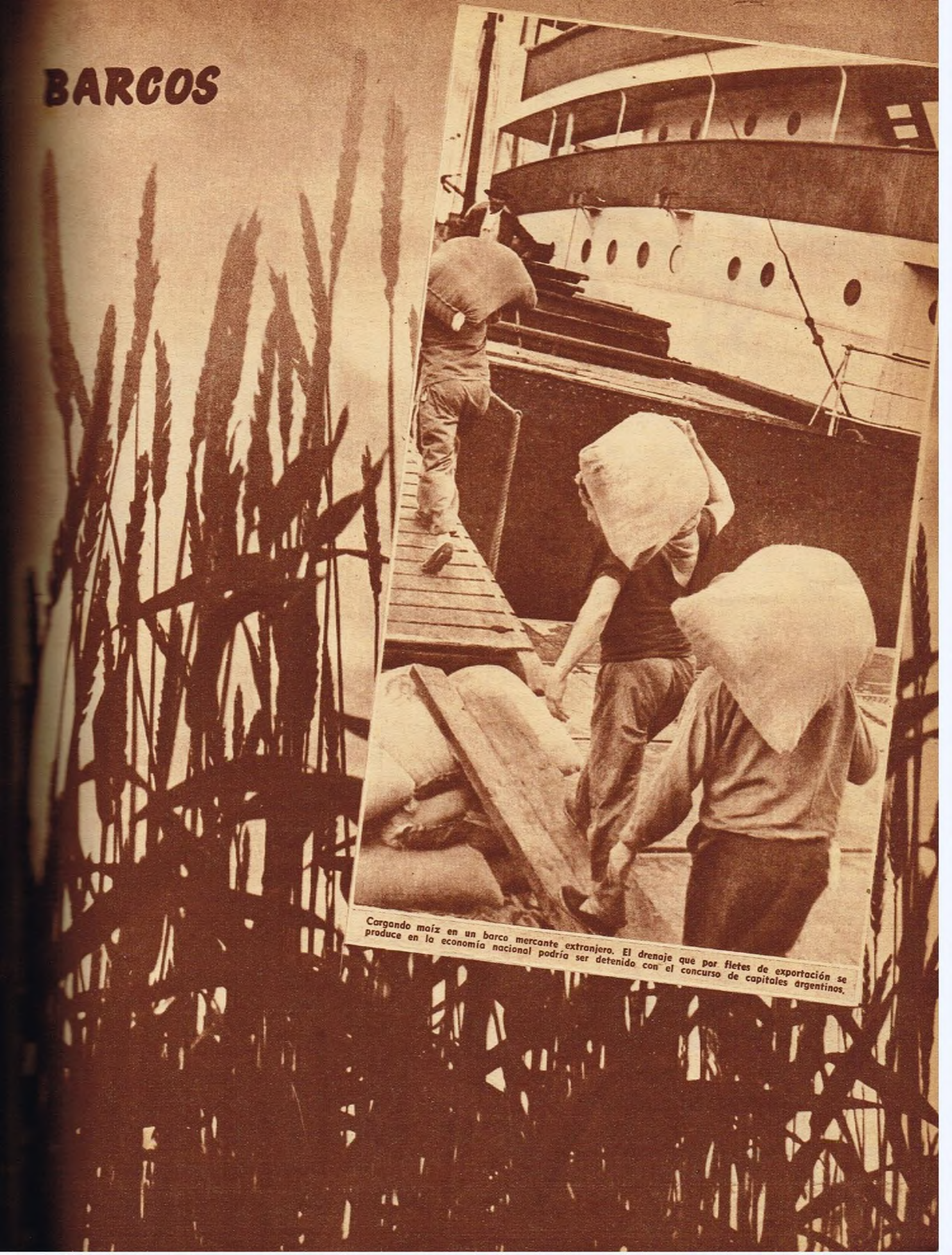
—Y en esta crítica situación que atravesamos, sin poder abastecer a nuestros compradores de Europa por razones del bloqueo, ni a los mercados de América por la falta de bodegas, ¿qué resoluciones solventes tiene el gobierno de la nación para aliviar la depresión económica?

El doctor Amadeo y Videla medita un instante, y luego contesta discriminando los puntos:



El señor ministro de Agricultura de la Nación, doctor Daniel Amadeo y Videla, conversando con nuestro colaborador sobre los problemas expuestos en este reportaje.

BARCOS



Cargando maíz en un barco mercante extranjero. El drenaje que por fletes de exportación se produce en la economía nacional podría ser detenido con el concurso de capitales argentinos.



Una escena antes muy común en el puerto de Buenos Aires: el embarque de reses congeladas con destino a mercados extranjeros. Hoy la exportación atraviesa por una época verdaderamente crítica, debido a la falta de bodegas.

—La situación de los países europeos con respecto a nuestras exportaciones es muy distinta a la de nuestros hermanos de América. Aquellos son mercados tradicionales, que conocen la alta calidad de los productos argentinos, que tienen hecho el paladar a nuestras carnes, y que están habituados a nuestras normas comerciales. América, en cambio, es un vasto mercado en potencia, de cuya importancia no se ha tenido idea hasta el presente.

"Pero tampoco ha sido descuidado. Las relaciones comerciales con todas las repúblicas de América son fruto de la natural amistad que nos debemos entre hermanos de continente, pero ellas han sido afianzadas en el reconocimiento mutuo de lo mucho que puede hacerse aún para lograr el máximo compatible con la realidad económica actual.

"El Poder Ejecutivo vela constantemente para que el acrecentamiento del comercio interamericano sea, como lo es, una realidad tangible. La creación reciente del Comité de Exportación y de Estímulo Comercial e Industrial lo testimonia palmariamente, así como las investigaciones que ha realizado previamente para lograr la más rápida eficiencia de sus servicios.

"El plan a llevarse a cabo es grande, pero ha sido concebido dentro de las etapas normales que han de llevarlo al éxito. Es necesario que nuestros hermanos de América conozcan nuestra variada producción, nuestras modalidades de venta; en una palabra, las características típicas del mercado argentino.

"Nuestros técnicos recorrerán el continente para ese fin, para que se allanen las dificultades, para que, en una palabra, se tenga la noción más fiel de la capacidad nacional y de nuestras posibilidades. Esta será la forma más certera de solucionar los problemas planteados por nuestra producción".

UNA OPORTUNIDAD MAS PARA EL CAPITAL

El capital tiene su escuela en los negocios: en el ganar y en el perder, en el riesgo y en el triunfo. Esta gimnasia — que

enseñanza — la practica sólo una minoría entre los hombres de fortuna. Por eso los avances de la industria en general son lentos, aunque tengan el atractivo que encierra la siguiente pregunta:

—¿Si el capital privado, supiera que en la exportación ganadera y agrícola se invirtió en un año la cifra de 400 millones de pesos, continuaría en la misma actitud?

—El capital privado se halla siempre dispuesto a la inversión segura y remunerativa. Cuando ambos aspectos se complementan, los fondos acuden prontamente.

"Pero ese no es el problema actual. Los buques de bandera extranjera representan un drenaje considerable a la economía del pais, pero prestan un servicio eficiente que, por razones de emergencia — como lo es la actual contienda europea — hacen peligrar. La formación de una flota es un problema arduo que no puede ser motivo de improvisaciones, como no lo ha sido en los países que la poseen.

"En lo que respecta a la República Argentina, no debe olvidarse que la evolución, que hoy da sus frutos en tantos aspectos de la economía nacional, ha sido excluyente para muchos otros. No es posible alcanzar la cúspide sin haber echado antes las bases.

"Con toda seguridad puede afirmarse que en cuanto la marina mercante argentina colme los límites de una simple aspiración, el capital privado acudirá presuroso.

"En el momento presente, los capitalistas también están dispuestos, pero carecen todavía de la orientación



La Argentina necesita con urgencia barcos mercantes como éste, para estimular su comercio con el exterior.

que, paulatinamente, el gobierno les está inculcando".

LA ESPERANZA DE LOS CONSTRUCTORES NAVALES ARGENTINOS

En un astillero argentino vimos un día la proa arrogante de un buque pesquero elevarse como un símbolo de la voluntad, venciendo dificultades. Ello nos sugirió nuestra última pregunta:

—Siendo las construcciones navales industrias de especialización, cuya independencia y liberación de la protección extranjera debe hacerse aún a costa de sacrificios, a fin de evitar que ambas marinas estén a merced de los acontecimientos que sufran las naciones constructoras, ¿cree usted que los esfuerzos de esa rama deben estar favorecidos por el gobierno de la nación?

—Todo esfuerzo que se haga en pro de una marina mercante propia es loable. La magnitud del esfuerzo no puede ser medida "a priori", y la forma de llevarlo a cabo es materia de profundos estudios por los organismos especializados

"Ayuda, por otra parte, no falta nunca a ninguna industria noble, y en tal sentido, el ministerio de Agricultura de la Nación posee los organismos adecuados para dictaminar en cada caso en particular. En tal forma, el estudio integral de los problemas que afectan a la economía del país determina, con el rigor de la más absoluta honestidad en la investigación, cuál es la manera más segura, equitativa y perdurable de fomentar una determinada actividad. Ese es el estado actual en que se encuentra la industria naval".

Tales son los conceptos vertidos por el señor ministro de Agricultura de la Nación, doctor Daniel Amadeo y Videla. A través de ellos puede apreciarse claramente la solución de esa crisis cuya complejidad y vasta repercusión económica obligan a proceder con forzosa lentitud. Pero el problema está planteado, y se puede decir que la formación de una marina mercante nacional es algo más que un anhelo popular.

Andanzas de un pintor

FASCINADO POR LOS MISTERIOS DE LAS SELVAS AFRICANAS, EL ARTISTA INGLES TOMAS BAINES ABANDONO LOS HALAGOS DE LA FORTUNA Y DE LA FAMA PARA VIVIR ENTRE MATABELES Y ZULUES DRAMATICAS AVENTURAS



Las cataratas de Victoria fueron visitadas por Baines siete años antes de que Livingstone se atribuyera su descubrimiento. Este cuadro del mencionado explorador Baines da cuenta de ello.

Uno de los más extraordinarios ritos que ha presenciado Tomás Baines durante su estada entre los matabeles. Las mujeres de la tribu ejecutan sus danzas alrededor de un gorila muerto.

VIDA intrépida y aventurera, si las hay, la de Tomás Baines, explorador, pintor, soldado y cazador, cuyas correrías por el [illegible] de las selvas africanas constituyen una de las páginas más audaces e increíbles de la conquista del continente negro.

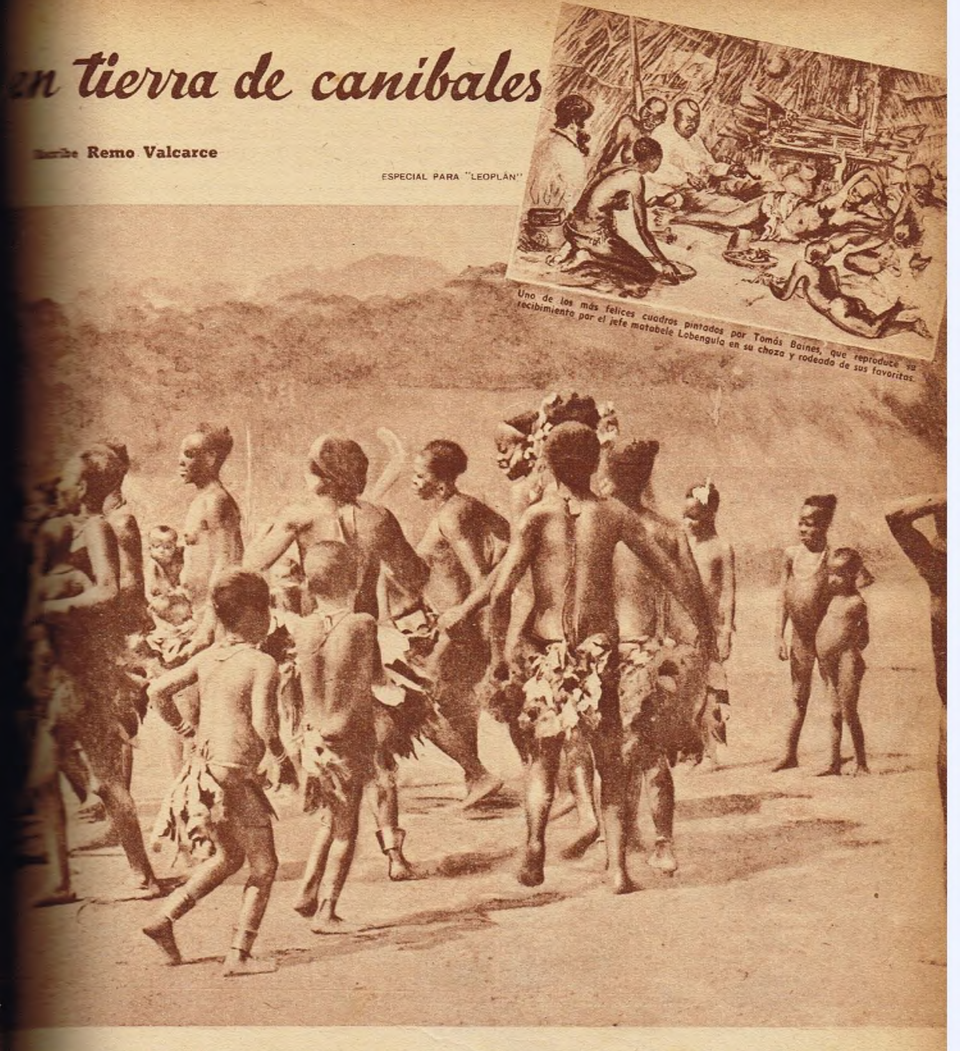
Hijo y nieto de marinos, sus aficiones lo llevaron al mar desde temprana edad. Navegó durante algún tiempo, y en [illegible] a los veinte años, las llanuras de Australia, primero, y las selvas impenetrables de Borneo, después, fueron testigos de la insaciable [illegible] de aventuras de aquel joven, que, ávido de emociones, iba adentrándose en el corazón de esas regiones todavía vírgenes de la [illegible] del hombre blanco. Mientras tanto, el artista se manifestaba en él, modelando una personalidad extraordinariamente vigorosa, que [illegible] dejando estampadas en la tela, que llevaba al hombro junto a su fusil de caza, panoramas de estupenda belleza y salvaje [illegible] copiados de esas regiones maravillosas.

Pero ninguna de las tierras que visitó, ni Australia, ni Borneo, ni las numerosas islas y puertos a que arribara en su errante [illegible] de marino, lograron retenerlo. Africa, salvaje, desconocida y amenazadora, ejercía una fascinante atracción en el joven artista [illegible] soñaba con adentrarse en las profundidades de la selva de ese vasto continente, más lejos que ningún otro hombre blanco lo [illegible] para descubrir la verdad acerca de las fantásticas leyendas que por entonces circulaban, de hombres de cabellera blanca, de [illegible]

...n tierra de canibales

Escribe **Remo Valcarce**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Uno de los más felices cuadros pintados por Tomás Baines, que reproduce su recibimiento por el jefe matabele Lobengula en su choza y rodeado de sus favoritas.

... incomparable belleza y de fieras desconocidas y terribles. Así fué cómo a los veintiocho años de edad, en 1848, pisó por primera vez tierra africana. Su emoción era enorme; se hallaba a las puertas de la aventura y del misterio, pero carecía de medios para organizar una expedición, y durante algún tiempo tuvo que dedicarse a pintar paisajes y motivos de la costa, que luego vendía o enviaba, en ocasiones, a los periódicos ingleses, acompañados de notas y descripciones. Por fin, en junio de ese año, el general ... Somerset, que lo encontró en Grahamstown, le propuso unirse a su 74º cuerpo de ejército de Highlanders, que iba a intentar la conquista de Africa del Sur.

El día 22 partieron para la gran aventura, y poco después, ya en plena selva hostil y desconocida, Baines veía asombrado cómo los salvajes, invisibles en sus escondites, diezmaban a aquellos veteranos y aguerridos soldados, cuyas tácticas de guerra no se ... con la naturaleza del terreno. Avanzaban en fila, de frente, con sus rojos y blancos uniformes, e iban cayendo uno a uno, sin poder siquiera defenderse, porque no lograban descubrir a sus enemigos, ocultos en la maleza. La caballería era un arma inútil, y los caballos comenzaron bien pronto a morir, víctimas de las pestes y del clima. Baines estampó muchos de esos cuadros en la tela, y recogió allí una valiosísima experiencia, mientras, en el curso de la expedición, daba rienda suelta a su pasión por la caza.

Más tarde realizó, ya por su cuenta, una expedición hacia el norte, llegando a las cataratas de Victoria, siete años antes de que



La caza del rinoceronte blanco por los negros, en plena selva africana. Otra tela de Baines que refleja el escenario salvaje donde se desarrollaron sus expediciones.

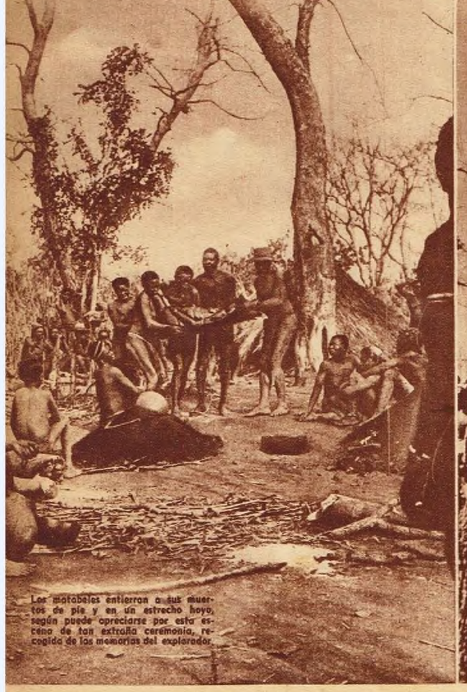
Livingstone se atribuyera su descubrimiento. Los cuadros pintados por él, y que figuran hoy entre las piezas más valiosas del museo Gubbins, así lo atestiguan, sin lugar a dudas. En esa época comenzó a cimentarse su fama de gran cazador, entre las tribus negras que visitaba en el curso de sus correrías, que lo bautizaron con el nombre de Bunguam.

Pero fué tres años más tarde cuando Baines corrió su más grande aventura africana, al internarse en el país de los matabeles, un grupo de zulúes que, capitaneados por Maselikatse, se había separado años antes de su tribu, tiranizada por el jefe Chaka.

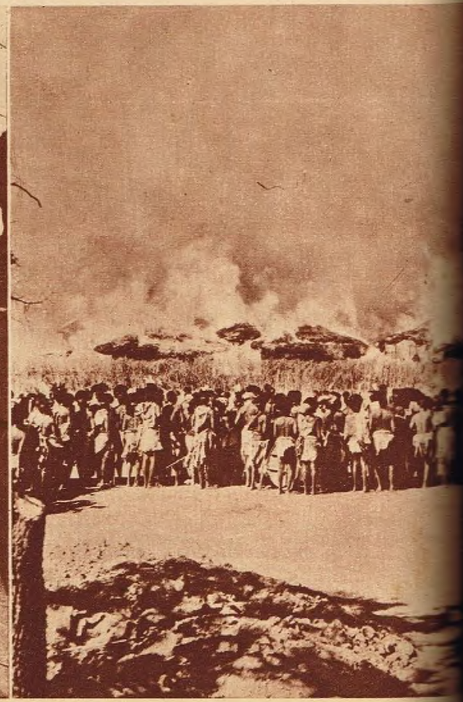
Baines llegó a la región justamente cuando Umsloopokas se hallaba en guerra con su hermano Chaloka, por el trono de los matabeles, y por haberle este último robado su esposa favorita. Cierto amanecer, Umsloopokas, que como todos los zulúes era alto y esbelto y manejaba el hacha de guerra con sin igual destreza, pasó corriendo junto a su esposa adúltera, que se hallaba sacando agua del río, y de un certero tajo hizo rodar por tierra su cabeza. Siguiendo la carrera, abandonó el país y se internó en las selvas, encontrándose, poco después, con la expedición de Baines. Este, al principio, sabiendo que los matabeles eran antropófagos, desconfió de él, sospechando que trataba de llevarle a una celada, sobre todo al ver por los anillos de su peinado y ciertas marcas de la piel que se trataba de un jefe, y que pertenecía a los abasanzi o aristócratas. Más tarde, sin embargo, logró comprender bien su dialecto, y, entusiasmado con la perspectiva de una hermosa aventura, marchó decidido a la conquista del trono de Matabelelandia. Experimentado en la guerra con los salvajes, comprendió que no podría vencer a los bravos descendientes de los zulúes con los elementos de que disponía, y entonces decidió tenderles una celada. Esperólos al amanecer a la salida del kraal, o recinto donde aquéllos pasaban la noche, y aprovechando la sorpresa producida por el estampido de las armas de fuego, los diezmó luchando en la proporción de quince a uno. La lucha fué terrible, y Umsloopokas, que peleó como un bravo, tajando brazos, torsos y cabezas con su gran hacha de combate, tallada en un cuerno de rinoceronte, recibió una gran herida en el rostro, que, al cicatrizar, le dió un aspecto feroz.

Baines vivió allí por espacio de dos años, sosteniendo sendas luchas con sus vecinos los mashonas y los makalakas, con los cuales, a pesar de sus esfuerzos, los matabeles practicaban el canibalismo. Estudió las curiosas costumbres de ese pueblo salvaje y pintó cuadros valiosísimos que reflejan algunos de sus más extraños ritos. Por ejemplo, las ceremonias fúnebres y la extraña danza de las mujeres alrededor del cadáver de algún gorila que, bajando de los montes Matoppo, que limitan el país, merodeara por el campamento de la tribu hasta que los negros organizaban su caza y le daban muerte a lanzazos.

Por último, el explorador se alejó del país, deseando volver por un tiempo a la civilización. Dejó a Umsloopokas en el trono, y abandonó el Africa. Años más tarde, al regresar al territorio negro, se encontró en un poblado de la costa con un enorme zulú viejo, pero



Los matabeles entierran a sus muertos de pie y en un estrecho hoyo, según puede apreciarse por esta escena de tan extraña ceremonia, recogida de las memorias del explorador.



[illegible], que tenía una gran cicatriz en el rostro. Era Umsloopokas.

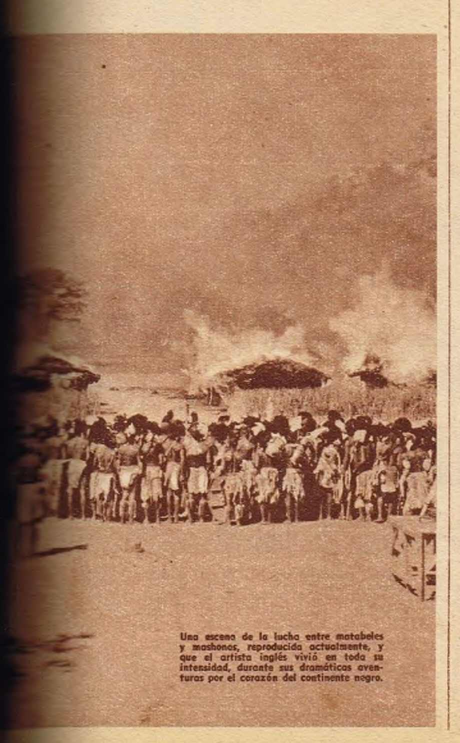
—¿Cómo es que te encuentro aquí, cuando te dejé sentado en el [illegible] de los matabeles? —preguntóle Baines.

—La planta del pie del hombre es la única planta que viaja, ¡oh, [illegible]! —respondió el orgulloso jefe negro.

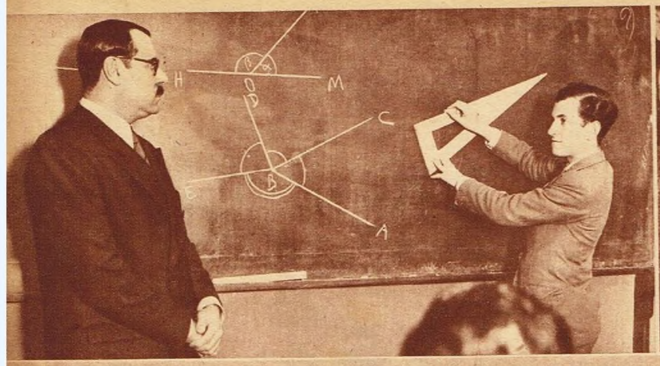
Baines organizó una nueva expedición al interior del continente, [illegible] al ex monarca matabele como guía, y durante la marcha [illegible] arrancarle la verdad. Un abasanzi de su tribu, llamado Lobengula, lo había despojado de su trono y reinaba entonces en Matabelandia. El explorador, que había recogido en la costa muchos [illegible] acerca de la riqueza aurífera descubierta en los montes Matop[illegible] desvió su ruta y se dirigió por segunda vez al escenario de su [illegible] lucha contra el jefe Chaloka. En el camino murió Umsloopokas, [illegible] llegar a su destino, Baines pudo comprobar que Lobengula se [illegible] en lucha con los ingleses, que más tarde lo vencieron, arro[illegible] de su territorio. No obstante, con sus conocimientos de la [illegible] africana y la fama de gran cazador que tenía entre los negros, [illegible] que el jefe matabele lo recibiera en una gran choza y rodeado [illegible] sus favoritas. Las negociaciones para explorar los montes no [illegible] éxito, pero el pintor estampó la escena de su recibimiento [illegible] cuadro que hoy pertenece a la colección del museo de historia [illegible] de Kensington.

❦ ❦ ❦

[illegible] aventuras corrió Tomás Baines antes de ir a fallecer en [illegible], víctima de una disentería; pero las páginas escritas con [illegible] y audacia inigualables en esa tierra negra y salvaje, hoy abierta [illegible] civilización, no podrán ser olvidadas fácilmente. Ellas constitu[illegible] la epopeya de un hombre que, abandonando la civilización, donde [illegible] le tenía reservada una vida fácil y triunfal, prefirió dar rien[illegible] a su sed de aventuras, abriendo rutas nuevas para el mundo, [illegible] impresa su huella allí donde ningún otro hombre blanco [illegible] llegado hasta entonces. ◈



Una escena de la lucha entre matabeles y mashonas, reproducida actualmente, y que el artista inglés vivió en toda su intensidad, durante sus dramáticas aventuras por el corazón del continente negro.



El ingeniero A. Bravo, profesor de matemáticas, formula diversas preguntas a un alumno sobre temas de geometría.

El cabo Penida, del regimiento 1 de infan...

Del trabajo a la escue...

EMPLEADOS, MILITARES, OBREROS Y COMERC... HALLAN EN LAS CLASES NOCTURNAS DEL ... NACIONAL SARMIENTO LA OPORTUNIDAD DE ... UN RECURSO MAS PARA LA LUCHA POR ...

Una nota de **Baldomero Alvarez**

Madame Berta B. de Tarbell, profesora de francés, y francesa ella misma. Corrige, a su avanzada edad, de tres a cuatro mil deberes por año.

Vista de conjunto de uno de los cur... nos del bachillerato. Aparte del ... los de mayor edad prefirieron ubica...

—HE tenido en mi clase — nos dice el ingeniero A. Bravo, profesor ... máticas del Colegio Nacional Sarmiento, en compañía del cual ... rrector del establecimiento, doctor J. Dulce, conversamos en la rectoría ... centro docente — alumnos de todas las categorías desde el peón de ... simple lechero hasta el alto funcionario de la administración nacional ... cursos nocturnos del bachillerato concurren los estudiantes de todos ...



... bachillerato para poder seguir luego la carrera de ingeniero mecánico.

... ciudad. Hay casos extraordinarios de tenacidad y sacrificio para ... obtener el diploma de bachiller. Sin ir más lejos, les he citado ... un peón albañil, por la extraordinaria fuerza de voluntad que ... hombre de manos callosas demostraba por instruirse. Todo cuanto ... tenía de voluntarioso le escaseaba en capacidad de comprensión. ... después de un examen, vino y me dijo: "Yo, señor profesor, me ... a las cuatro de la madrugada para estudiar. No puedo explicarme cómo al que rindió antes que yo, que apenas se preparó esta mañana, usted lo aprobó y a mí me aplaza".

... lo que pasa — interviene el doctor Dulce —. ¡Cuántas veces, en ... exámenes, se ve obligado el profesor a aplazar un alumno! ¡Y cuántas, ... ponerle un tres a un muchacho que sabemos empeñoso, lo clasificamos con un cuatro, para que el hombre apruebe!

... conversando sobre las contigencias del estudio, nos vamos enterando de la índole casual en que comienza a funcionar el bachillerato ... del Sarmiento.

LA INICIATIVA

... de fundar un curso secundario nocturno se concreta en el ... Nacional Pueyrredón a iniciativa de algunos padres de familia ... necesidades de su trabajo, debían adquirir una cultura general. Esta iniciativa despertó de inmediato la simpatía general de ... profesores del colegio, y, sin otro objetivo que el de prestar sus ... en favor de la cultura, un grupo de profesores se brinda a dar ... gratuitamente las clases. Desde el año 1920 en que éstas comienzan, hasta ... de 1922, fecha en que el presidente Yrigoyen oficializa los ... se dictaron las clases sin otro recurso que el que los profesores ... aportaron. Más tarde, los cursos pasan al Colegio Nacional ... y hoy, el turno de la noche, a cargo de vicerrector, profesor ... Dulce, cuenta con 650 alumnos regulares.

ALUMNOS QUE TRABAJAN DURANTE EL DIA

... concurrir a los cursos nocturnos es preciso tener un mínimo de ... de edad y demostrar que se trabaja durante el día. Al decir ... vicerrector del colegio, estos cursos son únicos, no sólo en nuestra ... sino en el resto del mundo. No hace mucho un extranjero se ... asombrado ante el doctor Dulce por esta institución educacional ... confesándole haber recorrido todos los países europeos y no ... hallado en ninguno cursos nocturnos de estudios secundarios. ... escuelas industriales o comerciales, pero nunca preparatorios, ... en la Argentina, para la universidad. De manera, pues, que el ... deseo de completar su instrucción de un grupo de hombres ya ... como eran los alumnos de los primeros cursos de 1920, dota a ... país de una institución que lo caracteriza.

... cuando el término medio de la edad no se mantiene ya tan alto, ... en los diez primeros años anteriores, los límites normales oscilan ... los veinte y los treinta años de edad, y aun hay muchos alumnos que sobrepasan esta edad.

... de la noche en el Sarmiento lo cursan alumnos empleados ... distintas dependencias de la administración nacional y municipal, ... empleados de la industria y del comercio.

... concurrido y siguen concurriendo alumnos de las oficinas de la ... de la Nación; empleados en la Policía, en el Congreso,

en Correos y Telégrafos, en Obras Sanitarias, en el Consejo Nacional de Educación, en Yacimientos Petrolíferos Fiscales, etc., etc. De todas las ramas de la industria y del comercio, y, desde los más humildes peones hasta altos funcionarios nacionales, han pasado por las aulas nocturnas del Sarmiento.

ALGUNOS CASOS TIPICOS

Entre varios, uno de los ejemplos más típicos de lo que puede la voluntad de estudio, podemos citar el caso del doctor Garland. Era éste auxiliar de los tribunales, y tenía ya un hijo, cuando se decidió a completar sus estudios. Rindió paso a paso todo el bachillerato, el que estudiaba, como es lógico, después de cumplidas sus tareas en el palacio de Justicia, y pasó luego a la Universidad a doctorarse en leyes.

—Ya ven ustedes — nos dice el vicerrector, que es quien nos facilita estos informes —; a no ser por su empeño en instruirse, el doctor Garland aun sería oficial de justicia en vez de estar a cargo, como lo está ahora, de una secretaría en los Tribunales.

Otro caso típico es el de don Julio A. Granel, de la secretaría del Banco Hipotecario Nacional, el que a los 48 años de edad, el año pasado, obtuvo su certificado de bachiller. Este caso era doble-



El vicerrector, doctor J. Dulce, comprobando los progresos realizados por un aspirante a ingeniero, R. Boesni, de veinticinco años de edad, empleado de ferrocarriles.

El mencionado vicerrector del Colegio Nacional Sarmiento, en compañía diante señor Mazza, de treinta y ocho años de edad. Este alumno piensa ser



... bibliotecario con doble título. El doctor Pervisi es médico y se recibió como tal mientras estudiaba y ... de celador en el Sarmiento. Ejemplos, como éste, abundan entre los alumnos con que cuenta el citado colegio.

los futuros médicos y abogados, están en minoría. Entre éstos se encuentran numerosos empleados de comercio y nacionales que por su edad o temperamento desean constituirse un porvenir más halagüeño.

Nos llamó la atención, sobre todo, la manera de expresarse de un estudiante:

—El tiempo se va lo mismo en el café, que en la escuela — nos dijo —, y aquí siquiera nos queda la esperanza de mejorar nuestra condición.

Como se ve, en general se trata de muchachos u hombres de carácter que se forjan ellos mismos el porvenir, sin esperar que las circunstancias o la suerte intervengan en sus vidas. Son, evidentemente, gente con espíritu de selección, que en vez de lamentarse, como a menudo oímos hacerlo a todos aquellos que no han sabido aprovechar su tiempo, concurren, con verdadero sacrificio de su parte, a adquirir los conocimientos que les abrirán las puertas que la fortuna sólo abre ante sus elegidos. Claro que, como bien lo saben quienes alcanzan el triunfo, la fortuna sólo abre sus puertas a los que van provistos de un santo que, hoy como ayer, está expresado en una palabra: capacidad. ◈

...interesante por cuanto, al segundo año ... turno de la mañana, concurría el hijo de ... funcionario.

... el caso de que un subcomisario y un ... se sentaban el uno al lado del otro ... condiscípulos.

El caso de agentes o empleados subalternos ... dependencias es muy común. En ...iembre de 1940, obtuvo la medalla de oro, correspondiente al turno de la noche, el agente de policía con chapa, Héctor Palandri, perteneciente a la guardia presidencial. Enterado del hecho el presidente doctor Ortiz, por ... carta del vicerrector del Sarmiento, lo ascendió a empleado de investigaciones sin uniforme y con un sueldo que le permite seguir estudios superiores.

CONVERSANDO CON LOS ALUMNOS

En primer término, de los alumnos concurrentes al Sarmiento nos llamó la atención ... suboficial del regimiento de Patricios. Nos acompañaba en nuestra visita el vicerrector ... Dulce, quien en todo momento nos ... gustosamente su cooperación, pese a ... nuestra misión impedía el normal desarrollo de las clases.

—Soy cabo del 1 de Infantería — nos manifestó el suboficial —, tengo 24 años y me formé en la escuela de Motoristas.

—¿Motoristas?

—Sí, la escuela de Motoristas del ejército es ... forma el personal de las fuerzas motorizadas. Yo soy encargado de la sección de ... livianos del regimiento.

Ahora el suboficial en cuestión estudia el bachillerato, para seguir la carrera de ingeniero mecánico.

PROFESIONES LIBERALES

En general, los estudiantes del bachillerato nocturno sienten especial inclinación por la ingeniería, o por las carreras cortas los de mayor edad, como, por ejemplo, notariado o procuraduría.

Enrique Mazza, verbigracia, que tiene 38 años de edad y es empleado de una escribanía, estudia para continuar luego el notariado en la Facultad.

... Boesni, de 25 años, empleado de ferrocarriles, compañero de estudio del cabo ..., también piensa seguir ingeniería más ...

Los médicos, en cambio, más bien dicho,

He aquí la "casa encantada" vestida de frío, vacía y abandonada debido a la influencia nefasta que ejercía sobre todos los que la habitaban.

La casa de las ESTALACTITAS

ABANDONADA HACE MUCHOS AÑOS POR SUS MORADORES Y CUBIERTA DE VERDADERAS TELARAÑAS DE HIELO, UNA ESPECIE DE "CASA ENCANTADA" PONE EN LAS REGIONES ALPINAS DE SUIZA UNA IMPRESIONANTE NOTA DE MISTERIO

Por **Germán Salles**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Uno de los saltos de La Rabiosa,
en gruesas estalactitas, el año en que
el accidente que presenció el autor de

Hubo que quitar mucha nieve de la
encantada" para poder despejar sus
y llegar así a tomar otro aspecto
mueble que sólo los más audaces



CHURWALDEN es un
to del cantón de Grisóns,
cansa en un valle
nos, cruzado por el
La Rabiosa, y rodeado
ladas montañas del
za: los Alpes.

Durante el verano las
ponen su nota de sangre
deras de un verde
el rumor de La Rabiosa
tando de piedra en
glaciares que se
cumbres próximas.

Pero llega el invierno,
los de los picos crecen,
quebradas, cubren el
zan La Rabiosa y
dea en la blancura y el

Es entonces cuando
vida para los que gozan



El pueblo de Churwalden, en el corazón de los Alpes suizos, fotografiado desde la casa de Frau Hübscher, el día que ocurrió lo que se menciona en este relato.

espirales y volteretas acrobáticas sobre un lago congelado y para que los que después de una copiosa nevada se deslizan en esquí a velocidades vertiginosas por los planos inclinados y deslumbrantes de las montañas.

Llegué a Churwalden por primera vez en el invierno de 1926, y me instalé en casa de Frau Hübscher, señora de respetable edad, la cual no sabía ahorrar leña en la enorme chimenea cerca de la que se sentaban ocho o diez amigos y amigas de ella venidos de diversos puntos de Suiza para practicar esquí. Ese año me agregaba yo al grupo habitual, y todos los días, siempre que la nieve no estuviera "helada", o, por el contrario, muy pegajosa, salíamos juntos a hacer una larga "tournée" en esquí por las montañas vecinas, para regresar ya casi entrada la noche, rendidos por el cansancio. Entonces nos arrellanábamos alrededor del buen fuego de Frau Hübscher y comentábamos las peripecias del día, no faltando los que relataban sucesos ocurridos en años anteriores o en otras regiones.

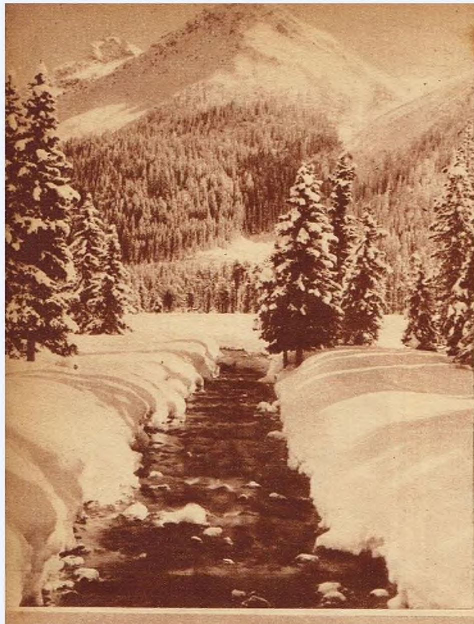
Comencé a notar que se hablaba mucho de "la casa encantada" del Amberg, la que al fin era el punto de referencia más corriente, porque todos la conocían. Parecía haber sido un albergue construído en plena alta montaña, con muchas comodidades, y que en un tiempo, o en diversas épocas, hubiera gozado de la prosperidad. El Amberg era el pico más alto de los Alpes vecinos, pero "la casa encantada" no estaba tan arriba y se podía llegar hasta ella en unas cinco horas.

Las historias que se contaban eran tremendas, y algunas increíbles. Se decía que, a fines del siglo pasado, la casa había sido un hotel para turistas ingleses, y que se llegó a saber que de tiempo en tiempo amanecía algún turista muerto, de muerte desconocida; hasta que un día se descubrió que el hotelero era el asesino: les clavaba, durante el sueño de la víctima, una larga y finísima aguja en el corazón.

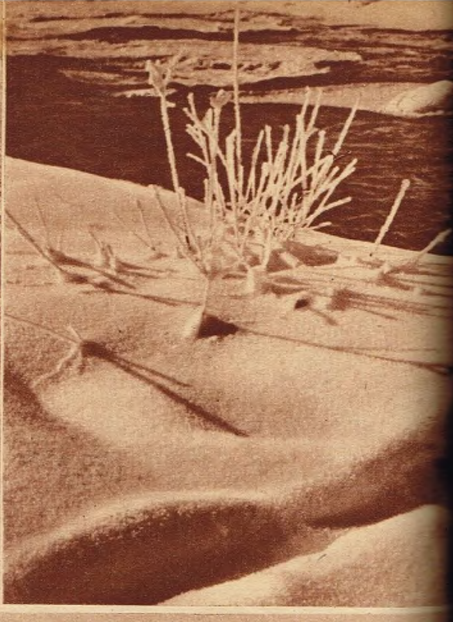
Más tarde vivió allí un matrimonio que tenía un hijo estudiando en París. Este matrimonio costeaba los estudios de ese hijo precipitando a sus huéspedes ricos en los abismos del Amberg y robándoles. Hasta que un día, el hijo, para darles una sorpresa, se disfrazó de turista rico y se presentó una noche, y esa misma noche los viejos lo precipitaron.

Pero no sólo les ocurrían desgracias a quienes habitaban "la casa encantada", sino también a todo aquel que entraba en ella. Se contaban muchas historias de tormentas de nieve en las que se perdieron los que fueron a visitarla.

Por supuesto, yo no creía mucho en estas cosas, y mi interés por subir el Amberg y conocer su "casa encantada" era más fuer-



Pasados los grandes fríos, el agua de La Rabiosa comienza de nuevo a correr por su cauce de piedra, y las manchas de bosques de abetos se ponen más obscuras.



Esto no es nieve, sino escarcha que se forma a la orilla del gélido arroyo La Ra[illegible] biosa. La escarcha es vapor de agua que se congela al contacto con algo muy [illegible]

te que la pizca de superstición que pudiera quedarme de mis abuelos. Tres de los compañeros todavía no la habíamos visto, así que un día resolvimos hacer la excursión al Amberg, y fuimos todos.

Debo decir desde ya que aquel día se presentó peligroso para nosotros, porque empezó a bajar la temperatura y la nieve amenazaba convertirse en hielo. En esos casos los esquís resbalan de costado por las pendientes, sin que sea posible frenar, y uno corre el riesgo de estrellarse contra los abetos o caerse en los precipicios. Pero éramos jóvenes, nos gustaban los 20º bajo cero y la casa misteriosa nos atraía ya con su "encantamiento". Iniciamos la ascensión, y cinco horas después llegamos a la meta, sin notar que la temperatura había seguido bajando.

"La casa encantada", en ese día de estalactitas de hielo, parecía "vestida de frío", y se veía que desde hacía muchos años guardaba su corazón congelado. Algunas de sus ventanas, abiertas, parecían esos ojos de muerto, muy abiertos, que no miran. Nadie había osado tocar nada; los campesinos sentían miedo supersticioso, y los deportistas, respeto. Dimos vueltas a su alrededor, escuchamos un momento su silencio, escudriñamos sus rincones poblados de fantasmas por las leyendas, y emprendimos el regreso, ese descenso por sobre la nieve helada, endurecida, que no permite frenar, porque los esquís resbalan de costado en las pendientes.

Yo me di cuenta de que estaba corriendo, quizá, el mayor peligro de mi vida, porque las cuestas eran muy inclinadas y abajo se veían manchas de bosques de abetos. El más baqueano hacía punta y nos guiaba. Ibamos bordeando planos con inclinaciones que equivalían a precipicios. A veces, cuando veíamos claramente que el final de una pendiente no era brusco, [illegible] lanzábamos por ella, y la bajábamos a la velocidad de la caída. [illegible] de pronto, mientras íbamos con mucho cuidado bordeando uno de [illegible] planos muy inclinados que llegan sin interrupción hasta el valle, [illegible] esquiador salió resbalando de costado y fué inútil todo su esfuerzo [illegible] romper con los bastones la costra de nieve endurecida, y quedarse [illegible] vado; ya llevaba demasiado impulso. Todos quedamos como paraliz[illegible] por otra parte, no había nada que hacer. Lo vimos descender a [illegible] dad cada vez mayor, sobre aquella inmensa sabana blanca, como un [illegible] negro que se achicaba con rapidez asombrosa. Iba a llegar a las [illegible] chas del bosque; todos miramos con avidez, tal vez con desesper[illegible] un claro entre dos man[illegible] por donde él podría pasar [illegible] pasaba por allí tendría [illegible] na probabilidad de salva[illegible] Ese claro parecía estar [illegible] lante de él; así lo ve[illegible] desde arriba. Ya llegaba, [illegible] llegaba... Pero desap[illegible] en la mancha.

Al año siguiente, alre[illegible] de la hospitalaria chi[illegible] de Frau Hübscher ya [illegible] taba una historia más [illegible] vino a hacer brillar de [illegible] vo la misteriosa aure[illegible] tragedia que envolvía [illegible] casa encantada" del Am[illegible]

En estos momentos [illegible] to a conmover la regi[illegible] casa encantada". Des[illegible] cía dos años vivía en [illegible] mendigo, "el mendig[illegible] Churwalden, un descre[illegible] acaba de quemarse [illegible] con todo y con el [illegible] adentro. Dicen que [illegible] una noche entera brilló [illegible] Amberg un enorme fue[illegible] ligno que iluminó sus [illegible] Y por aquellos helados [illegible] jes hay ahora quienes [illegible] que "la casa encanta[illegible] quemada por las ánim[illegible] sus propias víctimas. •



Junto a este hito de piedra levantado por los antiguos etruscos, los excursionistas hacen un alto, muy necesario para reponer fuerzas, a mitad de camino de la "casa encantada".

NO PIENSE MAS...

EL TRAMES

DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA

le dirá el significado de esa palabra que usted busca. En su rico léxico, que comprende 100.000 acepciones, encontrará cuantos vocablos desee para el perfecto dominio del idioma.

El TRAMES es un diccionario moderno y manuable, puesto al día con las voces técnicas novísimas, recién incorporadas al lenguaje, y enriquecido con los americanismos y neologismos de uso más corriente. Forma parte el TRAMES de la extraordinaria Colección de Diccionarios íntegramente redactados, impresos y editados en la Argentina, lo que es no sólo una valiosa garantía, sino otra notable prueba de la capacidad editorial de nuestro país, a cuyo desarrollo contribuye con creciente éxito la EDITORIAL SOPENA ARGENTINA.

TRAMES
DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA
100.000 ACEPCIONES
EDITORIAL SOPENA ARGENTINA S.R.L.

Impreso en tipo de letra muy claro, en el que los acentos se destacan con toda nitidez, el TRAMES es presentado en un atrayente volumen de 1.056 páginas, tamaño 7 ½ × 10 cm., sólidamente encuadernado en tela.

Pídalo a su librero o a la

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S.R.L.

—SIMBOLO DE BUENA EDICION—

ESMERALDA 116
34-4067 - Buenos Aires



PRECIO DEL EJEMPLAR, $ 1.40
(Flete, 20 centavos)

Adjunto $ 1.60 para que me remitan, certificado y a vuelta de correo, el diccionario "TRAMES".

Nombre..............................

Dirección..............................

Localidad...................... L. 167

Un cuento de ***JACK LONDON***

En la bahía de Yeddo

ILUSTRACIONES DE FAIRHURST



QUIZA la había perdido por la calle del Teatro al cruzar un puente sobre uno de los canales que atraviesan aquel barrio de la ciudad, donde el tránsito es tan activo, pues recordaba que por allí alguien le había dado un empujón. Probablemente en esos momentos algún ratero de ojos oblicuos y mano ligera estaría disfrutando de los cincuenta y tantos yens que contenía su billetera. Y luego volvió a pensar que bien podía haberla perdido por descuido.

Con desesperación la buscó por centésima vez en todos los bolsillos. No estaba. Su mano hurgueteó en el de la cadera, y el desdichado miró al voluble y chillón dueño del restaurante, que gritaba como un loco:

—¡Veinticinco sens! ¡Pagar ahora! ¡Veinticinco sens!

—Pero mi billetera — dijo el joven —, he debido de perderla en algún lugar.

Con lo cual el dueño del restaurante, indignado, levantó los brazos y gritó:

—¡Veinticinco sens! ¡Veinticinco sens! ¡Pagar en seguida!

Entretanto, Alf Davis se sentía molesto, porque había empezado a aglomerarse la gente.

¡Todo aquello le parecía verdaderamente estúpido! ¡Tanto ruido por nada! Decididamente, aquella gente le era hostil. Se le ocurrió escabullirse por entre el bosque de piernas y sacar de en medio al que se le opusiera; pero, como si hubiese adivinado su intención, uno de los camareros, tipo pequeño y rechoncho, con una marca en un ojo que le daba una expresión perversa, le tomó por el brazo.

—¡Pagar ahora! ¡Veinticinco sens! ¡Pagar ahora! — aulló, enfurecido, el propietario.

Alf también estaba sofocado, pero por la vergüenza, y, sin embargo, empezó a registrarse de nuevo los bolsillos. Desistiendo de hallar la billetera, fundó todas sus esperanzas en alguna moneda suelta que tal vez llevara. En el bolsillo de la americana encontró una moneda de diez sens y otra de cobre de cinco sens; y recordando que últimamente había echado de menos una pieza de diez sens, cortó la costura del bolsillo, y de las profundidades del forro sacó la ansiada pieza. Tenía en la mano veinticinco sens, la cantidad justa para pagar la cena que acababa de consumir. Se los entregó al propietario, que los contó, calmóse súbitamente y se inclinó obsequioso. La muchedumbre que se había acercado hizo lo mismo y se disolvió.

Alf Davis era un marinero joven — acababa de cumplir dieciséis años —, y navegaba en una goleta americana, la "Annie Mine", que había venido a Yokohama con objeto de embarcar para Londres las pieles de foca obtenidas durante la temporada. Y esta vez era la segunda que desembarcaba y comenzaba a vislumbrar la enigmática mentalidad oriental. Cuando hubieron terminado los saludos
cumplidos, echóse a reír y se puso
sar en otro problema. ¿Cómo podr
gar a bordo de la goleta? Eran las
de la noche y ya no habría ning
de la "Annie Mine". Alquilar
quero indígena, llevando los bolsi
cíos, no era de agradable perspe

Después de mirar a todas par
si encontraba a alguno de sus co
ros, bajó al muelle. En Yokoha
malecones no son largos; y los
anclan fuera, permitiendo así ga
vida a unos centenares de gentes
nutas trayendo y llevando pasaje

Una docena de hombres y mu
boteros de los *sampans*, llamaro
ofreciéndole sus servicios. Eligió,
le pareció más propicio, un viejo
pecto bondadoso y que rengueaba
pierna. Alf se metió en el *samp*
sentó.

La oscuridad era completa,
que no podía ver lo que aquel in
hacía, aunque es probable que
ciese otra cosa que desamarrar
Al fin se levantó rengueando y se
mirando a Alf con fijeza.

—Diez sens — le dijo.

—Sí, ya lo sé: diez sens —
Alf sin darle importancia —.
rate, llévame a la goleta americ

—Diez sens. Pagar ahora —
viejo.

Alf empezó a enojarse al oír
sas palabras "pagar ahora".

—Llévame a la goleta americ
go te pagaré — dijo.

Mas el hombre continuaba
te él con la mano tendida y

—Pagar ahora. Diez sens.

Alf trató de explicar algo.
dinero. Había perdido la bill
pagaría en cuanto llegase a b
goleta americana. No, ni siquie
a bordo; llamaría a sus com
ellos le entregarían los diez se
que él desembarcara. Después
a bordo. Así estaba todo arreg

A esto replicó el viejo de
aspecto:

—Pagar ahora. Diez sens.

Y para empeorar las cosas,
barqueros estaban escuchando
dos en los escalones del male



Triste y colérico, Alf volvió a desem[illegible]; pero el viejo le detuvo.

—Dame la camisa ahora y te llevaré a la goleta americana —le propuso.

Todo el sentimiento de libertad que había en Alf le llenó el pecho. Un anglosajón siente instintiva repugnancia por todo lo que se asemeje a una imposición, y para Alf aquello era claramente un robo. Diez sens equivalían a seis centavos americanos, y su camisa, que era de alta calidad y estaba nueva, le había costado dos dólares.

Sin decir palabra, le volvió la espalda y fué hasta el extremo del malecón, mientras la muchedumbre le seguía de cerca riendo regocijada. Casi todos aquellos hombres eran robustos y musculosos y debido al calor propio de las noches de julio, llevaban la menor cantidad posible de ropa. La gente de mar de todas las razas es siempre ruda y turbulenta, y a Alf le pareció que estar a esas horas con aquella multitud de hombres de presa, en el extremo del muelle de una ciudad japonesa, no era muy tranquilizador.

Apareció un sujeto corpulento, con un mechón de pelo negro y ojos terribles. Los demás le siguieron para ayudarlo en la discusión.

—Dame los zapatos —dijo el hombre—. Dame los zapatos ahora, y te llevaré a la goleta americana.

Alf sacudió la cabeza, y con esto la muchedumbre creyó que aceptaba la proposición. Pero resulta que el anglosajón está constituído de tal manera, que con malos modos e insultos nada se consigue de él. Obra voluntariamente, y no quiere ser obligado. Así que la tentativa de los [illegible]eros para imponerse a Alf no sirvió sino para excitar la obstinación nacional de la raza. Se encontraba en el caso del hombre que ha perdido toda esperanza; y allí, bajo el cielo estrellado, en el muelle solitario, rodeado de aquella pandilla que lo rodeaba, resolvió morir antes que consentir en ser robado vergonzosamente. Ya no era cuestión de valor, sino de principios.

Entonces recibió un violento empujón por detrás. Se dió vuelta con ojos centelleantes y el círculo se ensanchó. La pandilla armaba cada vez más barullo.



De todas partes salían voces pidiéndole sus ropas, y estas demandas eran simultáneas y gritadas con toda la fuerza de unos pulmones sanos.

Alf no hablaba, pero comprendía que la situación se iba poniendo peligrosa y que lo mejor que podía hacer era irse. En su rostro tenaz brillaban sus ojos como puntas de acero y levantaba el cuerpo con seguridad y firmeza. Este aire decidido impresionó a los barqueros, y le dejaron paso cuando empezó a avanzar en dirección de tierra. Sin embargo, le siguieron en montón, gritando y riendo más ruidosamente que antes. Uno de los jovenzuelos, casi tan corpulento como Alf, tuvo la audacia de arrebatarle la gorra de la cabeza; pero antes de que hubiese podido ponérsela, ya Alf le había dado un golpe en el hombro, haciéndole rodar por tierra.

La gorra voló de sus manos y se perdió entre el sinnúmero de piernas. Alf pensó en seguida que su orgullo de marinero no le permitía dejar la gorra en tales manos. La siguió en la dirección que había volado y no tardó en verla bajo el pie descalzo de un fornido individuo que se apoyaba estúpidamente sobre ella con todo su peso. Alf quiso arrancarla de un tirón, pero no lo consiguió. Aplicó un empellón a la pierna del hombre y éste no hizo sino gruñir. Aquello era un desafío; y Alf lo aceptó. Instantáneamente puso una pierna detrás de aquel sujeto y le clavó con gran vigor un hombro en el pecho. No pudo defenderse del vigoroso ataque y cayó de espaldas pesadamente.

Un momento después, Alf tenía la gorra en la cabeza y los puños en actitud de ataque. Entonces dió una vuelta en redondo para evitar que le atropellaran por detrás, y todos los que se hallaban en aquella parte huyeron precipitadamente. Esto era lo que él buscaba; ya no se interponía nada en su camino. El muelle era estrecho. Continuó la retirada haciéndoles frente y amenazando con los puños a los que trataban de pasar por su lado. No era cosa fácil andar hacia atrás y contener al mismo tiempo a aquella multitud iracunda. Pero en todas partes del mundo los hombres de piel oscura han aprendido a temer los puños del hombre blanco; y lo que le dió el triunfo más que su actitud belicosa, fué el recuerdo de otros combates librados por otros marineros.

Donde el muelle toca tierra se halla el puesto de policía del puerto, y Alf, con gran alegría del oficial de guardia, entró en el despacho, alumbrado con luz eléctrica. Los boteros se aquietaron, apretándose junto a la puerta abierta, por la que podían ver y oír lo que pasaba.

En pocas palabras explicó Alf sus dificultades, y como prerrogativa por ser extranjero pidió al oficial que le llevasen a su buque en un bote de la policía. Por su parte, el oficial, que se sabía de memoria "todas las leyes y reglamentos", le dijo que los policías del puerto no eran boteros y que sus botes servían para efectuar tareas y no para transportar a sus barcos a los marinos trasnochadores y sin un cobre. Dijo saber también que los boteros eran ladrones de nacimiento, pero que mientras robasen legalmente no tenía ninguna fuerza contra ellos. Tenían derecho a cobrar el pasaje por adelantado, y ¿quién era él, además, para obligarles a que admitieran un pasajero y le cobraran al fin del viaje? Alf reconoció la justicia de sus observaciones, pero indicó que, si bien no podía mandarles, estaba en su posibilidad el persuadirles. Dispuesto el oficial a servirle, salió a la puerta y dirigió una arenga a los boteros, y éstos, que también conocían sus derechos, cuando hubo terminado el oficial, gritaron a coro su aborrecible:

—¡Diez sens! ¡Pagar ahora! ¡Pagar ahora!

—Como ve usted, todo es inútil — dijo el oficial, que, dicho sea de paso, hablaba el inglés a la perfección —. Pero les he exigido que no le molesten o perjudiquen; así al menos estará libre de peligro. La noche es calurosa y pronto amanecerá. Acuéstese en algún lugar y duerma. Si no fuese contrario a las leyes y reglamentos, le haría dormir aquí en el despacho.

Alf le dió las gracias por su amabilidad y cortesía; pero los boteros habían despertado toda la obstinación y el orgullo de su sangre, y el problema no podía quedar resuelto de esa manera. Pasar el resto de la noche sobre el suelo era confesar su derrota.

—¿Los boteros se niegan a llevarme?

El policía asintió con la cabeza.

—¿Y usted también?

Se repitió el mismo gesto.

—Bueno; ¿pero pueden impedir las leyes y reglamentos que me vaya a bordo por mi cuenta?

El oficial estaba desconcertado.

—No hay ningún bote — dijo.

—Eso no importa — repuso Alf con vehemencia —. Si me voy al barco por mi cuenta, todos quedamos contentos y no se perjudica a nadie.

—Sí, es cierto — respondió el oficial intrigado —. Pero usted no tiene medios para irse.

—Ahora lo verá — replicó Alf.

Rodó por el suelo la gorra del muchacho y se quitó los zapatos, a los que siguieron los pantalones y la camisa.

—Recuerde — exclamó con vibrante — que soy un ciudadano de los Estados Unidos, y usted, Yokohama, y el gobierno del Japón responden de mis ropas. Buenas noches.

Salió, apartando a los asombrados boteros, y partió corriendo hacia el muelle. Pero éstos tardaron poco en reaccionar, y corrieron tras él con gran algazara al ver el nuevo giro que habían tomado las cosas. Fué una escena inolvidable para la gente del puerto de Yokohama. Alf marchó directamente hasta el extremo del malecón, y sin detenerse se lanzó en el agua con un salto maestro. Avanzó con vigorosos movimientos hasta que la distancia le hizo detenerse un momento. A través de las tinieblas, desde el lugar donde debía estar el malecón, le llegaban voces llamándole.

Se volvió y quedó flotando para escuchar.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! — pudo oír claramente entre la confusión —. Pagar ahora, pagar después. ¡Vuelve! ¡Vuelve ahora! ¡Pagar después!

—No, gracias — contestó —. Buenas noches. No pagaré...

Después ...





...edor para hallar la situación de su barco. Estaba a una milla larga de allí, y de noche no era fácil encontrarlo. Primero se dirigió hacia el resplandor de una luz que sólo podía ser de un barco de guerra. Seguramente era el "Lancaster", de los Estados Unidos. A la izquierda de éste, y un poco más lejos, debía de hallarse la "Annie Mine". Pero en esta dirección distinguía tres luces muy juntas. Aquello no podía ser el barco. Durante un rato estuvo desconcertado. Se tendió de espaldas y cerró los ojos, esforzándose en reconstruir mentalmente las líneas del puerto, tal como las había visto de día. Dió de nuevo media vuelta; estaba satisfecho. Aquellas tres luces eran indudablemente del gran buque mercante inglés. Por lo tanto, la goleta debía de hallarse entre las tres luces y el "Lancaster". Miró atentamente durante unos momentos, y allí, en el lugar que había supuesto, brillaba una luz muy tenue, la del áncora de la "Annie Mine".

Le resultaba agradable nadar bajo el resplandor de las estrellas. El aire estaba tan caliente como el agua, y ésta parecía leche tibia. Tenía en los labios el sabor de la sal, que le picaba asimismo en la epidermis, y los latidos fuertes y acompasados de su corazón le hacían sentir el placer de vivir.

Su travesía a nado resultó magnífica y sin accidente alguno. Pasó junto al "Lancaster", profusamente iluminado, y al buque mercante inglés, llegando después junto a la "Annie Mine". Asió la escala de cuerda que colgaba de un costado y trepó a cubierta silenciosamente. No había nadie allí. Vió luz en la cocina y dedujo que el hijo del capitán, que hacía solo la guardia del ancla, estaba preparando café. Alf fué al castillo de proa. Los hombres roncaban en las literas, y en aquel espacio confinado le pareció que el calor era insoportable. Así que tomó una manta y una almohada bajo el brazo y salió de nuevo a cubierta.

Apenas había empezado a sentir sueño cuando le despertó el ruido de un bote que se acercaba a la "Annie Mine" y llamaba a la guardia del áncora. Era el oficial del puerto, y a Alf le fué dado divertirse oyendo la conversación que siguió. Sí, el hijo del capitán reconocía las ropas. Pertenecían a uno de los marineros, a Alf Davis. ¿Qué había sucedido? No; Alf Davis no estaba a bordo. Estaba en tierra. ¿Que no estaba en tierra? Entonces se habría ahogado. A partir de esto, el policía y el hijo del capitán hablaron a un mismo tiempo, y Alf no pudo comprender nada. Después oyó ir a proa y despertar a la tripulación. Los hombres gruñían medio dormidos y dijeron que Alf Davis no estaba en el castillo de proa; con lo cual el hijo del capitán se encolerizó contra la policía de Yokohama y sus costumbres, y el oficial citó leyes y reglamentos con acento angustioso.

Alf salió del extremo del castillo de proa y extendió las manos, diciendo:

—Me parece que debo tomar estas ropas. Y además darles las gracias por haber tenido la gentileza de traerlas tan pronto a bordo.

—No entiendo por qué no pudieron traerte dentro de ellas — advirtió el hijo del capitán.

Y el oficial de policía no dijo nada.

Al día siguiente, cuando Alf se dispuso a ir a tierra, se vió rodeado de boteros que, muy respetuosamente, gritaban y gesticulaban, mostrando verdaderos deseos de llevarlo como pasajero. El que eligió no le dijo: "¡Pagar ahora!", como se acostumbra a exigir al entrar en el bote. Y cuando saltó al muelle y fué a pagarle al barquero los diez sens, éste se apartó y movió la cabeza.

—¡Tú muy bien! — exclamó —. Tú no pagar. Tú nunca pagar. Tú muchacho valiente y muy bien.

Y mientras la goleta "Annie Mine" permaneció en el puerto, los boteros se negaron a aceptar dinero de manos de Alf Davis. Y además tributáronle su admiración por su valor e independencia. ◈

EL ASALTO DE LOS HOMBRES



He aquí a Mr. Lohse llevado a la fuerza por los hombres prehistóricos, provistos de mazas, hacia la hondonada donde el grueso de la tribu esperaba dando muestras de un júbilo nada tranquilizador.

Esta es la tarjeta postal que recibió míster Lohse. En la otra parte plana de este hueso de animal desconocido estaba escrita la invitación para concurrir a Gronts Pass.

DE COMO DOS PACIFICOS AUTOMOVILISTAS SO[N] SECUESTRADOS EN PLENA CARRETERA POR UNA BANDA DE EXTRAÑOS ASALTANTES Y CONDUCIDOS DESPUES AL ESTABLECIMIENTO MAS ORIGINAL DEL MUNDO

Escribe **Jorge Cre**

Especial para "Leopl

CONFIESO que no me animaba a
que me ocurrió aquel día de
née" por el oeste de los Estados
por dos razones: primero, porque
resultaba poco verosímil, a pesar de
cidad, y después porque la situación
yo estuve fué bastante ridícula. Ahora
posibilidad de hablar al tiempo de
tografías y habiendo tenido noticias
más ridículos aun, me animo a
aventura.

Yo viajaba con mi amigo Lohse, de
York, y nos habíamos detenido en
cisco de California, cuando Lohse reci
curiosa encomienda postal: una
uno de cuyos lados estaba escrita la
y en el otro una inscripción que decía
gan a Grants Pass y recibirán una
Pero lo que más nos llamó la atención
la rara quijada no pertenecía a ningún
conocido por nosotros y conservaba
de haber estado mucho tiempo ente

PREHISTORICOS



... autor tomó va-
... fotos de los
... prehistóri-
... algunos mal
...cadas, debido
... emoción que
... embargaba. Aquí
... a cuatro sal-
... en el momento
... asaltar el auto.

... resolvimos ir, porque, además, las cercanías de Grants Pass son pintorescas ... podríamos llegar a ... Grutas de Oregón.

Partimos del Hotel Pick-... donde nos alojábamos ... San Francisco, a las seis ... mañana, con un tiempo ... prometía una buena jor-... Esto nos indujo a des-... de la línea recta. Así, ... de llegar a Grants ... en una hora, anduvimos ...gueando por los alrede-... Teníamos nafta para ... horas y los caminos ... buenos. Fué de este ... cómo nos acercamos ... Grutas de Oregón. Y ... ocurrió lo terrible. (Por ... pude tomar una serie

Nótese el anillo que luce el dedo del hombre prehistórico y el gesto de que hace gala ante la captura de los dos pacíficos automovilistas. Esta joya y algunos huesos, aparentemente humanos, esparcidos por el suelo, hicieron pensar al autor que sería comido.



Como podemos ver, el *barman* del club, aunque es viejo, no tiene cara prehistórica; por el contrario, parece un hombre bueno de nuestros días.



Este nombre y esta figura son la clave de todo. Se trataba, pues, de un divertido club que había encontrado una rara manera de llevar viajeros a sus salones.

de fotografías con mi pequeño aparato,
nas de las cuales resultaron buenas.)

De repente, en un recodo del camino,
el lugar más desierto, como salidos de la
rra, se levantaron ante el auto cuatro fi
desgreñadas y mal cubiertas con pieles,
saltaban y gesticulaban y lanzaban ala
metiéndonos en las vértebras un escalofr
en el cerebro la idea de seres caídos
Luna o de hombres prehistóricos que
ran permanecido en estado cavernario
sabe por qué razones. Chillaban y bl
mazas amenazadoras, evidentemente para
nos detuviéramos, cosa que, amedren
hicimos inmediatamente. ¡Pero mejor
hubiéramos hecho! No dejaron de chill
abalanzaron sobre el auto, abrieron las
zuelas, nos tomaron de los brazos y
tirones nos sacaron de él. Creo que si
ramos tenido armas los habríamos
Luego, dos de ellos se prendieron de
go y los otros dos me atraparon a mí, y,
ras que no, nos llevaron. Era inútil
revolverse, gritar y patalear o no que
minar; si no caminábamos nos arra
lo que era peor.

Empezamos a bajar una hondonada,
de ella, junto a unas grandes entra
grutas, alcanzamos a distinguir una
más de hombres de la misma catadur

Al lado de la entrada de una gruta de Oregón, donde "habitan" estos hombres, míster Lohse y el autor de la nota son objeto de burlas. Aquí vemos a míster Lohse saltando de rabia, mientras los "salvajes" festejan ruidosamente su desesperación.

[illegible] de pieles y con crenchas salvajes, los [illegible], en cuanto nos vieron, prorrumpieron [illegible] saltos de conjunto que parecían una [illegible] satánica, la que se nos antojó en honor [illegible] asado humano que seríamos nosotros. [illegible] no nos pareció aceptable de ningún modo, [illegible] desesperadamente emprendimos una lucha heroica, que al fin nos costó mucho sudor [illegible] cansancio y unos cuantos golpes de maza. Se trataba de hombres prehistóricos, no cabía duda, que no habían salido aún de sus [illegible]. Nosotros acabábamos de descubrir [illegible] "Grutas de Oregón" que nadie conocía... [illegible] idea me trajo a la mente otra terrible: [illegible] muchos fueron los descubridores de tales grutas, pero ninguno pudo contar el cuento. Se lo dije a mi compañero, y él comenzó a gritar e insultarlos a todos. Pero ellos [illegible] no comprenderlo, y hablaban un [illegible] gutural de acento muy primitivo. Eso [illegible] se reían, y se reían en grande; cada vez [illegible] mi compañero gritaba, gesticulaba y saltaba de rabia, ellos se retorcían a carcajadas; [illegible] entonces daban la impresión de seres humanos. Me pareció que con nosotros, primero, [illegible] divertirse, porque se colocaron casi [illegible] en formación de espectadores de teatro, [illegible] cualquier cosa que hacíamos les producía [illegible]. Algunos huesos semejantes a fémures [illegible] a la entrada de la gruta y un anillo con un gran brillante verdadero que descubrí en el dedo de un salvaje me convencieron de que, en verdad, de allí nadie saliera con vida.

Al fin creímos llegado el momento final. Porque, sin mayores miramientos, todos se nos vinieron encima, y nos levantaron para llevarnos en andas. Como ya nos dábamos por muertos, no opusimos resistencia, y esto nos valió que no nos maltrataran. Después de todo, era mejor morir tranquilos.

Pero se dirigieron hacia nuestro auto, que había quedado en el camino; ¿querrían asarnos dentro de él? Ocurrió otra cosa bien distinta: nos metieron en el compartimiento de atrás, bien sujetos por ocho fornidos brazos, mientras el más salvaje de todos y de aspecto más prehistórico se sentaba ante el volante, ponía el motor en marcha y partía bajo la terrible grita y el revolear de mazas de sus compañeros.

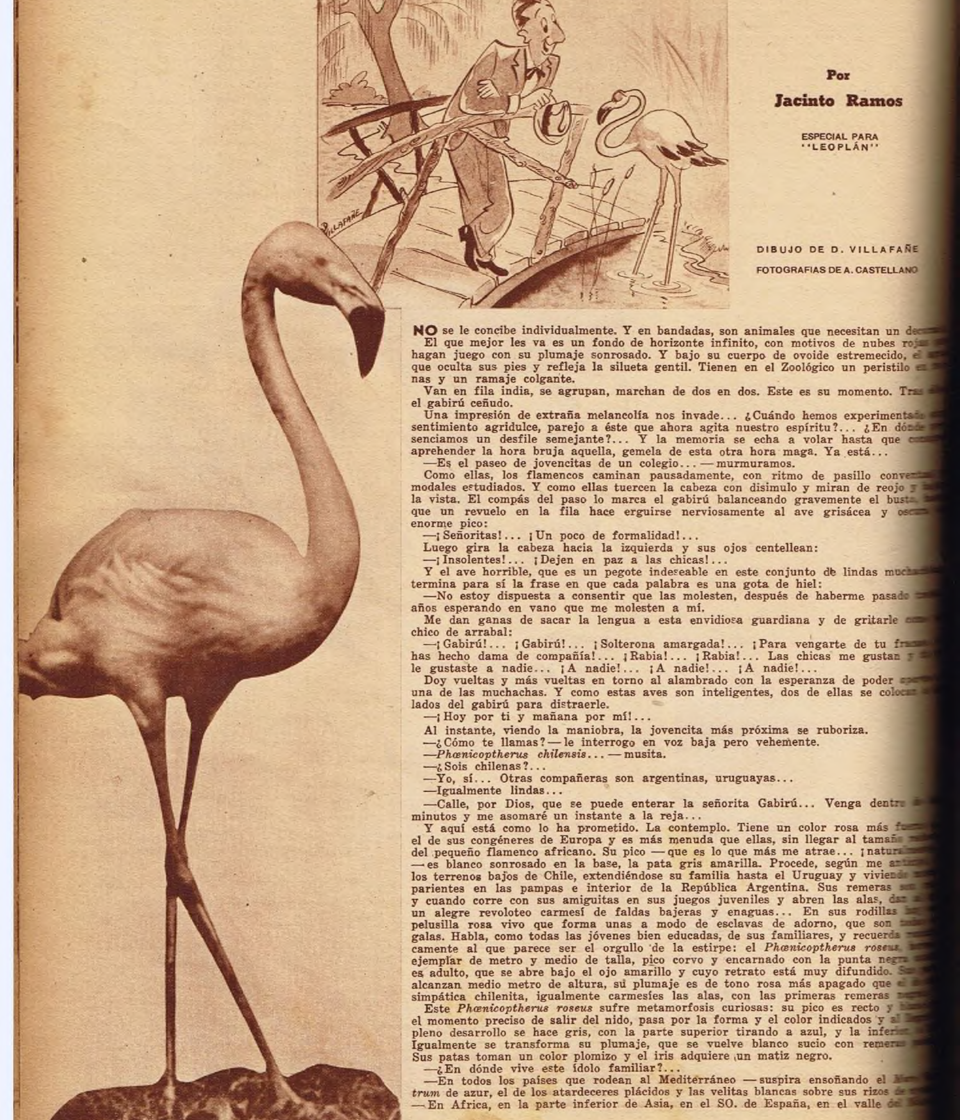
Nosotros no comprendíamos nada; aunque ya sospechábamos que el asunto tenía otro cariz. A los veinte kilómetros bajamos en Grants Pass, ante un café en cuya puerta veíase la figura de... ¡un hombre prehistórico!

No sabíamos si reírnos o ponernos furiosos, pero resultó tan franca y cordial la alegría y la solicitud del dueño del club de los "prehistóricos" que nos capturaran y de los parroquianos socios, que comprendimos todo, nos gustó la broma, y resolvimos alojarnos allí.

De más está decir que esta forma de llevar clientes al club del hombre prehistórico produce al *barman* grandes ganancias, salvo uno que otro disgusto, pero estos son raros. Porque después del susto que se lleva el cliente en cierne, todo le parece delicioso. Hasta el café del establecimiento, que no siempre está a tono con su moderno y original sistema de atraerse parroquianos... ◈



Los flamencos, colegialas del



Por
Jacinto Ramos

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

DIBUJO DE D. VILLAFAÑE
FOTOGRAFIAS DE A. CASTELLANO

NO se le concibe individualmente. Y en bandadas, son animales que necesitan un de
El que mejor les va es un fondo de horizonte infinito, con motivos de nubes roj hagan juego con su plumaje sonrosado. Y bajo su cuerpo de ovoide estremecido, que oculta sus pies y refleja la silueta gentil. Tienen en el Zoológico un peristilo nas y un ramaje colgante.

Van en fila india, se agrupan, marchan de dos en dos. Este es su momento. Tras el gabirú ceñudo.

Una impresión de extraña melancolía nos invade... ¿Cuándo hemos experiment sentimiento agridulce, parejo a éste que ahora agita nuestro espíritu?... ¿En dónde senciamos un desfile semejante?... Y la memoria se echa a volar hasta que aprehender la hora bruja aquella, gemela de esta otra hora maga. Ya está...

—Es el paseo de jovencitas de un colegio... —murmuramos.

Como ellas, los flamencos caminan pausadamente, con ritmo de pasillo conve modales estudiados. Y como ellas tuercen la cabeza con disimulo y miran de reojo la vista. El compás del paso lo marca el gabirú balanceando gravemente el bust que un revuelo en la fila hace erguirse nerviosamente al ave grisácea y enorme pico:

—¡Señoritas!... ¡Un poco de formalidad!...

Luego gira la cabeza hacia la izquierda y sus ojos centellean:

—¡Insolentes!... ¡Dejen en paz a las chicas!...

Y el ave horrible, que es un pegote indeseable en este conjunto de lindas mu termina para sí la frase en que cada palabra es una gota de hiel:

—No estoy dispuesta a consentir que las molesten, después de haberme pasad años esperando en vano que me molesten a mí.

Me dan ganas de sacar la lengua a esta envidiosa guardiana y de gritarle chico de arrabal:

—¡Gabirú!... ¡Gabirú!... ¡Solterona amargada!... ¡Para vengarte de tu fr has hecho dama de compañía!... ¡Rabia!... ¡Rabia!... Las chicas me gustan le gustaste a nadie... ¡A nadie!... ¡A nadie!... ¡A nadie!...

Doy vueltas y más vueltas en torno al alambrado con la esperanza de poder una de las muchachas. Y como estas aves son inteligentes, dos de ellas se coloc lados del gabirú para distraerle.

—¡Hoy por ti y mañana por mí!...

Al instante, viendo la maniobra, la jovencita más próxima se ruboriza.

—¿Cómo te llamas? —le interrogo en voz baja pero vehemente.

—*Phœnicoptherus chilensis*... —musita.

—¿Sois chilenas?...

—Yo, sí... Otras compañeras son argentinas, uruguayas...

—Igualmente lindas...

—Calle, por Dios, que se puede enterar la señorita Gabirú... Venga dentr minutos y me asomaré un instante a la reja...

Y aquí está como lo ha prometido. La contemplo. Tiene un color rosa más f el de sus congéneres de Europa y es más menuda que ellas, sin llegar al tamañ del pequeño flamenco africano. Su pico —que es lo que más me atrae... ¡natur —es blanco sonrosado en la base, la pata gris amarilla. Procede, según me a los terrenos bajos de Chile, extendiéndose su familia hasta el Uruguay y vivien parientes en las pampas e interior de la República Argentina. Sus remeras y cuando corre con sus amiguitas en sus juegos juveniles y abren las alas, d un alegre revoloteo carmesí de faldas bajeras y enaguas... En sus rodillas pelusilla rosa vivo que forma unas a modo de esclavas de adorno, que son galas. Habla, como todas las jóvenes bien educadas, de sus familiares, y recuerd camente al que parece ser el orgullo de la estirpe: el *Phœnicoptherus roseus*, ejemplar de metro y medio de talla, pico corvo y encarnado con la punta negr es adulto, que se abre bajo el ojo amarillo y cuyo retrato está muy difundido. alcanzan medio metro de altura, su plumaje es de tono rosa más apagado que simpática chilenita, igualmente carmesíes las alas, con las primeras remeras

Este *Phœnicoptherus roseus* sufre metamorfosis curiosas: su pico es recto y el momento preciso de salir del nido, pasa por la forma y el color indicados y pleno desarrollo se hace gris, con la parte superior tirando a azul, y la infer Igualmente se transforma su plumaje, que se vuelve blanco sucio con remer Sus patas toman un color plomizo y el iris adquiere un matiz negro.

—¿En dónde vive este ídolo familiar?...

—En todos los países que rodean al Mediterráneo —suspira ensoñando el *trum* de azur, el de los atardeceres plácidos y las velitas blancas sobre sus rizos

—En Africa, en la parte inferior de Asia, en el SO. de España, en el valle

...parque, tienen en el gabirú su dama de compañía



al mar Negro y el Caspio. Mantenemos buenas relaciones, nos escribimos con frecuencia y somos como el lazo que une dos mundos... Tengo unas ganas de hacer un viaje para conocerles *de visu!*...

—Entonces yo los conozco, colegialita.

—¿Los ha tratado usted?... —pregunta con vivísimo interés.

—Es muy difícil. Son recelosos y esquivos. No dejan acercárseles a nadie... En el Guadalquivir andaluz, para matarlos...

—¡Calle!...

—Los hombres se ocultan tras un caballo que dejan pastando por la orilla...

—¡Traidores!...

—Los he visto frecuentar las marismas saladas, las aguas de poco fondo y los estuarios. Forman bandadas numerosas, de centenares de individuos, y sus movimientos son lentos, casi solemnes... Pero no tienen necesidad de cruzar el Atlántico para encontrarlos. Hay algunos en los valles y lagunas de los Andes. Los chilenos les llaman *parrinas*.

—¿Son ellos?... ¡Qué sonrojo no saberlo!... Y, sin embargo, estoy versada en las particularidades de los míos, desde su manera de ser, hasta la psicológica, a la anatómica, que presenta tantas vacilaciones que unas veces nos parecemos a las palmípedas y otras a las zancudas, al extremo de que los naturalistas han estado a punto de volverse locos.

—Es que vosotras volvéis loco a cualquiera...

—Gracias... Hasta que terminaron por establecer un orden especial para nosotros: el de los *fenicopteriformes*.

—¡Qué espanto!... Valía más que os hubieran dejado en zancudas.

—Acaso... Y prosigo: nos gustan mucho las plantas acuáticas, los crustáceos y los moluscos...

—Amiguitas de *brasserie*... Compañía cara.

—Y cuando llega para nosotras el trance augusto de la maternidad...

Enrojece.

—Ponéis dos huevos grandes, hermosos, de color verdusco y revestidos de una costra caliza —le digo para sacarla del apuro—. Y montáis a caballo sobre el nido para empollarlos.

—¡Mentira!... ¡Mentira!... —grita—. ¡Eso se decía en otros tiempos y es una patraña infame!...

Tuerce el cuello, le da forma de tirabuzón, le imprime ondulaciones, lo arquea como una montaña rusa... Es mucho más flexible que el del cisne. Para buscar el alimento lo introduce mucho en el agua e invierte la cabeza dentro de ella de modo que la parte superior del pico queda hacia abajo... Me aclara por qué hacen tanta gimnasia de cuello, con un sonrisa de amarga ironía.

—Es para dar facilidades a los preparadores de animales... ¿Ha visitado usted algún museo que carezca de flamenco en sus vitrinas?... Esta es nuestra tragedia: el presentimiento de que tarde o temprano seremos disecados. Parece que sólo nuestras plumas tuvieran valor.

—No —afirmo—. Antiguamente, vuestra carne era muy apreciada. Sobre todo, la lengua. Heliogábalo sostenía un enjambre de cazadores para que no faltara este manjar en su mesa.

—¡Qué bárbaro!...

Voy a describirle una orgía romana, eficaz preludio de una declaración amorosa atrevida, cuando una ventana chirría y, en su hueco, aparece el gabirú indignado.

—¡Señorita!... Pero..., ¿qué es esto?... ¿Cómo se entiende?...

—Es un pobre que pasaba... y llamó.

—Le hubiera usted dicho que Dios le ampare... ¡Adentro ahora mismo!

Un suspiro, dos lágrimas, un sonrosado cuello que se inclina abatido, una colegiala más, reprendida y castigada; un hombre que crispa los puños al ver cortada una aventura en el punto culminante, y como fruto de este diálogo idílico... ¡nada!... ◈

Ushuaia se ensancha

RODEADA POR PARAJES EN LOS QUE MORA LA LEYENDA, LA CAPITAL DE TIERRA DEL FUEGO HA TENIDO NECESIDAD DE AMPLIAR EL AREA DE SU MUNICIPIO

Una nota de César Lan

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Los ingenieros Samuel Arrues y Horacio Lütscher comienzan la tarea. Deben ensanchar el área del municipio de Ushuaia, porque el aumento de población así lo exige.



El lente del teodolito —ojo avizor de la civilización— enfoca las cimas mon indígenas. Dijérase que, en su incansable afán de verlo todo, se internase en

DESDE Ushuaia se puede contemplar el Monte Olivia y muchos otros picos sobre los que flota un calisdoscópica halo de leyendas e historias, las que nunca se borran de la mente de los indígenas, como no se borran las figuras congeladas que ellos ven siempre dibujadas en los picos. Tierra de Fuego es tierra que guarda misterios, y en ellos se penetra tan difícilmente como en los desolados rincones de su abrupta superficie. Son los agrimensores los únicos hombres blancos que, muy de tarde en tarde, suelen llegar hasta esas profundidades de la soledad. Pero el teodolito no rompe sortilegios, aunque su lente, ojo de la civilización, profane el teatro secreto donde viven los "espíritus" del pasado. Estos segu viviendo.

Acaban de regresar de Ushuaia los ingenieros Hor Lütscher y Samuel Arrues. Fueron a ensarchar el del municipio de la capital fueguina y a tomar alt de las montañas de la zona. En las fotos de esta los vemos en diversos momentos de su fría tarea. portaron lluvias, cansancios y las dificultades pro de los terrenos muy quebrados de esas latitudes, pleando tres meses en su labor.

Puede apreciarse, también, observando los fond estas vistas, el aspecto tétrico de lo que fué mora

La rectificación de las calles de Ushuaia requirió más paciencia que técnica. Al fondo se ve el archipiélago chileno con sus majestuosas cimas siempre nevadas.

Este paisaje, vestido aquí de verano, se pone totalmente blanco y bajo la nieve la mayor parte del año, con una temperatura de varios grados







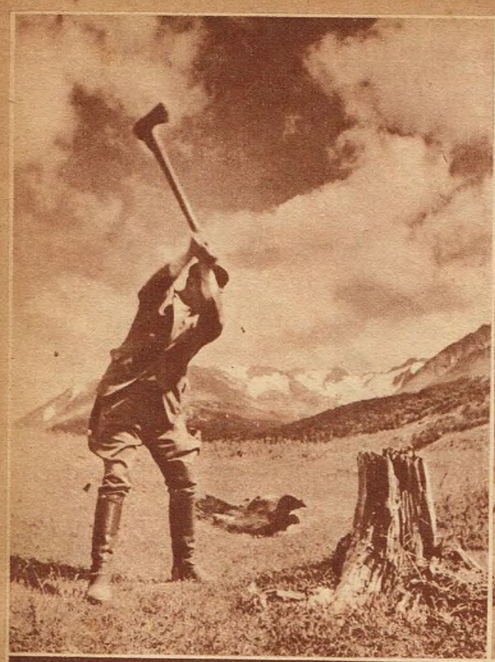
...quisiera descubrir los misteriosos seres que las pueblan, de acuerdo a las leyendas propagadas por los ... para profanar el teatro secreto donde moran los "espíritus" del pasado y revelarlos a la civilización.

...endes desde los tiempos de Magallanes. Esos picos helados están ro-...deados por bosques tupidos, que suben desde las quebradas, y el hombre que penetra en éstos puede soportar poco tiempo su raro silencio. No se mueve una hoja, parece una selva artificial, dura, congelada, encantada [illegible]. No tiene animales, no canta un pájaro, no vuela un insecto; no se mueve el aire, todo parece muerto; se terminó el sonido; sólo hay arañas, muchas arañas, pero éstas andan en silencio.

Cuentan los viejos caciques de los onas, que aquel fuego que vió Ma-...gallanes cuando atravesaba el Estrecho no estaba en la costa, sino en la montaña, y no era de los indios, sino de Aracholeu, el duende que in-...ventó el fuego para poder derretir el hielo y vivir en la montaña. ...nces los indios no tenían fuego. Hasta que Huelche, hijo de un

... un mestizo contratado como peón por los ingenieros agrónomos. Este hombre, encargado del jalonamiento, ... concienzudamente y aprende pronto. Generalmente, para estos trabajos secundarios, se usan estos hombres.





Hay que poner un mojón en un punto estrictamente determinado, pero en ese punto se encuentra un viejo raigón. Estas dificultades retardan las mensuras.



Para colocar los mojones en su lugar exacto, es necesario ayudarse con la ... del teodolito. A pesar del verano, la nieve impone su presencia en los ...

cacique venido de la Patagonia, consiguió vencer las arañas y ese silencio de la selva que rodeaba las montañas, y le robó el fuego al duende que sabía derretir los hielos. Huelche entró en el bosque y trató de soportar su silencio de encantamiento tapándose los oídos con las manos; y de esta manera consiguió llegar muy adentro. A medida que avanzaba, el bosque parecía aplastarse más y más sobre él; las ramas bajas y horizontales cruzadas en su camino casi lo obligaban a emplear las manos para abrirse paso, pero él las apartaba con el empuje de su cuerpo, aunque así se desgarrara las carnes.

Quizá el espíritu maligno de la selva estaba ya sobre él usando de toda la fuerza de su silencio; no importaba; él no lo "oía". Y así, con las manos tapándose las orejas, pudo continuar hasta que empezó a subir la cuesta de la montaña. Huelche iba a vencer el silencio del bosque, y era el primer hombre que escalaría la montaña. Se conmovió la selva; tenía que bajar las manos para "oír" el silencio; lo asaltaron las arañas, y se vió obligado a usar las manos para defenderse y poder correr apartando las ramas; entonces quiso escapar del bosque; pero, en lugar de volverse, se internó hacia adelante, desesperadamente, seguido por esa muerte que lo perseguía en el más total de los silencios, hasta que salió de la selva y se encontró ante las cimas heladas donde el duende Aracholeu vivía, al calor del fuego de su invención. Huelche lo buscó a lo largo de las crestas, blancas y resbalosas; por los recovecos de los glaciares; en el fondo de las grietas. Hasta que halló la casa de Aracholeu: grandes grutas abiertas a fuego sobre paredes verticales de hielo. Penetró por ellas, venció al duende, y sus robustos brazos levantaron dos antorchas que eran el premio máximo de su magnífica hazaña. Regresó al valle a la carrera; destruyó el silencio del bosque poniendo fuego a la resina de los pinos y ahuyentó las arañas con las llamas. Huelche logró así llegar a ser, con el correr de los días, el cacique más venerado que tuvieron los onas. Hasta que murió... Y los duendes de la montaña se llevaron su alma para hacerla penar. De tiempo en tiempo, en las noches claras y sin viento, los indios ven puntos luminosos en las montañas, y dicen que es el fuego de los duendes quemando el alma de Huelche.

Esta leyenda del "Prometeo" de Tierra del Fuego es contada alrededor de las grandes fogatas con que los indios del interior del territorio conmemoran, una vez



Luego de fijado el lugar en que se colocará el mojón, procédese a abrir el hoyo en que aquél se afirmará.

por año, la gran aventura de aquel cacique.

Asimismo, otras emotivas leyendas se cuentan en torno a los fogones, pero la ley del progreso también rige para el frío y lejano Sur, y la ciudad de Ushuaia se ensancha considerablemente día a día, y los fogones desaparecen, cuando no se transforman en verdaderas cocinas; los ranchos se convierten en viviendas de obreros, que ya sólo miran hacia las montañas pensando en el oro que quizá contengan; y las tradiciones ricas y pintorescas de esos lugares se ahogan y se apagan bajo el ruido de nuestra civilización que, venciendo las distancias, llega hoy allí entre fragor de vehículos motorizados, con los nuevos pobladores blancos que ya se pasean por las calles y caminos que están ensanchando a Ushuaia. ◈

APROVECHANDO la coyuntura de un breve descanso, fuí a ver a mi amigo. Mi amigo se llama Menzogna; vive en Mar del Plata. Me previnieron:

—Si lo quieres encontrar, búscalo en los médanos de Punta Mogotes. Está chiflado— me dijo mi informante. Y luego añadió—: Loco de remate desde que ha perdido a su mujer.

La noticia no dejó de sorprenderme y, como aquel que busca una razón a la sinrazón, me di a evocar los recuerdos de nuestra amistad, por ver si encontraba alguna rareza que, al menos, justificara su estado actual.

Menzogna era un buen muchacho, activo, capaz y hasta inteligente, pero..., ¿cuándo no hay un pero?, presumía de esteta, como tantos otros... Y esto fué su perdición.

Durante las temporadas estivales se pasaba los días en las playas marplatenses contemplando las formas esculturales de ciertas oceánidas, que aun cuando no sabían nadar, no por eso dejaban de ser otras tantas nereidas asoleándose en las orillas del mar. Entendámonos: no es que Menzogna fuese un tritón perseguidor de ondinas, sino un simple *dilettante* de sus encantos personales, y, ya se sabe, la admiración hacia las hijas de Neptuno trae aparejado el mareo...

Fué así como Menzogna no tuvo la prudencia de Ulises y zozobró entre los halagos de una sirena. Desde entonces no nos vimos con la acostumbrada asiduidad de la soltería, y nuestras relaciones se enfriaron un tanto, pero ahora, ya que me hallaba en Mar del Plata, no era cosa de pasar sin saludarlo.

A este propósito concurrí más de una vez al sitio indicado, hasta que una tarde divisé, desde la plataforma del faro, a un hombre excavando en las movedizas arenas de los médanos con el afán y el cuidado de quien busca el anillo de Salomón. Es él, me dije; descendí apresuradamente y, en efecto, era mi amigo. La intuición fué mi lazarillo. Nos abrazamos...

—Te vi desde el faro...

—Sí—me dijo con la suficiencia de quien ha meditado mucho sobre un asunto y lo tiene siempre presente como una idea fija—; vistas desde arriba las dunas parecen distantes entre sí y, sin embargo, están unidas por el mismo tronco; tienen la misma base, semejan erectos senos de mujer... Cuando sopla el viento cambian de forma y de lugar a cada instante. Son las nubes terráqueas que tan pronto se juntan, como se separan, o desaparecen. Tienen la forma y la inconstancia de la mujer... ¿Te fijaste? Sus contornos siempre son turgentes, mórbidos y hasta graciosos. Es que bajo sus arenas se esconde siempre el cuerpo de una mujer. Las dunas son el revestimiento del vaciado; excava y encontrarás la mujer. Tal vez Niobe desgranándose o la Galatea de Pigmalión inanimada por su coquetería...

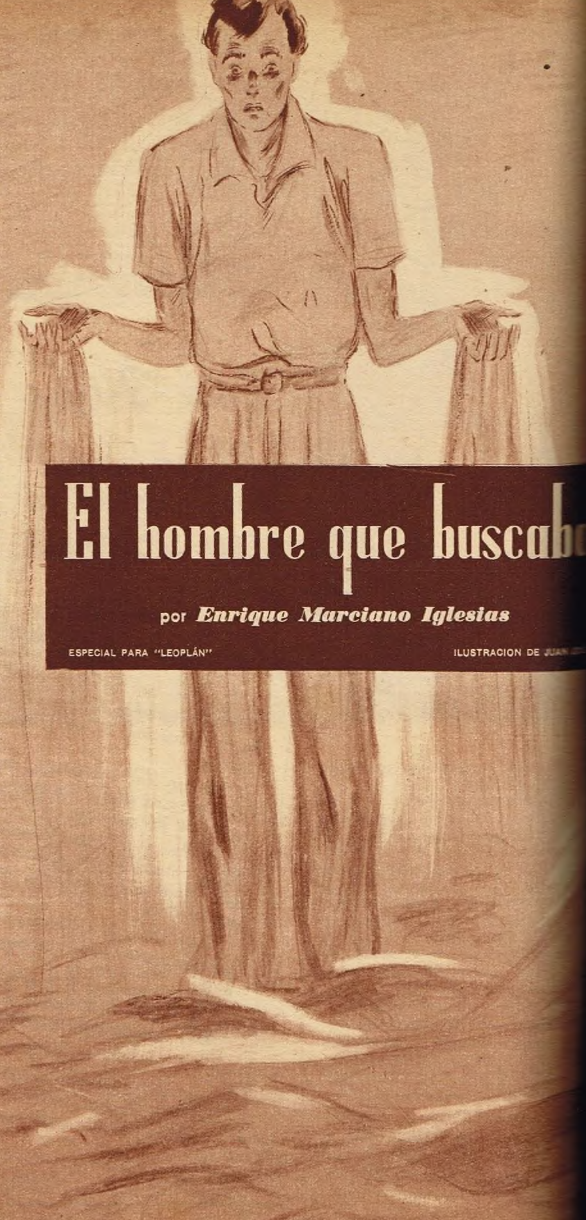
—Hombre, te diré; no es mi fuerte la mitología; pero, francamente, no veo la relación...

—Pues son mujeres simbólicas, se han perdido por vanidad... Pero, ¿cómo? ¿Tú no sabes?...

—Sé que has extraviado a tu esposa.

—¿Por qué, pues, te extraña que la busque? Dice muy bien Heráclito cuando afirma: "Sin la esperanza, no encontrarás lo inesperado".

—Sí, sí—repuse yo por decir algo, porque comprendí que me las había con un maníaco y opté por asentir a todo.



El hombre que buscaba

por ***Enrique Marciano Iglesias***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" — ILUSTRACION DE JUAN JOSE

—Ni la conocías — prosiguió mi amigo —; [illegible] hermosa, ni siquiera simpática; pero su [illegible]... Tenía un cuerpo ágil, elástico, es[illegible] rítmico... Su cuerpo era flexible, cim[illegible], blanco e incorruptible como la sal. [illegible] que a causa de ello se ha derretido...

—¿Cómo la mujer de Lot?

—Como la mujer de Lot.

Mi amigo hizo una pausa cual si quisiera [illegible] algo y luego declamó enfáticamente:

Nam quem genuit nix,
Recte hunc sol liquefecit.

—No comprendo.

—Ni yo tampoco; pero un latinajo siempre [illegible] bien... Su cuerpo, decía, estaba for[illegible] de graciosas líneas, de elegantes pará[illegible] de sinuosas curvas y tentadores escor[illegible]. Su cuerpo, en fin, era un compendio de [illegible] ornamental... Lo malo es que ella, [illegible] al fin, lo sabía. Se sabía admirada [illegible] sus formas y, en consecuencia, en cual[illegible] circunstancia trataba de exhibirlas, ya [illegible] sus ropas hasta lo inverosímil, ya [illegible]do toda clase de deportes como úni[illegible] pretexto de enseñar sus exquisitas y simé[illegible] redondeces, o ya mostrando al descuido [illegible] bronceadas piernas. Naturalmente, con es[illegible] predisposición, lo que más le agradaba era [illegible] al aire libre, verse desnuda, contem[illegible] como Narciso, en la pileta. Yo trataba [illegible] todos los medios de corregir su vanidosa [illegible]ción, su narcisismo. Ello me ponía [illegible] ridículo ante mis amistades y sufría lo [illegible], sobre todo cuando veía que los de[illegible] hombres la miraban con ojos de codiciosa [illegible]. Se lo dije muchas veces. Siempre [illegible] preterición de mis advertencias. Decidí [illegible]tarla en la primera oportunidad.

"Aquella mañana amaneció con un calor es[illegible]. Salimos en ómnibus hacia estas pla[illegible] el propósito de gozar de la fresca [illegible] matinal. El día se presentaba turbio, [illegible] bajo un sol de plomo derretido, en el [illegible] gravitaba esa pesadez calmosa que [illegible] a las grandes tormentas; era algo [illegible] que se cerniese, a modo de la [illegible] de Damocles, sobre nuestras cabezas [illegible] amago de desastre. Se lo hice notar. "[illegible]", le insinué, pero ella, en su in[illegible] coquetería, quiso aprovechar la [illegible] del momento. Aquella soledad del [illegible], aquel torvo silencio, la lejanía en [illegible], el horizonte cerrado por un cíngu[illegible] cúmulos como médanos, el aire dormido, [illegible] suspenso, el mar arrullante; era un digno escenario para la exhibición de su hermoso cuerpo. Y provocó al mar en traje de Eva, y surgía, de vez en cuando, de entre las olas coronada de espuma como Citerea, y jugando se revolcaba en la húmeda arena como la más voluptuosa de las ninfas.

"Yo te lo juro, quise darle una lección; sólo fué por escarmentarla. Tuve una idea diabólica: esconderle las ropas entre las secas arenas de una duna. Apenas lo había hecho cuando se levantó un furioso viento, como si quisiera azotar aquellas sus provocativas carnes, disipando de paso los cirros en rápido tropel de aéreos centauros... Corrimos en busca de sus ropas ¡y sus ropas ya no estaban!... ¿A qué contarte mi desesperación?... "Es necesario — le dije — que te ocultes en la arena mientras yo voy en busca de otras prendas". La dejé recostada al pie de un montículo. Tenía por almohada la falda de la duna y por cobijas las cambiantes sombras medanosas de las nubes, y por dosel la radiante risa de un sol victorioso... Cuando volví, ¡ya no la hallé! Removí toneladas de arena. Se ha convertido en arena. La arena es escurridiza como el azogue. Está, como el viento, en todas partes, y, sin embargo, también como el viento, por sí sola no se corporiza en ninguna... Pero ella tiene que aparecer, viva o muerta debe aparecer arropada por una duna, vestida de arenisca luciente como aljófar...

Mi amigo calló, luego comenzó a cavar furiosamente con las manos. Su manía estaba ahí, en excavar. Miré sus dedos, romos y sin uñas. Me dió lástima. Era tarde. No me atrevía a dejarlo solo.

—Vamos — le dije —, ya es de noche.

—Sí — me respondió —. Mira la luna, está pálida de tanto trasnochar, y sin embargo alumbra más que nunca: está llena, hinchada de esperanza; ella también anda en busca de su Endimión...

Desde la cima de un médano vi la luna, en plenilunio, bañar de tenue luz la ciudad. La parte alta de Mar del Plata, limpia, brillante, ondulada, con sus lomas y sus casas, al parecer de juguete, semejaba un campo de golf donde la luna jugase a hacer hoyo. ◈



Cómo se hace



Exigencias de una época nueva. Cantidades enormes de madera seleccionada aguardan el momento de ser transportadas a la fábrica para transformarse en lápices.



Ya dispuestas y completamente torneadas las varillas, manos hábiles y pacien... colocan en la cavidad central las minas constituídas por diversos productos quí...

LA FABRICACION DE ESE INSIGNIFICANTE AUNQUE UTIL ADMINICULO ES UNA COSA MAS COMPLICADA DE LO QUE A PRIMERA VISTA PARECE

Escribe
Agustín M. Valenzuela

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

CARNOT sabía que Nicolás Conté, el joven y estudioso químico, no prometía vanamente. Tal vez los lápices hechos con plombagina reducida a polvo, calentada al rojo y mezclada con otras substancias, no dieran el mismo resultado que los importados de Borrowdale, Estado de Cumberland; pero el estudio constante y el trabajo podrían reportar más de una satisfacción. Poco más de dos siglos llevaban de ventaja los iniciadores de la original industria. El tiempo se encargaría de decir la última palabra...

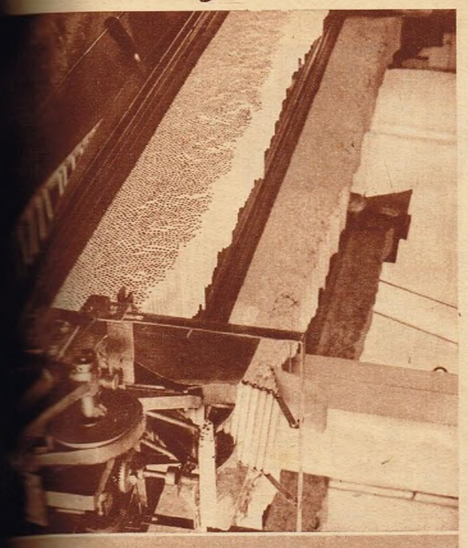
Fué durante la época de la Revolución francesa cuando, rotas las relaciones comerciales de Inglaterra con la patria de los Luises, no recibiéndose nada del otro lado del Canal de la Mancha, se pensó en la posibilidad de organizar industrias locales. La de los lápices se ignoraba casi completamente, y fué por ello por lo que el político francés creyó prudente facilitar, por cuenta del Estado, todo lo que se necesitara para oc... de ella. Se elig... Conté.

Las primeras pr... bas se llevaron a ... en Inglaterra a ... del año 1564. Y ... pués de los fra... dos intentos he... con substancias ... por ser aglutin... no dieron res... y del éxito ob... por Conté, el des... brimiento hecho en 1847 por Alibert en las minas si... nas aseguró definitivamente la industria.

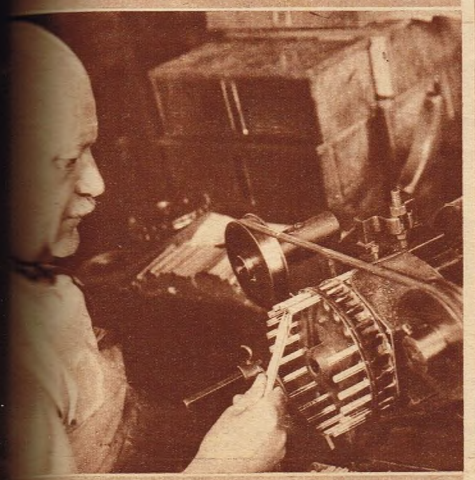
❦ ❦ ❦

Hoy que la fabricación de lápices no constituye un ... blema por ser varios los países que se ocupan de su ... tria, la resolución tomada por la Junta de Salvació... sidida por Carnot, aparece, a través del tiempo, ... original y extraña. Pero mientras que entonces sólo se ... nía de escasa cantidad de maderas apropiadas y eran po... difíciles de conseguir los productos químicos utilizados —

...un lápiz



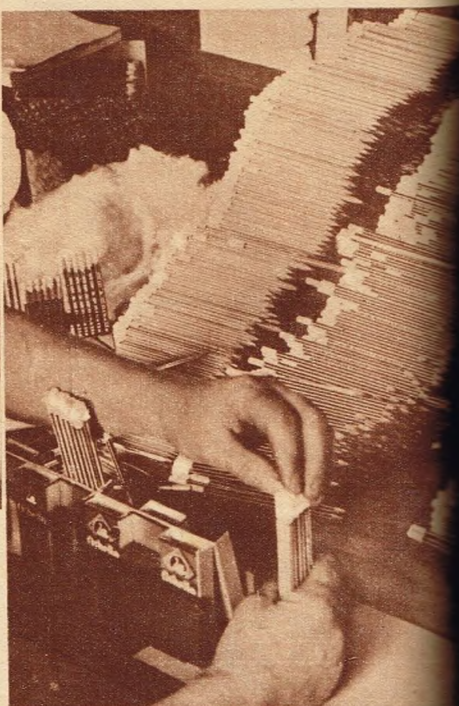
...simple máquina —simple aparentemente— da a los lápices la forma definitiva. ... máquina se encarga de estampar en el adminículo la marca de fábrica.



... las tareas complementarias figura la de sacar punta a los lápices. Es ...sario para ello comprobar con anterioridad la consistencia de las minas.



Los lápices de colores o de aplicaciones especiales requieren una clasificación que también exige amplios conocimientos y un práctica constante.



Los menores detalles deben ser tenidos en cuenta. Terminados las tareas principales, debe realizarse el empaquetado, que dará lugar al envío a la venta.

siendo en Inglaterra –, en la actualidad, a más de la plombagina, el grafito y otros derivados del carbono, se cuenta con substancias que dan tan buen resultado siendo de Cumberland como de Nuremburgo o Siberia, y se dispone de toda clase de maderas en cantidad considerable.

No son ya "varios cajones de madera seleccionada" los que, manufacturados convenientemente, habrán de transformarse en ese pequeño adminículo que difícilmente encontramos al alcance de la mano cuando necesitamos urgentemente de él. Son vagones o bodegas atestadas de troncos de cedros derrotados por el hacha o la sierra. Y cajones y cajones de grafito, ampelita, hematites, arcillas, gomas y azufre. Es otra época. Otras necesidades la crean. Son mayores y más las exigencias...

Simple y pequeño, un lápiz no da idea de lo complicado y trabajoso del proceso de su fabricación. Nada dice de los peligros a que se ven expuestos los hombres que en los montes talan los árboles y de la amenaza constante e invisible que acecha a quienes trabajan en las minas; de lo perjudicial que resulta para el organismo el carbono – grafito –, el mercurio, que forma parte de las minas comúnmente llamadas de tinta; la hematites o peróxido de hierro rojo, etc.

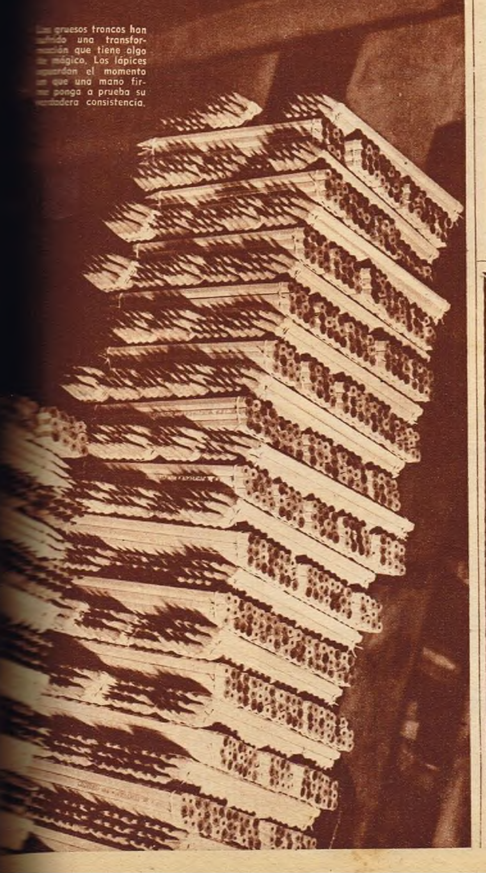
Tampoco la fabricación, una vez obtenidas y dispuestas las materias primas, llega a imaginarse. Desde que el cedro en bruto – se utilizan también otras maderas, pero se da preferencia a este vegetal americano por su consistencia y constitución – llega en gruesos troncos, hasta que los lápices ya terminados pueden ser enviados a la venta, son muchos y variados los procesos de la elaboración.

Al tiempo que tornos especiales dan a las pequeñas varillas la forma y dimensiones necesarias, se prepara la mina con las materias ya enunciadas y que, según la coloración que quiera dársele, cuentan con el agregado de negro de humo y una pasta arcillosa muy fina, o azul de Prusia o bermellón. Y que, de acuerdo también a la aplicación que tendrán, incluyen entre sus elementos constitutivos ampelita del Maine, Bretaña o Normandía – lápices para carpinteros o albañiles –; jabón, cera y sebo – lápices litográficos –; creta de diversos colores – pastel –; creta y goma arábiga – lápices rojos –, y creta purificada en sucesivos lavados – lápices blancos.

Ya preparadas las varillas, que tienen generalmente forma de cilindros o paralelepípedos, una máquina abre en su centro la concavidad que ocupará la mina, y colocada ésta luego de la comprobación de su solidez, otra máquina, al tiempo pulidora y de pegado, asegura las dos partes de madera y estampa la marca o distintivo de la fábrica.

Así, someramente explicado, el proceso parece más fácil y sencillo de lo que realmente es. Aun las tareas complementarias, tales como la de sacar y afilar la punta convenientemente y la del empaquetado, requieren la habilidad de personas diestras y ejercitadas. Lejos ya de la fábrica, y en nuestro poder, el lápiz nos parece un objeto simple y de escasa importancia. Pero bien visto, hay momentos en los cuales justificamos perfectamente la preocupación de Carnot en la época de la Revolución francesa. Sobre todo cuando, debiendo hacer una anotación, vemos que el simple conjunto de madera y grafito ha desaparecido del lugar donde por costumbre lo colocamos...

Y tenemos que retener en la memoria — en esa cosa tan flaca y problemática que es la memoria — un complicado número telefónico que nos interesa... ◈



Los gruesos troncos han sufrido una transformación que tiene algo de mágico. Los lápices aguardan el momento en que una mano firme ponga a prueba su verdadera consistencia.


ENCUENTRO.

Crónica gráfica

FOTOGRAFIAS DE JULIO PODESTA

CYRANO DE BERGERAC, aquel intrépido y enamorado personaje de Rostand, dijo que un beso es "Un suspiro que toma la boca por el oído". El diccionario, menos hiperbólico, dice, por su parte, que besar es "Tocar alguna persona o cosa con los labios, contrayéndolos o dilatándolos suavemente". Ahora bien, dar un beso de amor cualquiera lo da. Es decir..., cualquiera que tenga la indispensable pareja y sepa aprovechar el momento oportuno. Pero dar un beso cinematográfico, esa nueva especie de beso nacido con la primera película de amor, que es a la vez apasionado y frío, espontáneo y calculado, eso sólo pueden lograrlo dos intérpretes experimentados y seguros. Por ejemplo, Toti Muñoz y Héctor Coire. Nosotros, que sabemos que la historia de muchos

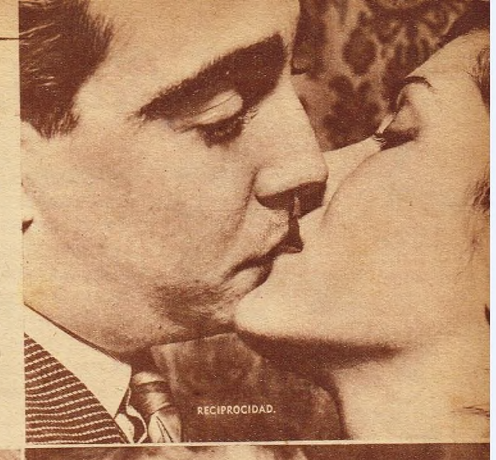

ACERCAMIENTO.


INSINUACION

de un beso ★

...mbres podría escribirse por los besos que han dado por... los que han recibido, desde aquel maternal de la cuna, hasta ese otro beso de adolescente robado a hurtadillas a la primera novia, hemos requerido de los jóvenes actores del cine nacional la definición de un beso cinematográfico. Ellos, afirmando que la suya sería mucho más exacta y rotunda que las dos anteriores, se miraron, sonrieron, y, conducidos precisamente por Adelqui Millar, el mismo director que fiscaliza y encauza sus interpretaciones cinematográficas, respondieron con las seis escenas que aquí se reproducen.

El lector puede comprobar en seguida si esta crónica gráfica de un beso es suficientemente gráfica... ◈



RECIPROCIDAD.



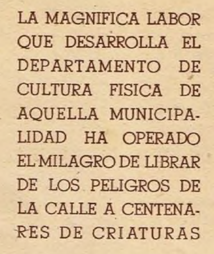
ACEPTACION.



CONSUMACION.

En Vicente López ya no quedan

Juego de arte plástico, ante el Fuego Olímpico, en la II Olimpíada Infantil de Vicente López, realizada por el Departamento de Cultura Física de esa Municipalidad.



LA MAGNIFICA LABOR QUE DESARROLLA EL DEPARTAMENTO DE CULTURA FISICA DE AQUELLA MUNICIPALIDAD HA OPERADO EL MILAGRO DE LIBRAR DE LOS PELIGROS DE LA CALLE A CENTENARES DE CRIATURAS



Estos juegos de acrobacia, sobre todo el mal llamado "salto mortal", no sólo desarrollan los músculos, sino también el valor y la decisión, sin lo cual lo demás no sirve.



Habla el doctor

Julio E. Mello

Un reportaje de

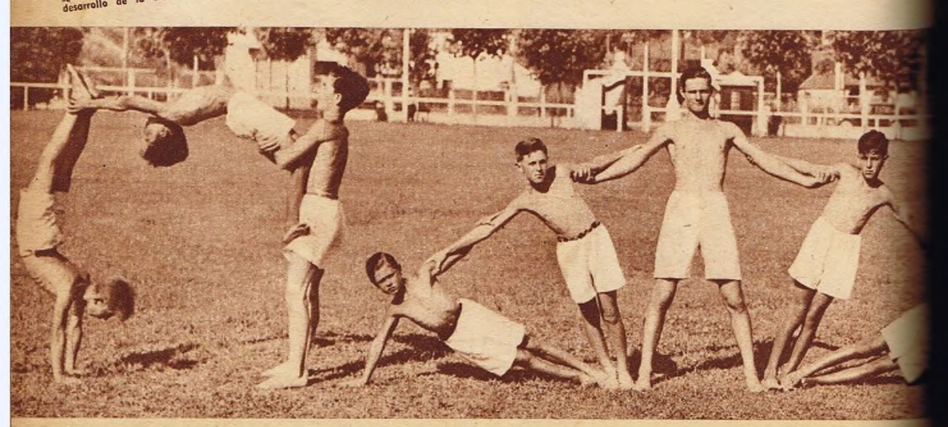
Germán Dras



En los ejercicios elegidos para la práctica de las niñas se trata siempre de asociar al beneficio de la salud el desarrollo de la belleza y armonía del arte plástico.

SUPIMOS que en el municipio de Vicente López funcionaba un Departamen[illegible] Cultura Física que había limpiado de niños vagos las calles del pueblo. La exis[illegible]cia de tal institución no era para asombrar a nadie, porque títulos aun mejor[illegible] crean a cada momento, y hasta funcionan las instituciones tituladas, aunq[illegible] resultado no aparezca; todo queda en promesas. Pero nos asombramos an[illegible] verdadera desaparición de los grupos de muchachitos que se formaban e[illegible] esquinas y en los terrenos baldíos, donde habían encontrado la manera div[illegible] de adquirir vicios, enfermedades e ignorancia. Así que creció nuestro interés [illegible] el hecho tan poco vulgar de una institución que ha logrado a las buenas cur[illegible] tan arriesgado mal a un extenso barrio.

Y ya nos disponíamos a ir a Vicente López, cuando el Dr. Julio E. Mello, di[illegible] de dicho Departamento de Cultura Física, enterado de nuestro interés por su [illegible] efectuó una visita a esta casa.



niños vagos

Este juego se llama "Carrera del túnel". Es domingo y se está seleccionando entre los mejores para designar a las que tomarán parte en las próximas olimpíadas.

—Pues así es — nos dijo —. El raquitismo entre nuestros niños es alarmante. Las cifras lo proclaman: el 20 % presenta francas deformaciones físicas, y el 50 % tiene defectos que, si bien no son notables, no por eso dejan de ser defectos.

—De modo que de 100 niños que vemos sólo 30 valen algo...

—Eso es. Los niños argentinos...

Aquí lo interrumpimos, pensando que nos encontramos ante uno de aquellos espíritus para quienes todo lo nuestro, o es lo primero del mundo o es lo último.

—¿Por qué los niños argentinos? ¿No serán lo mismo los de todas partes?

En estas figuras de conjunto, llamadas pirámides, cada lugar está especialmente indicado para la rectificación de una falla cualquiera determinada en el niño.





Marcha atlética. Niñas y niños aparecen en esta fotografía marchando con una notable simultaneidad en todos sus movimientos. Nótese la posición correctísima que conservan en su alineación.

—En el reciente Campeonato Sudamericano de Atletismo —nos replicó con tranquila seguridad el doctor Mello —, resultó primero el Brasil, segundo Chile y tercero la Argentina. Y esos atletas han sido niños...

—Pero, ¿por qué hemos de ser nosotros los atletas inferiores y los que tenemos los niños más defectuosos? —preguntamos con un poco de rabia ante tan evidente prueba de "infelicidad".

—Porque nosotros somos muy descuidados.

—¡Cómo! ¿No es acaso obligatoria la gimnasia en las escuelas, y no hay gimnasios por todas partes?

—Sí, pero...

Claro, él no podía decir lo que pensaba. Pero nosotros, sí: hay muchos gimnasios; lo que falta es quien sepa y quiera educar.

—En Vicente López — continúa nuestra interlocutor — estamos tratando de enderezar la presente generación para que mañana no nos avergüence el porcentaje de inútiles que rechazará el ejército. Actualmente la provincia de Buenos Aires está soportando el rechazo del cincuenta y dos por ciento de conscriptos inútiles...

—Nos interesa sobremanera — le decimos — el procedimiento que seguramente usted ha inventado para lograr que los chicos habituados a la calle concurran a su estadio.

—No, yo no inventé nada; lo que hago es *divertir* a los muchachos con *juegos* gimnásticos, y, al mismo tiempo, *educarles* la *moral*. Con esto último obtengo que vayan a la escuela, y con los *juegos* que concurran al gimnasio.

—¿Y le parece poco? Nadie hasta ahora había hecho eso...

—Creo que dentro de poco va a ser ya muy notable el progreso de la buena complexión física de los muchachos de Vicente López. Y de las muchachas. Ellas también acuden en crecido número, y su estado de salud general mejora evidentemente. En pleno invierno hacen ejercicios a la intemperie, y no se resfría ninguno.

"¡Y cómo comen! Había una madre que antes se quejaba mucho de que su hijo no quería comer; el chico estaba pálido y flacucho, y salía en las horas de la escuela, andaba por la calle; lo llevé a mi campo, se divirtió con los otros de su edad, aprendió a hacer ejercicios, y empezó a comer. Ahora resulta que la misma madre se queja de que el chico es una carga para ella, porque no hace más que pedir comida... Hay otra que vino dos veces, muy intrigada, a preguntarme cómo había hecho yo para que su chico caminara derecho, porque el chico era "jorobado de nacimiento".



El doctor Julio E. Mello, director del Departamento de Cultura Física de la Municipalidad de Vicente López, durante su visita, emite los conceptos que se relatan en esta nota.

Mientras una larga fila de niños y niñas descansan en el pasto, otros muchachos ejecutan juegos de agilidad. Este se llama "el [illegible]"



He aquí un conjunto que viene a ser la demostración más terminante del desarrollo físico logrado por medio de la adecuación de movimientos individuales, objeto principal del Departamento de Cultura Física de V. López.

"Naturalmente, no pretendemos hacer imposibles, pero sabido es que nada resulta más fácil que enderezar un árbol que crece torcido, corrigiéndolo en su primera edad o en su primera juventud. Eso es lo que en Vicente López estamos realizando con todo éxito.

El director de Educación Física de la Municipalidad de Vicente López hace una pausa. En seguida, agrega:

—Claro que los ejercicios ejecutados por los muchachos no son los mismos que los de las niñas. Además, cada uno de ellos y cada una de ellas debe realizar movimientos adecuados para rectificar sus especiales y determinadas deficiencias físicas. Aquí puede ver...

Y el doctor Mello nos presenta una serie de buenas fotografías, de gran valor ilustrativo.

—Como usted puede apreciar —continúa—, para las mujeres se busca asociar la belleza del arte plástico al ejercicio físico saludable. Y siempre tenemos en cuenta que estamos educando a futuras madres, y pensamos en la eugenesia, en la estirpicultura, lo cual es, al fin y al cabo, la base de un gran país. Los varones ejecutan ejercicios físicos que corrigen sus defectos, amplían su capacidad torácica y dan elasticidad a sus músculos, al mismo tiempo que desarrollan su valor y decisión, condiciones de primera importancia en la lucha por la vida. Una patria grande tiene que ser patria de hombres fuertes y capaces; y los débiles y defectuosos...

—Ya los está corrigiendo usted, doctor.

—Con mis colaboradores, que son cuatro o cinco; pero deberíamos ser miles para poder enderezar ese setenta por ciento de los niños de toda la Argentina que están creciendo torcidos...

Creemos en la sinceridad del sentimiento del doctor Mello, cuando piensa en ese setenta por ciento; porque a nosotros también nos lastima esa cifra, y nos recuerda el patriotismo mal entendido de muchos grandes "patriotas" de nuestra tierra.

Cuando se despide y se va, nos quedamos pensando que éste es uno de los pocos hombres que con su granito de arena está, verdaderamente, haciendo patria. ◈

Aventuras de un

Historia de amor y viaje por

ALEJANDRO DUMAS

TAPA E ILUSTRACION DE FAIRHURST



I

A pesar de la orden de que aquella mañana del otoño de 1856 no se me molestase, mi sirviente abrió la puerta del estudio y, al observar el gesto desagrado que puse, se disculpó con estas palabras:

—Señor, está muy hermosa.

—¿Quién, majadero?

—La persona por la cual me permito molestarle.

—¿Y qué me interesa a mí que sea bonita? Ya sabes que cuando trabajo no recibo a nadie.

—Además —agregó aquél—, viene en nombre de un amigo suyo.

—¿Cómo se llama ese amigo?

—Reside en Viena.

—Está bien; pero te pregunto cómo se llama.

—Tiene un nombre muy extraño; algo así como *rubí* o *diamante*.

—¿Zafiro.

—Así es, señor: Zafiro.

—Entonces ya cambia el asunto: conduce arriba a esa persona, y tráeme una *robe de chambre*.

Mi sirviente salió.

Oí ligeros pasos por delante de la puerta de mi estudio; luego el señor Teodoro bajó con la prenda que le había pedido.

Cuando a un sirviente le concedo la consideración de apellidarle *señor*, es que brilla por su idiotez o su picardía.

He tenido tres a mi servicio que pueden figurar como ejemplos en este género: el señor Teodoro, el señor José y el señor Víctor.

El señor Teodoro era rematadamente idiota.

Esto lo consigno, a fin de que el patrón en cuya casa esté en la actualidad, si es que está sirviendo, no lo confunda con los otros dos.

Por lo demás, la idiotez es preferible a la picardía: si tenemos un sirviente idiota, en seguida lo advertimos; en cambio, si es un pícaro, cuando lo descubrimos ya es demasiado tarde.

Teodoro tenía sus simpatías; mi mesa siempre es bastante grande para que, sin invitación previa, vengan a sentarse a ella dos o tres amigos; los cuales, si no hallan siempre exquisitos platos, encuentran, en cambio, buen semblante.

Pues bien; los días en que la comida era buena, según el gusto del señor Teodoro, éste avisaba a los amigos o conocidos míos con quienes simpatizaba; únicamente que, según la susceptibilidad de ellos, les decía a unos:

—El señor Dumas estaba diciendo esta mañana: "Hace tiempo que no he visto a mi amigo Fulano; me gustaría que viniese a comer hoy conmigo".

Y el bueno del amigo, gozoso de
se a mis deseos, venía a sentarse a mi

A los otros, menos delicados, Teodo
mitaba a decirles:

—Hoy habrá buena comida; véngase

Invitado de esta suerte, el amigo,
esto es seguro que no hubiese venido,
a comer.

Cito tan sólo una de las particu
del señor Teodoro; si tuviera que hac

novelista



[illegible] de su personalidad, necesitaría para ello un capítulo entero.

Pero retornemos a la visita anunciada por el señor Teodoro.

Envuelto en mi *robe de chambre*, subí al recibidor. Allí hallé una joven hechicera, alta, de deslumbradora blancura, ojos azules, cabello castaño y dientes como perlas; llevaba vestido de terciopelo gris que le subía hasta el cuello, chal de seda árabe, y se tocaba con uno de esos preciosos sombreros a los cuales en Alemania se les ha bautizado con el nombre de *último ensayo*.

La desconocida me tendió una carta, en la cual reconocí, de inmediato, la letra del pobre Zafiro.

Tomé la carta y la metí en el bolsillo.

—Y bien — me dijo la visitante, con marcadísimo acento extranjero —: ¿no la lee?

—No es necesario, señora — respondí —; he conocido la letra, y me resultará muchísimo más grato escuchar de su boca a qué debo el honor de verla a usted en mi casa.

—El deseo de conocerle personalmente: nada más.

—¡Bien!, pero me imagino que no habrá venido de Viena expresamente para eso.

—¿Qué se lo sugiere?

—Mi modestia.

—Sin embargo, y perdóneme que se lo diga, usted no goza fama de modesto.

—Reconozco que tengo mis días de vanidad.

—¿Cuáles son?

—Aquellos en que los demás me juzgan y yo me comparo.

—¿A los que le juzgan a usted?

—Es muy observadora, señora. Y, ahora, le ruego que tome asiento.

—¿Conque no me hubiera usted hecho semejante invitación si yo solamente fuera bonita?

—En efecto; le hubiera hecho otra.

—¡Dios mío! ¡Qué fatuos son los franceses!

—No tenemos nosotros la culpa.

—Pues sepa que al salir de Viena para Francia hice un propósito.

—¿Cuál?

—El de sentarme; ya ve usted qué sencillo.

Entonces me levanté y, luego de dirigir un saludo a mi interlocutora, le pregunté:

—¿Querría usted hacerme el favor de decir a quién tengo el honor de hablar?

—Soy artista dramática, húngara de nacimiento; mi nombre es Lilá Bulyowski; tengo un marido a quien amo y un hijo a quien idolatro. Si usted hubiese leído la carta de nuestro común amigo Zafiro, ya estaría enterado de estos pormenores.

—¿Y cree que no ha ganado diciéndomelo usted misma?

—Sólo puedo expresarle que la conversación con usted toma un sesgo singular.

—Es libre de llevarla usted hacia al lado que más le convenga.

—Pero, hombre de Dios, si usted incesantemente la inclina a la derecha o a la izquierda.

—A la izquierda, sobre todo.

—Precisamente, es por donde no quiero ir.

—Entonces vayamos de frente y por el camino recto.

—Mucho me temo que no sea posible.

—Ya verá usted como sí... Repita lo que acaba de decirme. ¿Usted es...?

—Artista dramática.

—¿Qué representa?

—Todo: drama, comedia y tragedia; he representado casi todas sus obras dramáticas, desde *Catalina Howard* hasta la *Señorita de Belle-Isle*.

—¿En qué teatro?

—En el de Pesth.

—¿En Hungría, entonces?

—Ya le manifesté que soy húngara.

Luego de oír esto, suspiré.

—¿Suspira usted? — me preguntó la señora Bulyowski.

—Sí; uno de los más gratos recuerdos de mi vida se relaciona con una de sus compatriotas.

—Cuidado; ya vuelve a ladear la conversación hacia la izquierda.

—La conversación, sí; pero no a usted. Figúrese que... Pero no, prosiga.

—No, señor. Usted iba a contar una historia: cuéntela.

—¿Para qué?

—¡Para complacerme! Recuerde que todo el mundo puede leerle, pero no todos escucharle.

—¿Quiere usted conquistarme por el lado del amor propio?

—¡Yo!, por ningún lado.

—Entonces, no nos ocupemos de mí. Prosigamos con usted; es artista dramática, húngara de nacimiento, se llama Lilá Bulyowski, tiene un marido a quien ama y un hijo a quien idolatra, y se ha venido a París para verme.

—Esto en primer término.

—Está bien; ¿y después de mí?

Perfección



—Es el nuevo corrector de inscripciones.

—Ver todo cuanto puede verse en París.

—¿Y quién la acompañará para ver cuanto en París se ve?

—Usted, si no tiene inconveniente en ello.

—Ya sabe que tan pronto nos vean dos veces juntos, las gentes van a decir...

—¿Qué?

—Que es mi amante.

—Y eso, ¿qué importa?

—¡Enhorabuena!

—Enhorabuena, sí; pues aquellos que me conocen les constará lo contrario, y en cuanto a los que no saben quién soy, ésos no me interesan.

—¿Es usted filósofa?

—No; simplemente lógica. Tengo veinticinco años, y me dijeron tantas veces que era hermosa, que he imaginado que tanto valía creerlo, siendo verdad, como no siéndolo. Ya se figurará usted que no he venido de Pesth, sola, sin estar convencida de que tratarían de criticarme. Sin embargo, este temor no me ha detenido; ¡que critiquen!: mi arte ante todo.

—¿Entonces la trajo a usted un asunto de arte?

—Así es; deseo conocer a los grandes poetas franceses, para ver si se parecen a los nuestros; y a los grandes artistas dramáticos que brillan en la escena parisiense, para saber si me queda algo que aprender de ellos; pedí a Zafiro una carta para usted, me la entregó, y asunto concluído. ¿Puede consagrarme algunas horas?

—Cuantas usted quiera.

—Pues bien, dispongo de un mes para permanecer en París, de seis mil francos para gastar, y de mil francos para regresar a Pesth. Supóngase que Zafiro le ha recomendado un estudiante de Leipzig o de Heidelberg en vez de una artista dramática del teatro de Pesth, y tráteme como si realmente fuese así.

—¿Luego va usted a comer conmigo?

—Cada vez que esté libre.

—En esos días nos iremos al teatro.

—De acuerdo.

—¿Tiene inconveniente en que nos acompañe una tercera persona?

—Ni el más mínimo.

—¿Y no se afectará por lo que puedan decir?

—Si hubiese leído la carta de Zafiro se hubiera enterado de un párrafo dedicado por completo a este particular.

—Entonces, leeré la carta.

—¿Cuándo?

—Cuando usted se haya marchado.

—Pues bien: déme dos o tres cartas de recomendación, y me voy: una para Lamartine; otra, para Alfonso Karr, y otra, para Dumas (hijo). A propósito de éste, me place expresarle que he representado su *Dama de las Camelias.*

—No le daré carta alguna para él; si usted quiere, mañana comeremos juntos.

—Encantada. Me dijeron que madame Doche estaba inigualable en *La Dama de las Camelias.*

—También comerá con nosotros madame Doche, la cual se encargará de conducir a usted a donde se le antoje.

—A donde ella quiera llevarme. En este mundo hay que conceder algo al acaso. Ya me contará usted un día lo que le pasó con mi compatriota.

—Si le place...

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando yo se lo pida.

—¡Espléndido!

—Ahora déme las cartas de recomendación; ya comprenderá que después de estar ahorrando para venirme a París, donde a lo mejor nunca más vuelvo a poner los pies, debo aprovechar el tiempo.

Bajé a mi estudio, escribí las dos o tres cartas que me había pedido la señora Bulyowski, subí de nuevo y se las entregué, al mismo tiempo que me inclinaba para besar su mano; pero la artista me dió, ingenuamente, un beso en cada mejilla, diciéndome:

—¿No le he dicho a usted ya que se imaginase estar con un estudiante de Leipzig o de Heidelberg?

—Sí.

—Entonces, a la alemana: o un apretón de manos o un abrazo.

—Siendo así, venga el abrazo; en Francia existe un proverbio que dice: de lo perdido sacar partido. Así que hasta mañana; la espero a comer.

—Hasta mañana, pero ¿dónde comeremos?

—Aquí.

—¿A qué hora?

—A las seis.

—Muy bien; si demoro algunos minutos no me lo reproche.

—¿Y si se anticipa usted me está también prohibido agradecérselo?

—No; su compañía me es sumamente grata, así que si vengo antes será para mi propia satisfacción. Hasta mañana.

La señora Bulyowski bajó rápida la escalera, y al llegar al rellano se volvió para dirigirme un último saludo.

Al llegar a la puerta de mi estudio me encontré con el señor Teodoro, el cual, sonriéndose, me dijo:

—Ya ve usted, señor, que no soy tan torpe como supone.

—En efecto —repuse—; pero es más necio de lo que imaginaba.

Y cerré la puerta de mi estudio, dejando al pobre señor Teodoro completamente aturdido.

II

Durante el transcurso de un mes tuve el placer de ser acompañado a la mesa por la señora Bulyowski dos o tres veces por semana, y otras tantas la llevé al teatro.

Debo expresar que nuestras *estrellas*, excepto la Raquel, apenas si le agradaron.

La Ristori no se hallaba en París.

Cierta mañana, la señora Bulyowski vino a mi casa, y me dijo:

—Mañana me voy.

—¿Por qué causa mañana?

—Porque me queda solamente el dinero indispensable para regresar a Pesth.

—Si usted me lo permite, yo le facilitaré.

—Gracias; he visto ya en París todo lo que quería.

—¿Cuánto le queda a usted?

—Mil francos.

—Le sobra la mitad.

—Es que no voy directamente a Viena

—¿Se puede conocer su itinerario?

—Es éste: primeramente a Bruselas, luego Spa y a Colonia, subo el Rhin hasta Maguncia, y de Maguncia me dirijo a Manheim.

—¿Y qué diablos va a hacer en Manheim? Allá Werther se suicidó y Carlota ya no existe.

—Voy a ver a la señora Schrœder.

—¿La trágica?

—Sí; ¿la conoce usted?

—La vi representar una vez en Francia, pero he conocido mucho a su hija y a sus dos hijos.

—¿Sus dos hijos?

—Sí, señora.

—Sólo conozco a uno: Devrient.

—Este es el cómico; yo conozco al otro, al sacerdote, que vive en Colonia, cerca de la iglesia de San Gedeón; si desea una carta para él...

—Gracias; a quien tengo interés en ver es a la madre.

—¿Qué desea de ella?

—Como ya le he dicho, soy húngara, y en húngaro represento comedias, dramas y tragedias. Pues bien, estoy harta de no hablar sino a seis o siete millones de espectadores; quisiera representar en alemán, para hablar a treinta o cuarenta millones de hombres. Por eso deseo ver a la señora Schrœder, recitar en alemán una escena delante de ella, y si me da esperanzas de que con un año de estudio puedo dominar los defectos de pronunciación y acento, vendo algunos diamantes, me voy a vivir a las poblaciones donde ella viva, con sigo como dama de compañía, como camarera, si quiere, y al cabo de un año me lanzo a los teatros de Alemania. ¿Qué opina usted?

—Que la admiro, señora.

—No, usted no me admira; halla muy sencillo eso que digo; soy desmesuradamente ambiciosa; he alcanzado grandes triunfos, y quiero conseguirlos mayores.

—Con la voluntad firme y decidida que usted tiene, los conseguirá.

—Ahora a otra cosa: comemos juntos, ¿no es cierto? Esta noche iremos por última vez al teatro; me facilita cartas para Bruselas, donde me detendré uno o dos días, y desde de la cual expediré todo mi equipaje a Viena; nos despedimos, y me pongo en marcha.

—¿Por qué despedirnos?

—¿No termino de decirle que me voy?

—Se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Tengo un asunto pendiente en Bruselas, así que, en lugar de facilitarle las cartas que me solicita, la acompaño; sola, se aburrirá; sea usted franca.

—Estaba segura de que me haría semejante proposición.

—¿Y estaba usted resuelta de antemano a aceptarla?

—¡Ya lo creo que estaba! Usted no sabe cuánto le quiero.

—Gracias.

—¡Quién sabe si volveremos a vernos! Bueno, pues, quedamos en que mañana emprendemos el viaje.

—¿Mañana? ¿En qué tren?

—En el de las ocho de la mañana.

—¡Ya!

—Me queda muchísimo que hacer; comprende que el último día... A propósito...

—¿Qué?

—No saldremos juntos; nos encontraremos en la estación como por casualidad.

—¿Por qué?

—Porque salgo con unos conocidos.

—¿Vieneses?

—Sí.

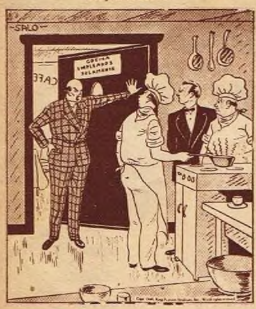
—No le basta ya su conciencia?
—Son unos necios.
—Hagamos otra cosa mejor.
—¿Cuál?
—En vez de salir a la mañana, parta a la tarde.
—También saldrán ellos a la misma hora; están resueltos a salir conmigo.
—¿Y hasta dónde van?
—Hasta Bruselas, tan sólo.
—Escúcheme, salgamos mañana por la tarde.
—¿Insiste usted?
—Insisto; creo que merezco que haga por mí lo que le pido, ¡qué diablos! si entre los dos existe algún acreedor, me parece que no es usted.
—¿Me lo reprocha?
—No, lo consigno.
—Está bien; explíquese, después resolveremos.
—Vamos a salir, pues, en el tren de la tarde; usted por su lado y yo por el mío nos dirigimos a la estación; usted sube al vagón que más le agrade, con sus vieneses; yo la veo subir, y después de señalarla a uno de los empleados, me meto en otro vagón solo; al llegar a la segunda o tercera estación, se queja de que se marea; el empleado del tren le propone que se traslade a un vagón con menos viajeros; usted acepta y se viene al mío, donde tomará así cuanto aire necesita... y en el que dormirá tranquila toda la noche.
—¿En el que dormiré tranquila durante toda la noche?
—Palabra de caballero.
—En efecto; puede arreglarse como usted dice.
—¿Quedamos de acuerdo?
—Del todo.
—Entonces, hasta esta noche, ¿no es así?
—No, hasta mañana.
—¿Comemos juntos mañana?
—Es imposible; saliendo a la tarde me veo obligada a hacerlo con mis vieneses.
—¿Así que no vamos a vernos de nuevo hasta la salida del tren?
—Trataré de venir a estrechale la mano durante el día.
—La espero.
Esperaba yo a acostumbrame a ver un delicioso compañero debajo del terciopelo aquél y de aquella seda donde había creído hallar una mujer bonita.
Nos dimos un apretón de manos, y Lilá salió.
Al siguiente día recibí esta esquela:

"Me es imposible ir a su casa, debido a la batalla terrible que me veo obligada a sostener con las modistas y tenderas. Con los géneros que estoy embalando habría para establecer una tienda en Pesth. No sé cómo me lo hubiera arreglado si tuviese que partir esta mañana.
Hasta luego. *Buenas noches.*

LILÁ."

La frase *buenas noches*, subrayada, me pareció un tanto irónica.
—¡Buenas noches! — repetía yo —. Sin embargo, Dios sabe lo que puede acontecer.
A la tarde me encontraba en el andén de la estación media hora antes de la salida del tren. No sé si alguna vez hallaré oportunidad de demostrar mi agradecimiento a los ferrocarriles todos por las atenciones que debo a los empleados de los mismos, sin excepción.
Me fui a ver al jefe de la estación, y le expliqué lo que me ocurría.
—Se equivoca — le dije, al ver que se reía.
—¿De veras?
—Palabra de caballero.
—Está bien; pero durante el camino...
—No lo creo.
—No importa. Buena suerte.
—Cuidado con lo que está diciendo; nadie desea abundante caza a un cazador.
Subí a mi vagón, en el que el jefe de la estación me encerró herméticamente, suspendiendo después de la abrazadera de la puertecilla un letrero en el que se leía: RESERVADO.
Cuando escuché el ruido que hacían los viajeros al dirigirse presurosos a tomar sitio, saqué la cabeza por la ventanilla, llamé al jefe de tren, y señalando a la señora Bulyowski, que se encaramaba a un vagón con tres vieneses y cuatro vienesas, le manifesté cuánto esperaba de su pericia.
—¿Cuál es? — me preguntó.
—La más bonita.
—Entonces la que lleva sombrero a lo mosquetero.
—La misma.
—No tiene usted mal gusto, señor Dumas.
—¿Le parece?
—¡Ya lo creo!
—Pues yo no opino así.
El jefe de tren me miró socarronamente y se alejó moviendo la cabeza.
—Créalo usted — le dije, despechado de no poder persuadirlo de mi inocencia.
El tren se puso en marcha. Cuando llegamos a la estación de Pontoise, era cerrado la noche.

Impaciente



—Si el mozo que me atiende ha sido secuestrado en la cocina, exijo que se lo ponga en libertad inmediatamente.

Abrieron mi puertecilla, y oí la voz del jefe de estación, que decía:

—Suba usted, señora, aquí es.

Tendí la mano y ayudé a mi hermosa compañera de viaje a subir los dos escalones.

—¡Por fin está usted aquí! —dije.

—¿Le ha parecido muy largo el tiempo?

—¡Yo lo creo!, me hallaba tan solo.

—Pues a mí, al contrario, me pareció largo porque iba acompañada. Por fortuna he cerrado los ojos y he pensado en usted.

—¿Ha pensado en mí?

—¿Qué tiene de particular?

—No soy yo quien se lo reproche; pero tengo curiosidad por saber de qué modo pensaba en mí.

—Lo más afectuosamente que se puede pensar de una persona.

—¡Bah! Quedé en ayunas.

—Le aclararé: le juro que le estoy agradecida en el alma por el modo como se ha conducido conmigo.

—¿No bromea?

—Le digo la pura verdad.

—Algo es algo; pero una vez que se encuentre en Viena va a reírse de mí.

—Se equivoca, pues no sólo soy una mujer honrada, sino que también creo tener talento.

—¿Y yo lo tengo o no lo tengo?

—Según el mundo, sí.

—¿Y según usted?

—Según yo, reúne un mérito más valioso: es usted hombre de corazón. Ahora abráceme y déme las buenas noches; estoy muy fatigada.

La abracé a la alemana o a la inglesa, como quiera el lector, recibiendo en recompensa un beso que, de habérmelo dado una francesa, hubiera sido por demás significativo; luego mi amiga se sentó en un rincón y se arregló para pasar la noche.

Yo la miraba hacer, mientras pensaba para mis adentros que era muy cierto que cuando un hombre pierde el respeto a una mujer es porque ésta quiere.

Lilá cambió dos o tres veces de posición, se quejó suavemente, abrió de nuevo los ojos, y, fijándolos en mí, me dijo:

—Resueltamente, creo que me hallaré más bien con la cabeza apoyada en su hombro.

—Si usted lo dice, así será —repuse, riéndome—; pero es indudable que yo voy a estar menos cómodamente.

—¿De modo que se opone?

—Nada de eso.

Mi compañera y yo estábamos frente a frente, por lo que cambié de sitio y me senté a su lado. Entonces ella se quitó el sombrero, se anudó un pañuelo de seda debajo de la barbilla, se acomodó en mi hombro, y al cabo de un instante me dijo:

—Así me encuentro maravillosamente, ¿y usted?

—¿Yo?, carezco de opinión.

—Hasta mañana por la mañana, pues; tal vez entonces se habrá formado una. Dicen que la noche es buena consejera.

Lilá hizo todavía dos o tres casi imperceptibles movimientos, como el pajarillo que acomoda la cabeza debajo del ala, con su mano buscó la mía, me la oprimió suavemente en señal de buenas noches, articuló una palabra, que no pude entender, y se durmió.

Jamás experimenté sensación más singular que la que se apoderó de mí cuando sentí en mis mejillas el suave roce de los cabellos de aquella hermosa criatura, cuando sentí en mi rostro su aliento. El semblante de mi compañera de viaje había adquirido una expresión infantil, virginal, dulce, como nunca viera yo en mujer alguna dormida sobre mi pecho.

Después de haberla contemplado durante largo rato, poco a poco se me cerraron los ojos, para abrirlos de nuevo y volverlos a cerrar. Apoyé los labios en la frente de Lilá, murmurando a mi vez las buenas noches, y me dormí suave y deliciosamente.

Al llegar a Valenciennes, el jefe de estación en persona abrió la portezuela de nuestro compartimiento, y dijo en alta voz:

—¡Valenciennes! ¡Veinte minutos!

Lilá y yo abrimos los ojos simultáneamente, y nos echamos a reír.

—En honor a la verdad —dijo mi compañera—, creo que nunca he dormido tan bien.

—Por lo que a mí respecta —repuse—, lo que voy a contestarle quizá sea poco galante: ni yo tampoco.

—Aparte de ser usted tan inteligente —me dijo Lilá—, le adorna un mérito notable.

—¿Cuál?

—El de que no le conozcan bien, lo cual proporciona sorpresas a los que entablan relaciones con usted.

—¿Me promete rehabilitar a los ojos de Zafiro?

—Se lo juro.

—¿Y enviarme algunas recomendadas?

—No, eso no.

—¿Y si me portara del modo que lo estoy haciendo con usted?

—Lo lamentaría en el alma.

—¿Y si de modo diametralmente opuesto?

—Me pondría furiosa.

—Pero, en resumen, ¿qué preferiría usted?

—Como no voy a mandarle recomendada alguna, es inútil que se lo diga.

—¿Quiere bajar en Valenciennes, o se queda?

—Me quedo; me encuentro demasiado bien. Lo único que voy a pedirle es que me permita cambiar de sitio y apoyarme en su hombro derecho.

—¿Halla usted que, como San Lorenzo, estoy bastante asado del lado izquierdo? Obre como le plazca.

Lilá acomodó la cabeza en mi hombro derecho como lo había hecho sobre el izquierdo, se durmió de nuevo y no volvió a despertarse hasta Bruselas.

—¿Desciende usted? —me preguntó.

—¡Pues sí que la haríamos buena! ¿Qué dirían sus amigos los vieneses al vernos juntos?

—Es verdad, me había olvidado de ellos. ¿En qué hotel se suele usted alojar?

—En el de Europa; pero en él tienen formado tan mal concepto de mí, que, en bien de usted, preferiría hospedarme en otra parte.

—Elija.

—Entonces vayámonos al hotel de Suecia.

—Está bien; pero como usted llegará antes que yo, ordene que me preparen una habitación.

—Descuide.

—¿No me da un abrazo?

—Creo que no; si tanto lo desea, a usted le corresponde hacerlo.

—Realmente es usted el ser más exigente que conozco —dijo la señora Bulyowski, abrazándome y riéndose.

Una hora después, mi compañera de viaje se encontraba en el hotel de Suecia. La acompañé a su habitación y luego de besarle respetuosamente la mano, salí murmurando:

—¡Qué hermoso sería poder tener por amigo una mujer!

Es innecesario decir que hice disponer mi cuarto al lado opuesto del corredor.

Tomé un baño y me acosté.

Al despertarme, pregunté por Lilá. Había salido ya y hecho cargar sus diez o doce bultos, que debían viajar en pequeña velocidad; entretanto, ella efectuaba su peregrinación en busca de la señora Schrœder.

Como todos los artistas acostumbrados a viajar con rapidez, mi compañera tenía la virtud de arreglárselas ella sola, como pudiera hacerlo el hombre más listo. En efecto, ella misma acomodaba y ataba sus valijas, llenaba y cerraba sus maletines, y siempre estaba lista cinco minutos antes de la partida; lo cual no tenía que tomarse nunca la molestia de exigirlo a una señora de su casa.

Mientras estaba yo preguntando por ella, la vi entrar de regreso.

—Creí que había volado.

—Y así fué.

—Bien, sí; pero yo suponía que para siempre.

—Yo imito a las golondrinas: vuelvo al nido.

—¿Qué ha hecho usted?

—He facturado mi equipaje y recogí los talones; de modo que me quedo con el vestido puesto, otro en mi maletín y varias prendas interiores. Ya ve que un estudiante no lleva más.

—¿Y cuándo se va?

—Cuando usted quiera.

—¿Pero no desea ver a Bruselas?

—¿Y qué hay que ver en ella?

—La iglesia de Santa Gudula, la plaza de las Casas Consistoriales y el pasaje de San Huberto.

—¿Nada más?

—Y la Alameda Verde.

—¿Y después?

—Se acabó.

—Pues, condúzcame a un restaurante que quiera; le convido a almorzar.

—¿Usted?

—Yo; los portes de mi equipaje me han salido más baratos de lo que creía: estoy rico. ¿Qué comen en esta tierra?

—Ostras de Ostende, buey ahumado y cangrejos.

—¿Y beben?...

—Faro y lambic.

—Entonces, a beber faro y lambic, y a comer cangrejos, buey ahumado y ostras de Ostende.

—Vamos.

Les juro, lectores amigos, que si mi compañera hubiese llevado pantalón y abrigo en lugar de faldas y capa, mi ilusión se hubiera desvanecido; pues me habría creído el compañero de un joven estudiante, en lugar de ser el caballero de una mujer encantadora.

Almorzamos; luego visitamos la iglesia de Santa Gudula, el pasaje de San Huberto, la plaza de las Casas Consistoriales; dimos una vuelta en derredor de la Alameda Verde y retornamos al hotel de Suecia.

—¿Ya hemos visto cuanto hay que ver en Bruselas? —me preguntó Lilá.

—Todo, menos el museo.

—¿Qué encierra éste?

—Cuatro o cinco Rubens magníficos, y dos o tres Van Dycks maravillosos.

—¿Por qué no me lo ha dicho antes?

—Lo había olvidado.

—¡Vaya un cicerone que me he echado! Vamos a ver el museo.

A él nos encaminamos. La excelsa artista, que conocía a Shakespeare y a Schiller, a Víctor Hugo y a Calderón, conocía también a Rubens y a Van Dyck, y se expresaba sobre pintura con el mismo discernimiento que lo hacía respecto del teatro.

Al salir del museo, donde pasamos agradablemente dos horas, mi compañera me preguntó:

—¿Me falta todavía algo por ver en la capital de Bélgica?

—Si usted quiere, a la señora Pleyel.

—¡La señora Pleyel! ¿La grande artista? ¿Aquella de quien tanto me ha hablado Liszt?

—La misma.

—¿Usted la conoce?

—Mucho.

—¿Y puede presentarme a ella?

—Antes de media hora.

—¡Un coche!

Mi entusiasta húngara hizo seña a un cochero que acudió presuroso, y, al conocerme, abrió con solicitud la portezuela.

Una de las cosas que más admiraban a mi compañera de viaje era la popularidad ésa que hace que no sólo en París, de cada diez personas que pasan a mi lado, cinco me saluden con la cabeza o con la mano, sino que luego de haberme seguido en provincias, traspasa conmigo la frontera y me acompaña en el extranjero, y como habíamos llegado a Bruselas, en esa ciudad, inclusive los cocheros, no eran cinco, sino que, de cada diez, ocho me conocían.

Subimos al coche para trasladarnos a casa de la señora Pleyel; y como ésta vivía muy lejos, en el barrio de Schaerbeek, mi hermosa compañera tuvo tiempo sobrado para interrogarme respecto de la maravillosa artista a quien íbamos a visitar, y yo para responder a sus preguntas.

Hacía veinticinco años que yo conocía a la señora Pleyel. Un día me la anunciaron, cuando ésta no tenía otra aureola que la celebridad comercial de su marido, y vi entrar en mi casa una joven delgada, morena, de blanca dentadura, grandes ojos negros y expresión vivaz.

De inmediato comprendí que tenía ante mí a una artista.

En efecto, fluctuando en la indecisión, sintiendo latir en ella un corazón entusiasta, la buena señora ignoraba todavía hacia qué arte se sentía impulsada, y venía a pedirme consejo acerca de lo que debía hacer.

Como en aquel tiempo la señora Pleyel creía que su porvenir estaba en el teatro, y yo precisamente tenía entre manos el *Kean*, me encaminé a mi estudio, tomé mi manuscrito, lo abrí por la escena entre Kean y Ana Damby, cuya situación era idéntica, y se la leí.

Habría un inconveniente, la señora Pleyel no era libre: estaba casada, y, por lo tanto, para entrar en el teatro era menester que rompiese con ciertas consideraciones sociales cuyo arrancamiento es siempre sangriento y doloroso.

Tuve la dicha de convencerla, al menos momentáneamente, de que todos los triunfos de la escena no se pueden comparar a la plácida monotonía hogareña.

"Hiló lana y fué mujer casera" — escribían los antiguos romanos en la tumba de sus matronas.

Por espacio de uno o dos años no había yo oído hablar más de la señora Pleyel, cuando de improviso supe que le había acaecido una desgracia: había sido víctima de una infame intriga, que ya he olvidado, y que la obligó a expatriarse.

Era su desventura tan grande, que la buena señora sólo pensó en abandonar a Francia en

Bautizo



—¡Pero, señora! El traje de baño es completamente innecesario.

compañía de su madre, y no se acordó de mí.

Ambas vivían en Hamburgo, en la miseria, cuando un día, al pasar por delante de una casa de instrumentos de música, a la señora Pleyel le asaltó un irresistible deseo de entrar en ella, cual si hubiese querido comprar un piano, para fortalecer su corazón con un poco de armonía.

En aquella época la señora Pleyel no era la admirable artista de hoy; a pesar de todo, la desgracia había avivado en ella la llama del numen. Sentóse al piano y dejó caer los dedos sobre el teclado, del cual, y a los primeros acordes, arrancó desgarradores lamentos.

El comerciante, que no la conocía, y que sólo la había tratado como se acostumbra a tratar a todo comprador, se acercó a ella y la escuchó con verdadero recogimiento.

La ejecutante no tocaba pieza alguna conocida: improvisaba; pero su improvisación era síntesis de cuanto había sufrido durante los tres meses últimos: decepción de amor, dolores, desilusiones, lágrimas, destierro. Había hasta los terribles gritos del buitre que se cernía sobre su cabeza: el hambre.

—¿Quién es usted y en qué puedo servirla? —preguntó el comerciante a la señora Pleyel, cuando ésta hubo terminado.

La infeliz se echó a llorar y le contó las desgracias que la abrumaban.

Entonces el buen hombre le dió a entender cuán severo pero sublime maestro es el dolor, y le habló sobre la vía misteriosa por la cual la Providencia la empujaba a la fortuna, a la ilustración y quizá a la gloria; y como ella dudase de sí misma, la tranquilizó, hizo llevar a casa de la desdichada el mejor piano que tenía en su depósito, y la instó para que diese un concierto.

¡Un concierto! ¡Dar un concierto ella, que no hacía veinticuatro horas ignoraba que ardiese en su corazón la llama del arte!

El comerciante insistió, encargándose de los gastos y respondiendo de todo.

La pobre María se decidió.

Llamábase María, como la Dorval y la Malibrán.

Yo he sido el amigo íntimo de estas tres ilustres y desventuradas mujeres. Y hago mal en decir desventuradas, al contrario, al nombre de María Pleyel debe agregársele el de *dichosa;* dichosa, porque su concierto alcanzó brillante éxito, y porque entonces vislumbró la serie de triunfos que le reservaba lo porvenir.

Por espacio de seis años, San Petersburgo, Viena y Dresde la colmaron de triunfos, hasta que regresó a Bélgica, su patria, donde se le hizo justicia, y la nombraron profesora del Conservatorio.

Entonces fué cuando María Pleyel volvió a París, adonde la precediera su fama, y dió algunos conciertos que despertaron el más vivo entusiasmo y me proporcionaron la ocasión de verla nuevamente.

Corrido el tiempo, después del 2 de diciembre, hice un viaje a Bélgica, y por tercera vez la encontré.

Cuando llamamos a la puerta de la artista, la señora Bulyowski la conocía tan bien como yo.

—¡Cuánto va a alegrarse la señora! —exclamó la camarera al reconocerme.

Y sin cerrar la puerta, entró corriendo en el salón pronunciando mi nombre a grandes voces.

—Y bien, —pregunté a mi compañera de viaje —, ¿le parece a usted todavía que no van a recibirnos con agrado?

Lilá no había tenido tiempo de responder, cuando María Pleyel venía ya a nuestro encuentro, majestuosa como una reina, graciosa como una artista.

—Primeramente bésense ustedes, después ya trabarán conocimiento —dije a las dos mujeres.

Mi compañera de viaje echó los brazos al cuello de María Pleyel, y yo, por un instante, me quedé admirando a aquellas dos criaturas tan diferentes de aspecto y tan hermosas ambas, aunque de belleza opuesta.

La señora Bulyowski, delgada, flexible, rubia y sonrosada, era efusiva, como las húngaras; la señora Pleyel, alta, de formas admirablemente marcadas, era morena, sosegada, casi severa. El escultor que hubiese sabido trasladar al mármol aquel grupo, reproducir aquellas dos naturalezas tan encontradas, hubiera alcanzado un renombre inmortal.

Después que se hubieron abrazado, las conduje del brazo hasta el salón, y sentándolas una a mi derecha y la otra a mi izquierda, expliqué a la señora Pleyel el objeto de nuestra visita.

—¿Es decir que usted tiene deseos de oírme? —preguntó la artista a mi compañera.

—Me muero por ello.

—Es lo más fácil del mundo. Viene acompañada de un hombre que goza del privilegio de conseguir de mí cuanto se le antoja.

Yo, que todavía no había abrazado a la señora Pleyel, me aproveché de lo que ésta acababa de decir para estrecharla entre mis brazos.

—¿Qué sonata le parece a usted que será del agrado de su amiga, la trágica? —me preguntó en voz baja la artista.

—Algo parecido a lo que usted tocó en casa del vendedor de pianos de Hamburgo.

Por los labios de María vagó una triste sonrisa que recordaba sus sufrimientos pasados, y sus dedos fueron arrancando un arrobador preludio.

—¡Ah! María, María —le dije; es usted dichosa, y no es dicha lo que le pedimos.

—¿Y si el corazón revienta de alegría?

—Pondré encima de él la mano y evitaré que estalle.

La señora Pleyel me miró, encogió imperceptiblemente los hombros y empezó.

Sería difícil expresar lo que tocó aquella gran artista. Sólo diré que nunca, heridos por mano alguna, el marfil y la madera han producido acordes semejantes a los que de ellos arrancó María; por espacio de una hora seguida fueron sucediéndose las más penetrantes sensaciones y los dolores más embriagadores; el piano mismo parecía sufrir, quejarse, gemir, dar lamentos.

Por fin, al cabo de una hora, María se levantó y me dijo con hondo dolor:

—No tiene usted compasión de mí; ¿no ve que me está matando?

Entonces volví la mirada hacia la señora Bulyowski. Estaba pálida, temblorosa, casi desvanecida.

Una y otra eran dignas de sí mismas.

Las dos mujeres se abrazaron de nuevo, y yo, temiendo más por mi compañera de viaje, de naturaleza endeble y nerviosa, que por la robusta y enérgica complexión de María Pleyel, me llevé a la señora Bulyowski, a quien, ya en la calle, pregunté:

—¿Quiere usted ver algo más en Bruselas?

—¿Puede quererse ver algo, después de haber visto y oído a esa mujer admirable?

—Entonces, ¿qué hacemos?

—En lo que a mí respecta, salgo para Spa, ¿y usted?

—¡Caramba! ¿Yo?, la sigo a usted.

Veinte minutos después, el tren nos llevaba, raudo, hacia la ciudad balnearia, donde reina el juego y el placer.

III

Ya ubicados en nuestros respectivos asientos, mi compañera, dominada todavía por la emoción que le causara la visita a la Pleyel, me dijo, suspirando:

—¡Qué artista más admirable!

—Usted es tan grande como ella, mi querida Lilá, pues la comprende.

—Sin embargo, me trastornó por ocho días.

—¿Por qué?

—No me queda nervio sano en todo el cuerpo —respondió, con un suspiro, Lilá

—¿Quiere usted que procure calmarla?

—¿De qué modo?

—Magnetizándola. Estamos solos en el [illegible] gón, y tiene usted suficiente confianza en [illegible] para dejarse adormecer por un instante, [illegible] es verdad? Cuando despierte, si no curada [illegible] todo, al menos se hallará aliviada.

—Inténtelo usted; pero le prevengo que [illegible] magnetizadores han fracasado siempre que [illegible] sieron adormecerme.

—Porque se ha resistido. Sométase vol[illegible]riamente, y verá que si no la adormezco [illegible] todo, al menos la amodorraré.

—No me resistiré; se lo prometo.

—¿Qué es lo que siente?

—Gran calor en la cabeza.

—Pues la cabeza es lo que hay que ca[illegible] en primer término.

—Sí; pero ¿cómo va usted a arreglárselas?

—No me lo pregunte; no he estudiado [illegible] magnetismo como ciencia, lo he sentido [illegible]tintivamente. Lo practiqué para darme c[illegible] a mí mismo de su poder y de sus efectos, [illegible]tras escribí el doctor *Bálsamo*, y luego, c[illegible] me lo han rogado; pero nunca por gusto; [illegible] fatiga excesivamente.

—Enhorabuena, por lo menos esto prueba [illegible] es usted hombre de buena fe; pero en[illegible] ello quiere decir que el magnetismo está [illegible] usted fuera de lo material.

—Aclaremos; en mi concepto, parte del po[illegible]der del magnetismo pertenece al mundo [illegible] y, en consecuencia, material, y esta parte [illegible] a ver si se la explico filosóficamente. C[illegible] la naturaleza hubo creado al ser racional, [illegible] obstante ser muy previsora, no tuvo la [illegible] idea de las leyes que iban a regir la soc[illegible] humana; antes de pensar en crear al h[illegible] y a la mujer, había, como en las otras [illegible]cies de animales, pensado en crear al m[illegible] a la hembra. Lo principal para esa gran[illegible] de cien pechos, para la Cibeles griega, [illegible] Buena Diosa romana, era la reproducc[illegible] las especies. De ahí la lucha eterna [illegible] instintos y pasiones contra las leyes [illegible] que nos rigen; de ahí también la servid[illegible] que el hombre impone a la mujer y la [illegible]ción de ésta hacia el hombre. Pues [illegible] uno de los mil medios empleados por la [illegible]raleza para alcanzar su propósito es el [illegible]netismo. Los efluvios físicos son otras [illegible] corrientes que arrastran al débil hacia el [illegible]te; y esto es tan verídico que puedo [illegible]

que el magnetizador adquiere un influjo irresistible sobre el sujeto a quien magnetiza, no sólo cuando éste está dormido, sino también cuando está despierto.

—¿Y tiene la desfachatez de confesármelo?

—¿Por qué no?

—¡Pero en el instante en que se propone adormecerme!

—¿Soy o no soy para usted un hombre honrado?

—Lo creo honrado, y la prueba de ello está en mi conducta para con usted; porque ¿qué le impediría decir que yo soy su amante?

—¿Y qué ganaría con semejante mentira?

—¡Caramba! ¿Qué sé yo lo que eso halaga a los presuntuosos?

—¡Cómo!, querida Lilá, ¿y usted ha podido creer que yo tuviese la peregrina idea de ser o de pasar por tal?

—En mi tierra me habían dicho que era usted el hombre más vanidoso de Francia.

—Es probable; pero mi vanidad no ha tenido nunca por objetivo, ni en mi juventud, eso que usted acaba de decir. Cuando se goza de cierta fortuna o celebridad, no queda tiempo para buscar, ni se tiene necesidad de mentir. He llevado del brazo a las mujeres más hermosas de París, Florencia, Roma, Nápoles, Madrid y Londres, y con frecuencia no sólo las más hermosas, sino las más encumbradas, y nunca he proferido palabra alguna que pudiera dar a entender — fuese quien fuere la que se apoyara en mi brazo — que por dicha mujer experimentase yo otro sentimiento que el respeto y el agradecimiento que he sentido siempre por la mujer que se colocaba bajo mi protección si era débil, o me tomaba bajo la suya si era poderosa.

—Es realmente singular el modo cómo la sociedad forja la reputación de la gente — murmuró Lilá entredientes, y fijando en mí sus hermosos ojos.

Y a continuación agregó:

—Mi cabeza es un verdadero volcán; adormézcame usted.

Me incorporé del asiento, le quité el sombrero y le soplé la cabeza, pasando después de cada soplido la mano por sus ojos, hasta que dijo:

—Me siento mejor, la cabeza se me despeja.

Entonces volví a sentarme delante de mi compañera y apoyé la mano en la parte superior de su frente, diciéndole en voz baja, pero imperativamente:

—Ahora, duerma.

Dos minutos después, Lilá dormía con la placidez de un niño.

Ni mi compañera de viaje ni yo habíamos estado nunca en Spa; ninguno de los dos conocíamos el nombre de las estaciones, y, sin embargo, cosa singular, al partir de la última, antes de llegar a la de término, aquélla empezó a agitarse y balbuceó algunas palabras ininteligibles.

Yo le toqué los labios con la punta del dedo del corazón, y le dije:

—Hable.

Entonces, y sin hacer esfuerzo alguno, Lilá dijo en voz clara:

—Llegamos; despiérteme.

Así lo hice, y, efectivamente, cinco minutos después los frenos de la locomotora anunciaban que llegábamos a la estación.

Mi compañera se sentía mucho mejor.

Nos alojamos en el hotel de Orange, el más importante de la población, y, como aun durase la temporada de baños, aquél estaba casi repleto.

No quedaban sino dos habitaciones que se comunicaban entre sí, con la única salvedad de que la puerta de comunicación estaba obstruida a cada lado de ella por la cama. De una parte la puerta quedaba asegurada por la cerradura, y de la otra por un cerrojo.

Es innecesario decir que la puerta se abría del lado de la cerradura.

Hice notar a mi compañera la disposición del albergue, y luego mandé llamar a la dueña de la casa, para que por su boca misma tranquilizase a aquélla, asegurándole que en tal contigüidad no había trampa alguna. Además, dejé a su criterio la elección de habitación.

Lilá escogió el lado del cerrojo, rogándome tan sólo que arrimase mi cama a la pared, en lugar de dejarla pegada a la puerta, lo que me apresuré a realizar.

Eran las diez de la noche; mi compañera de viaje tomó una taza de leche y se acostó con algunos dolores de estómago, pero con la cabeza tranquila y despejada.

Yo cené más suculentamente; luego saqué de mi maletín un tomo de *Michelet*, me acosté y me puse a leer las admirables páginas del gran filósofo.

Al cabo de una hora de lectura, y en el instante en que terminaba de apagar la luz, oí llamar suavemente a la puerta de comunicación.

Creí haberme engañado; pero al llamamiento siguieron estas dos palabras pronunciadas en voz queda:

—¿Duerme usted?

—Todavía no; y, según parece, usted tampoco.

—No me encuentro bien.

En efecto, la señora Bulyowski hablaba con voz alterada.

—¿Qué le pasa?

—Tengo horrorosos calambres en el estómago.

—¡Válgame Dios!

—No se sobresalte: esto suele sucederme de vez en cuando; padezco, sí, pero no es cosa grave.

—¿Quiere usted que llame?

—Es inútil; ni el éter me produce ya efecto alguno.

—¿Y cree usted que yo pueda tener más poder que el éter?

—Tal vez.

—Dígame de qué manera.

Destino



—Ha llegado una nueva ganadora de un concurso de belleza. ¿Queda todavía vacante algún puesto de camarera en el restaurante del estudio?

—Trate de adormecerme.

—¿Al través de la puerta?

—Sí.

—No respondo de conseguirlo; pero voy a probar.

Me esforcé en hacer penetrar mi voluntad en la habitación aquélla, de la que me desterraba el pudor de la enferma; pero sólo obtuve un éxito mediano.

—¿Qué tal? —pregunté.

—Me voy adormeciendo, pero continúan los padecimientos.

—Para que cesase el dolor, sería necesario que pudiese yo tocarle el pecho como le he tocado la cabeza.

—¿Lo cree usted así?

—Estoy seguro.

—Pues si quiere entrar, acabo de abrir el cerrojo.

Al instante me vestí, y, guiado por la luz que de la bujía pasaba al través de las hendiduras de la puerta, me encaminé hasta la llave, a la que di una vuelta, y después de haber hecho correr los pasadores de arriba y de abajo, abriéronse las dos hojas.

Mi primera mirada fué escrutadora; ¿mi vecina estaba representando una comedia, o realmente sufría?

Lilá aparecía pálida, tenía los labios crispados y los músculos del rostro le temblaban a impulsos de ligeros movimientos convulsivos.

Le así una mano, y la hallé fría, húmeda y temblorosa; realmente mi compañera estaba sufriendo.

—¿No le admira —me preguntó la señora Bulyowski— que en vez de llamar a una camarera del hotel y pedir un calmante, lo llame a usted y le prive de dormir?

—Al contrario, me parece lo más sencillo y natural.

—Voy a confesarle una cosa.

—¡Bah! ¿que me ama usted, acaso?

—Ya sabe que le quiero, y mucho, pero no se trata ahora de eso... Espere usted, estoy sufriendo.

En verdad, el rostro de la enferma adquirió tal expresión de dolor, que no había lugar a dudas.

Pasé el brazo por debajo de la cabeza de mi compañera y la levanté; ésta se atiesó, estremeciósele el cuerpo y quedó inmóvil.

—Ya ha pasado —dijo.

—¿Iba a decirme algo, a hacerme una confesión?

—Sí; iba a confesarle que mientras estaba dormida en el vagón, mi sueño no sólo era tranquilo, sino de una suavidad desconocida para mí hasta entonces. Adormézcame usted, pues, se lo ruego; estoy segura de que si lo consigue van a cesar mis dolores.

—¿Y no teme usted que yo la adormezca, encontrándose en la cama y yo a su lado?

Lilá fijó en los míos sus magníficos ojos negros, en los que se reflejaba la más grande admiración, y me dijo:

—¿No me ha interrogado ya si yo le consideraba hombre honrado, y no le he respondido a usted que sí?

—Es cierto, me había olvidado.

—Pues entonces trate de adormecerme, porque en realidad padezco mucho —añadió, llevándose una mano a la frente.

—Pero ahora no siente usted el dolor en la cabeza —repuse—, y para que éste cese a medida que la domine el sueño, considero necesario que mi mano toque el sitio donde radica el mal.

Lilá me tomó una mano y la llevó a la altura de su estómago, pero dejando la sábana y la manta entre aquélla y su pecho.

Yo moví suavemente la cabeza y encogí los hombros.

—Pruebe usted de este modo —me dijo mi compañera.

—Está bien; míreme. No dudo de que voy a adormecerla, pero sí de que la cure.

Lilá no contestó, y sin apartar de mí los ojos, continuó apretándome la mano en el sitio donde la había puesto.

Poco después la enferma cerró los párpados, los abrió nuevamente y, volviéndolos a cerrar, se adormeció.

—¿Duerme usted? —le pregunté al cabo de un instante.

—No muy bien.

—¿Qué es necesario para que duerma mejor?

—Apoye la mano en mi frente.

—¿Y los dolores del estómago?

—Ante todo adormézcame —respondió, soltándome la mano, que yo apoyé en su frente.

—¿Duerme usted? —volví a preguntarle de nuevo a los cinco minutos.

—Sí.

—¿Bien?

—Bien; pero continúo sufriendo.

—¿Qué hay que hacer para que cese el dolor?

—Ponga usted la mano en mí con la intención de sacármelo.

—¿En qué sitio?

—En el estómago.

—Coloque usted misma mi mano donde siente el dolor.

Entonces, y sin vacilación alguna, Lilá levantó la manta, me tomó la mano y la colocó sobre su camisón, tan castamente como lo hubiera hecho una hermana.

Para estar más cómodamente me arrodillé y apoyé la cabeza en la cama.

Media hora después mi compañera de viaje respiró y me soltó la mano.

—¿Cómo se encuentra —le pregunté.

—Ya no sufro.

—¿Quiere que continúe a su lado?

Algunos instantes más; y luego, transcurridos pocos minutos, añadió:

—Gracias; si no fuera por usted, hubiese padecido atrozmente durante dos o tres días. Ahora...

Mi compañera vaciló.

—¿Qué?

—Sea tan bondadoso conmigo como yo he sido confiada con usted.

—Está bien; comprendo lo que quiere decir —le contesté sonriendo y retirando la mano, en tanto que ella con la suya me la oprimía suavemente. Luego añadí—: ¿Quiere usted que apague la bujía?

—Como guste.

—¿Y si vuelven los dolores?

—No volverán. Por otra parte, en el cajón
de su mesa de noche hallará usted fósforos.

Soplé la bujía, busqué la frente de Lilá y
apoyé en ella los labios.

—Buenas noches —me dijo ésta con la tran-
quilidad de una virgen.

Cerré de nuevo la puerta y me acosté por
segunda vez.

Al siguiente día, no bien me desperté, ha-
a Lilá cantando alegremente.

—¿Qué tal, amable vecina —le pregunté—
está ya restablecida del todo?

—Completamente.

—¿De veras?

—Se lo aseguro.

En efecto, mi compañera se encontraba
bien, que no tuvimos inconveniente en
tar una espléndida comida con que nos ag-
el inspector general de montes; y, a la
salimos para Aquisgrán.

Entre ambos convinimos en que yo
llegase hasta Mannheim.

IV

Para ir de Spa a Colonia, hace veinte
había que realizar el viaje de la siguiente
nera: hasta Lieja en tren, y el resto del
mino en diligencia. En la actualidad, el
rrido se efectúa completo en ferrocarril.

Es motivo de satisfacción para mí el
haya suprimido la parada de Lieja, pues
va bastantes años que estoy en pugna
buena ciudad valona, la cual no me ha
nado todavía el que en mis *Impresio-*
viaje haya dicho que en ella creí pere-
hambre. Además, me han asegurado
dueño de la fonda de Albión, donde
punto de que me sucediera esta desgra-
había buscado por toda Europa para
satisfacción de semejantes palabras. Por
na, me encontraba yo en aquel enton-
Africa, donde, justo es confesarlo, comí
vía peor que en su fonda.

Respecto a la suerte que el fondista
servaba, me hubiera sido más difícil es-
ella, puesto que durante el curso de su
cución había reclutado otro enemigo
maestro de postas de Martigny, el mis-
en 1832 me sirviera aquel famoso *bif-*
oso que ha dado la vuelta al mundo,
al igual que la serpiente marina, nos ha
por conducto de los periódicos ameri-

Por lo que concierne a dichos dos
bles industriales, hago aquí mi confe-
el dueño de la fonda de Albión estaba
derecho de tenerme ojeriza, al maestro
tas no le asistía motivo alguno de mostr-
desagradecido.

Un hostelero de mi patria habría
peso de oro un reclamo de tan mar-
éxito, y hubiera labrado una fortuna
do el siguiente letrero encima de la
su casa: *Al bifteck de oso.*

Por lo demás, tal vez se haya hecho
haber apelado a este recurso.

Después de 1832 he pasado en
Martigny, y el mencionado maestro de
que, dicho sea de paso, no me cono-
apresuró a cambiar el tiro de mi coche,
sanote y gordo como hombre exento
y remordimientos.

¡Válgame Dios!, ¿qué hubiera
llega a conocerme?

Prosiguiendo, diré que llegamos a
las seis de la mañana de un esplendo-
y nos fuimos en seguida a la agencia
res para tomar pasaje. El buque no
ta las ocho; en consecuencia, podíamos
ner de dos horas.

—¿Quiere usted descansar un rato
un baño? —pregunté a mi compañera
—Tomaré un baño.

—Bueno, pues la acompañaré.

—¿Sabe dónde están?

—Desde luego. Siempre sé dónde se encuentran los baños de las ciudades que he visitado.

Una vez en el establecimiento al que nos encaminamos, y al hacer el dueño a Lilá esta pregunta: "¿Toma usted un cuarto o dos?", ofendióse algo su pudor; pero yo me apresuré a responder: "Dos".

Condujéronnos a dos cuartos de baño tan contiguos como lo estaban nuestras habitaciones de Spa.

Habíamos mandado llevar nuestros equipajes —reducidos, por lo que se refiere a Lilá, a una valija, y por lo que a mí toca a un maletín— al vapor de Maguncia, por lo que, al salir del baño, seguimos el camino de aquéllos.

Desde nuestra entrada en Prusia, mi compañera de viaje, que sintiera crecer su importancia, se había convertido en mi intérprete y tomado a su cargo las discusiones monetarias.

Conviene decir que el viaje por el Rhin es uno de los menos costosos del mundo; por cuatro o cinco talers, o sea una veintena de francos, puede remontarse el río, ilustrado por Bulwer y cantado por Kœrner, desde Colonia hasta Maguncia, y, por idéntica cantidad, descenderlo desde Maguncia hasta Colonia.

Pero en lo que respecta a la comida, los alimentos están baratos, pero son execrables; los vinos, caros... y malos.

A mi juicio, la reputación de que gozan los vinos ácidos del Rhin, sazonados a la sombra de los guijarros, es infundada. El liebfraumilch y el braunberger —la *leche de la Virgen* y el vino *de la montaña negra*— no son sino regulares, y en cuanto al johannisberg, voy a emplear una paradoja para referirme a él, y es que para mí no existe vino bueno cuando cueste veinticinco francos la botella.

A partir de Colonia, aunque la lista sea francoalemana, la cocina es completamente prusiana. Uno cree comer un plato agrio, y se lo dan dulce; se pide algo que esté azucarado, y le sirven un manjar sazonado con pimienta; se moja el pan en una salsa que se cree de estofado, y resulta que se come mermelada.

La primera vez que en Alemania pedí ensalada, la devolví al camarero, diciéndole que por lo llena de agua que estaba se conocía que se habían olvidado de sacudirla.

El camarero tomó la fuente, la ladeó y me miró con extrañeza.

—¿Qué mira? —repuse.

—Que lo que usted ha tomado por agua no es tal, sino vinagre —respondió.

Temí que la dichosa ensalada iba a relajarme el paladar: no sabía a nada.

En todos los pueblos del mundo echan vinagre en la ensalada; en Alemania ocurre a la inversa: echan ésta en el vinagre.

En Alemania, la cocina tiene gran participación en las costumbres de sus habitantes, los cuales echan azúcar en el vinagre y melifican el vino.

Pero en el café sí que no sé qué es lo que echan. Por eso aconsejo a los franceses que viajen en un vapor del Rhin que jamás tomen café con leche.

No quiero decir con esto que en Francia se tome buen café con leche; sólo quiero establecer que en Alemania, se toma un café detestable. Esto comienza en Quievrain, y va en aumento progresivo hasta Viena.

El que me lea no creerá que el problema, al parecer tan sencillo, de por qué generalmente en Francia se toma café malo tiene una solución política.

Política he dicho, sí, señor, y no me rectifico. En Francia se ha tomado buen café desde que lo inventaron hasta el sistema continental, es decir, desde 1600 hasta 1809.

En esta última fecha, el azúcar costaba ocho francos la libra, y el café diez; lo que nos trajo el azúcar de remolachas y la achicoria.

Un adulador del imperio ha dicho: *La achicoria es refrigerante.*

Parece increíble lo que puede obligarse a hacer al pueblo francés con la palabra *refrigerante*.

No falta quien haya expresado que Francia era el pueblo más vivo de la tierra, cuando debiera haber dicho el más calentado.

Las cocineras se han valido de la palabra *refrigerante*, y, abroqueladas con ella, cada mañana envenenan a sus amos mezclando con el café una tercera parte de achicoria.

Todo, absolutamente todo, lo conseguirán ustedes de su cocinera: que no prodigue la sal, que agregue pimienta a los manjares, que se contente con el sueldo por franco que le proporcionan el carnicero, el especiero, el frutero, etc.; pero no lograrán jamás que no eche achicoria en el café.

La cocinera más mentirosa es desvergonzada cuando se trata de la achicoria; confiesa que la usa, hace alarde de ello.

—Esto le hará entrar a usted en calor —dice a su amo—; por su bien la mezclo con el café.

Si llegan a despedirla, sale de la casa con la cabeza erguida e insultando con la mirada.

¡Es una mártir de la achicoria!

Estoy completamente convencido de que existe una sociedad secreta entre las cocineras; una caja de socorros para las achicoriadoras.

Así, pues, los especieros, cuando han visto semejante admiración, se han aplicado la máxima: *Audite et intelligite.*

Y ellos han comprendido, a pesar de que no gozan fama de ser muy inteligentes.

En otros tiempos, dichos señores, llevados por un resto de vergüenza, vendían la achicoria por separado; pero actualmente venden café con achicoria, como se expende chocolate con vainilla.

¡Y cómo se han aferrado al vicio de la maldita hortaliza los especieros!

Eso es lo que dije a mi compañera de viaje cuando le oí pedir, en alemán, café con leche; pero ¿saben ustedes qué respondió a mi observación? Pues lo siguiente: que como la achicoria era buena para la sangre, no la aborrecía.

Con lo cual se puede afirmar que la teoría de "la achicoria es refrigerante" ha penetrado en Alemania, hasta en Hungría.

Como sentía cierto desagrado al ver los labios de mi compañera de viaje, frescos como pétalos de rosa, y sus dientes, blancos como perlas, en contacto con el inmundo brevaje, me separé de ella y fuí a pasearme por la proa.

A lo lejos empezaba a dibujarse el azur más subido de las grandes colinas que bordean el Rhin, las cuales, estrechándose, forman el pintoresco paso del Loreley.

Cuando juzgué que la señora Bulyowski había bebido su taza de café con leche, volví a su lado, y la hallé conversando muy animadamente con una hermosa mujer de veintitrés a veinticinco años, rubia, gruesa, de apacible semblante y de talle flexible.

Al acercarme a las dos interlocutoras, me pareció notar que no sólo se ocupaban de mí, sino que creí adivinar el tema de su conversación. Al vernos llegar juntos a Lilá y a mí, a bordo, la hermosa vienesa —que de Viena era la dama rubia— preguntó a mi compañera qué parentesco nos unía. Lilá respondió la verdad, o sea, que éramos amigos; a lo que su interlocutora, como era natural, no quiso dar crédito alguno.

Por la forma respetuosa con que le hablé a la señora Bulyowski, su compatriota pudo notar que ésta le había dicho la verdad.

La conversación se generalizó. Lilá me presentó a la hermosa viajera, diciéndome que ésta era apasionada admiradora de la literatura francesa, lo cual me permitía tomar mi parte de la admiración repartida entre mis compañeros de letras.

Desconozco el nombre de la hermosa vienesa —que dicho sea de paso hablaba el francés como una parisiense—, y por consiguiente el retrato que de ella he trazado no puede comprometerla; pero puedo asegurar que, de haber

Inusitado



—¿Qué le pasa, Peebles; sufre usted del estómago, que no sale a tomar el té?

hecho los dos el viaje que con Lilá estaba efectuando, después de cuatro días y otras tantas noches hubiera mentido al presentarme como amigo.

Entretanto, el sol iba subiendo sobre el horizonte.

—¿Dónde ha puesto usted mi sombrilla? —me preguntó mi compañera de viaje.

—Está abajo, en la cámara, con mi maletín.

Al incorporarme, Lilá me tendió la mano con la proverbial gracia que constituía el mérito principal de la señorita Mars, y me dijo:

—Dispénseme usted la molestia que le causo.

Yo hice un movimiento como para besarle la mano.

—Espere usted —añadió la señora Bulyowski, quitándose el guante.

Besé la mano que mi compañera de viaje me tendía y fuí a buscar la sombrilla, aunque no sin volver el rostro al poner el pie en el primer peldaño de la escalera que conducía a la cámara, con lo que pude notar que la joven vienesa asía rápidamente la mano a Lilá y dirigía a ésta, al parecer, un ruego.

—Siga, siga —me dijo la señora Bulyowski.

Bajé a la cámara, y cinco minutos más tarde subía de nuevo sobre cubierta trayendo conmigo la sombrilla.

Lilá estaba sola.

—¿Puedo saber lo que le decía la hermosa dama que momentos antes se encontraba aquí? —pregunté a mi compañera.

—¿Cuándo?

—En el preciso instante en que yo he vuelto la cabeza.

—¡Ah, curioso!

—Dígamelo, se lo suplico.

—No se lo diré. Ya es usted bastante vanidoso para que se lo diga.

—Pues me iré a preguntárselo a ella misma.

—No haga semejante cosa.

—Pues dígamelo usted.

—¿Quiere saber lo que me pedía la vienesa?

—Ya lo creo que quiero.

—Pues me pedía que le dejase besar mi mano en el lugar mismo en que usted lo había hecho.

—Y, naturalmente, usted ha consentido.

—Ya lo creo... Es común entre las alemanas este capricho.

—Sí, pues yo daría mucho para que fuese también entre las francesas.

—¿Por ventura no fué una de las reinas que se han sentado en el trono de Francia la que besó la boca misma de un poeta mientras éste estaba durmiendo?

—Efectivamente, aquella reina era escocesa y esposa de Luis XI, y murió envenenada por su marido, diciendo estas palabras: "¡Malhaya la vida, no siento perderla!..."

V

Las alemanas tienen una cosa de admirable, y es que no esconden su entusiasmo, que su boca no está en contradicción con su corazón ni con sus ojos: dicen natural, neta y francamente lo que piensan; por eso no puede extrañar que, tan pronto me acerqué a la señora Bulyowski, la hermosa vienesa acudiera presurosa a sentarse al lado de ésta.

A mi modo de ver no existe impresión a la vez más suave y halagadora que la de oírse ensalzar ingenuamente por la boca de una mujer hermosa, nacida lejos de nosotros, que habla un idioma distinto al nuestro, ante quien nos coloca el azar, que no debía conocernos nunca y que se felicita con alegría de haberlo logrado.

Cuando se comparan los acariciadores efluvios del corazón y de los ojos que encontramos tan pronto hemos traspuesto la frontera, con la fría disección del talento, con la eterna negación del numen, a las cuales nos acostumbran nuestras publicaciones diarias, semanales o mensuales, se nos ocurre preguntar por qué en nuestra patria y entre nuestros compatriotas se halla siempre ese desencanto, que conduciría directamente al abatimiento si de vez en cuando no fuéramos a alegrarnos el corazón en tierra extraña. Se dijo que Anteo hallaba nuevas fuerzas al tocar el suelo africano. Yo no soy Anteo, pero sé que pierdo las mías cada vez que pongo los pies en Francia.

Asimismo, me aguardaba otra sorpresa de igual índole que la primera: cuando nosotros, se había embarcado un grupo compuesto de dos hombres de unos treinta años de edad, dos mujeres de veinticinco a treinta, y un niño de siete a ocho, todos ellos, al parecer, hijos de un país tropical; el niño, sobre todo, con sus largos y negros cabellos, su cutis mate y sus encendidos ojos, era prototipo de la joven América meridional.

Una de las dos mujeres había dicho, no bien se puso en movimiento el vapor, algunas palabras en voz baja al oído del niño, y desde entonces éste no cesó de mirarme con infantil curiosidad.

Como el grupo mencionado estaba frente al que componíamos nosotros, ya que sólo nos separaba la distancia que existe entre el banco apoyado en el tragaluz de la cámara al banco arrimado al filarete, reuní todos mis conocimientos sobre el idioma español, y le dije:

—Hijo mío, ¿quiere preguntar en mi nombre a su señora madre si me permite abrazarle?

Con gran admiración de mi parte, una de las dos mujeres expresó entonces en francés correcto:

—Alejandro, vaya a dar un abrazo a su padrino.

El niño, animado con esta autorización, se abalanzó en mis brazos.

—¡Demonio!, esto sí que es gracioso —dije—. Que a don Juan, que de una a otra orilla del Manzanares pedía fuego a Satanás, éste le hubiese respondido estirando el brazo por encima del río y en el fuego del cigarro que iba unido al brazo aquél hubiese encendido el suyo, está bien; pero que yo, sin sospecharlo ni por asomo siquiera, haya alargado las manos para sacar de pila a un niño en Río Janeiro o Buenos Aires, nunca hubiera podido imaginarlo.

—En realidad, el caso no ocurrió así como ha dicho —respondió la extranjera.

—¿Me tomará por indiscreto si insisto en saber cómo fué? —inquirí.

—De ningún modo —me respondió la americana—. Nosotras no somos de Buenos Aires, ni de Río Janeiro, sino de Montevideo. C[...] do derrotado Rosas y restablecida la paz [...] dimos respirar, nuestro anhelo, para coloc[...] a la altura de la civilización, fué tomar [...] norma las principales ciudades de Europ[...] la creación de sus establecimientos más [...] o filantrópicos. El primero, o al menos un[...] los primeros que allá se erigieron, fué un [...] picio de expósitos. Pues bien, el niño que [...] usted viendo es quien estrenó el menci[...] instituto; y como su nombre es tan popu[...] Montevideo, se lo impusieron al muchach[...] que atrajese al hospicio toda suerte de [...] dades. Nosotros no teníamos hijos y [...] mos adoptar un expósito, recayendo la [...] ción en éste en razón del nombre que [...]

Yo, que tenía abrazado al hermoso n[...] estreché efusivamente contra el pecho, [...] lloso de haber ejercido, de un extremo del [...] do al otro, tan venturoso influjo sobre [...]

De mis brazos pasó el pequeño ameri[...] los de mis dos compañeras de viaje; lue[...] sé cómo explicarlo, las manos del niño, [...] Lilá, la de la dama vienesa y la mía se [...] traron enlazadas, y permanecieron así [...] espacio de media hora, hablándose por [...] de esos estremecimientos simpáticos que [...] en el éxtasis.

Aquellos treinta minutos no fueron [...] los más dichosos de mi vida, pero sí [...] gratos.

De súbito el niño se sonrió, me dió [...] y echó a correr hacia su familia adopti[...] buscando en el regazo de aquellos se[...] que creía sus padres, la aprobación a [...] tra de afecto hacia mí.

Entonces aparté la mano tan suavem[...] da, seguí al niño y me fuí a pedir a [...] ricanas referencias sobre dos conocid[...] que residían en Montevideo.

El primero de quien me informé fu[...] francés, joven armero de Senlis, a q[...] ocasión de prestar ayuda cuando [...] instalarse en París. Su negocio iba en [...] cuando estalló la revolución de 184[...] no sólo derribó el trono, sino que [...] turbación a sinfín de familias.

Yo había recomendado el menciona[...] ro al general Pacheco y Obés, cuando [...] tuvo en París en misión diplomática, [...] neral le había enviado a Montevideo [...] guido nombrarlo armero del gobier[...] desempeño de cuyo cargo estaba en [...] lograr una sólida fortuna.

Con el correr del tiempo, y en uno [...] viajes que ha hecho a Francia, vino [...] para devolverme algunos miles de fr[...] yo le había facilitado, y regalarme, [...] pensa, una magnífica piel de oso.

Esto me llevó a hablar de otro co[...] mío a quien yo también recomenda[...] cado general: me refiero al conde de H[...] hijo de un ayudante de campo de mi [...]

En cierta oportunidad, mientras [...] zando con éste por el delta del Nilo, [...] de Horbourg, padre del que me ocup[...] cola de un pitón. La serpiente se ir[...] paróse para clavar sus mortíferos d[...] mi padre, más ligero que el reptil, [...] escopeta a la cabeza de éste y lo ma[...] un solo perdigón hiriese a su ayuda[...]

El conde de Horbourg mandó lab[...] turón de sable con el pellejo de aquel [...] fallecer me lo legó en recuerdo de [...] Su hijo fué quien se encargó de tra[...] tonces le conocí. Había servido éste [...] y no carecía de instrucción; pero [...] lud y la inteligencia resentidas por [...] Si se necesitaba de él físicamente, [...] devoraba, si intelectualmente, estab[...]

A éste no lo había yo recomenda[...] ral, sino que, por el contrario, fué [...] quien me lo solicitó, para convertir[...] hizo, en oficial instructor.

Horbourg había muerto ejercien[...] y por cierto que accidentalmente.

sucedió así: estaba un día hacien-brar a un regimiento en medio de las -as, cuando se le escapó de la mano para recogerlo, y con la agitación fe-no le dejaba nunca, echó pie a tierra. había quedado derecho, con la punta el puño contra el suelo, de modo que movimiento que hizo aquél al apearse, hoja le atravesó el cuerpo de lado resultas de lo cual pereció dos horas

que se refiere a Pacheco y Obés, el más notable de todas las revoluciones -anas, también había desaparecido, ma-como Escipión. Pobre como Cincina-manejado millones al igual que La-pero como era uno de esos poetas ma-entre cuyos dedos se escapan los mi-murió en la miseria.

a París en misión de confianza, había de burla por parte de la prensa burla que llegó hasta la ofensa. Pa-afectado, exigió y no obtuvo satisfac-lo que acudió al juzgado, ante el pesar de hablar bastante mal el fran-hacer su propia defensa. En pre-los jueces, el general tuvo uno de -ques de elocuencia propios de los elevados, como los tenían los genera-Lamarque y los tuvo Fitz-James. las cosas sobre las que se habían en-detractores era la pequeñez de su la infimidad de su causa.

grandeza de la devoción —respondió Pa-no se mide por la magnitud de aque-defendemos. Si me cabe la ventura de toda mi sangre por la libertad de habré hecho tanto como Héctor la suya por Troya.

gran corazón se había extinguido, aquel defensor de una causa ínfima había tan pobremente que el joven armero ya hablé, y al cual recomendara yo en tiempos de su poder, fué quien todos los gastos de éste durante los días de su existencia y sufragó los que su entierro y funerales.

-dad que eran tristes estas nuevas. Pero, -damente, llega una edad de la vida al pasear la mirada en torno nuestro -os puntos negros en todas partes, pun-no son sino manchas de duelo. Dice la que este fenómeno lo genera la fati-ojos, que es la retina que se inyecta, serena que amenaza los tejidos de la y a eso lo denomina *las moscas volado-*-cas voladoras que cuando cesamos de es porque a nuestra vez nos hemos

-és de haber buscado en vano a mis com-en el sitio donde las dejara, las vi sen-una mesa sobre la cual había todo -rio para escribir.

-mediato comprendí de qué se trataba: condenado al tormento del autógra-mento ordinario que, como era natural, lo extraordinario.

al subir a bordo del buque supieron yo, no bien tomé la pluma, los pa-formaron cola.

-ciadamente, a bordo había algunos in-sobre todo inglesas, y ya se sabe que primeros son indiscretos en tratándose -grafos, las segundas son, en realidad,

-tertulia que hice en medio de una docena -sas de todas edades, desde doce hasta se-años, me llevó a un gran descubrimiento y fisiológico. Noté que la deforma-la boca, tan común en las inglesas vie-se operaba hasta cierta edad, y que los ingleses de uno y otro sexo, cuando tienen, por regla general, la boca real-hermosa.

puede ser, pues, lo que contraiga este en los viejos y viejas ingleses, hasta el de convertirlo en hocico en los unos y -pa en las otras?

Pues, simplemente la *th*.

—¡Cómo! —exclamarán ustedes—: ¿la *th?*

La *th*, sí, señores.

Pregunten a su profesor de inglés de qué modo se llega a producir el silbido necesario para que la *th* suene *thz*, y les responderá:

—Aprieten con fuerza la lengua contra las mandíbulas superior e inferior a la vez, y a la vez pronuncien la *th*.

Pues bien, de tanto pronunciar la *th*, que se halla a cada segundo en el vocabulario inglés, de tanto empujar las mandíbulas para pronunciar la maldita letra, el cuerpo blando —la lengua— acaba por vencer al cuerpo duro —los dientes—, de modo que mientras no llega el día en que éstos caen vencidos por completo, se inclinan a impulsos de la no interrumpida presión.

Esto —repito— es la conclusión a que yo llegué. Si por ventura alguno de mis lectores halla otra solución a este problema, por el cual los ingleses, de jóvenes, tienen la boca bien formada, y de viejos, feísima, le agradeceré me lo haga saber, y yo, a mi vez, le regalaré un autógrafo.

VI

A las nueve de la noche el tren llegó a Colonia.

De inmediato nos dirigimos en busca de hospedaje.

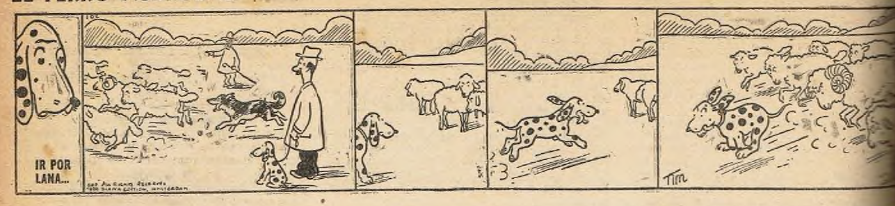
Mi compañera de viaje se había acostumbrado de tal forma a nuestra fraternidad, que ya no se preocupaba lo más mínimo de la disposición de nuestro aposento y hubiera aceptado sin inconveniente un dormitorio para los dos, con tal de que en él hubiese dos camas.

En la habitación que le destinaron a Lilá había dos camas, y resultó contigua a la mía.

Como nuestra amiga la dama vienesa había aceptado formar un triunvirato, los tres cenamos juntos, luego de pasar una tarde maravillosa.

Es bien cierto que si los hombres supiesen

EL PERRO ASDRUBAL por T



cuánto atractivo encierra la amistad de una mujer, y aun de dos, tal vez se hubiesen arrepentido el día que franquearan los lindes de la amistad para pisar los dominios del amor.

Pasamos una velada llena de encantos. Tomamos el té en el aposento de Lilá, y al pie de la ancha ventana desde la cual se descubría el Rhin, un poco más arriba del puente que conduce a la fortaleza de Ehrenbreitstein, y las colinas que gradualmente van transformándose en montañas.

La luna emergió en el horizonte e iluminó primero con su tenue luz las altas cimas para luego transformar en plateado espejo las aguas del Rhin.

¿Qué dijimos ante el maravilloso espectáculo que a nuestros ojos ofrecía la naturaleza? No lo recuerdo; probablemente hablamos de Shakespeare y de Víctor Hugo, de Gœthe y de Lamartine. Los poetas eximios cantan los grandes espectáculos de la naturaleza, y, quizá agradecidos, los miríficos espectáculos de la naturaleza inspiran a los grandes artistas.

Indudablemente con el fin de continuar disfrutando, cuanto fuese posible, de la buena amistad que nos unía, nuestra amiga la vienesa solicitó de Lilá que compartiese con ella su aposento. Mi compañera de viaje me miró como para preguntarme si ello me contrariaría, y por toda respuesta me eché a reír y me retiré al mío para dejar a las dos en libertad completa.

Para poder seguir extasiándome en la contemplación de aquella esplendorosa luna, dejé abiertas las persianas y descorridas las cortinas; de modo que, desde la cama, y al través de los cristales, veía el azulado firmamento cortado por la ancha y blanquecina faja que proyecta la vía láctea, mientras en los más remotos confines del firmamento veía fulgurar una estrella, la Aldebarán, unas veces roja, otras blanca, y las demás azul.

No sé cuánto tiempo estuve contemplando aquel suave y melancólico espectáculo. Lo que sí recuerdo es que cuando después de profundo sueño abrí de nuevo los ojos, impregnados todavía de aquel azul nocturno y de aquellos inflamados acianos, creí estar en presencia de un pavoroso incendio.

Todo cuanto la víspera era azul se presentaba ahora púrpura. Aquel cielo, tan tranquilo y límpido apenas hacía algunas horas, parecía invadido por tumultuoso mar de fuego. La aurora se levantaba anunciando el nuevo sol.

Estaba yo maravillado ante semejante espectáculo, cuando me pareció oír que me llamaban desde la habitación contigua.

Presté atención, y, en efecto, llegó hasta mí mi nombre.

—¿Es usted, Lilá? —pregunté a media voz.

—Sí; ¿está despierto? Mejor —prosiguió mi compañera de viaje, siempre en voz baja—. ¿No le parece maravillosa la decoración que Dios nos está mostrando en este instante?

—¡Espléndida! ¡Lástima que nos veamos obligados a contemplar, cada uno desde su habitación, ese hermoso cielo!

—¿Qué le impide el venir a contemplarlo desde la mía?

—¿Insinúa usted que la vienesa consiente?

—¡Bah!, está durmiendo.

—Entonces abra la puerta.

—Hágalo usted mismo; no está cerrada.

Salté de la cama, me envolví en la robe de chambre, me calcé mis zapatillas, y entré, haciendo el menor ruido posible, en el aposento de mis vecinas.

Lilá, para servirme del tecnicismo teatral, estaba acostada al *lado del patio*, y su compañera al del *jardín*. La alta ventana daba paso a un rayo de sol naciente que tenía de púrpura la cama y el rostro de mi amiga, la cual parecía bañarse en un lago de rosada luz. Entonces descolgué un espejo, y sin interponerme entre la luz y ella, se lo llevé para que pudiese contemplarse ante él.

Por su modo de sonreír pude conocer que me estaba agradecida de haberse hallado tan hermosa.

—Vale la pena que se dé un beso —le dije, acercando el espejo a sus labios.

—No, es preferible que me bese usted a mí —respondió Lilá.

Así lo hice, deseando a mi amiga una dilatada sucesión de auroras tan hermosas como la que estábamos presenciando, y luego volví a colgar el espejo.

—Traiga una silla y siéntese cerca de mí; tengo un deseo.

—¿Cuál?

—Que me refiera una historia que quede eternamente grabada en mi recuerdo unida al de esta magnífica salida del sol.

—¿Qué historia quiere que le cuente en presencia de semejante solemnidad? A usted le son familiares *Werther*, *Pablo y Virginia*...

—¿No me dijo —interrumpió Lilá— que usted debía uno de los más gratos recuerdos de su vida a una compatriota mía?

—Es cierto —le respondí.

—¿Y no me dijo, asimismo, que semejante recuerdo no estaba empañado por nube alguna, y que las únicas lágrimas que les costaron a ustedes tres meses de ventura fueron las que derramaron en el momento de la separación?

—También es cierto.

—¿Sería, entonces, una indiscreción el referirme esa historia.

—No, por desgracia, pues hace dos años que murió la heroína.

—Usted me dijo que ésta era no solamente compatriota mía, sino que, al igual que yo, era artista dramática.

—Con la única diferencia de que aquélla cultivaba el género lírico.

—Cuénteme esa historia, se lo suplico; pero hable en voz baja, para que no se despierte nuestra vecina.

—Corría el año de 1839; entonces ya iba yo poniéndome viejo: tenía treinta y siete años.

—Acaso lo será usted algún día?

—¡Dios la escuche! Por tercera vez me encontraba en Nápoles, y, como siempre, de incógnito. Ahora llevaba el poco poético [illegible] de M. Durand.

"Yo quería visitar de nuevo las ciu[illegible] Sorrento, Amalfi y Pompeya, que no [illegible] sido posible recorrer detenidamente d[illegible] primer viaje, y a las cuales, por otra [illegible] las estudia bastante. En consecuencia, [illegible] tradiciones, me encaminé al puerto [illegible] una de esas grandes barcas sicilianas, a [illegible] una de las cuales hice ya mi viaje de [illegible]

"La vez a que me estoy refiriendo [illegible] pues no llevaba ya conmigo los do[illegible] compañeros llamados Jardín y Milord.

"Ni Duprez, ni la Malibrán, ni P[illegible] encontraban en Nápoles; así es que [illegible] me pareció sumamente triste.

"A pesar de todo, la víspera del d[illegible] alquilé la barca, había asistido a un[illegible] lemnidad musical. Su compatriota, [illegible] D..., a quien designaré con su nomb[illegible] ría, había dado su última representac[illegible] capital de las Dos Sicilias, para ir a [illegible] teatro de Palermo.

"La señora D... era alta y herm[illegible] de treinta años; hablaba, como usted, [illegible] lenguas; era dueña de una voz magni[illegible] todo admirablemente dramática, y [illegible] era la ópera que le deparaba triunfos [illegible] morosos.

"Yo la había conocido en París, [illegible] hicieran representar papeles cómicos, [illegible] ejemplo, el de Zerlina, en el cual co[illegible] la aplaudieran mucho.

"En aquella época le había sido [illegible] do después de una representación de [illegible] y fué tal la simpatía que nos unió d[illegible] mer instante que nos vimos, que al [illegible] que la hallaba encantadora y que [illegible] una gran dicha que no partiese has[illegible] guiente día, me contestó con toda [illegible]

"—Al contrario, es una desdicha, [illegible]

"—Pero —me apresuré a replicar— [illegible] son una eternidad si se sabe sacar [illegible] ellos.

"—No —repuso la artista, movien[illegible] za—, en esos dos días no tendré [illegible] no preciso de demostrarle que me [illegible] no el de probarle que le amo.

"Como la contestación me pareci[illegible] te, no insistí, y al despedirme de [illegible] la mano.

"María partió para Alemania y [illegible] lia, sin que desde nuestra prime[illegible] nos volviésemos a ver nuevamente.

"El azar volvió a reunirnos en N[illegible] como yo usaba un nombre supuesto [illegible] ba en la ciudad desde la víspera, [illegible] ba mi presencia en la misma, mien[illegible] cía los aplausos y los triunfos q[illegible] El nombre de María no sólo bri[illegible] los carteles, sino que también est[illegible] los labios.

"Averigüé el domicilio de mi [illegible] ber que ésta vivía en una casa d[illegible] Toledo, a ella me disponía a [illegible] cuando me detuvieron con estas [illegible]

"—¿Sabe que va a casarse?

...biesen lanzado a la cara un chorro ...da, no me hubiera producido peor ... la pregunta que acababa de reso... oídos.
...se casa! —dije—; ¿y con quién?
... francés, un joven compositor a ... indudablemente conoce, que culti... ...ción la música: el barón Fernando
... me valga! — exclamé admirado.
... efecto, nada en el mundo podía cau... asombro que dicha misión; pero ...mero a que doy crédito es a lo in... ...tención a que basta que lo increí... para que de inmediato lo proclamen, ...to, pero firmemente convencido.
... aquel momento no pensé ya en ver ... María, pues si ésta no había juzga...to tenerme en cuenta a mí cuando ... dos días después, con mayor razón ...ería por completo cuando iba a ...tro de ocho días.
... hubiese sido por la extraña noticia, ... yo permanecido algún tiempo ... Nápoles, a riesgo de hacerme prender ... la vez primera; pero, por el con... ...eva aquélla apresuró mi partida. ...é, pues, como he dicho, al puerto; ...co *speronare* que en él había, y enca... pasos hacia la fonda.
... yo abandonado el muelle, cuando ...é con María y Fernando, los cuales, ...zaron un grito de sorpresa.
...! —me dijeron los dos a un tiem... usted en Nápoles y no lo sabía... se explica eso?
...ca por la sencilla razón de que ... el mundo ignora quien soy, gracias ... antipatía que S. M. el rey de Nápo... por este humilde servidor de ustedes.
... en cambio, usted sabía que nosotros ... aquí —me dijo Fernando—, y por ... me explico por qué no ha venido a
... que estaba la señora —repuse indi... María—, y ayer noche, en San Carlo, ...do mis elogios.
... ha ido usted a verme al teatro? — ...tó a su vez María.
... y ello obedece a dos razones.
... a que ninguna de las dos es buena.
... a que lo son las dos.
...os.
...primera es que para entrar en el teatro ... sido preciso declarar mi nombre; ... me llamo Alejandro Dumas, al ins... ...o me echaban el guante y me con... ... la cárcel; si el supuesto, Pedro Du... ... me conocía, es cierto, pero me ce... ...erta del cuarto suyo, ya que usted conocía al tal Durand.
...! —dijo María—, si la primera ra... ... del todo buena, tampoco es mala ... A ver la segunda.
... segunda consiste en que habiéndome ... de su próximo enlace, no he querido ... mitad de una plática amorosa para ...o como aguafiestas.
... quién le dice que usted hubiera sido ... de modo semejante?
...o quiere que no conozca yo a los ...os, pasándome, como me paso, la vida ... a trompicones?
...bamos de recibirle, por ventura, mal?
... faltaba más sino que ahora me repro... ...que les estoy estorbando, yo, el más ... de todos sus servidores!
... yo tengo muchos deseos de hacerlo — ...barón.
... por qué?
...que estoy furioso.
... usted, señora, también está furiosa?
... reflejo.
... sólo es de reflejo, se lo agradezco; pe... ... les sucede a ustedes?
... sucede... Ya que usted está entera... ... nos casamos, nada tengo que decirle ... particular...

"—Realmente.
"—Pero lo que usted ignora es dónde queríamos casarnos.
"—Desde luego.
"—Pues bien, queríamos casarnos en Santa Rosalía de Palermo, a cuya santa tiene especial devoción la señora. ¿Sabe usted quién era santa Rosalía?
"—Ya lo creo: era hija de un opulento señor romano, descendiente de Carlomagno, que se retiró a una gruta del monte Pellegrino, en la que murió en los albores del siglo XII o a fines del XI.
"—Pues no está poco versado sobre la vida de la santa —dijo María.
"—¡Caramba!, ya lo creo. En Palermo me encontraba yo el día de su fiesta, y como es patrona de la ciudad, me cuidé bien de no asistir a ella.
"—¿Y aquí termina cuanto sabe de santa Rosalía? —me preguntó el barón.
"—Perdone usted, sé también que en Palermo llenó el mismo cometido que cierto herrero complió en Gretna-Green.
"—Ahí está el porqué de querer habérnoslas con santa Rosalía de Palermo, para que ejerciera su ministerio con nosotros.
"—¡Ah!, ahora sí... Y la santa se ha negado, ¿no es eso?
"—No, señor.
"—¡Pero no acaba usted de decirme que está furioso!
"—Lo estoy, por otra razón, y es ésta: contábamos partir mañana en el vapor de Sicilia.
"—¿Por ventura no sale el buque?
"—Está en reparación.
"—¡Menudo inconveniente! Pues bien, entonces hagan ustedes como yo.
"—¿Qué ha hecho usted?
"—He alquilado un *speronare*. Vayan ustedes al puerto y hagan otro tanto.
"—De él venimos y no hemos hallado ni uno; un tal señor Durand acaba de fletar el único que había... Pero ¡ahora caigo en ello! —exclamó el barón.
"—¿En qué? —preguntó María.
"—En que el dichoso Durand es este señor con quien estamos hablando ahora; hace poco que por su propia boca nos lo ha dicho.
"—Así es; soy yo —contesté.
"—Cédanos usted su buque.
"—¿Y yo?
"—Ya partirá más tarde; como no se casa, no le apremia cosa alguna.
"—¡Venturosa ignorancia!
"—Vamos, cédanos usted su buque.
"—¿Y si me descubren y me detienen?
"—¡Diablos! Aun a riesgo de que le ocurra eso, háganos este favor.
"—¡Vaya un empeño!
"—Para que vea que somos comprensivos, si nos lo cede le concedemos pasaje franco hasta Mesina o hasta Palermo.
"—No voy a Palermo ni a Mesina.
"—Irá usted, ¡vive Cristo! ¡Como si esto fuese una desgracia! Precisamente a María le falta un testigo, y ése será usted.
"—Si la señora me invita —dije—, entonces lo pensaré.
"—¿Lo oye usted, María?
"Pero la artista permanecía silenciosa, y como la sangre le afluía al rostro, se iba poniendo más y más sonrojada.
"—¿Qué me responde? —dijo el barón.
"—No me atrevo —repuso la interpelada.
"La turbación de la señora D... era mi venganza, por lo que resolví llevarla hasta el fin. Por primera vez en mi vida estuve rencoroso.
"—Pues bien —dije—, acepto, pero con una condición.
"—¿Cuál?
"—Que seré yo quien les conduzca a ustedes, y les preste el buque, y les desembarque en tierra de Sicilia.
"—Acepto —dijo Fernando.
"—¡Qué indiscreción! —murmuró María.
"—Para alcanzar el fin no hay que reparar

Prueba evidente



—Sí, mi esposo ya está mucho mejor, gracias. Hoy comenzó a protestar y a maldecir como de costumbre.

en los medios —replicó el barón—, y yo quiero llegar al fin.

"—Cállese —repuso la señora D...

"—No quiero; antes al contrario, insisto en ello.

"—Vamos, señora —dije a María—, déjese usted convencer.

"—¡Cómo! ¿También usted?

"—También yo, y el primero.

"—Perdone usted, en tal caso el segundo.

"—Tiene razón. ¿Y cuándo partimos?

"—Mañana al salir el alba, si el viento sopla favorable.

"—Enhorabuena.

"—Pero si no pensábamos salir hasta pasado mañana —repuso María.

"—Sí, mas como con el *speronare* tardaremos un día más que con el vapor, resultará lo mismo.

"—¿Y mi ajuar?

"—¿No hemos resuelto ya que se casará de sombrero y ataviada sencillamente con un vestido gris?

"—¿Y nuestros pasaportes?

"—Mi querido señor Dumas —me dijo entonces el barón—, hágame el obsequio de dar el brazo a la señora y pasearse un instante con ella por Chiaja, mientras yo voy a la embajada francesa y luego al ministerio de Estado y traigo nuestros pasaportes.

"—¡Fernando! ¡Fernando! —dijo María.

"Pero Fernando ya estaba lejos.

"Tomé el brazo de la señora D..., que se estremeció al contacto del mío, y me dirigí con ella al través de Chiaja hasta llegar a la escollera donde se estrellan las olas, sin haber pronunciado una palabra durante todo el camino. Luego nos detuvimos silenciosos y con la mirada perdida en la inmensidad.

"Al cabo de un instante di un suspiro al que María respondió con otro.

"—Creo, mi querida María —le dije—, que están cometiendo ustedes una gran locura.

"—Usted lo cree así —me respondió—, pero yo estoy segura de ello..."

....

Al llegar aquí en mi relato, nuestra amiga la vienesa se movió en su cama, y yo traté de retirarme.

—No se preocupe —me dijo Lilá—, se acomoda para respirar mejor.

—¿Quiere usted decir que no es para oír más claramente?

—¡Qué tontería!; está durmiendo como una santa. O, si lo prefiere, como Eva antes de pecar.

—¡Como Eva antes de pecar! Pues yo, no sólo veo una manzana, sino dos.

Y aunque esto sólo fuese una broma, la vienesa dió un chillido y se subió con viveza la manta hasta los ojos.

—¡Ah! —le dije—; la sorprendí *in fraganti*.

—Perdóneme —respondió la viajera, sacando las manos de debajo del cobertor y juntándolas en ademán de ruego.

—Lo está —dije—, pero como a la vez no puedo hablar para dos personas, dirigir la voz a la derecha y la mirada hacia la izquierda, voy a quedarme con el cuello dolorido.

—¿Qué desea entonces? —me preguntó la hermosa vienesa.

—No deseo: exijo.

—¡Oh! ¡oh! ¿Usted exige? —dijo Lilá.

—O me callo.

—No, no... ¿Qué exige? —preguntó la vienesa.

—Voy a cerrar los ojos mientras usted se levanta de su cama y se mete en la de su amiga. Tal vez enloquezca al ver dos cabezas tan divinas en una almohada; pero al menos me libraré de quedarme con el cuello duro.

—¿Qué le parece a usted, Lilá? —preguntó la vienesa a mi amiga—, ¿hay que obedecer?

—No hay otro remedio, desde el momento que usted se ha puesto a su discreción.

—Pero cerrará los ojos, ¿no es así? —preguntó la vienesa, dirigiéndose a mí.

—Palabra de caballero.

—¿Puedo fiar en él, Lilá?

—Respondo de él.

—Entonces cierre usted los ojos, señor Dumas.

A la vez que sentí un andar sigiloso y un aroma sutil, llegó a mis oídos una voz temblorosa que decía:

—Ya puede abrir los ojos.

Al ver aquellas dos deliciosas criaturas, una al lado de la otra, con los brazos entrelazados, y descansando la vienesa la mejilla en la cabeza de Lilá, se me ocurrió decir con el Corregio: *Anch'io son pittore!*

VII

Y bien, prosiguiendo con mi historia, diré lo siguiente:

"—Fernando, media hora después de dejarnos, estaba de regreso con los pasaportes, según prometiera.

"Ya he dicho que aquél nos había dejado a María y a mí a orillas del mar.

"Durante nuestro coloquio, María me contó, con la complacencia que pone la mujer menos coqueta en todo relato parecido, cómo Fernando se enamorara perdidamente de ella; cómo no amándole ella a él lo bastante para corresponder a tal pasión, se había mostrado rigurosa; cómo semejante rigor, no esperado por él, acabó de trastornar el juicio a Fernando, y cómo, desesperando éste de conseguirla por amante, le había ofrecido su nombre.

"Preciso es que para la desdichada criatura que se halla fuera de las condiciones generales de la sociedad haya algo muy seductivo en estas tres palabras: *Sed mi esposa*, pues casi indefectiblemente se rinde a ellas. María era hermosa; su talento le valía brillantísimos triunfos que la llenaban de orgullosa satisfacción y, además, le producía cincuenta mil francos al año, de los cuales, a pesar de vivir espléndidamente, apenas gastaba la tercera parte; no tenía padre ni madre que pudiesen exigirle cuenta de su conducta; podía abandonarse, sin que nadie le dirigiese un reproche, a los impulsos de su corazón o de sus sentidos; en una palabra, era dueña de gozar de su belleza, de su fortuna y de su inteligencia en toda la plenitud de una libertad abs[...]

"Fernando, por el contrario, no sólo [...] seía bienes de fortuna, sino que no [...] por su talento, y por más que sus [...] fuesen refinados, su físico, como ya [...] visto, no reunía suficientes atractivos pa[...] batir cierta repulsión que María senti[...] él. Pues bien, tan pronto aquél hubo [...] ciado estas tres mágicas palabras: *Sed* [...] *posa*, se obró el milagro; y el hombre [...] para amante, no era lo bastante agra[...] fué lo sufiente para esposo.

"Verdad es que, cual el caballero [...] me bastó sacudir mi varilla para de[...] todos los maleficios de la selva enc[...] para que en respuesta a lo que yo le [...] que a mi juicio cometía una locura [...] de los labios de María este involu[...] mento:

"—Y yo estoy bien segura de ello.

"No es menos verdad también que [...] de ello, María estaba resuelta a dej[...] María D..., es decir, una artista [...] para convertirse en la señora barones[...] lo que podían llegar a ser todas las [...] Y esto que digo me lo demostró de[...] minante el hecho de haber accedido [...] al día siguiente.

"Me quedé reflexionando en el s[...] pel que el azar, que me conducía [...] me hacía desempeñar en la vida de [...] dos enamorados; y digo nuestros en[...] porque Fernando me parecía, por sí [...] tir amor bastante para él y para su f[...]

"¿Por qué la casualidad me hab[...] a mí y no a otro? Declaro que se m[...] la idea de que el dios a quien repre[...] los ojos vendados se había levantado [...] la venda en el instante en que yo pa[...] no sin intención oculta me design[...]

"No obstante, confieso que tal in[...] taba de tal manera oculta, que me e[...] ble descubrir el más insignificante [...] ella.

"Por un momento mi posición [...] tan extremadamente ridícula, que e[...] tado de abandonar el *speronare*, los [...] emprender el viaje en corricolo.

"Analizando bien el sentimiento qu[...] tuvo, creo que fué idéntico al que [...] bueno de Mercier a la vida: la [...] pero sea lo que fuere, curiosidad u [...] miento, dormí muy mal.

"Cuando una mujer está de viaje, [...] coqueta que sea, nunca sale a la ho[...] cida; así es que en vez de darnos [...] al alba, eran las ocho cuando nos e[...] mos hacia Santa Lucía, donde debí[...] carnos, acompañados del capitán de [...] embarcación.

"Apenas habíamos caminado c[...] cuando nos encontramos con un [...] el cual pasó por delante de noso[...] rección a la izquierda, lo que era [...] gio doble.

"—¿Qué tiene usted? —pregunté a[...] ver que éste movía la cabeza.

"—¿Qué? —me respondió éste, [...] buen siciliano era supersticioso—; [...] sieran ustedes creerme...

"—¿Qué haríamos si le creyésemos[...] gunté al ver que se detenía co[...] zado de lo que iba a decir.

"—Aplazarían la salida para otr[...]

"—¿Y por qué aplazarla?

"—¡No ha visto usted!...

"—Sí he visto: un sacerdote.

"—¡Y entonces!

"—¡Y entonces, qué! —repetí [...] el rostro hacia Fernando.

"—¡Bah! —dijo riendo el bar[...] tengo miedo a los curas. Precisa[...] en busca de ellos.

"—No hay mal alguno en enc[...] los curas que vamos a buscar —[...] tán—; pero con aquellos a quie[...] mos, ya cambia el asunto.

...d cree que el encuentro de ese ... a traernos una desgracia? ...tedes, o a sus proyectos.
... que a mí se refiere —dije—, no ...no, y prueba de ello es que creía ...lfi o a Sorrento y me encamino ... Así que —añadí riendo y dirigien...ra a María y a Fernando— abran ...ellos que los forjan.
...do se puso a cantar:

...está espléndido, hermosa la mar.

... respuesta como cualquiera otra, o ... Así que proseguimos la marcha ... del puerto.
... pequeño *speronare* se mecía plácí... las azuladas aguas; la tripulación, ... de diez marineros y de un gru... del capitán, nos aguardaba en uni...ala. Cuatro marineros, colocados de ...ban de plantón en ambas extremi... una plancha que unía la orilla al ...mándonos baranda con dos remos. ...era que pasó fué María, la cual ... estaba sumamente pálida y que la ...emblaba mucho al apoyarla en la ... barandilla.
...o siguió a su prometida, ligero y ...o un colegial.
... detrás, pensando en el augurio del ... preguntándome cuál podría ser el ...que el malhadado encuentro con el ... hechar por tierra; mas como no ... que se aviniese a ello, empecé a ... el presagio no rezaba en absoluto

...aron la plancha y levaron anclas. ...rineros empezaron a remar al com... canción muy dulce, y nosotros a ... entre un cielo y un mar de azur

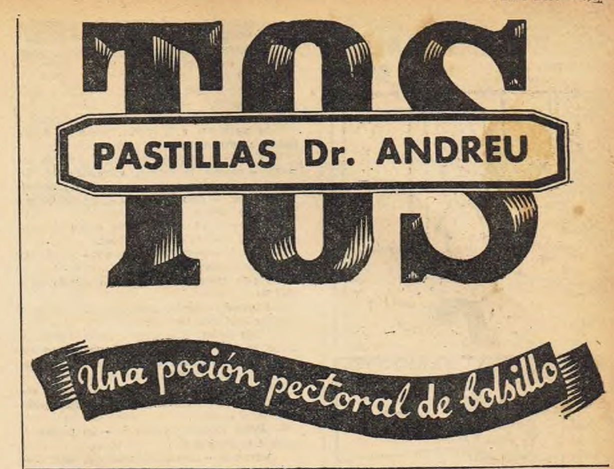
... ligera y favorable brisa, la necesa... ver cómo se iba perdiendo lenta y ...mente la ciudad de Nápoles. Capri, ... en los rayos del sol matutino, apa... luminosa nube, en tanto que la costa ...mare, en toda su extensión, descri...stra izquierda su gracioso y azulado

...proximadamente las once de la ma...

...o! —exclamó, de pronto, Fernan... el almuerzo?
...o! —repuso María—. ¿No ha traí...vituallas?
..., ni la más mínima; ¿se habrá olvi...bién de traer el capitán?
... sí que es estar loco! —exclamó

...amorado, señora —le dije—. Afortu... yo soy más precavido que Fer...

...que prueba —dijo María, riéndose— ... no está ni loco ni enamorado.
... suerte, no sólo para mí, sino para ... entero —dije, inclinándome—; por...aberme atacado una u otra de dichas ...ades con la intensidad que a nuestro ...nando, correríamos el riesgo de pere...mbre.
...! —dijo Fernando—, el ser humano ...mor.
... —repuse—; pero aquellos que contem...s enamorados comer ambrosía y beber ... ¡Ah!, por otra parte, querido ami...seguí, haciendo seña a uno de los ...s que oficiaba de cocinero, y el cual, ...tación, trajo una cesta descomunal—; ... parte, está usted en libertad de ali... de amor y desempeñar el papel de ...or; por lo que respecta a la señora, ... confesado que todavía estaba pegada ...a por un poquito de estómago, voy ...le un trozo de este pastel, o el alón de .... Trae la segunda cesta, Pietro. Lo ... contiene, amigo mío, es aún más des..., para un enamorado, que un pavo



o un pastel: es vino de Burdeos; así que yo, en su caso, no lo probaría.
"—¡Bah! —dijo Fernando—, si ustedes comen yo haré lo mismo.
"—Para no desairarnos, ¿no es cierto? Hombre, declare, por lo menos, que el apetito se hace sentir.
"—Le digo que no; usted es quien me hizo pensar en ello.
"María mordió suavemente una capa de pastel y una ala de pavo, y humedeció los labios en un vaso de vino de Burdeos; es decir, que tuvo la proverbial habilidad de todas las mujeres, habilidad que consiste en comer quizá tanto como un hombre sin que al parecer toquen los manjares.
"En cuanto a Fernando, no comió, devoró.
"Por todo ello se infiere que el viaje no comenzaba bajo tan malos auspicios como nos lo había hecho vislumbrar el capitán. Soplaba brisa favorable, navegábamos a razón de dos leguas por hora, y era probable que, cuanto más nos adentrásemos en el agua, más refrescaría el viento, y por lo tanto más adelantaríamos.
"Pero contra esta previsión —en la que convenía el capitán mismo—, hacia la tarde calmó el viento y con él disminuyó la marcha de la pequeña embarcación.
"Entonces nos ocupamos en los preparativos para pasar la noche.
"El *speronare* tenía en la popa una especie de tienda labrada de grandes aros que iban de una a otra borda, los cuales estaban cubiertos con un encerado; a dicha tienda, destinada primeramente a servirme de dormitorio, había yo hecho llevar, cuando creía viajar solo, una colchoneta.
"Pero luego de reflexionar que, según todas las probabilidades, el viaje iba a durar cuatro o cinco días con sus noches, hice traer dos colchones más.
"Después de una conversación en la cual, y con toda la discreción posible, me hube informado por boca de Fernando del grado de intimidad en que éste se encontraba con María —conversación cuyo resultado había sido muy favorable a la célebre artista—, habíamos convenido que todas las noches sacaríamos dos o tres colchones de la tienda, y que Fernando y yo durmiésemos sobre cubierta, con objeto de dejar aquélla al exclusivo uso de María.

"Dos cortinas sostenidas por una varilla constituían la única salvaguardia de aquel santuario, al que nuestro común respeto guardaba con más celo que hubieran podido hacerlo los enrejadas puertas del Derbend.
"Continuamos, pues, el programa, y al llegar la noche sacamos nuestras camas a cubierta; pero la noche era tan esplendorosa, estaba tan salpicado de estrellas el firmamento y de tan suaves reflejos el mar, que hubiera sido un verdadero pecado cerrar los ojos.
"Nos sentamos, pues, sobre cubierta y contemplamos tan hermoso cuadro.
"Uno de los marineros poseía una mandolina. María la tomó y se puso a cantar.
"Después de cinco minutos, capitán y marineros formaban rueda a nuestro alrededor, y pasados diez se había formado un coro que repetía con la admirable facilidad musical de los pueblos del Mediodía los estribillos de las canciones o de las arias que entonaba María.
"De súbito, ésta empezó a tocar y a cantar a un mismo tiempo, sin advertir nada, sin transición, una de sus más animadas *saltarellas*.
"Los marineros dieron un grito de asombro, y durante algunos minutos, contenidos por el respeto, se contentaron con mecerse; pero poco a poco comenzaron a danzar.
"Un cuarto de hora después a bordo había baile general.
"Entretanto, el buque, aprovechándose de una suave brisa, avanzaba por sí solo, a su capricho.
"Aproximadamente a la una de la madrugada cesaron el canto y el baile; María se retiró a su cámara, mientras Fernando y yo nos acostábamos en cubierta; los marineros desaparecieron y el timonel quedó solo al pie de la caña, envuelto en el silencio.
"Era tal la calma que reinaba, que el mar semejaba un espejo, y el *speronare* no se balanceaba ni lo más mínimo.
"Dijérase que flotábamos por el espacio.

VIII

"Las primeras luces del alba nos despertaron.
"De inmediato pudimos advertir que apenas si saliéramos del sitio durante toda la noche. Continuábamos a la vista de Capri. Hacía un día magnífico; el cielo estaba despejado, sólo

LOS DOS HERMANITOS

DESQUITE **Por TIM**









los enamorados, si el tiempo los apremiaba, podían quejarse de semejante placidez.

"María, asomando su rubia cabeza por entre las dos cortinas, preguntó:

"—¿Qué tal?

"—Tenemos para ocho días, mi querida amiga —respondí.

"—¿Contamos con provisiones suficientes?

"—Si apelamos a la pesca, podemos hacer frente a una semana de calma.

"—¡Entonces, que se prolongue por una semana —repuso la artista, escondiéndose de nuevo en el gabinete y cerrando las cortinas.

"—¡Y yo! —dijo Fernando—. ¿Para mí no hay ni un saludo, ni una palabra?

"—Sí hay —respondió María, desde el interior de su cámara—, mil cariños.

"—¡Hum! —murmuró Fernando—. Mil cariños; no es mucho.

"En esto me aproximé al capitán y lo interrogué:

"—Y usted, ¿cuántos días cree que vamos a emplear con este tiempo?

"—Nada sé; hay que preguntárselo al *profeta*. ¿Pero se olvidó ya de que encontramos un cura al irnos a embarcar? Milagro será si llegamos sin contratiempo al fin del viaje.

"El *profeta* era el piloto Nunzio, marino veterano, que hacía cuarenta años navegaba, desde la edad de diez.

"—¿Buen tiempo, profeta? —le pregunté, aproximándome a él.

"—Veremos —respondió, mirando hacia Poniente.

"—¿Qué se entiende por veremos?

"—Lo que usted oye.

"—¿Pero qué?...

"—Que esto va a prolongarse.

"—Bien, ¿pero si se levanta un poco de viento no corremos peligro?

"—Desde luego, si sopla demasiado recio...

"—¿Qué es eso de demasiado recio?

"—Pues con mucha violencia.

"—¡Ah! ¡ah! ¿Teme una tempestad?

"—No, sino una borrasca; pero no diga nada a la señora.

"—¿Por qué?

"—Porque sino dejaría de cantar.

"—¡Ah!, viejo profeta. ¡Cómo se conoce que usted ama a las sirenas!

"—No es eso. Es que ayer ha cantado toda clase de aires de nuestra tierra, y no se puede usted imaginar el gozo que produce, cuando uno se encuentra entre el cielo y el mar, oír un canto de la patria natal.

"—Nada tema: cantará.

"—Procure usted que cante lo más cerca posible del timón.

"—Le transmitiré su deseo, y puedo asegurarle que accederá a ello.

"Así estaba mi conversación con el piloto, cuando sentí una ligera sacudida, que me dió a entender que el viento iba a soplar nuevamente.

"Conviene advertir que la embarcación sólo llevaba desplegados el foque y un trinquete.

"—No —me dijo Nunzio, que advirtió mi error—; son los compañeros que se preparan a remar.

"Así era, en efecto: seis de nuestros marineros habían sacado de la bodega sendos y largos remos, con los que empezaron a batir las aguas.

"Los remos, como en los botes corrientes, se sujetaban a los toletes, con la única diferencia de que los marineros bogaban de pie, a fin de que la pala penetrase en el agua.

"El trabajo era duro; pero ellos lo hacían más llevadero entonando una canción de melancolía arrobadora, cuyas primeras palabras decían así:

"Sparano la vela.

"Al terminar la estrofa inicial, María, que había ya salido de la cámara, permanecía en pie y muy atenta, mientras Fernando escribía en su álbum aquella melodía, de sencillez extremada.

"A la estrofa siguiente, María se ace[...] mí y me dijo:

"—Compóngame usted unos versos sob[...] tonada.

"—¡Cómo! —le dije—. Supongo que n[...] tenderá cantar la música ésa en un co[...]

"—No, pero me la cantaré a mí mism[...] un gratísimo recuerdo.

"—¿Y usted cree que yo puedo ayud[...] conservar un recuerdo de su peregrinació[...] yugal a Santa Rosalía?

"—¿Se niega, entonces?

"—Dios me libre.

"—Mejor así, pues le digo que habría [...] mal, porque mi intento es aislar el re[...] éste de todo lo presente, para unirlo [...] recuerdo de lo pasado.

"—¡Señora baronesa! ¡Señora baron[...]

"—Aun no merezco ese tratamiento.

"—¿Ni lo desea?

"—Lo más mínimo.

"—Tendrá los versos dentro de un [...] de hora —le dije, inclinándome.

"Fuí a sentarme al lado opuesto en [...] hallaba Fernando, y mientras él esta[...] biendo su música a babor, yo comp[...] estrofas a estribor.

"Quince minutos después, María [...] versos.

"—Escuche usted —le dije—, puede [...] algo mejor que esto.

"—¿Qué?

"—Copiar la canción original.

"—¿Y después?

"—Yo haré un estribillo para que [...] el coro.

"—¿Y qué más?

"—Fernando le pondrá música.

"—¿Y luego?

"—Nada más; usted cantará los sol[...] marineros responderán coreando el e[...]

"—¡Magnífica idea!

"—Suelo tenerlas de cuando en c[...] prueba de ello es la que le comuniqué [...] ayer.

"—¿Dónde?

"—A orillas del mar.

"—¿Qué idea me comunicó usted?

"—La de que cometía una torpe[...] sarse.

"—Mejor que no hablemos más [...] pues cometeríamos otra.

"—Pero ésta no sería irreparable.

"—¿Por qué?

"—Porque no seríamos lo bastan[...] para casarnos.

"—¡Cuidado que es usted inmoral! [...] de mí.

"—Vaya usted a copiar los versos [...] diar su música.

"—¡La música! La sé ya —cont[...] poniéndose a cantar.

"—Efectivamente —le dije—; y lo [...] bien.

"—No se ocupe de mí y compo[...] tribillo.

"Compuse uno de dos versos itali[...] tados al sentido de la canción, y [...] al capitán para que lo hiciese traduc[...] siciliano. Luego llevé la versión d[...] versos a Fernando, el cual les pu[...] con toda presteza.

"—Ahora, atención —dije a n[...] meros.

"Fernando se levantó y les hizo [...] estribillo.

"María se acercó entonces a aqu[...] bre cubierta, de pie y con los o[...] el cielo, comenzó la melodiosa c[...]

"Terminada la primera estrofa, [...] ros cantaron el estribillo con admi[...] y luego María continuó.

"Me sería imposible describirles [...] de semejante escena; el piloto est[...] sobre la cubierta de la casilla que [...] camarote del capitán, y había dejad[...] var la caña del timón, y los mari[...] ron de bogar y colocaron los re[...]

..., sosteniéndolos con los jarretes, ...servar libres las manos para aplau... ...to a nosotros, teníamos la mirada ...ría. Fernando, con amor indeci... ...n fervorosa admiración.

...tro, al aparecer por una escotilla ...to en cada mano y un trozo de ...poder bastante para abstraernos de ...templación.

...rineros se apresuraron a tender una ...mbra de la cual nos sentamos para ... Después dejé a Fernando y a María ... para que pudiesen comunicarse sus ...s, y acercándome al piloto, le dije: ...recer, el viento ése de que hablába... ...e apura mucho.

—¿Ha almorzado usted bien? —me pre... ...piloto.

...endamente.

...ces, si quiere que le dé un buen ...coma usted mejor todavía.

...bre! ¿Y se puede saber por qué?

...e mañana no se hallará con áni... ...cerlo.

...d bromea!

...compañeros deben de haberle dicho a ...que yo nunca hago bromas.

...qué dice usted, señor profeta?

...por muy afortunados podemos dar... ...noche no tenemos novedades.

...nces por qué no nos guarecemos, ... de los remos, en algún refugio ... de Calabria?

...dirigió la mirada hacia la costa de ...que aparecía a nuestra izquierda, y ...ió la cabeza, diciendo:

...ucho que se esforzasen los remeros ...edaría tiempo suficiente para ello; ... de diez a doce horas.

...ántas le parece a usted que demo... ...borrasca?

...u ocho.

...ces —dije, sacando mi reloj—, a las ...la noche estaremos en danza.

...s o menos —repuso Nunzio—; hora ...media después del *Ave-María*. Pero ...a nadie; sería contraproducente an... ...a la señora.

..., viejo profeta —le dije, riendo—; ...u debilidad.

...comprendo —me contestó el marino. ...estás ciegamente enamorado de nues... ...sa pasajera.

...cierto, pero del mismo modo que lo ...la Madonna —repuso, descubriéndose. ...uní de nuevo con mis compañeros, ...s el día tocando la mandolina y can... Yo recité versos de Hugo, Lamartine ...o Barbier, durante lo cual oí llamar... ...ovisatore* por los marineros, que creían ...en vez de recitar, estaba componiendo. ...te toda la tarde, el azul del cielo, ...onces tan intenso y transparente, fué ...dose poco a poco; el firmamento ad... ...n matiz lechoso y el sol se rodeó de ...jo de nubes parecidas a los vapores ...desprenden de las lagunas Pontinas. ... llegado la hora solemne del *Ave-*... El piloto tomó en sus brazos al hijo ...tán, lo arrodilló sobre la casilla del ... de éste, y el niño rezó la oración ...noche, en medio de la inmensidad del ...

...tanto el niño rezaba su oración, una ...y negra nube iba invadiendo el espa... ...ulsada por el viento sureste.

...las novedades profetizadas por Nun... ...cual, una vez terminada la oración, me ...ñas, en tanto se llevaba un dedo a los ...

—Ya la veo, ¡caramba! —le respondí.

...vez en cuando los marineros, y aun el capitán, volvían los ojos del lado de la ...que avanzaba vertiginosamente, exten... ...cual gigantesca águila, una de sus alas ...el norte y la otra hacia el sur.

...luna aparecía, o más bien se transpa... ...a través de un vapor incoloro, que pronto iba a desaparecer debajo de la veloz nube, la que el rayo, cual monstruosa serpiente de fuego, rasgaba sin interrupción.

"No había llenado aún el espacio el ronco fragor de trueno alguno, pero lo presentíamos.

"El mar, sin ser azotado por ninguna ráfaga, iba encrespándose como si algún fuego subterráneo que se cruzase entre el Vesubio y el Etna le hiciese estremecer.

"De pronto, en el horizonte de donde procedía la nube, y al parecer avanzando con la misma rapidez que ella, vimos venir una faja de espuma, en tanto que de trecho en trecho y en la superficie de las olas se dibujaban esos estremecimientos a que los marinos denominan "pies de gato".

"Por último, un soplo ardiente conmovió las jarcias de nuestra embarcación e hizo zarandear la única vela que, con el foque, quedó desplegada.

"—¡Tomar dos rizos! —gritó el piloto a la tripulación.

"A la vez, el capitán vino a nuestro encuentro, y dirigiéndose particularmente a María, nos dijo:

"—A usted, señora, y a ustedes, caballeros, nada tengo que aconsejarles; pero me parece que sería mejor que se metiesen en la cámara.

"—¿Nos amenaza algún peligro? —preguntó María, con acento tranquilo.

"—No; pero vamos a tener borrasca: esto es, lluvia y viento; y ustedes no podrían permanecer en cubierta, sin quedar, a los pocos instantes, empapados hasta los huesos, y, además, estorbarían la maniobra.

"Yo, que conocía esta especie de recomendaciones, me volví hacia María y le pregunté:

"—¿Oye usted, señora? ¿Quiere concedernos hospitalidad para esta noche?

"—Con sumo gusto —respondió la artista.

"En aquel instante llegó en alas del viento una ráfaga tan violenta, que el *speronare* se inclinó sobre una banda y tocó con el pico de su berga en el agua, al mismo tiempo que hendía el espacio un rayo intensísimo que nos permitió ver con la claridad del día los objetos que nos circundaban.

"—Pasemos a la cámara —dijo María—; el capitán tiene razón, molestaríamos para hacer la maniobra.

"—¡Todo el mundo abajo! —gritó Nunzio.

"Los marineros arriaron con toda premura la vela, que hacía doblegar la verga cual débil junco.

"Entré a María en la cámara, luego a Fernando, y yo seguí tras ellos.

"Terminábamos de penetrar cuando el retumbo de un horrísono trueno sacudió violentamente al buque, y María se desplomaba sobre el colchón en medio de un mar de lágrimas, entretanto que Fernando y yo nos afirmábamos el uno en el otro, para no rodar por el suelo.

IX

"Pareciera que el poderoso trueno fuese un aviso que la tempestad nos enviaba. Y por unos instantes más la furia del tiempo se aplacó.

"Todo había quedado nuevamente envuelto en tinieblas, en el silencio, casi podría decirse que en la inmovilidad.

"Fernando y yo nos aprovechamos de este respiro para sentarnos en el colchón tendido frente al en que María estaba acostada.

"Una lámpara, suspendida del techo, proyectaba una luz tenue y vacilante.

"María posaba su mirada alternativamente en el uno y en el otro, y parecía como si se preguntase a cuál de los dos acudiría en el momento del peligro.

"Fernando era de baja estatura, y estaba delgado y pálido; su constitución endeble y nerviosa ofrecía pocas seguridades en caso de peligro; yo, por el contrario, robusto, musculoso y libre de todo malestar, aun en medio del desencadenado temporal, ofrecía el aspecto de tranquilidad y poderío que inspira confianza y seguridad.

"La mirada de María terminó por detenerse en mí, diciéndome, aún sin palabras: "Cuento con usted".

"Confieso que me enorgulleció semejante preferencia, que por lo demás parecía no inspirar a Fernando la más leve sombra de celos; y es que éste tenía que pensar en algo más que en mostrarse celoso, mareado como estaba.

"Al ver inmóvil al barón, comprendí que así su quietismo como su palidez no reconocían por causa el miedo, sino el mareo, que poco a poco iba apoderándose de él, y cuyos síntomas he visto desarrollarse tantas veces a mi alrededor.

"—¿Se encuentra usted mal? —le pregunté.

"Fernando me respondió afirmativamente con la cabeza.

"—Por malo que se presente el tiempo —le dije—, estará mejor en cubierta que aquí.

"—Efectivamente, el tufo de esta lámpara me da náuseas —contestó.

"Resulta increíble lo que, en semejantes circunstancias, se acentúa el sentido del olfato; pareciera que cuanto más los otros se debilitan, él cobra mayor fuerza. El tufo de la lámpara, insoportable para el barón, yo ni siquiera lo sentía.

"Fernando había reunido todas sus fuerzas para pronunciar las palabras que acababa de proferir. Luego me asió del brazo, y yo me incorporé y le levanté conmigo, no sin que dos o tres veces, a impulsos del fuerte balanceo de la barca, estuviésemos a punto de caer los dos antes de llegar a la puerta. Por fin me así de la cortina, que solté para agarrarme a una jarcia, mediante la cual llegamos a fuerza de trompicones.

"El capitán, al vernos salir con tanta inseguridad, comprendió que ocurría algo extraordinario, y vino a nuestro encuentro; mas apenas se nos hubo acercado, Fernando le asió con fuerza del cuello.

"Es sabido que aquel que se ahoga se agarraría de un hierro candente, pero el que se marea no sé de qué se agarraría.

"—¡Ah!, capitán —dijo Fernando, soltándome para aferrarse al patrón del *speronare*—; por favor, lléveme al extremo opuesto del buque.

"Era evidente que en la situación en que se encontraba, si no también en la más grave que

En el frente



.—*No es que él sea más miedoso que los otros, mi capitán; lo que pasa es que le llenaron el casco con pega-pega.*

preveía, iba a no creerse nunca bastante alejado de su prometida.

"Sus deseos se vieron satisfechos. Con pie tan firme como era posible en medio de aquella tormenta, el capitán condujo a Fernando, a quien vi desaparecer entre las tinieblas.

"Por lo que pude juzgar, según mi larga experiencia, el barón necesitaría al menos estar en la proa dos a tres horas para reponerse.

"Como la tormenta arreciaba por momentos y María podía tener necesidad de mis auxilios, no era humano dejarla sola.

"Al penetrar yo en la cámara, si bien María no estaba del todo tranquilizada, no experimentaba síntoma alguno de indisposición, debido quizá a que aquél era el quinto o sexto viaje que hacía por mar, y se hallaba, hasta cierto punto, acostumbrada al balanceo de la nave.

"—¡Ah! —me dijo al verme, y con alegría que no intentó disimular—, temía que no volviese usted.

"—¿Ha oído usted el grito de: "hombre al agua?"

"—No, y eso que he estado escuchando con toda atención.

"—Pues entonces podía estar segura de verme otra vez.

"—¿Acaso no podría haberse sentido indispuesto como Fernando?

"—Y entonces usted se dispondría a reírse de los dos, ¿no es eso?

"—No; ¿sabe usted lo que me decía a mí misma al mirarles hace poco uno al lado del otro?

"—No.

"—Pues me decía que si corriésemos peligro, tendría más confianza en usted que en él.

"Al oír tales palabras le tendí la mano, que ella oprimió entre las suyas.

"Aquel contacto de manos coincidió exactamente con el estallido de un formidable trueno; y, sin duda, mi amiga consideró que era yo demasiado buen conductor, pues me apartó suavemente de sí, diciéndome:

"—Tiéndase allí, en aquel colchón frente a mí; con semejante balanceo no puede usted mantenerse en pie.

"En efecto, las olas, que castigaban de través al *speronare*, imprimían a éste un vaivén tan violento, que dos o tres veces estuve a punto de caer.

"Como el consejo de María era, en realidad, prudente, pues cuanto más apartado me encontrase de ella menos riesgo corría de faltar a las santas leyes de la amistad, logré, aunque no muy fácilmente, arrojarme sobre mi colchón.

"Y así nos encontramos el uno frente al otro, separados tan sólo por el espacio de un metro.

"María, incorporada sobre su codo derecho, y yo sobre mi codo izquierdo, nos mirábamos sonrientes.

"La lámpara, carente ya de aceite, comenzaba a apagarse por momentos, y la tempestad apretaba de un modo asombroso.

"Sentíamos el andar apresurado de los marineros, el crujir del palo y del aparejo y las órdenes secas y enérgicas del Nunzio.

"De tanto en tanto, María preguntaba con su voz argentina y sonora:

"—¿No puedo salir, capitán?

"—No, no; quédese quieta, señora —respondía aquél mientras se dirigía de un lado a otro, y una ráfaga más violenta y un golpe de mar más poderoso arrancaban un grito de pavor a la amedrentada María.

"—¡Ay, Dios mío!, vamos a quedarnos a oscuras —dijo la artista al ver que la lámpara empezaba a chisporrotear.

"—Descorreremos las cortinas —le dije— y la luz de los rayos suplirá la del farol.

"—No —repuso María—, prefiero mil veces la oscuridad a semejante luz.

"El vaivén del buque, el incesante rugir del trueno, los gritos de *¡Burrasca! ¡sirocco! ¡mistrale!* que resonaban, encadenados los unos a los otros como pregón del peligro que se cernía sobre nosotros, iban creciendo, y eran más inquietantes por momentos.

"—¿No hay peligro, capitán? —repetía casi maquinalmente María.

"De súbito redoblaron los gritos de *¡Burrasca! ¡burrasca!* Fulguró un rayo, que no pareció sino que se había caído en el *speronare*, y una ola monstruosa levantó la embarcación por uno de sus costados.

"María perdió el poco equilibro que con gran fatiga conservaba tendida en su colchón, y rodando por la pendiente del piso, inclinado como un tejado, se halló en mis brazos.

"La lámpara se apagó.

"—Me parece que ahora hay peligro —le dije riendo.

"En realidad el peligro era inminente, sólo que había cambiado de naturaleza.

"—¡Ah! —me dijo María dando un suspiro, luego que el riesgo hubo pasado—; ¿quién podrá dudar que en un momento como éste no ha experimentado usted emoción alguna?

. . . .

"La borrasca se hizo presente durante toda la noche. ¡Oh venturosa borrasca! ¡Quién le dijese que entre aquellos a quienes amenazara de muerte había un hombre que conservará de ella recuerdo imborrable!

"A la mañana empezó a calmarse el mar. Yo ocupaba ahora, en la proa del buque, el lugar de Fernando, y contemplaba sonriendo y respirando con la fuerza del hombre joven, robusto y dichoso las montañas y los valles que formaban las olas y parecían querer tragarnos.

"De pronto sentí que un brazo se deslizaba por debajo del mío y se apoyaba en él, a cuyo contacto volví la cabeza y vi el apacible rostro de María, impregnado de languidez.

"—El peligro ha pasado —le dije sonriendo.

"—¡Silencio! — me respondió —; hablemos formalmente.

"—¡Qué se entiende por formalmente!

"—Usted lo sabe.

"—¿Y Fernando?

"—La noche que ha pasado lo dejó sin fuerzas y está durmiendo hecho una sopa.

"—Ventajas que proporciona el marearse.

"—No se burle usted; me apesadumbra.

"—¿De veras?

"—De veras; ¡pobre Fernando!

"—Realmente es digno de lástima.

"—No sabe usted cuánto me ama.

"—¿Y quién le dirá nunca lo que ha [...] tecido?

"—Yo.

"—¡Usted!

"—Yo, sí; ¿usted se imagina que voy a [...] sarme con él después de lo ocurrido [...] usted y yo?

"—¡Diablos! ¿Tan grave es?

"—Tan grave.

"—No pasa de ser un caso fortuito.

"—Ahí está precisamente el mal.

"—Si no se explica mejor...

"—Es que no es en realidad un caso f[...]

"—¡Vamos!

"—Mire; en el instante en que le he [...] usted de nuevo...

"—¿Qué?

"—He sentido en mi corazón que [...] temprano le pertenecería.

"—¿Dice en verdad lo que siente?

"—Lo juro. Desde entonces no era s[...] to de tiempo y de circunstancias.

"—De modo que esta noche...

"—Cuando usted me ha tendido la [...]

"—Ha adivinado que había llegado [...] po y que las circunstancias eran ur[...]

"—Si continúa usted burlándose, no [...] le digo lo demás, sino que no vuel[...] blarle en mi vida.

"—Líbreme Dios de exponerme a [...] castigo. Ya he dejado de reírme, y [...] usted.

"No sé qué expresión debieron re[...] ojos, pero ella era trasunto fiel de [...] miento, ya que María me preguntó:

"—¿Conque me ama un poco?

"—La adoro.

"—Repítamelo para consolarme.

"—Y usted concluya lo que había [...] a decirme. Ya ve que he dejado las [...] un lado.

"—Pues bien, lo que tenía que [...] que esta noche no me he asido de m[...] con la fuerza que debía, y que lo q[...] ocurrido no ha sido tan sólo a causa [...] del buque, como usted pudiera supo[...]

"—¡Ah! —le dije—, en verdad que [...] la adorable criatura que yo había [...] desde que la vi en París.

"—Sí —repuso María con graveda[...] adorable o no, esta criatura es una [...] rada. Fernando y yo convinimos en [...] velo sobre lo pasado; mas la borras[...] noche pertenece a lo presente; he fal[...] a mi palabra, y por lo tanto el [...] ése no puede ya efectuarse.

"—Confiese usted que no lamenta [...] llado un pretexto.

"—¿Lamentaría usted, por ventura, [...] mes conmigo en la tierra más her[...] mundo?

"—No, porque ese mes sería qu[...] dichoso de mi existencia.

"—Pues eso es lo que va a hacer [...] Palermo.

"—Entienda que no vamos a Pa[...] a Mesina.

"—Y eso, ¿a qué se debe?

"—A que el viento nos empuja ha[...] y no hacia Palermo, y el capitán [...] cirme que si tomábamos el rumbo [...] mera llegaríamos a ella mañana p[...] mientras que si nos obstinamos en [...] en Palermo lo conseguiríamos para [...] das griegas.

"—Adelante, pues; vayamos a M[...] me importa; haré por tierra el res[...] Escuche lo que va a hacer al des[...]

"—Diga; la obedeceré en todo.

"—Se separará de nosotros pa[...] su viaje, y una vez que haya parti[...] todo a Fernando.

"Yo hice un movimiento invo[...]

tema —me dijo María—, seré tan
él como lo he sido con usted. En
vapor regresará a Nápoles.
rá usted convencer...
o me siento culpada soy inflexible.
va a ser de mí?
siente ansias de verme, dará la vuel-
; si, por el contrario, anhela en-
mi lado, alquile caballos o mulas
o en Selinonte, y, atravesando la
reunirse conmigo en Palermo.
ré caballos o mulas y volaré a
usted.
ras?
ya darlo por hecho.
—me contestó María tendiéndome
, hasta entonces, ni una palabra, ¿con-
una palabra que pueda levantar la
echa de lo que sacedido. Es ne-
Fernando no adivine, sino que yo

ca de María era tan persuasiva, que
que objetar.
, pues, atenerme estrictamente a las
de mi amiga, con quien di
o el pacto, cuando vimos acercarse
que parecía un alma en pena.
María nunca había estado espontá-
no hubo para qué cambiar de mo-

solos, pues ya me hallaba muy
ante de mi pobre amigo, aunque la
do la tuviese, no yo, sino la borras-
como si no hubiese salido de la
Eolo con otra finalidad que la de
provocar el incidente que acabo
ustedes, se amainó como por en-
furia de los vientos que soplaban
puntos cardinales había sucedido
brisa del noroeste que calmaba el
ejaba el cielo. Las costas de Cala-
n de nuevo como una faja azul, y
cuatro de la tarde costeábamos lo
rca de tierra para que el capitán
citando los nombres de los gru-
itos blancos que empezaban a dis-
la margen.
noche, cuando el hijo del capitán
-María, el mar estaba como una
ceite, y en el firmamento no se veía
ncha.
decir que aquella noche Fernando
vimos alejados de la cámara y que
sobre cubierta.
cosas habrá tan poéticas como las
de verano en las costas de Nápo-
Sicilia. No parecen sino contiendas
amantes; la naturaleza grita, la tem-
; luego hacen las paces, renace la
el azulado cielo reaparece la sonrisa
enjugan las lágrimas y vuelven los
tes.
mos durante todo el día, singlando
ocho nudos por hora; de modo que
de la tarde, aproximadamente, em-
vislumbrar el cabo Palmieri, el cual,
altura en que nos encontrábamos y
por la dirección que seguíamos, pa-
rnos por completo el paso; no di-
aún el estrecho de Mesina y podría
que navegábamos en línea recta sobre

estra derecha ponía una nota blan-
aldea de Scila, semejante a una cas-
casas que desde la cumbre de la colina
ara al mar.
más nos íbamos acercando, mejor
el mar hundirse como la punta de un
las costas de Sicilia y las de Cala-
que por fin apareció a nuestros ojos
cho.
os por Caribdis, y fuimos a fondear
guo puerto de Zancle, que debía su
su configuración, que es muy seme-
de una hoz.
desembarcar era demasiado tarde.
marineros, admirados de haber llegado a puerto y capeado la tempestad, pasaron toda la velada cantando y bailando, durante cuyos cantos y danzas María halló ocasión de estrecharme la mano y decirme en voz baja:

"—Quedamos de acuerdo; mañana póngase usted en camino. Fernando parte en el primer vapor; nos veremos nuevamente en Palermo.

"—Convenido —contesté estrechando a mi vez la mano de María.

"La noche fué deslizándose maravillosa, estrellada, transparente. La brisa, suave como mano de niño, estaba saturada de aromas y parecía querer llenar de besos toda la tierra.

"Dormí poco; pero lo que hacía más agradable mi insomnio era que, si bien alejado de ella, conocía que mi amiga estaba también desvelada.

"Una vez que ésta salió de la cámara, avanzó como una sombra, y pasó lo bastante cerca de mi colchón para que pudiese asir el orillo de su peinador y besarlo.

"Fernando dormía a pleno pulmón y se desquitaba de las fatigas que le ocasionara la borrasca.

"Durante dos o tres veces en el día y aludiendo al cura que habíamos encontrado en el instante de embarcarnos, había dicho:

"—¡El endiablado cura! No soy supersticioso, pero hay que confesar que el capitán estaba en lo cierto.

"¿Qué diría cuando supiera que había hecho un viaje inútil?

"Llegó el día; comenzaron primero los preparativos en el puerto, luego en la ciudad; los botes desatracaron de la orilla y vinieron a visitar los buques llegados durante la noche. El capitán hizo una señal, nos visitó la Sanidad, se hicieron las verificaciones acostumbradas, y nos autorizaron a entrar.

"Había llegado el momento de la despedida. Estreché con cierto sentimiento no exento de vergüenza la mano de Fernando, y besé la de María, la cual me dijo con voz apenas perceptible:

"—En Palermo.

"Esta bajó primera al bote, y tras ella lo efectuó Fernando. El bote desatracó del costado del *speronare* y enfiló la proa hacia Mesina.

"María se había sentado de modo de no perderme de vista ni por un instante, y me miraba y sonreíase como diciéndome: "Estoy tranquila, soy dichosa, cuento contigo".

"La mujer más apacible, la más bondadosa, es cruel cuando no ama. María se decía en su corazón que estaba obrando correctamente y conforme a su conciencia al revelárselo todo a Fernando; pero no la inquietaba lo más mínimo el efecto que semejante revelación iba a producir en el hombre que la amaba y al cual ella no correspondía; había cumplido lo que ella consideraba un deber, y se daba por satisfecha.

"Cuando llegamos al muelle, mi amiga me dirigió una postrer señal de despedida con su pañuelo, a lo que correspondí agitando mi sombrero; luego saltó a tierra, rechazó el brazo que le ofrecía Fernando, no sé con qué pretexto, siguió al lado de éste unos pasos más, volvió el rostro por última vez, y desapareció al dar vuelta en una esquina.

"El capitán, que había acompañado a mi amiga y a Fernando, regresó a bordo con los papeles listos.

"Nada me retenía en Mesina, una de las ciudades más molestas del mundo, y a la cual, por otra parte, conocía.

"Hicimos, pues, provisión de carne, pescado y legumbres frescas, y aprovechándonos del viento favorable nos dimos de nuevo a la vela.

"Ocho días después me encontraba en Girgenti, la antigua Agrijento, donde abandoné mi buque después de ordenar al capitán que diese la vuelta por Marsala y fuera a reunírseme en Palermo. Alquilé caballos, entré en negociaciones con un jefe de bandoleros para que no me detuviesen en el camino, y después

de tres días de viaje a través de la isla, llegué a Palermo y pregunté por el hotel de las Cuatro Naciones, en el que debía hospedarse María.

"Según me indicaron, ésta había llegado sola; su aparición en la escena le valía una serie ininterrumpida de triunfos, y, en efecto, se hospedaba en el hotel de las Cuatro Naciones, donde, a mi llegada a él, acababa de salir para el ensayo.

"Tomé una habitación del mismo piso que María, no lejos ni cerca de la de ésta, y luego me fuí presuroso a tomar un baño para encontrarme en el hotel cuando ella llegase.

"En efecto, me hallaba ya en las Cuatro Naciones, apoyado en la baranda de la escalera, cuando al pie de ésta le dijeron que un caballero había preguntado por ella y la estaba aguardando.

"—¡Es él! —exclamó María, subiendo precipitadamente la escalera; y no preocupándose de si los criados la seguían, o los demás huéspedes la veían u oían, entró en mi cuarto, diciendo en alta voz:

"—¡Soy libre!, ¡soy libre! ¿Comprendes cuánta ventura encierra esta palabra: ¡libre, libre, libre!?

"Efectivamente, jamás me había dado idea semejante de la grandeza, casi diré de la majestad de la palabra ¡LIBRE!

"María, que me prometiera un mes de felicidad en la tierra más hermosa del mundo, me concedió eso y quince días más. Desde entonces y después de veinte años, digo: ¡Gracias, María!, nunca nadie ha pagado como tú una deuda.

"Con respecto a Palermo, ¿qué decir sino que es el paraíso de la tierra y que merece que la canten todos los poetas?

"Después de seis semanas fué preciso que nos separásemos, tras quince días de lucha desesperada, durante cada uno de los cuales debiera yo haber partido y en cada uno de ellos mi propósito se desvanecía en medio de las lágrimas, aplazando para el siguiente la partida.

"Por fin llegó el instante tantas veces diferido. María me acompañó a bordo y no se separó de mí hasta el momento de levar anclas.

"Me imagino que en la ópera que había de cantar aquella noche debió de estar sublime.

"El viento soplaba de modo favorable, y como no me faltaba sino visitar las islas del archipiélago, que no había recorrido durante mi último viaje, pusimos rumbo a Alicuri.

"Por espacio de quince o veinte millas el viento continuó soplando con bastante intensidad, lo que nos hizo andar a cinco o seis leguas por hora; luego amainó un poco, y por último entró la calma.

"Entonces sentí no haber aplazado un día









más mi viaje, toda vez que de poco me valía el haberme puesto en marcha.

"Pasé a bordo una de esas noches maravillosas en que uno disfruta plenamente de todos los encantos de la naturaleza: cielo azul oscuro sembrado de miríadas de rutilantes estrellas, mar transparente, aromas de la playa, efluvios de las olas; todo parecía haberse aunado para borrar de mi mente lo que acababa de perder, o para hacerme comprender que lo que acababa de perder era lo único que me hacía falta para trocarme en uno de los privilegiados de este mundo.

"Pensando en María, no dormí hasta el alba, mientras mis labios murmuraban:

"—¡Piensa en mí!

"A las siete de la mañana el capitán me despertó, diciendo que acababa de salir del puerto una barca que se dirigía hacia la nuestra haciendo señales.

"Al oír esto me precipité fuera de la cámara con la esperanza de que aquella barca me trajera noticias de la mujer amada.

"Pero no; de mucho mejor que eso era portadora: a su bordo estaba la propia María.

"Al salir el alba, la cantante se había informado de que reinaba la más completa calma y que el *speronare* se encontraba todavía a la vista; entonces se encaminó apresuradamente al puerto, alquiló un bote y salió en busca de mi embarcación para decirme nuevamente adiós.

"Estoy por afirmar que durante el curso de mi vida no he experimentado una alegría tan intensa como la que sentí cuando tuve a María palpitante sobre mi corazón. La pobre reía, lloraba, daba gritos de dicha. ¡Oh, naturaleza! ¡Qué hermosa eres en todas tus manifestaciones!

"Los marineros, que no habían olvidado el día de canto y baile que María les diera, batían palmas.

"—Sí —les dijo ésta agradecida—, nada temáis; voy a cantar y vosotros bailaréis.

"Luego, volviéndose hacia mí con la pasión tierna y rugiente a la vez de la gacela y de la leona, añadió:

"—Y nosotros vamos a amarnos, ¿no es cierto?

"Para que la fiesta fuese completa, María había traído en su barca fiambres y vino, todo lo cual fué repartido entre las tripulaciones de aquélla y la del *speronare*, que empezaron un verdadero jolgorio.

"El nuestro consistía en miradas impregnadas de amor y lágrimas, palabras entrecortadas por besos, suspiros alegres y sonrisas tristonas.

"El día transcurrió entre cantos y bailes, y cuando llegó la noche los dos marineros que tripulaban el bote amarraron éste a remolque del *speronare* y subieron a reunirse con los nuestros.

"La calma seguía reinando.

"¡Hermosa, suave, veloz noche aquélla, cuya fecha ha quedado indeleblemente grabada en lo más íntimo de mi corazón!

"Amaneció, y con el día, ¡ay!, se levantó la brisa.

"Forzoso nos fué despedirnos; María, que debía trabajar aquella noche, quiso arrostrarlo todo para permanecer una hora más a mi lado; pero yo me opuse a ese propósito.

"Lo mismo que el condenado a muerte, solicitó media hora más, quince minutos...

"Tuve que tomarla en brazos y llevarla a su bote.

"¡Ah! ¡Cuán distante de la realidad está l. belleza dramática y teatral!

"Yo había visto y aplaudido a María en la *Norma*, en *Otelo*, en *Don Juan;* pero ¡cuánto más hermosa estaba ahora en su verdadera y real desesperación! En mí, la admiración la disputaba al amor, y a medida que se iba alejando con los brazos tendidos hacia mí, y yo de ella con los brazos tendidos en su dirección, le decía en voz que pudiese llegar a sus oídos:

"—¡Te amo, María mía, eres hermosa! ¡Eres hermosa, te amo, María mía!

"Se reavivó la brisa, y a impulsos de ella nos alejamos con toda rapidez.

"Por su parte, los marineros del bote remaban con fuerza, temerosos de que una ráfaga demasiado violenta les impidiese ganar el puerto.

"María, sin preocuparse por el peligro, estaba de pie en la popa, agitando su pañuelo, y cada movimiento de aquella blanca nubecilla, que iba desvaneciéndose poco a poco, parecía venir a decirme: "¡Te amo!"

"Por fin la distancia lo borró todo; el bote desapareció por completo.

"Yo permanecí con los ojos fijos en el puerto, con seguridad hasta mucho tiempo después de que en él hubo entrado María, a quien desde entonces no he vuelto a ver más.

"De esto que les estoy relatando ya se han cumplido veinte años, y ni la más leve nube empaña el brillo de aquel mes y medio pasado en Palermo; mes y medio durante el cual dos seres estuvieron completamente identificados en su existencia.

"¡Ay!, estoy seguro de que Dios, durante aquellos días, posó su beatífica mirada más de una vez sobre la capital siciliana."

. . . .

Después de estas últimas palabras, dirigí la mirada a mis dos interlocutores, los que, apenas respirando, me miraban con admiración.

—Esta es la historia prometida; les ruego que no me exijan nunca más un esfuerzo tan intenso y emotivo.

X

Terminé el relato de mi historia a [...] te, y a las diez salía el buque; así que, [...] a mis hermosas compañeras para que [...] sus preparativos, me retiré a mi habit[...]

Nunca me imaginara los encantos [...] desconocidos que experimenté en aqu[...] Era la primera vez que se me ofrecí[...] traña situación de la intimidad sin [...] de la familiaridad exenta de amor.

El afecto casi fraternal no puede [...] la más remota idea de semejante se[...] ya que no llega a la confianza con [...] llas hermosas mujeres alemanas me [...]

Debo agregar, además, que las ale[...] menos todas las que conocí, llevan [...] ventaja sobre las francesas, y es que [...] están preparadas a la hora de la pa[...] que su arreglo se resienta por seme[...] gencia.

Quince minutos después de haber[...] rado de ellas, mis compañeras de via[...] maron, y, cosa curiosa, el que no es[...] vía preparado era yo; tengo en mi [...] tiempo que estuve vagando por los [...] la fantasía.

Lilá y su amiga habían dado orde[...] nos trajeran el primer almuerzo. E[...] debía ser a bordo.

No recuerdo que en parte algun[...] de comer me haya extrañado tanto [...] Alemania; no me refiero a la cualid[...] la cantidad, y esto hasta el extrem[...] guntarme a mí mismo, en ocasiones, [...] tación que de soñadores gozan los [...] sería falsa; si, cuando nos creemos [...] divagan por los campos de la fant[...] tán ocupados en la prosaica tarea [...]

Concretemos. Por la mañana, a [...] abrir los ojos, hacen un "pequeño" [...] un par de huevos, una taza de café [...] dazo de torta, como si dijéramos [...] sable para decir que no se qued[...] estómago vacío al levantarse. A l[...] zan otro almuerzo, que se compone [...] patatas u otras legumbres; diferenc[...] del otro en que lo acompañan con [...] tras que, por lo general, el primero [...] mojan con agua. A la una efectúa[...] comida, que se compone de jamón [...] algunos aperitivos; medio ingenio[...] rar el estómago para la gran co[...] realizan a las tres, y en la que fig[...] con albóndigas, buey con rábanos [...] dulce, jabalí con cerezas, bifes a[...] azúcar, azafrán y vainilla, y c[...] rias clases. Al llegar las cinco [...] para no perder la tradición, vue[...] un bocado; y por último, al sal[...] cenan de modo suculento, para [...]

[illegible] han comido a las cinco, y se acues- [illegible] frescos.

[illegible] que en las diversas comidas de [illegible]os de hacer relación no entran el té, [illegible] y las salchichas que toman de una [illegible] aquéllas.

[illegible] de mis últimos viajes a Alemania, [illegible]ar que en los hoteles del Rhin las [illegible] cambiado de aspecto, cambio que, [illegible]nte, atribuí a mis reclamaciones. [illegible] el pan había mejorado, y la tra- [illegible] de arroz y el *pumpernickel* ha- [illegible] sustituídos por otra especie de torta [illegible]rillantada con clara de huevo, a la [illegible]nan *pan de Viena*, lo que indis- [illegible] constituía un progreso.

[illegible] almuerzo, sobre manteles y servilletas [illegible] inmaculada, nos sirvieron huevos, [illegible] leche—entiéndase achicoria con ídem— [illegible] exquisita.

[illegible] el hotel donde nos alojábamos lle- [illegible]pana del vapor – anclado a quinien- [illegible] de nosotros, en la margen izquier- [illegible] Rhin – para darnos la primera señal [illegible]nte en que terminábamos de al- [illegible]

[illegible] podíamos disponer de media hora; pero [illegible]ñeras de viaje quisieron partir para [illegible] sitio.

[illegible] se explica que las alemanas, que [illegible] estar sentadas cómodamente, se [illegible]ado a dormir tan mal por espacio [illegible] y más siglos?

[illegible] nos dirigíamos a bordo, presencia- [illegible]emplo viviente de la multiplicación [illegible]da por el Evangelio: seguíamos una [illegible] que bordea el Rhin, y en ella nos [illegible] con una mujer de veinticuatro años, [illegible] la mano a una alta niña de siete; [illegible] de cinco, de mejillas redondas como [illegible], jugaba detrás de ella con un globo, [illegible] lo seguían dos hermanitas de cuatro, tomadas de la mano y precedían a [illegible] nodriza, campesina de la Selva [illegible] que llevaba en brazos a un niño de [illegible] y tiraba de un cochecito en el cual [illegible] chupando un dedito un bebé de ocho meses, al lado del cual se veía tendida [illegible] que parecía pertenecer en comu- [illegible] la familia; la cual, en conjunto y a [illegible] estar compuesta de ocho individuos, [illegible]resentar un total de cuarenta y seis [illegible] y ocho años.

[illegible] a bordo, mis amigas escogieron sus [illegible] que les fué fácil, y media hora más [illegible] buque salía.

[illegible]queño castillo perteneciente al rey de [illegible] hace evocar un singular recuerdo. [illegible] el año 1838, y yo hacía mi primer [illegible] el Rhin.

[illegible]ndoseme advertido que el mencionado [illegible] era propiedad del príncipe real del [illegible]quél – el actual rey de Prusia –, y que [illegible] dedicado a museo de pinturas, armas [illegible] del siglo XVI, me detuve delante [illegible] hice que me desembarcasen y solicité [illegible] para verle. La respuesta que se me [illegible] que hacía tres días había llegado el [illegible] del príncipe real con orden de ce- [illegible]mentáneamente la puerta a los curio- [illegible] bien se rogaba a éstos que inscribieran [illegible]bre en un registro colocado en la casa [illegible]serje, para elegir entre los solicitantes [illegible] personajes que, por su calidad, mere- [illegible] ser exceptuados. Aunque mi condición [illegible]ecía demasiado modesta respecto de [illegible]dente del príncipe real, como debía [illegible]ecer hasta el día siguiente en una pe- [illegible] y aislada hostería, inscribí mi nombre [illegible]rección de la posada en que debía alo- [illegible] por espacio de veinticuatro horas. Luego [illegible] a veinte pasos del castillo, a arrojar [illegible]s al Rhin para trazar círculos en él, a [illegible] de lo que hacía Scipión en el des- [illegible] aunque éste no se dedicaba a tales pa- [illegible]os en el río aludido, sino que lo hacía [illegible] mar Tirreno.

Había ya arrojado quince o veinte guijarros, cuando vi llegar jadeante, a mi encuentro, al conserje, el cual, tomándome por algún príncipe que viajaba de incógnito, me dijo, mientras me hacía una profunda reverencia, que me estaba permitida la entrada, que podía recorrer el castillo con entera libertad, y que el intendente me esperaba para rendirme los honores de la casa.

Yo, que no me sentía imperiosamente retenido por el pasatiempo al cual me entregara, y sobre todo no quería hacer esperar al intendente de su alteza real, me dirigí hacia el castillo, donde hallé a aquél a la puerta de la sala de armas.

El referido intendente, de rostro colorado, cabello rubio, ojos azules, aspecto simpático y porte distinguido, contaría treinta y ocho años, era hombre de vasta instrucción y hablaba correctamente el francés. Al verme me recibió con grandes agasajos, excusándose de que el conserje, obediente a la consigna e iletrado como verdadero suizo, no hubiese comprendido que en semejante orden no estaba comprendido. Yo, por mi parte, agradecí esa deferencia que se me hacía, y nos estrechamos las manos como dos antiguos amigos; y es que los alemanes me habían acostumbrado a estos modales cordiales y francos en el tiempo que llevaba viajando por Alemania.

Por otra parte, estaba convencido de que mi franqueza había agradado al intendente, el cual me dijo que iba a convertirse en cicerone mío y a tributarme los honores del castillo.

Los modales de mi acompañante no podían halagarme más, si bien me parecían demasiado distinguidos para un intendente.

Recorrimos el castillo aposento por aposento, lo examinamos detenidamente, pasamos de una a otra torre por el puente colgante que se divisa desde el vapor y parece una inmensa telaraña, y luego nos detuvimos en la biblioteca, que encierra las más preciosas ediciones que de Gœthe, Schiller y Shakespeare son conocidas.

De esta manera había llegado la hora de la pequeña comida, y vinieron a anunciar al intendente que ésta estaba servida.

—No sé – me dijo éste – si usted está ya acostumbrado a nuestras horas de comer; pero he creído que sería un gran honor para mí que almorzase conmigo y he ordenado colocar un cubierto para usted.

Como sería grosería rehusar un ofrecimiento hecho con tanta galantería, acepté.

—¿Sabe usted lo que he resuelto? – me dijo mi anfitrión mientras bajábamos al comedor –. Pues que, habiendo ya sufrido usted bastante viéndose obligado a soportar nuestra cocina, desde que viaja por Alemania, lo mejor, y para que no conservase un recuerdo demasiado triste de este pobre castillo, era encargar un almuerzo a la francesa, y, como ya le he dicho, así lo hice.

Declaro que esta delicada atención no fué la que agradecí menos. La idea de que iba a comer pan verdadero, en lugar de torta o *pumpernickel*, me regocijaba el alma. Así es que sentí una gran alegría cuando vi sobre la mesa un pan de esos que los tahoneros llaman corona; no por la forma, que eso lo saben muy bien cuantos me conocen, sino por su substancia.

El almuerzo fué exquisito y con toda seguridad preparado por un compatriota mío, como de ello pude convencerme después de preguntárselo al intendente.

—La cocina francesa – me dijo éste – es la que prefiere su alteza, quien, aunque no ocupa el castillo sino durante algunas temporadas estivales, conserva en él a su cocinero todo el año.

Terminado el almuerzo, el intendente me declaró que ya que había yo entrado en la *ratonera*, no me cabía el derecho de salir de ella sin su permiso, y que, en consecuencia, me daba a elegir entre hacer una partida de chaquete, jugar al billar, o dar un paseo a caballo. Me resolví por el paseo a caballo.

A una señal del intendente, condujeron al pie de la escalinata del castillo dos caballos ensillados, y una vez que hubimos montado, nos encaminamos a través de un valle pintoresco, hacia las ruinas del castillo viejo; entretanto llegábamos a ellas aquél me contó la historia del que acabábamos de abandonar.

El mencionado castillo era propiedad de la ciudad de Coblenza, la cual lo puso a la venta, durante muchos años, por trescientos francos, si no recuerdo mal, sin que hallase comprador; en vista de lo cual, la ciudad lo regaló al príncipe real de Prusia, que agradeció el presente, y gastó en su mobiliario un millón de francos.

Después de tres horas de paseo por la montaña, regresamos al castillo, donde nos estaba aguardando la gran comida, que acepté, ya que no existía razón alguna para rehusarla, desde el momento que había aceptado la pequeña; lo único que hice, al notar la magnificencia con que estaba servida, fué reprochar al intendente por los gastos que imponía al príncipe real.

—Su alteza no ignoraba a lo que se exponía cuando me eligió para el cargo – me objetó el intendente.

A medida que iba avanzando la comida, mis reproches se hacían más y más fundados. Luego de los vinos de Burdeos, nos sirvieron vinos del Rhin, tras éstos el Champaña, y después del Champaña los vinos de Hungría. Realmente era pecado que tanta magnificencia se derrochase con un bebedor tan sobrio como yo.

Al terminar de comer nos encaminamos a la azotea, donde tomamos el café.

Nada tan maravilloso como el panorama que desde dicha azotea se descubre: montañas, valles, ríos, ruinas, aldeas, todo se aglutina para formar un espectáculo único. En parte alguna, quizá, el Rhin está más animado que en aquel lugar; río y grandes carreteras están cubiertos: aquél de barcas de pesca, buques de vapor y grandes balsas labradas de troncos en las cuales navegan poblaciones enteras; las carreteras, de jinetes, caminantes, cocheros, carretas, cupés y calesas; y es que Coblenza, una de las ciudades más ruidosas y animadas de las márgenes del Rhin, se halla a menos de cinco kilómetros del castillo.

Las dos o tres horas que pasé en la azotea aquélla las recuerdo como algo inolvidable en mi vida.

Con mi anfitrión, que conocía al dedillo todas las leyendas del Rhin, desde la de Loreley hasta la del autógrafo de Janín a Metternich, y se sabía de corrido todas las baladas de Uhlan, desde la *Hija de la posadera* hasta el *Trovador*, sostuve una animada discusión sobre Gœthe y Schiller; como todos los alemanes,

Intenciones



—El doctor dice que quiere sacarme el apéndice, pero me parece que lo que realmente quiere sacarme es un auto nuevo.

poco dramáticos y muy soñadores, mi adversario daba la preferencia a Gœthe; yo, por el contrario, poco soñador y dramático hasta la médula, mostraba preferencia por el autor del *Conde de Egmont;* mas, y esto le parecía vituperable a mi anfitrión: *Faust*, encarnación del numen alemán, era para mí inferior a *Gœtz de Berlichingen*, y aun tuve la valentía de reformar de punta a cabo el *Faust,* tal cual yo lo comprendía. Mi anfitrión, al oírme, no sabía si taparse el rostro, cual el rey de reyes en la magnífica escena de Eurípides entre Menelao y Agamenón, escena que Racine se cuidó mucho de imitar, temeroso de que en Menelao se le hubiese antojado al público ver a Montespán.

En resumen, a pesar de mis contradicciones, mi anfitrión, que, como he dicho, poseía no sólo vastísima instrucción, sino que en su controversia empleaba toda la galanura de la lengua francesa, pareció complacerse grandemente en la conversación, que a mí me interesaba en grado sumo. Por último, cerrada la noche y habiéndome levantado para despedirme de él, me dijo el intendente que no queriendo exponerme a dormir en una de las camas que yo le describiera, había mandado por mi valija al hotel, advirtiendo de paso que yo no dormiría en él, sino que, por el contrario, me había preparado un aposento en el castillo.

Para no pecar de indiscreto, lo mejor era no oponerse a nada. Acepté, pues, el aposento, como había aceptado las comidas grande y pequeña; pero sí impuse, por mi parte, por condición, que bajo ningún pretexto el vapor se iría sin mí al siguiente día, a lo que mi anfitrión se comprometió formalmente.

A todo esto, había llegado la hora de la cena, que es igual que decir que el té, las tortas de todas clases, las salchichas y los mazapanes nos esperaban, y que no me quedó otro remedio que apechugar con los mazapanes, las salchichas, los tortas y el té.

Debo expresar que desde que me hallaba en Alemania me había acostumbrado a semejantes violencias, y que no desempeñaba mal mi papel si se considera que en París no como más que dos veces al día, y a veces una solamente. Claro que mi anfitrión me alentaba con su ejemplo.

Por fin el reloj señaló la media noche, y en consecuencia era hora de recogernos. Me levanté, pues, el intendente tocó un timbre, y apareció un camarero que me acompañó a mi habitación, que no era otra que la de honor, o sea la de los retratos de familia. Por lo tanto, me encontré custodiado por un regimiento de margraves, duques y reyes, desde la fundación de la orden Teutónica hasta Federico Guillermo, y acostado en una cama de madera esculpida, en la que hubieran podido dormir, con toda comodidad, seis viajeros de mi tamaño, y cuyas cortinas de brocado estaban sostenidas por las garras de un águila de roble.

Una vez en medio de mi aposento me quedé pensando en mi estimado amigo Víctor Hugo, por asociación de ideas con los retratos de *Hernani;* y recité la magistral escena a todos aquellos caballeros, duques, margraves y reyes que me rodeaban, hasta que por último me decidí a subir las tres gradas del estrado sobre el cual descansaba mi cama, y me arrojé en ella.

La cama debió de haber pertenecido a Federico Barbarroja o al emperador Enrique IV; pero sea lo que fuere, dormí en ella lo mismo que si hubiese sido la mía propia; si bien yo no estaba excomulgado como mis dos antecesores, y, sobre todo, no había sido emperador, posición social que, máxime cuando se ha perdido, no deja de perturbar el sueño.

A las ocho de la mañana, cuando abrí los ojos, estuve diez minutos para orientarme y recordar dónde me encontraba, hasta que por fin se refrescó la memoria.

De pronto, oí sonar un reloj del siglo XVI, y como imaginé que un reloj que marchaba desde fecha tan remota debía forzosamente ir atrasado, salté con toda premura de la cama.

Al primer ruido que oyó en mi aposento, el ayuda de cámara destinado a mi servicio entró para ponerse a mis órdenes.

El pequeño almuerzo me estaba ya esperando, y como mi anfitrión hacía ya dos horas que se había levantado, pasé, casi sin transición, de la cama a la mesa.

A las nueve y media me dispuse a partir, por lo que me levanté, así las manos del intendente y se las estreché con verdadera efusión, siendo correspondido por éste en igual forma. Luego le pedí permiso para subir a la azotea a fin de contemplar por última vez el paisaje y ver llegar el vapor, que estuvo tan oportuno, que a la hora exacta apareció en aguas del castillo, y a las diez y cuarto se detuvo al pie de éste, obedeciendo a una señal que desde la azotea le dirigieron.

El intendente me acompañó hasta el embarcadero, y una vez allí me volví y le dije, tendiéndole ambas manos:

—Mi querido anfitrión, en pago de los agasajos de que me ha colmado, sólo puedo ofrecerle una cosa: corresponder a la hospitalidad que me ha reservado a orillas del Rhin, si alguna vez va usted a París.

—Igualmente le digo —me contestó el intendente, eludiendo la respuesta—; si alguna vez visita a Berlín, reclamo la satisfacción de hacerle los honores de ella.

—Le prometo complacerle; pero ¿dónde le hallaré?

—Pues en el palacio real.

—¿Por quién debo preguntar?

—Pues... pregunte por el príncipe real.

XI

El vapor pronto alejó de mi vista el castillo de Holzenfels —que ahora recuerdo que así se llama—; y siguiendo su rauda marcha fué dejando atrás Orberlahnstein, la ciudad erizada de torres, la ciudad de Rheinsel, donde en otros tiempos estaba el famoso *Kœnigstuhl.*

Amigo lector, si no estás familiarizado con la lengua alemana, me preguntarás qué es ese famoso Kœnigstuhl, y yo te responderé descomponiendo de la siguiente forma dicha palabra: *kœnigs* significa *del rey*, y *stuhl*, sitio; o en otros términos: *sitio del rey.*

Casi estoy por afirmar que, a pesar de la
plicación, no quedarás muy satisfecho.
Escucha, pues, algo de historia, e instr
En el sitio mismo donde hoy se ven
tro piedras de medianas dimensiones,
medio del río, era donde se reunían los
tores del Rhin para deliberar sobre los
ses de Alemania: y se reunían allá, por
él convergían como los radios de una
lla los cuatro territorios de los cuatro
res: de lo alto de los sitiales descubrían
vez cuatro pequeñas ciudades: Lahnstein
territorio de Maguncia; Copellen, en el
veris; Rheinsel, en el de Colonia, y B
feudo palatino.
En la pequeña ermita limítrofe es
en 1400, los electores, después de hab
minado su deliberación en el Kœnigst
clararon destronado al emperador Ven
El Kœnigstuhl subsistió hasta 1802,
la cual los franceses lo demolieron.
La nota más triste de las conquist
las revoluciones no es la suerte de
a quienes derriban, ya que más tarde
temprano éstos deben morir, sino la
monumentos que destruyen, pues, en
ción devastadora, pueblo y soldadesca
arrasan.
Pero sigamos con nuestro relato.
Después del Kœnigstuhl se encu
seguida San Goar, encantador puertec
nado por las ruinas de un castillo del
franceses hicieron volar un lienzo de
en 1794. Esta vez, y contra lo que
prever los ingenieros, la conquista se
provecho de un posadero, el cual pe
la brecha y estableció en el castillo
tería que se hizo célebre.
Mi compañera de viaje aseguraba
era la que había designado Uhland
mosa balada de la *Hija de la posadera*
Por otra parte, habíamos llegado
dero reino de la balada: después de
de la posadera venía el hada Lore,
sida con el nombre de Loreley o la
la Roca; y como viene a cuenta, di
la sirena de la Edad Media había
el sitio más pintoresco del Rhin para
tirlo en morada suya. La cúspide
co en la cual permanecía habitualm
sando el arpa y atrayendo a los pesc
la seductiva dulzura de su voz, está
cuatrocientos pies de altura sobre el
abismo por el cual desaparecían los
tes ruge aún como Scila al pie del
y gira como Caribdis. El Rhin, est
un espacio de doscientos pasos, se
tre retumbos furiosos sobre un plan
de cinco pies en cuatrocientos metr
repite sin interrupción el ruido que
pierta, ya sea el son del cuerno de
el batir del cañón; así es que al pas
pores acostumbran a descargar una
pieza de artillería para dar a los pa
más raro de todos los gustos, el de
ración.
Era la tercera o cuarta vez que
viaje por el Rhin, y la primera que
tuaban mis hermosas compañeras; y
había escrito un libro en torno de
das que bordan ambas márgenes de
río alemán, me vi convertido en
cerone.
Después de gustar el placer de
localidad pintoresca por primera
ta el placer, más intenso todavía
por segunda vez en compañía de
ridos, a quienes mostramos, tal cual
mos visto, lo que nuevamente ve
Apoyada en cada brazo llevaba
cantadora joven, con la cabeza
mirada risueña y el oído atento a
que yo pronunciaba; el día estaba
el cielo, jaspeado de algunas nubes
sobre aquella gigantesca natura
efectos de luz y sombra. Ante
torno y en mí estaba la poesía;
de los sentidos, contemplaba a la

algunos antiguos castillos; a cada una mujer joven y bella; el ambiente y yo, impregnado de benevolencia lo aspiraba a pleno pulmón. Si al fuese dado decir: "Soy dichoso", aquí que yo lo era en aquel en-

pasó con suma rapidez; luego llegó el con todos sus encantos, con esos en- reflejos en las aguas del Rhin, esos celestes, esos verdes amarillentos, esa languidez que nos produce el pen- separación, quizá eterna, de nues- por fuerte que sea el lazo de que nos una; todos los sentimientos, que hace brotar esa hora del Ange- se estremecía en lo más recóndito corazón al ver subir sobre el hori- flor de fuego que por la tarde se de- Véspero, y Lucifer antes del naci- del sol.

emergió en lontananza una inmensa salpicada de puntos luminosos: era donde se disolvería nuestra trinidad. ente, en ella la hermosa vienesa, que separado ya de su camino, atraída y por mí, debía despedirse de nos- no serle posible continuar hasta meta de nuestro viaje, y en cuyo compañera húngara y yo debíamos

a Maguncia a las diez de la no- minutos después estábamos sen- una mesa, tomando té. La vienesa Bulyowski habían pedido, como en una habitación con dos camas, y yo un cuarto contiguo al de mis

noche estuvimos conversando hasta las en que los dos monocordes sones campana nos arrancaron de esa larga sostenida en la habitación de mis com-

preciso separarse. Era la primera vez que nos parecía una ausencia; y es que, al siguiente día debíamos experi- primera separación que no era más preludio de la segunda.

Lilá no podía despertarme para pre- los la salida del sol, pues la aurora próxima cuando nos acostamos. fin de pasar reunidos algunos ratos vinimos en que nos pondríamos en el tren de las once.

ocho ya estábamos en pie los tres. más iba acercándose la hora de la más iba desanimándose la plática desnudeaban las sonrisas suaves y las lánguidas. ¿Ignoraban, acaso, los anti- que es la ausencia, desconociendo, co- nocían, la melancolía?

amiga nos acompañó hasta la esta- los que la vieron imaginarían que de un padre y de una hermana, modo corrían las lágrimas por sus me-

modernos tuviesen que representar en lugar de situarla, como los anti- el ángulo de una plaza y ostentando hierro en las manos, la ubicarían en estación de ferrocarril con un reloj al

tuvimos otro remedio que subir al va- el que también entró nuestra amiga aprovecharse del último plazo concedido viajeros; pero al sonar la campana de bajó, aunque ya cuando el tren se había en movimiento.

mi compañera de viaje y yo, nos subrepticiamente alguna lágrima in- que se deslizaba por la mejilla, y nos

mujer más admirable! — dije a Lilá —. se llama?

puedo decírselo, porque no lo sé. había tomado por íntima amiga de compañera, y ésta apenas si la conocía. era, pues? Una simpatía.

XII

Nuevamente nos hallábamos Lilá y yo a solas; pero es menester decir que desde el punto de partida hasta el momento actual ambos habíamos dado un paso inmenso. En lo que a mí respecta, el deseo amoroso se había trocado en la amistad más tierna y devota, y por lo que toca a mi compañera, del temor pudoroso había saltado a la confianza más absoluta. Entre ella y yo se creó algo que se situó entre el amor de dos amantes y el amor de hermanos; sentimiento impregnado de encanto y no clasificado aún en la gama del cariño humano, y que, nuevo para mí, me llenaba de satisfacción; sentimiento apacible, suave cual esos céspedes de los paisajistas célebres, cubiertos de tapices y de almohadones de seda, e iluminados por un cielo azul intenso, cuya pureza nada puede empañar. Como no había pasión, era imposible toda borrasca; el espíritu estaba completamente libre y los sentidos en la plenitud del ejercicio: en una palabra, sentía el mayor sosiego, me hallaba en completo goce de la vida, e intuitivamente sentía la felicidad de un mundo nuevo y superior.

Lilá, que, como todas sus compatriotas distinguidas, era de gran rectitud de espíritu, había recibido una educación esmeradísima; con ella se podía hablar de todo, y aun aquello sobre lo cual no podía discutir no le era desconocido.

Aquí le contestamos

En esta sección contestaremos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

C. C. Morant, *Capital.*—Hemos tomado nota de su propuesta, que consideraremos tan pronto como las circunstancias lo permitan.

"Panchito", *Coronda.*—No tenemos noticias del error de aleación cometido en las monedas acuñadas en el año 1917, de que usted nos informa. De todos modos, aun cuando tal error existiera, el valor en exceso de dichas monedas no sería comercializable, pues necesariamente tendría que tratarse de un porcentaje de níquel apenas superior al normal. Además, hay que tener en cuenta que ese metal no es de los más valiosos.

Un viejo lector, *Santa Fe.*—1º Las voces llanas que terminan en dos vocales que no forman diptongo, siendo la penúltima *e* o *i* acentuadas, hacen el diminutivo en *uelo*, tomando este sufijo una *h*; que el vulgo y algunos escritores han solido convertir en *g*. Por lo tanto, el diminutivo de *Lucía* es *Lucihuela*. 2º Tomamos nota de sus acertadas observaciones, que serán tenidas en cuenta para el momento oportuno.

Tulio Roberti, *Cuzco, Perú.*—Nos es grato acusar recibo de su atenta carta, y expresarle que hemos tomado nota de las sugestivas observaciones que en ella nos formula. Agradecemos y valoramos debidamente sus elogiosos conceptos.

Argentino Monteamor, *Capital.* — 1º y 4º: Siendo las de ingeniero civil, ingeniero naval, cartógrafo, etc., profesiones liberales, comprenderá usted que no nos es posible fijar, ni siquiera aproximadamente, los ingresos mensuales que ellas puedan producir. 2º y 5º: Lamentamos no poder satisfacer sus preguntas, pero es norma invariable de esta sección no dar direcciones comerciales. 3º Las fundaciones Rockefeller son numerosas y se hallan en distintos países. Vuelva a escribirnos, especificando a cuál de ellas se refiere usted.

Cuatro amigos "filatélicos". — Hemos tomado nota de sus sugestiones, que serán sometidas a estudio tan pronto como las circunstancias lo permitan.

G. Bentancourt, *Chincha Alta, Perú.*—Los trabajos que usted nos ha enviado no son de utilidad para nuestra revista. Por otra parte, y según lo hemos repetido en diversas ocasiones, los originales recibidos no se devuelven. Esperamos que nos brinde otra oportunidad para poder complacerlo.

Rowland Hill, *Capital.* — Hemos recibido su carta y tomado nota de las interesantes sugestiones que en ella nos formula.

Marta Birar, *Michoacán, Méjico.*—La correspondencia a Libertad Lamarque puede dirigirla a Radio Belgrano, calle Belgrano 1841, Buenos Aires, Argentina.

"Leoplanense", *Curuzú Cuatiá.*—El largo del cable de la antena de un aparato de radio está en relación directa con su bobinado, en una proporción determinada para cada marca de aparato, y que los fabricantes mantienen en secreto, ya sea para onda media o completa. Le aconsejamos, pues, que consulte el caso con la casa constructora del modelo que usted posee.

Enrique Servático, *Jovita.* — Para limpiar un cuero que ha servido de alfombra, da muy buenos resultados rociarlo con sal antes de pasarle la escoba con firmeza y procediendo por partes. También se usa para tales fines la siguiente fórmula: Se calienta 1 litro de vinagre de vino casi hasta la ebullición, en baño de arena, con 120 gramos de agallas, 30 gramos de palo de campeche y 30 gramos de hojas de zumaque. Se agregan después 30 gramos de limaduras de hierro e igual cantidad de sulfato de hierro. A las veinticuatro horas se filtra y se aplica con una esponja.

Al verla apoyada en mi hombro, contemplando con su suave sonrisa las maravillas de algún paisaje, se nos habría tomado por dos amantes, aunque mi edad doblaba la suya; éramos más que eso, éramos dos verdaderos amigos, próximos a separarnos, pero seguros de que conservaríamos perennemente nuestro mutuo recuerdo.

Al declinar la tarde llegamos a Mannheim. Era la tercera vez que yo visitaba esta pequeña y melancólica ciudad de Alemania, que Gœthe escogió para el teatro de los amores de Carlota y de Werther. La escena, forzoso es declarar que se presta admirablemente para el drama: castillo señorial, parque solitario, árboles añosos, calles trazadas a cordel, fuentes mitológicas, todo está en consonancia con la terrible elegía del célebre poeta alemán.

La última vez que yo visitara Mannhein, había sido preocupado con una investigación: la de los documentos relativos al asesinato de Kotzebue por Sand: a mi solicitud mostráronme la casa del autor de *Misantropía y Arrepentimiento*, y luego logré que también me mostraran el calabozo de Sand. En el mismo lugar donde éste fué ejecutado, que desde entonces se llama la pradera de la Ascensión de Sand al cielo *(Sands Himmelfahrtswisee)*, hallé al director de la cárcel en que aquél estuvo encerrado, y por último efectué una visita al doctor Wideman, que era el hijo del verdugo de Mannheim, y a su vez verdugo en la actualidad, en virtud de la ley de sucesión todavía vigente en Alemania.

Conviene aclarar que en esta nación a los verdugos no se les trata como parias ni la sociedad los rechaza; y esto obedece indudablemente a que la ejecución conserva algo de guerrero, haciéndose, como todavía se hace, por medio de la cuchilla. Asimismo, el verdugo alemán está clasificado: es el último de los nobles y el primero de los burgueses. En las fiestas públicas marcha entre la nobleza y la burguesía.

En uno de mis libros, no recuerdo cuál, he descrito el origen de semejante merced. Una noche de baile de máscaras, el verdugo, disfrazado con magnífico traje, entró en el palacio imperial, y al bailar unos rigodones, tocó la mano de la emperatriz. Alguien lo reconoció, y el emperador, advertido, quiso que, para expiar el crimen de lesa majestad, al cortacabezas le cortaran también la suya.

—Sacra majestad — dijo entonces el verdugo, que había conservado toda su presencia de ánimo —, por más que me hagas cortar la cabeza, no impedirás que la mano de la emperatriz haya tocado la mía, la del ser a quien el desprecio público coloca en la última grada de la escala social. Ennobléceme, y la mancha quedará borrada.

—Está bien — contestó el emperador, después de unos instantes de meditación —; desde este momento serás el último de los nobles y el primero de los burgueses.

Desde aquella época el verdugo de Alemania está clasificado en la esfera indicada personalmente por el emperador.

Todavía me ligaba a Mannhein otro recuerdo, y es que aquel viaje y aquellas investigaciones los hice acompañado del pobre Gerardo de Nerval.

Era en 1838. En aquella época éste no había dado aún señal alguna de trastorno mental; sin embargo, para sus amigos, era evidente que el tabique cerebral que separaba en él la imaginación de la locura era tan sumamente tenue, que a veces la imaginación hacía, sin que lo advirtiese el desventurado Nerval, excursiones al campo de su vecina.

Yo, que no sospechaba tal tendencia, y, por otra parte, soy partidario de los hechos bien sentados, sostenía con Gerardo interminables discusiones, las cuales terminaban invariablemente con esta frase, que más que una predicción era una realidad: "Mi querido Gerardo, usted está loco".

"Lo que pasa es que usted no ve lo que yo",
me replicaba mi amigo, riendo con su ca
rística dulzura.
Ante cuya respuesta yo me obstin
acorralarle para que me hiciese ver lo
veía.
Entonces Nerval se sumía en un mar
ducciones tan sutiles y aéreas, que sus
mentos me causaban el efecto de los
vaporosos que el viento dispersa en to
recciones, y que luego de haber tom
apariencias de una montaña, de una pl
de un lago, concluyen por desvanecerse
fuman cual leve humareda.
Dos años después el pobre estaba
damente loco; pero su locura era
poética, soñadora, poco más que en
dura; la única diferencia que existía
el tabique de que he hablado se hab
Cierto día entró en mi casa un amigo
bos, y, al verlo, le pregunté:
—¿Qué ocurre?
—Esta mañana ha sucedido una gra
gracia.
—¿Cuál?
—Han hallado ahorcado a nuestro po
rardo.
—¿Dónde?
—En la calle de la Linterna vieja.
—¿Suicidio o asesinato?
—No lo sé; había pasado la noche
lóbrega casa de esa calle maldita, y
ñana le hallaron ahorcado en los b
una ventana con el cordón de un m
—Vayamos allá.
—Vamos; a la puerta nos espera
Si mal no recuerdo, entre la pla
tillejo y el Ayuntamiento, se extend
miserable, infecta, inmunda, que se
nal a una cloaca enrejada, por la
de lluvia, se precipitaba el agua, sal
una cascada por los peldaños de
viscosa. Dicha escalera estaba coron
barandilla de hierro, sobre la que
cuervo de un cerrajero por la pue
tienda partía de continuo un marti
y salían haces de chispas rojizas.
Encima de los tres últimos pel
mencionada escalera había una v
ra, cimbrada, provista de una re
rrote transversal de ésta fué dond
ron ahorcado al infeliz Gerardo.
El extremo opuesto de la calle
moliéndolo.
En el centro se erguía la cas
Nerval había pasado la noche.
Se hallaba cerrada; pero a través
tanas y puertas de ella afluía la
terior; hubiérase dicho que sus
taban aguardando una visita de la
tal visita no llegó a efectuarse, no
pues muchos son los amigos de G
creen que la muerte del desventur
efecto del suicidio.
En concreto: suicidio o asesin
Nerval se había ido a la patria de
ciones; lo que no impidió que
Mannheim, tres o cuatro años d
muerte, apoyado en su brazo co
hubiese vivido.
¡Qué maravilloso es el recuer
Admitida la mutación de las
que Dios permita que el recuerdo
to con el cadáver en los abismos
te, habrá concedido la inmorta
bre.
Fué necesaria la suave melodía
mi compañera de viaje para
realidad.
Como no olvidará el lector,
la meta de nuestra ruta. En ella
debía hallar a la magnífica artista
buscaba.
Mi amiga tenía tantos deseos
atenerse respecto de su carrera,
ocupó de que fuesen las ocho de
que resolvió hacer la visita de
Como en Mannheim no hay

... a mi amiga, y nos encaminamos ...lio de la señora Schrœder, que ... en el extremo opuesto de la ...

... el camino hallamos varios grupos ... que salían de la tertulia, la cual, ...mbre en Mannheim, termina a ... se dirigían a sus casas.

... que me dió la clave de *la Petite* ..., y, más aun, de la de Rotzebue, ... inspirara el primero.

... honesta, pacífica y tranquila, ... de la tertulia a las nueve de la ... todo el mundo está acostado a ... la que las mujeres, buenas ma... anhelantes de no desaprove..., hacen calceta en el teatro!

...mos delante de una casita ais... llamamos en el preciso instante ... las nueve en el campanario de ...lesia de los jesuítas, hora por ...mpestiva. Sólo una esperanza ... era que la antigua trágica con...mbres de escena y no se acos... once.

... nuestra previsión: la señora ... no se había acostado toda...éndole, como le era, conocido ... mi amiga, nos recibió sin de...

...eron en un saloncito donde la ... trágicas alemanas, la mujer que ... por todas las manos ducales, ...les de los príncipes y sobera..., sentada junto al fuego delante, ...umbrada por una lámpara, leía ... que acariciaba un corpulento ... sobre sus rodillas. Y, preciso ... buena señora, pese a sus setenta ... auxilio de anteojos.

... pasásemos al salón, la señora ...vantó y salió a nuestro encuen... con la placidez y suavidad de ...ado su destino.

...demás conmovida, la abrazó; la ... se sintió tan complacida con ... como si le hiciesen la más respe... de la cortesía alemana, la más ... de cuantas se conocen.

... mi compañera pronunció mi nom... *¡oh!* expresivo se escapó de labios ... Schrœder.

...stante que le conozco a usted, mi ... Dumas! —me dijo en francés ... la eminente trágica—. Primeramen... de mis hijos, el párroco, que le ... metido en el alma; luego por mi ... artista, que le traduce y le repre... último por mi hija la cantante, ... visto y conocido en París, ¿no es ...

... señora —le respondí—, y la espe... serle a usted completamente extra... animado a presentarme, con la se... tan intempestiva.

... intempestiva! —repitió la señora ...—. Me está usted tratando como si ... fuese una vecina de Mannheim, olvi... soy ciudadana de las capitales, y ... los años que cuento pasé cincuenta ... Berlín, Munich y Dresde. De nin... es intempestiva la hora; ya lo ve, ...ndo —añadió, mostrándome el libro ... revés sobre la mesa.

...eme usted mi curiosidad, señora —le ... ¿qué libro es ése?

... nueva tragedia en la que me hubiera ... brillante papel si todavía represen... *Conde de Essex*.

...ya lo creo, es de Laube —repuse.

...! ¿Usted la conoce? —me preguntó ... Schrœder, admirada.

... conozco —respondí, riendo—, como conozco cuanto se escribe en Rusia y en Inglaterra.

—¿Entonces usted sabe alemán?

—No, señora, pero tengo un traductor.

—¡Ah! —dijo la anciana trágica, moviendo la cabeza—, nuestro pobre teatro está muy decaído. Autores y actores corren barranca abajo; todo nos viene de Francia en la actualidas. Nuestras grandes lumbreras están apagadas. Conocí a Iffland, a Schiller y a Gœthe, y tiempo es ya de que me reúna con ellos; hallaré mejor compañía allá arriba que acá abajo; mas, perdóneme que dé rienda a mis desahogos de vieja. Han llegado ustedes a verme; bien venidos sean, hijos míos.

Y al pronunciar estas palabras, la anciana nos envolvió a Lilá y a mí en una fraternal mirada.

En esto tendí la mano a mi compañera de viaje, que me la oprimió sonriendo, y le dije:

—A usted corresponde hablar: pero hágalo usted en alemán y no se preocupe por mí; yo, entretanto, me ocuparé de grabar en mi memoria este aposento.

Lilá se sentó al lado de la señora Schrœder, y asiéndole una mano, que retuvo entre las suyas, le explicó el objeto de su visita.

La anciana artista escuchó a la señora Bulyowski con la más benévola atención, y cuando hubo terminado, replicó:

—Vamos a ver, recíteme algo en alemán. ¿Qué conoce usted de los grandes maestros?

—Todo.

—Empecemos por *Intriga y Amor*.

Lilá se llevó la mano al corazón—que le latía como jamás le latiera en presencia de los más exigentes públicos—y comenzó a declamar.

Yo me sabía de memoria *Kabale und Liebe*, de modo que escuchaba con atención a la artista, y como sus ligeros defectos de pronunciación pasaban inadvertidos para mí, estaba maravillado de su dicción lisa y patética.

La señora Schrœder mostraba gran recogimiento al oírla, y daba frecuentes señales de aliento.

—Veamos ahora algo en verso —dijo ésta, cuando Lilá terminó.

Mi compañera de viaje recitó un trozo de *La Novia de Mesina*.

—¡Bien! ¡Bien! —decía la señora Schrœder, sin desviar un punto la atención—. Ahora *La Margarita en el torno*, y habrá suficiente.

Lilá se sentó, echó atrás la cabeza, apoyándola en la pared, y recitó por completo la canción que empieza así: *Meine Ruhe ist hin* (Lejos está mi tranquilidad), pero con tal acento de tristeza, con tan honda melancolía, que las lágrimas acudieron a mis ojos y fuí yo quien dió la señol de aplaudir.

La señora Schrœder, que presentía el efecto que sus palabras iban a tener, había concentrado toda la atención en los oídos.

—Si hubiese usted venido a mi casa —dijo la anciana a Lilá— únicamente para escuchar frases halagüeñas, le diría que lo hace usted muy bien; pero ha venido para pedirme consejo, y es mi deber decirle que necesita usted dedicarse por espacio de seis meses a un estudio asiduo y concienzudo de la lengua alemana; entonces la hablará usted como una sajona. ¿Le parece que podrá consagrar seis meses a este trabajo?

—Yo había pensado emplear un año en él —respondió Lilá.

—Entonces el triunfo es cosa hecha; ¿pero bajo la dirección de quién se propone usted seguir esos estudios?

—Me anima una esperanza —respondió mi amiga, postrándose con encantadora gracia ante los pies de la anciana, con las manos en cruz y mirando a ésta con expresión de súplica.

—Comprendo —dijo entonces la señora Schrœder—; usted desea que yo sea su maestra.

Lilá hizo una señal afirmativa con la cabeza.

Resultaría imposible estar más seductora que en aquel instante lo estaba mi compañera de viaje, con sus grandes y dulces ojos fijos en los de la anciana artista.

La señora Schrœder tomó en sus manos la encantadora cabeza de Lilá, y besándola en la frente, dijo:

—Está bien; será usted mi última discípula.

—¡Oh!, ¡cuán agradecida le estoy, señora! Se lo juro a usted —exclamó Lilá, cubriendo de besos el rostro de la inolvidable artista.

Era medianoche cuando salimos de la habitación de la señora Schrœder.

Al penetrar en el hotel, mi amiga estaba radiante de dicha.

Por la mañana del siguiente día, Lilá y yo nos separamos, y desde entonces no he vuelto a verla. No obstante, un día del mes de julio último recibí la siguiente misiva:

"Mi querido y bondadoso amigo: Permítame usted que le comunique toda la dicha que me embarga: acabo de representar, en alemán, en los principales teatros de Alemania, lo más granado de las obras maestras de nuestros más eximios escritores.

"Gracias a las lecciones de la señora Schrœder, he logrado un gran triunfo. Así que veo colmados todos mis sueños artísticos.

"Le escribo desde Ostende, donde estoy tomando baños de mar. Si tuviese la seguridad de que aun se acuerda de su compañera de viaje, le diría: Venga usted a verme.

"A pesar de esta incertidumbre, y ante la posibilidad de que no lo vea más, esté seguro de que conservo invariable mi fraternal afecto por usted.

"Mi hijo disfruta de buena salud y está más hermoso que nunca. Hace dos años que conoce el nombre de usted; dentro de diez conocerá las obras a que usted ha dado inmortal vida.

"Sentiría un inmenso dolor si tuviese que decirle adiós. Así que me aventuro a despedirme con un hasta la vista.

L. B***"

Tuve que hacer un violento esfuerzo, contrariando mi carácter impulsivo, para contenerme y no lanzarme a la calle en busca de mi pasaporte; pero fuí lo suficiente fuerte para resistir ese ímpetu.

Después de unos momentos de meditación, me decía a mí mismo:

"¿Para qué ir? Quizá no la querría como amiga más que la quiero ahora, y comprendo lo inútil que sería quererla de otro modo. Por eso prefiero que se conserve inalterable esta profunda amistad que nos une."

FIN DE "AVENTURAS DE UN NOVELISTA"



JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS



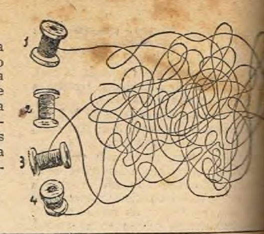




(Las soluciones en el próximo número)

LOS CARRETES DE HILO

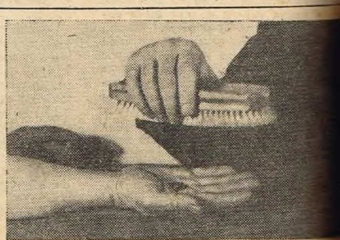
Un accidente sin importancia hizo volcar la cesta de costura; rodaron los carretes de hilo y se produjo el consiguiente enredo. ¿Sería alguno de los lectores tan complaciente que nos ayudase a deshacer la maraña formada por las cuatro hebras? Por si acaso hemos señalado con números los carretes y con letras los cabos, y así sólo hay que indicar qué letra corresponde a cada número, es decir, qué cabo ha salido de cada carrete.



(La solución en el próximo número)

LA MONEDA FIEL

Sobre la palma de la mano poned una moneda de veinte centavos. Decidle a un amigo que procure arrancarla de vuestra mano frotándola por medio de un cepillo, del modo que indica la fotografía, pero prohibiéndole golpear ni arañar con él; ha de ser el frote horizontal y de vaivén, como al cepillar ropa. La moneda permanece inmóvil como si estuviese pegada con cola.



LAS ESTRELLAS MATEMATICAS

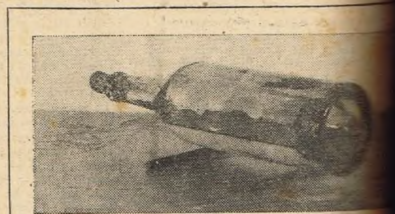
Las dos estrellas que aparecen en el grabado son un tanto irregulares, pero, en cambio, son perfectamente matemáticas. Sin embargo, no se asusten los legos en la ciencia de los números; con que sepan sumar y manejar unas tijeras, saben lo suficiente para resolver el problema.

No hay más que recortar las dos figuras y colocarlas una contra otra por la cara de los números, a fin de formar una sola estrella de diez puntas. Montadas así las estrellas, por cualquiera de sus lados que se miren, se verán cinco puntas en blanco y cinco con números. El quid está en montarlas de modo que los números que queden al descubierto sumen lo mismo en las diez puntas. Además, es necesario que, al sumar, las cifras que queden ocultas den un total de 80 en cada estrella.



(La solución en el próximo número)

LA CUESTION DE LAS BUJIAS



Estas bujías, cuyos candeleros están numerados del 1 al 10, ocupaban, cuando se encendieron, un orden muy distinto al que ahora ocupan.

Al encenderlas, se hizo esta operación con cinco minutos de intervalo entre bujía y bujía, y una vez que estuvo encendida la última, se les dejó arder durante cinco minutos. Después se apagaron las cinco que ocupaban un puesto impar, y al cabo de diez minutos más, apagáronse las otras cinco. Por último, se alteró el orden de las bujías, colocándolas tal como aparecen ahora.

Teniendo en cuenta que, al encenderlas, todas las bujías tenían la misma altura, ¿puede el lector deducir, por el que ahora tienen, el orden en que estaban primitivamente, e indicar dicho orden diciendo la cifra que correspondería entonces a cada candelero, empezando de izquierda a derecha?

(La solución en el próximo número)

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

DE LAS "PALABRAS CRUZADAS"



DEL "JEROGLIFICO COMPRIMIDO"

PEZUÑA

DE LA "FRASE HECHA"

DOS DEDOS DE FRENTE

EL CAÑONAZO

Se llena de agua la tercera parte de una botella y se disuelve en el líquido un poco de bicarbonato de soda, que puede adquirirse en cualquier farmacia.

Con un naipe se fabrica un cilindro, lo bastante estrecho para que pueda entrar por el cuello de la botella. Uno de los extremos de ese cilindro se cierra con un poco de papel secante.

Dentro de ese tubo se coloca ácido tartárico, en cantidad igual que el bicarbonato de soda.

Con un hilo se une el cilindro, hecho con el naipe, al alfiler, que se habrá colocado en la parte inferior del corcho de [illegible] culando la distancia [illegible] que una vez puesto [illegible] llegue el cartucho a [illegible]

Dos lápices [illegible] reña. Sobre ellos [illegible] botella en posición [illegible] rápidamente se [illegible] ción y saldrá el [illegible] cuanto el agua [illegible] bo donde está el [illegible] se produce el gas [illegible] tapón vuela como [illegible] botella experimenta [illegible] movimiento de [illegible] piezas de artillería.